ENCICLOPEDIA CLASICA

FONETICA LATINA

POR

MARIANO BASSOLS DE CLIMENT

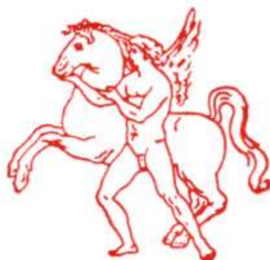
CON UN APENDICE SOBRE

FONEMATICA LATINA

POR

SEBASTIAN MARINER BIGORRA

6.ª REIMPRESION



C. S. I. C.
MADRID



Depósito legal: M. 22.736.—1983

ISBN 84-00-03864-9

Impreso en España

Printed in Spain

Reproducción en offset de la primera edición de 1962 compuesta por C. Bermejo, realizada en los talleres de Artes Gráficas Benzal, S. A. - Virtudes, 7 - Madrid-3

SUMARIO

INTRODUCCION GENERAL

PÁGINAS

B. Cambios cualitativos

C. Cambios cuantitativos

B. Grupos de consonantes

C. Influencias recíprocas entre consonantes a distancia

PÁGINAS

LAS SILABAS

APENDICE SOBRE FONEMATICA LATINA

PROLOGO

Las características de este Manual son análogas a las de mi Sintaxis publicada en esta misma Colección. He procurado también ahora facilitar a los estudiosos los elementos de juicio necesarios para el conocimiento de la fonética latina desde los primeros balbuceos de esta lengua hasta su descomposición y tránsito al romance. Para el logro de este objetivo he procurado en todo momento adaptarme a la preparación de nuestros estudiantes. Esto quiere decir que en lo concerniente a la comparación con las lenguas afines me he circunscrito casi exclusivamente al griego y al sánscrito, por ser los dos únicos idiomas que figuran —este último desgraciadamente en forma muy precaria— en los planes de estudios de la Sección de Filología Clásica. Me he esforzado, en cambio, en establecer una conexión aún más estrecha que en mi Sintaxis (la índole de la materia facilitaba el empeño) con las lenguas romances y en especial con las hispanas, pues nada ayuda tanto a comprender los problemas gramaticales como la referencia a nuestra propia conciencia lingüística.

La aparición de la Fonemática ha abierto recientemente nuevos e insospechados horizontes en el campo de la lingüística y ha contribuido al esclarecimiento de muchos problemas que parecían insolubles; no obstante, esta nueva y discutida ciencia está todavía en un período de formación y elaboración para proceder a una reestructuración total de la fonética latina sobre las nuevas bases que esta disciplina nos brinda. Es necesario que se sedimente y pierda el carácter polémico que aún tiene. Por ello he considerado todavía más

prudente atenerme en el estudio de la Fonética a los moldes clásicos y tradicionales, los cuales, a pesar de algunos fallos, ofrecen todavía un cuerpo de doctrina sólido y seguro.

Mas tampoco me ha parecido conveniente ignorar por completo los logros de la Fonemática y las perspectivas que ofrece para la interpretación de muchos fenómenos fonéticos. Por este motivo he solicitado la colaboración del profesor Mariner, abanderado de esta nueva disciplina y unido a mí por estrechos lazos de trabajo y afecto. Gracias a su cordial colaboración cierra mi Manual un Apéndice de Fonemática, estrechamente ligado al cuerpo de la obra por medio de constantes referencias.

Sería muy injusto de mi parte si no recordara en este punto con agradecimiento la colaboración que me han prestado muchos amigos y colegas, y de un modo muy especial los profesores Mariner, Bastardas y Rodón, así como Teresa Gracia, ayudante esta última de mi cátedra, y ello no sólo en la ingrata labor de corrección de pruebas —tarea particularmente delicada tratándose de una Fonética—, sino también mediante sugerencias que han contribuido a aclarar algunos puntos que hubieran podido prestarse a confusión.

Esta obra fue entregada a la imprenta en enero de 1960, pero circunstancias de orden diverso han diferido su publicación hasta la fecha. He procurado incorporar en la corrección de pruebas algunas referencias bibliográficas de trabajos apqrecidos con posterioridad, pero ello sólo ha sido posible en forma incompleta. Por tanto, debe considerarse como fecha final de la obra (salvo por lo que se refiere al Apéndice de Fonemática), la ya citada de la entrega del original a la imprenta.

Barcelona, septiembre de 1962.

EXPLICACION DE LOS SIGNOS FONETICOS Y ORTOGRAFICOS MAS USADOS

˘ Sobre una vocal señala la cantidad breve, como en lat. *păter*.

– Sobre una vocal señala la cantidad larga, como en lat. *māter*.

˛ Debajo de una vocal señala que es abierta, como en esp. *ovęja*, cat. *vęrge*.

. Debajo de una vocal señala que es cerrada, como en esp. *pẹcho*, cat. *primẹr*.

° Debajo de una consonante indica que se vocaliza, como en francés *arbr̥e*, inglés *litl̥e*, cf. § **3**.

⁀ Debajo de una vocal indica que se consonantiza, como en lat. *i̯am*, *u̯olo*, esp. *rei̯na*, *au̯ra*, cf. § **3**.

~ Sobre una vocal denota su nasalización, como en fr. *bõ* (ort. *bon*).

ə Vocal relajada como la *e* muda francesa, la *e* del alemán *Farbe* y la *a* ortográfica de voces catalanas, como *dona* (*dǫnə*), *cosa* (*cǫsə*), cf. § **9**.

ü *i* con avanzamiento de los labios, sonido de la *u* francesa y de la *ü* alemana.

ö Sonido de *eu* francesa o de *ö* alemana.

ḽ Prepalatal lateral, sonido de la *ll* española en *calle*.

ł Velar lateral. Es la pronunciación de la *l* inglesa y catalana, especialmente en fin de palabra, como en ingl. *all*, cat. *sol*.

ƀ Bilabial fricativa, sonido de la *b* española intervocálica.

ṭ ḍ ṣ — Una dental con un punto debajo debe ser pronunciada en forma cerebral, o sea replegando la punta de la lengua sobre el paladar. Sonido frecuente en sánscrito.

ph, bh, dh, th — Una oclusiva seguida de una *h* debe pronunciarse en forma aspirada, o sea articulando una oclusión seguida de una aspiración, por tanto *ph* no suena como *f*, sino simplemente *p + h*, como en ingl. *pot*.

k̂ ĝ — Guturales pospalatales. Este es el sonido que tienen en español las velares seguidas de vocal clara, como por ejemplo *que, qui, gue, gui*.

q g — Guturales velares. Este es el sonido que tienen en español las velares seguidas de vocal oscura, como *co, cu, go, gu*.

s — Alveolar fricativa sorda, como en español *paso*, cat. *serra*.

z — Alveolar fricativa sonora, como en español *rasgo*, cat. *casa*.

š — Prepalatal fricativa sorda, como en catalán *faixa, eixam*, fr. *chien*.

ž — Prepalatal fricativa sonora, como en catalán *ajudar*, fr. *jour*.

ŝ — Prepalatal africada sorda, como en español *ocho*, cat. *butxaca*, it. *cento*.

ẑ — Prepalatal africada sonora, como en español *yugo* y mejor cat. *homenatge, jutge*.

ŋ — Nasal velar, como en esp. *hongo*, cat. *blanc*.

x Velar fricativa sorda, el sonido de la *j* española.

þ Interdental sorda, el sonido de la *z* española.

ḥ En las palabras sánscritas equivale a una aspiración sorda muy débil. Es el resultado de la pronunciación relajada de la *s* final.

ṃ En las voces sánscritas es signo de nasalización, así *manaṃsi*, *aṃ* equivale al francés *an* en *lance* y *anse*.

* Un asterisco colocado a la izquierda de una palabra indica que es hipotética o conjetural, no atestiguada, así i. e. *esti.

> Señala el paso de un sonido o palabra a otro sonido o palabra, así lat. *patrem* > esp. *padre*.

< Señala que una palabra o sonido procede de otra palabra o sonido, así esp. *padre* < lat. *patrem*.

( ) Se escribe un sonido entre paréntesis para indicar que está condenado a desaparecer, así *part(i)s*, para indicar la caída de la *i*.

BIBLIOGRAFIA

1.—Obras generales

Badía = Antonio Badía Margarit, *Gramática histórica catalana*. Barcelona, 1959.

Battisti = Carlo Battisti, *Avviamiento allo studio del latino volgare*. Bari, 1949.

Bourciez = E. Bourciez, *Éléments de linguistique romane*. Paris, 1946[4].

Brugmann = K. Brugmann, *Abrégé de grammaire comparée des langues indoeuropéennes*. (Trad. de Bloch, Cuny y Ernout.) Paris, 1905.

Carnoy = A. Carnoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*. Bruselas, 1905.

Cousin = Jean Cousin, *Bibliographie de la langue latine 1880-1948*. Paris, 1951.

Desau = H. Desau, *Inscriptiones latinae selectae*. Berlin, 1940[2], 3 vols.

Díaz = M. C. Díaz y Díaz, *El latín de la Península Ibérica. Rasgos lingüísticos*, ELH, I, pp. 153-197.

Dieth = Eugen Dieth, *Vademecum der Phonetik*. Berna, 1950.

Ernout = A. Ernout, *Recueil de textes latins archaïques*. Paris, 1938.

Ernout, *Éléments* = A. Ernout, *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*. Paris, 1929[2].

Ernout, *Morphologie* = A. Ernout, *Morphologie historique du latin*. Paris, 1953.

Ernout-Meillet = A. Ernout et A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*. Paris, 1953[3].

Gili = Samuel Gili Gaya, *Fonética general*. Madrid, 1950.

Grandgent = C. A. Grandgent, *Introducción al latín vulgar*. (Traducción de F. de B. Moll.) Madrid, 1928.

Janssen = H. H. Janssen, *Historische Grammatica van het Latijn, I: De Klanken*. Den Haag, 1952.

Juret = A. C. Juret, *Manuel de phonétique latine*. Paris, 1921.

JURET, *Dominance* = A. C. JURET, *Dominance et resistance dans la phonétique latine*. Heidelberg, 1913.

KENT = R. G. KENT, *The sounds of latin*. (Ling. Soc. of America.) 1945[3].

KIECKERS = ERNST KIECKERS, *Historische lateinische Grammatik. 1 Teil: Lautlehre*. München, 1930.

KRETSCHMER = P. KRETSCHMER, *Introducción a la lingüística griega y latina*. (Trad. de Ramírez-Galiano.) Madrid, 1946.

LAPESA = RAFAEL LAPESA, *Historia de la Lengua Española*. Madrid, 1955[3].

LEUMANN = M. LEUMANN und J. B. HOFMANN, *Lateinische Grammatik*. (Refundición de la obra del mismo nombre de Stolz-Schmalz.) Handbuch der Altertumswissenschaft. München, 1928[5]

LINDSAY = W. M. LINDSAY, *The latin language*. Oxford, 1894.

MANIET = A. MANIET, *L'évolution phonétique et les sons du latin ancien*. Paris, 1957[3].

MARINER, *Inscripciones* = S. MARINER BIGORRA, *Inscripciones Hispanas en verso*. Barcelona, 1952.

MAROUZEAU = J. MAROUZEAU, *Lexique de terminologie linguistique*. Paris, 1943[2].

MAROUZEAU, *Introduction* = J. MAROUZEAU, *Introduction au latin*. Paris, 1941.

MAROUZEAU, *Prononciation* = J. MAROUZEAU, *La prononciation du latin*. Paris, 1936[2].

MEILLET = A. MEILLET, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*. Paris, 1934[7].

MEILLET-VENDRYES = A. MEILLET et J. VENDRYES, *Traité de grammaire comparée des langues classiques*. Paris, 1924.

MEYER-LÜBKE = W. MEYER-LÜBKE, *Introducción a la lingüística románica*. (Trad. de Américo Castro.) Madrid, 1926.

NAVARRO = T. NAVARRO TOMÁS, *Pronunciación española*. Madrid, 1932[4].

NIEDERMANN = MAX NIEDERMANN, *Précis de phonétique historique du latin*. Paris, 1953[3].

PIDAL = RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española*. Madrid, 1952[9].

PIDAL, *Orígenes* = RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*. Madrid, 1956[4].

PIRSON = J. PIRSON, *La langue des inscriptions latines de la Gaule*. Bibl. de la Faculté de Philosophie de Liège, fasc. XI, 1901.

PISANI = VITTORE PISANI, *Grammatica latina storica e comparativa*. Turín, 1948.

RUBIO = LISARDO RUBIO, *Documenta ad linguae latinae historiam inlustrandam*. Madrid, 1955.

SAUSSURE = FERDINAND DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*. Paris, 1922.

SCHULZE = W. SCHULZE, *Zur Geschichte der lateinischen Eigennamen*. Berlin, 1904.

SEELMANN = EMIL SEELMANN, *Die Aussprache des Lateins nach physiologisch-historischen Grundsätzen*. Heilbronn, 1885.

SOMMER = FERDINAND SOMMER, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*. Heidelberg, 1914^{2}.

SOMMER, *K. E.* = FERDINAND SOMMER, *Kritische Erläuterungen zur lateinischen Laut- und Formenlehre*. Heidelberg, 1914^{2}.

WALDE-HOFMANN = A. WALDE y J. B. HOFMANN, *Lateinisches etymologisches Wöterbuch*, I-III. Heidelberg, 1938-1956.

* *

2.—REVISTAS Y COLECCIONES

AJPh	= *American Journal of Philology*. Baltimore, 1880 y siguientes.
ALL	= *Archiv für lateinische Lexicographie und Grammatik*. Leipzig, 1884-1908.
ALMA	= *Archivum Latinitatis Medii Aevi* (Bulletin Du Cange). Bruselas, 1924 y sigs.
Arch. Ling.	= *Archivum Linguisticum*. Glasgow, 1949 y sigs.
CE	= *Carmina Latina Epigraphica*, ed. Fr. Bücheler, 1895-1897.
CGL	= *Corpus Glossariorum Latinorum*, ed. G. Goetz.
CIL	= *Corpus Inscriptionum Latinarum*.
CR	= *Classical Review*. Londres, 1907 y sigs.
ELH	= *Enciclopedia Lingüística Hispánica, dirigida por M. Alvar, A. Badía, R. de Balbín, L. F. Lindley Cintra*, tomo I. Madrid, C. S. I. C. 1960.
Emerita	= *Emerita*. Boletín de Lingüística y Filología Clásica. Madrid, 1933 y sigs.
Eranos	= *Eranos*. Acta Philologica Suecana. Gotemburgo, 1896 y sigs.
Gl.	= *Glotta*. Zeitschrift für griechische und lateinische Sprache. Gotinga, 1909 y sigs.
Helmantica	= *Helmantica*. Revista de Humanidades Clásicas. Salamanca, 1950 y sigs.
IF	= *Indogermanische Forschungen*. Berlin, 1892 y sigs.
JAW	= *Jahresbericht über die Fortschritte der Klassischen Altertumswissenschaft*. Leipzig, 1875 y sigs.
Latomus	= *Latomus*. Revue d'études latines. Bruselas. 1937 y siguientes.

MSL = *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris.* Paris, 1868 y sigs.
MH = *Museum Helveticum.* Revue suisse pour l'étude de l'antiquité classique. Basilea, 1944 y sigs.
REL = *Revue des Études Latines.* Paris, 1923 y sigs.
RPh = *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire Anciennes.* Paris, 1877 y sigs.
RFIC = *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica.* Turín, 1873 y sigs.
ThLL = *Thesaurus Linguae Latinae.*
ZRPh = *Zeitschrift für romanische Philologie.* Halle, 1877 y sigs.
ZVS = *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung.*

3.—Gramáticos antiguos

App. Prob. = Appendix Probi (siglo III d. J. C.).
Cap. = Caper (siglo II d. J. C.).
Cassiod. = Cassiodorus (a. 487-583 d. J. C.).
Charis. = Charisius (siglo IV d. J. C.).
Cic. = Cicero (a. 106-43 a. J. C.)
Consent. = Consentius (aprox. siglo V d. J. C.)
Diomed. = Diomedes (segunda mitad siglo IV d. J. C.).
Fest. = Festus (siglo II d. J. C. ?)
Gell. = Gellius (Aulus) (siglo II d. J. C.)
Mar. Victor. = Marius Victorinus (siglo IV d. J. C.)
Paul. = Paulus Diaconus (a. 725-797 d. J. C.)
Pomp. = Pompeius (siglo V d. J. C.)
Prisc. = Priscianus (aprox. a. 500 d. J. C.)
Prob. = Probus (siglo I d. J. C.).
Quint. = Quintilianus (aprox. a. 35-95 d. J. C.)
Serv. = Servius (aprox. a. 400 d. J. C.)
Sidon. = Sidonius (aprox. a. 430-480 d. J. C.)
Ter. Maur. = Terentianus Maurus (finales siglo II d. J. C.)
Ter. Scau. = Terentius Scaurus (siglo II d. J. C.)
Varr. = Varro (a. 116-27 a. J. C.)
Vel. Long. = Velius Longus (siglo II d. J. C.)

ABREVIATURAS

Lenguas y dialectos

al.	= alemán	ingl.	= inglés
cat.	= catalán	ital.	= italiano
dór.	= dórico	jón.	= jónico
esp.	= español	lat.	= latín
etr.	= etrusco	lat. vulg.	= latín vulgar
fr.	= francés	osc.	= osco
germ.	= germano	port.	= portugués
gót.	= gótico	prov.	= provenzal
gr.	= griego	scr.	= sánscrito
hom.	= homérico	umbr.	= umbro
i e.	= indoeuropeo		

I

NOCIONES DE FONÉTICA GENERAL

1. Fonética es aquella parte de la Gramática que estudia la naturaleza y evolución de los sonidos considerados, ya en sí mismos, ya en relación con otros fenómenos lingüísticos [1].

Antes de proceder al estudio de los sonidos propiamente latinos, consideramos necesarios unos conocimientos previos de fonética general sobre los sonidos (producción y clasificación), la sílaba, el acento, las leyes fonéticas y los cambios de los sonidos. Estas nociones no sólo facilitarán la mejor comprensión de la disciplina que estudiamos, sino que permitirán establecer una conexión más estrecha con los fenómenos fonéticos de otras lenguas, en especial con los del español.

1.—Los sonidos

a) *Producción de los sonidos y clasificación* [2]

2. El aire expulsado de los pulmones, que actúan como el fuelle de un órgano, sale por los bronquios y

[1] Aunque para muchos los términos Fonética y Fonología son idénticos, no obstante actualmente se consideran totalmente distintos, en el sentido que la Fonética opera sobre los sonidos y la Fonología sobre los fonemas. Para fijar la diferencia entre ambos conceptos, observaremos que cuando hablamos nos esforzamos en articular unos sonidos, pero no siempre estos sonidos que reproducimos reflejan el patrón ideal (fonema) a que tratamos de ajustarnos. Podemos, por tanto, decir que un fonema es un esquema mental; en cambio, sonido, un hecho lingüístico. En el apéndice que sigue a esta obra hallará el lector una exposición sucinta de las nuevas concepciones y métodos fonológicos aplicados a la lengua latina, así como bibliografía sobre estos mismos temas.

[2] Navarro, § 8 ss.; Gili, p. 64 ss.; Dieth, § 100 ss.; Badía

la tráquea hasta alcanzar la laringe, tubo corto y ancho. En el centro del mismo y cortando perpendicularmente sus paredes se hallan las cuerdas vocales, en realidad dos membranas que se oponen entre sí a la manera de labios. Las cuerdas vocales pueden estar en contacto o bien separarse, dejando entre ellas una abertura que se designa con el nombre de glotis. La corriente de aire al llegar a la glotis choca con las cuerdas vocales. Si están separadas, el aire pasa libremente, no se produce ninguna vibración y el sonido es percibido como sordo. Si, por el contrario, las cuerdas vocales están en contacto entre sí, la presión del aire espirado obliga a las cuerdas a vibrar, o sea, a separarse y acercarse rápidamente. Estas vibraciones se comunican a la corriente de aire espirado y el sonido es percibido como sonoro. Franqueada la glotis, el aire espirado asciende a la faringe, desde donde se le ofrecen dos caminos para salir al exterior. En efecto, si el velo del paladar (la campanilla) está levantado en forma que toque la cara posterior de la faringe, la salida se produce por la boca; si, por el contrario, el velo del paladar está caído, la salida se produce por las fosas nasales. En el primer caso el sonido será bucal u oral; en el segundo, nasal.

3. Los sonidos se dividen en consonantes y vocales. Se caracterizan las primeras por el hecho de que los órganos que intervienen en su articulación cierran momentáneamente por completo el paso del aire u obstaculizan sólo su salida, produciendo una estrechez por donde pasa el aire rozando. En el primer caso las consonantes se llaman oclusivas; en el segundo, constrictivas. Las vocales, por el contrario, se caracterizan porque el aire, después de haber franqueado la glotis, pasa sin obstáculo a través de la vía bucal o nasal.

Se desprende de lo dicho que las consonantes y las vocales difieren sólo por el grado menor o mayor de abertura de los órganos de articulación, de ahí que se produzcan con frecuencia interferencias entre ellas, en el

---

§ 23 ss., con abundante bibliografía; SAUSSURE, p. 66 ss.; PIDAL, § 5 ss., con bibliografía.

sentido de que las vocales más cerradas (*i*, *u*) pueden consonantizarse y las consonantes más abiertas (*r*, *l*, *m*, *n*), vocalizarse. En efecto, palabras como *Diana*, *suave* pueden pronunciarse articulando *Dįana* o *Diįa-na*, *sųave* o *suųave*. En el primer caso los fonemas *i*, *u* actúan como consonantes, en el segundo como vocales. Inversamente, en palabras como en francés *arbre* y en inglés *little*, la *r* y la *l* actúan como vocales. Estos sonidos que tienen la posibilidad de usarse indistintamente como vocales o consonantes, se designan con el nombre de sonantes

b) *Vocales*

4. Las vocales se distinguen unas de otras por el timbre, la abertura, la cantidad, etc. [3].

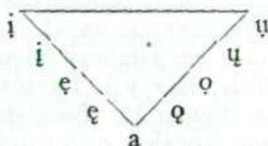
Entendemos por timbre el sonido característico y distintivo de las vocales. Viene éste determinado por la posición de la lengua en relación con el paladar. En efecto, al pronunciar la *a*, la lengua tiene normalmente una posición plana, sin inclinarse hacia adelante o hacia atrás; al pronunciar la *e* y la *i*, la parte anterior de la lengua se eleva hacia la parte delantera del paladar (avanzando gradualmente hacia fuera); en cambio, al pronunciar la *o* y la *u*, se retrae hacia el interior de la boca y su postdorso se acerca al velo del paladar. Por esto, los variados matices de la *e* y la *i* constituyen la serie anterior o palatal, y los de la *o* y *u*, la serie posterior o velar.

5. La abertura de las vocales es una consecuencia de la abertura de la boca al pronunciarlas El grado máximo de abertura corresponde a la *a*, y el mínimo a la *i* y la *u*, de ahí la clasificación en vocales abiertas y cerradas. En la transcripción fonética se señalan las vocales abiertas con una coma debajo de ellas, y las cerradas, con un punto. El siguiente gráfico, inspi-

---

[3] GILI, p. 96 ss.; DIETH, p. 204 ss.; NAVARRO, § 33 ss.; PIDAL, § 5 ss. Cf. también más adelante § **315**.

rado en el famoso triángulo de Hellway, facilitará la comprensión de las zonas de articulación y del grado de abertura:



6. Los labios en la articulación de las vocales velares toman generalmente una posición redondeada (⊂⊃), y en la articulación de las palatales, oblonga (—). Sin embargo, en muchos idiomas existen también vocales palatales pronunciadas redondeando los labios; tal sucede en francés, por ejemplo, con palabras como *mur* y *soeur* (vocales labializadas).

7. Según la posición del velo del paladar, las vocales pueden clasificarse en orales y nasales. En latín, como en español, la nasalización tiene escasa importancia; en cambio, en otros idiomas, como el francés, adquiere mucho relieve. Se indica la nasalización con un tilde sobrepuesto a la vocal, o sea *ã*, *ẽ*.

8. Las vocales pueden distinguirse también por la cantidad[4], de ahí la distinción entre vocales largas y breves. Los gramáticos antiguos afirmaban que las largas duraban el doble que las breves, pero las mediciones efectuadas con aparatos registradores demuestran que la diferencia es mucho mayor; así, incluso en un idioma como el español en el que la cantidad cuenta poco, la diferencia entre largas y breves puede oscilar entre cuatro y veinte centésimas de segundo. En alemán e inglés, las largas pueden alcanzar hasta cuarenta centésimas de segundo.

9. Las vocales átonas si no se pronuncian con suficiente cuidado tienden a relajarse. Como ejemplo de

---

[4] GILI, p. 39 ss.; NAVARRO, § 21; DIETH, § 515 ss.

estas vocales podemos citar la *e* muda francesa y la *a* ortográfica catalana en palabras como *cosa* (= cǫsə) *dona* (= dǫnə). Fonéticamente se transcribe en forma de una *e* invertida, o sea, *ə*.

c) *Semivocales y diptongos* [5]

10. Normalmente cada vocal constituye una sílaba o el centro de una sílaba, pero cabe también pronunciar dos vocales en una sola emisión de voz, formando con ellas un diptongo. Para lograrlo es necesario que una de las vocales pierda su carácter vocálico y se convierta en simple acompañante de la otra, o sea, que se consonantice. Las vocales consonantizadas se designan con el nombre de semivocales Esta transformación se consigue, como hemos ya indicado, abreviando las vocales en cuestión y pronunciándolas en forma más cerrada. La consonantización de la *i* y *u* es frecuente; en cambio, ya no lo es tanto la de la *e* y *o*. Cuando se produce a causa de la disminución de la abertura, se altera su timbre sonando como *i* y *u*, respectivamente. Obsérvense en el habla vulgar pronunciaciones como *tiatro* = teatro, *tuaḷa* = toalla. La *a*, a causa de su gran abertura, no experimenta este cambio. Sobre el uso en latín de la *i* y *u* con valor de semivocales, véase **201** ss.

11. Los diptongos pueden ser de tensión creciente o decreciente; los primeros están formados por semivocal y vocal (*ia, ie, io, ua, ue, uo*), los segundos por vocal y semivocal (*ai, ei, oi, au, eu, ou*). En latín clásico, sin embargo, la serie de tensión creciente no forma diptongos [6].

---

[5] GILI, p. 107 ss.; NAVARRO, §§ 13 y 66; DIETH, p. 200 ss. y 396 ss. Cf. también más adelante, **§§ 314 y 316.**

[6] Es indudable que el valor fonético de las semivocales es distinto según si preceden o siguen a la vocal con que forman diptongo; de ahí que los tratadistas de fonética española distingan entre semiconsonante (por ej. *tiempo*) y semivocal (por ejem-

d) *Consonantes* [7]

12. Las consonantes pueden clasificarse tomando como punto de referencia el modo y el punto de articulación.

Por lo que atañe al modo de articulación se subdividen en oclusivas y constrictivas (cf. **3**). Estas últimas, a su vez, vuelven a subdividirse en fricativas o sibilantes (*f*, *v*, *s*), vibrantes (*r*), líquidas (*l*), según si, al estrecharse el canal bucal, el aire al salir produce un sonido de frotación, de vibración o de un líquido al derramarse.

En el latín clásico no existía la articulación africada, que consiste en una oclusión momentánea que se resuelve en una fricación (cf. **14**).

También, como modalidades de la articulación, debemos registrar la acción de las cuerdas vocales, cf. **2** (de donde la distinción entre consonantes sordas y sonoras), así como la posición del velo del paladar, cf. **2** (de donde la clasificación de consonantes orales y nasales).

13. Por punto de articulación se entiende el lugar donde se produce el contacto o aproximación de los órganos que articulan el sonido. A este respecto podemos establecer para el latín clásico los siguientes *grupos de consonantes*: bilabiales (un labio actúa contra otro: *p*, *b*, *m*); labiodentales (el labio inferior se apoya contra el borde de los incisivos superiores; *f*); dentales (la punta de la lengua se apoya en la cara interior de los incisivos superiores: *d*, *t*, *n*, *s*); alveolares (la punta de la lengua se apoya contra los alvéolos de los dientes superiores: *l*, *r*); velares (el postdorso de la lengua se apoya sobre un punto cual-

---

plo *aire*). En latín clásico esta distinción es innecesaria, pues la serie creciente, como ya hemos indicado, no forma diptongo.

[7] Gili, p. 111 ss.; Navarro, § 12 ss.; Dieth, p. 168 ss., 413 ss. y 434 ss.; Saussure, p. 87 ss.; Pidal, § 32 ss. Cf. también más adelante, § **317**.

quiera del velo del paladar según la naturaleza de la vocal siguiente: *c* (*k*, *q*), *g*, *ŋ*).

14. En el latín vulgar y tardío adquirieron mucha importancia los sonidos palatales (o prepalatales). Estos sonidos se articulan poniendo en contacto el dorso de la lengua con el paladar duro. Figuran entre estos sonidos los siguientes: fricativa sonora *ž* (cat. *jove*, fr. *jour*), y sorda *š* (cat. *això*, fr. *chien*); las africadas sonoras *ẑ* (cat. *metge*, *homenatge*), y sorda *ŝ* (cat. *butxaca*, esp. *ocho*); la nasal *ṇ* (esp. *año*); la líquida *ḷ* (esp. *calle*), etc.

15. En el cuadro que sigue aparecen agrupadas las consonantes del latín clásico de acuerdo con su modo y punto de articulación:

Modo de articulación			Punto de articulación				
			labiales	labio-dentales	dentales	alveo-lares	velares
oclusivas	orales	sordas	p		t		c(k, q)
		sonoras	b		d		g
	nasales		m		n		ŋ
constrictivas	fricativas			f	s		
	vibrantes					r	
	líquidas					l	ł

e) *Los tiempos de la articulación* [8]

16. Se deduce de todo lo expuesto que para la articulación completa de un sonido son necesarios tres tiempos: puesta en posición de los órganos articulatorios (implosión), mantenimiento de los órganos en

[8] Gili, p. 73 ss.; Navarro, § 14; Dieth, p. 218 ss.; Saussure, p. 79 ss.; Maniet, § 3; Juret, p. 26 ss.

esta posición un cierto tiempo (tensión), relajación o distensión de los órganos (explosión). En una palabra como *capa*, percibimos que para articular la *p* empezamos con una implosión consistente en cerrar los labios, mantenemos éstos unos instantes en esta posición (tensión) y finalmente los abrimos (explosión). Sin embargo, para articular un sonido, sólo dos de los tiempos reseñados son indispensables, pudiendo faltar la implosión o la explosión, pero nunca la tensión; así, mientras la *p* de *capa* ofrece las tres fases, este mismo fonema en posición inicial absoluta (*padre*) o seguido de otra oclusiva que tenga distinto punto de articulación (*apto*) carece, respectivamente, de las correspondientes implosión o explosión. En el primer caso llamaremos a la *p*, explosiva (por carecer de la implosión); en el segundo, implosiva (por carecer de la explosión). Lo dicho explica la clasificación de los sonidos en explosivos e implosivos.

Una consonante geminada [9] como en la palabra italiana *ecco* o catalán *ombrel·la*, no consta realmente de dos fonemas, sino de uno solo integrado por una implosión, una tensión de mucha duración y finalmente la explosión. La duración anormal del segundo tiempo (tensión) es lo que produce la falsa impresión de que el fonema es geminado.

2.—La sílaba [10]

17. Todas las palabras comprendidas entre dos pausas, y por tanto pronunciadas sin interrupción, constituyen un grupo fonético. Mas este grupo está también integrado, a su vez, por otras unidades fonéticas más pequeñas y subordinadas al grupo, las cuales vienen a ser como los eslabones de la cadena sonora que representa el grupo. Estas pequeñas unidades aparecen constituidas no por palabras, sino por sílabas y, además, ofrecen la particularidad de que no se

[9] Dieth, p. 415 ss.; Maniet, § 3 Remarque.
[10] Gili, p. 83 ss.; Navarro, § 26; Dieth, p. 374; Saussure, p. 77, 86 ss.; Maniet, § 10.

pronuncian en el mismo tono, sino que se inflexionan, pudiendo distinguir en ellas una tensión y una distensión (/\). En el punto de confluencia de estos movimientos se registra un sonido más perceptible llamado ápice de la sílaba (o bien punto vocálico) Estos tres elementos son indispensables para la existencia de las sílabas; en cambio, el número de sonidos necesarios para constituir una sílaba es muy variable, pues una sílaba puede constar de un solo sonido, siempre que éste pueda inflexionarse en forma ascendente y descendente, como sucede con las vocales, o de varios sonidos, a condición de que formen como dos tramos, el primero integrado por sonidos cuya sonoridad sea ascendente, y el segundo, descendente. En la confluencia de los dos tramos se halla el ápice de la sílaba con la máxima sonoridad; así, en una palabra como *trans*, si sustituimos las letras por el número que les corresponde en la escala de sonoridad [11], obtendremos el siguiente esquema: **0. 3. 7. 2. 1.** En consecuencia, las dos primeras letras o sonidos integran el tramo ascendente, las dos últimas el descendente En la confluencia de los dos tramos (número 7) se halla el ápice de la sílaba.

18. La aplicación de los conceptos que acabamos de exponer servirá también para poder fijar con más exactitud los límites de las sílabas, o sea, el punto donde termina una sílaba y empieza otra. A este respecto podemos afirmar que este límite lo constituye todo sonido contiguo a otros dos más fuertes, de acuerdo, naturalmente, con la escala de perceptibilidad ya indicada: en una palabra como *monte*, cuya escala de perceptibilidad es **2.6.2.0.6**, el límite de las

---

[11] Desde el punto de vista acústico, los sonidos se diferencian por su perceptibilidad, o sea, por la mayor o menor intensidad con que, en igualdad de condiciones, hieren a nuestro oído. A este respecto se ha fijado la siguiente escala de perceptibilidad o sonoridad: oclusivas **0**, fricativas **1**, nasales **2**, vibrantes y líquidas **3**, semivocales **4**, vocales *i*, *u* **5**, vocales *e*, *o* **6**, vocal *a* **7**. Cf. NAVARRO, § **24**; GILI, p. **21** ss.; SAUSSURE, p. **70** ss.; DIETH, p. **165**

sílabas se hallará en el sonido *t* (número **0**), el único que se halla situado entre otros dos más fuertes.

19. Como ya hemos indicado, la máxima perceptibilidad dentro de la sílaba corresponde al ápice o punto vocálico. Este, generalmente, aparece representado por vocales, pues son éstas los sonidos más abiertos y por tanto más perceptibles; sin embargo, como el mayor grado de perceptibilidad no tiene que ser absoluto, sino sólo relativo, es suficiente que un fonema aventaje en sonoridad a los otros fonemas con que está en contacto para poder actuar como ápice silábico; de ahí que no sólo las vocales, sino que también las consonantes pueden asumir este cometido. Ya hemos aludido al hecho de que en muchas lenguas las sonantes, que tienen una perceptibilidad bastante acusada, actúan con frecuencia como puntos vocálicos (cf. **3**), pero incluso las fricativas pueden asumir esta función; así, en la interjección *pst*, la *s* debe ser considerada como punto vocálico.

3.—El acento [12]

20. Acentuar es pronunciar una sílaba con más relieve. Para ello existen dos procedimientos: hacer vibrar, por medio de la corriente de aire espirado, con más fuerza las cuerdas vocales, o bien, sin alterar la intensidad del aire espirado, poner las cuerdas vocales en mayor tensión. En el primer caso la sílaba acentuada suena con más intensidad, con más energía («acento intensivo»); en el segundo se produce una elevación del tono de la voz y la sílaba suena como más aguda («acento melódico o tónico»). Estos dos sistemas no se excluyen; antes, por el contrario, se interfieren entre sí en proporción diferente. Cuando se dice, por tanto, que una determinada lengua posee el acento de intensidad o el melódico, debe entender-

---

[12] Gili, p. 27 ss.; Navarro, § 23; Dieth, p. 72 ss.; Maniet, § 13.

se tal aserto en el sentido de que este acento es el que predomina. Como ejemplo de una lengua con acento melódico podemos citar el griego clásico (las sílabas acentuadas eran una quinta más altas), y como ejemplo de acento intensivo basta referirnos al español.

21. La palabra acento (etimológicamente deriva de *ad-cantum*) es un calco del término griego προσῳδία «canto que se añade a algo»; por tanto, presupone un acento melódico y debería reservarse este término para lenguas con acento musical; no obstante, se usa indistintamente para designar tanto el acento melódico como el intensivo. Igual incongruencia representa el empleo de términos como «agudo», «grave» con referencia a modalidades del acento intensivo.

22. La sílaba que en una palabra es acentuada con más fuerza, se designa con el nombre de «tónica»; las restantes son llamadas «átonas». Aparte de la anomalía que representa emplear estos términos de índole musical tratándose de lenguas con acento intensivo, debemos observar que las sílabas átonas no carecen totalmente de acento. En realidad existe una gradación, en el sentido de que una sílaba es más acentuada y las otras lo son menos y en grado distinto entre ellas. Al pronunciar una palabra como *hermandad*, observamos que el acento principal cae en la última sílaba, pero la primera, si bien es pronunciada con menos fuerza que la última, acusa, a su vez, una mayor intensidad que la segunda. Podemos, por tanto, afirmar que esta primera sílaba lleva un acento secundario.

23. Otro extremo importante en lo que atañe a la teoría del acento, es el que se refiere a la posición del acento en la palabra o, dicho de otro modo, a la sílaba sobre la que recae el acento. Existen a este respecto tres posibilidades:

1) Acento fijo. En este caso el acento cae siempre sobre la misma sílaba. Como ejemplo pueden citarse las lenguas germánicas, que generalmente acentúan la sílaba inicial.

2) Acento condicionado. La posición del acento viene condicionada por determinadas particularidades de tipo fonético, morfológico o funcional (extensión de la palabra, naturaleza de la sílaba, flexión, oficio de la palabra en la frase). La lengua latina posee un acento de este tipo.

3) Acento libre o tradicional. La posición del acento viene determinada sólo por la tradición, sin estar vinculado a ninguna sílaba determinada ni condicionado por ningún requisito especial.

24. Las palabras, pronunciadas por separado, tienen cada una de ellas su acento propio; no obstante, cuando se agrupan formando una frase, a veces alguna de ellas pierde o debilita su acento subordinándose en torno al acento dominante de otras. Frases como *te lo advertí*, *dímelo*, *cabeza a pájaros*, suenan en realidad como si no se vieran afectadas más que por un solo acento. Las palabras que se subordinan al acento de la palabra que sigue, se designan con el nombre de proclíticas; las que se apoyan en el acento de la palabra precedente, enclíticas [13].

Las palabras que con mayor facilidad pierden el acento son los pronombres, preposiciones, conjunciones y partículas, especialmente si constan de pocas sílabas; en cambio, rara vez experimentan esta delibilitación los sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios y formas pronominales enfáticas, hasta el punto de que cuando alguna de estas palabras deja de acentuarse, no se usa ya en su significado propio, sino que equivale a una preposición o partícula, por ejemplo *cuesta* (= *hacia*) *arriba*, *cara* (= *frente*) *al sol*.

25. Hasta aquí nos hemos referido al acento silábico, pero conviene tener presente que existe otro acento que afecta al conjunto de palabras que integran una frase entera [14]. En efecto, cada frase tiene una determinada entonación o línea melódica. Generalmente se inicia la frase en un tono más bajo que el normal, luego va elevándose más o menos gradual-

---

[13] GILI, p. 31 ss.; NAVARRO, § 27.
[14] GILI, p. 54 ss.; NAVARRO, § 181 ss.

mente hasta alcanzar el tono normal que coincide generalmente con la primera sílaba acentuada. A partir de este punto, la entonación puede seguir dos caminos: ascendente el uno y descendente el otro, según la frase. Varía, pues, esta línea melódica no sólo de una lengua a otra, sino también dentro de una misma lengua según las frases (enunciativas, interrogativas, exclamativas, etc.). Este acento no puede ser nunca fijo como el silábico, sino que varía de acuerdo con la naturaleza de la frase que caracteriza.

4. Leyes fonéticas y analogía [15]

26. Los sonidos de un idioma no permanecen invariables, sino que cambian y se transforman. Durante mucho tiempo los gramáticos se limitaron a reseñar estos cambios sin saber explicar la dirección ni el sentido de estas transformaciones. Faltaba un punto de referencia seguro. Este punto de referencia fue establecido en el pasado siglo con el descubrimiento de las llamadas leyes fonéticas. Partiendo del supuesto que los movimientos articulatorios son mecánicos, se consideró que la dirección de los cambios fonéticos era siempre la misma, dentro de una época determinada, para todos los miembros de una misma comunidad, salvo en el caso de surgir diferencias dialectales o producirse interferencias con otros cambios fonéticos [16]. En una palabra, los cambios que regulan el devenir de un idioma están sujetos a leyes fonéticas inexorables y sin excepciones dentro de los límites señalados.

27. El principio de la inexorabilidad de las leyes fonéticas se completó con el de la acción de la analo-

---

[15] Kretschmer, p. 44 ss.; Maniet, § 19; Gili, p. 154 ss.; Niedermann, § 2; Saussure, p. 132; Leumann, § 11; Sommer, § 10.

[16] Las leyes fonéticas tienen por tanto validez sólo dentro de un área geográfica y una época determinada. Traspasados estos límites, los sonidos afectados por una ley quedan inmunes a la misma. Cada época tiene, pues, sus leyes fonéticas propias.

gía, o sea, la influencia asimiladora y niveladora que sufren y ejercen entre sí las formas que habitualmente se asocian o están en estrecha conexión. Tal sucede con las distintas formas del paradigma o con las palabras que desempeñan una misma función sintáctica. Por ejemplo, la palabra *arbor* debería terminar en *s* (*arbos*), por ser un tema en *s* y subsistir la fricativa en final de palabra. El cambio de *s* en *r* se debe no a la influencia de una ley fonética, sino a la analogía con los restantes casos del paradigma (*arboris, arborem*...), en que la *s* temática, por hallarse entre vocales, se convertía en *r*, de acuerdo con la ley de rotacismo.

Se contraponían las leyes fonéticas y la analogía en el sentido que se atribuía a las primeras un carácter especialmente físico, a las segundas, psíquico Se consideraba que las unas actuaban en forma mecánica e inexorable sin preocuparse por el significado o función de las palabras; las otras, en cambio, se atenían al significado, y su actuación era irregular e imprevisible, probablemente porque los procesos psíquicos son mucho más complejos y sutiles que los físicos En el juego recíproco de ambos principios (leyes fonéticas y analogía) se apoyó generalmente la investigación lingüística de finales de siglo (neogramáticos).

28. El ya citado principio de la inexorabilidad de las leyes fonéticas, que nunca había dejado de tener sus detractores, sufrió un fuerte embate a la luz de los datos que aportó la geografía lingüística. Al registrarse la forma cómo se propagan las palabras dentro de una comunidad lingüística, pudo comprobarse que la uniformidad de los cambios lingüísticos es mucho menor de lo que reclama el dogma de la inexorabilidad de las leyes fonéticas. En la actualidad son muchos los investigadores que niegan dicho principio y lo reputan incluso perjudicial. A su juicio, cada palabra tiene su propia y peculiar historia, lo cual equivale a decir que no hay enfermedades, sino enfermos.

Dejando, no obstante, de lado posiciones extremistas, es innegable que los cambios fonéticos, en líneas

generales, se verifican con una evidente regularidad; pero a esta regularidad no debe atribuírsele un carácter fatal e inexorable; antes, por el contrario, conviene dejar un amplio margen a las excepciones y discrepancias debidas no sólo a la acción de la analogía, sino a otros muchos factores, sutiles a veces e imponderables, como son la ley del menor esfuerzo que relaja los sonidos, el afán instintivo de evitar que se confundan dos sonidos afines por lo cual se profundiza la diferencia existente entre ellos, la transmisión de la lengua (no siempre se reproducen exactamente los sonidos de una generación a otra), la etnología (teoría de los sustratos), la situación política, religiosa, social, la moda, etc.

5.—Cambios fonéticos [17]

29. Es frecuente distinguir entre cambios fonéticos espontáneos y condicionados. Los espontáneos se producen como resultado de una causa interna; los condicionados son el resultado de la presencia o influencia de otros sonidos.

Los cambios fonéticos condicionados acostumbran a agruparse dentro de las cuatro categorías siguientes: asimilación, diferenciación, disimilación y metátesis.

30. Asimilación.—Fonéticamente se explica como consecuencia de la propagación de los movimientos articulatorios de un sonido sobre otro. La asimilación —resultado de la ley del menor esfuerzo— puede producirse entre sonidos que están en contacto o separados por otros sonidos (asimilación a distancia). Tanto en un caso como en otro, la asimilación puede ser total o parcial, progresiva o regresiva. La asimilación es total cuando un sonido se convierte en idéntico a otro; así, *colloquium* < *conloquium; bibo* < *pibo* (asimilación a distancia); parcial cuando se aco-

[17] Maniet, § 16; Gili, § 158; Kretschmer, p. 57 ss; Saussure, p. 168.

moda un sonido a otro tomando sólo algunas de sus características, así, *actus* < *agtus* (la velar ha cambiado sólo su modo de articulación). La asimilación es progresiva cuando el segundo sonido se asimila al primero, así, *ferre* < *ferse;* regresiva cuando, por el contrario, es el primer sonido que se adapta al segundo, como *colloquium* < *conloquium*, *actus* < *agtus*.

31. Diferenciación.—Se rompe la continuidad articulatoria en el curso de la emisión de un fonema único o de dos fonemas en contacto. En el primer caso se segmenta un sonido (por ej. al diptongar una vocal); en el segundo se ahonda la diferencia entre dos sonidos (así, *potlom* > *poclom*), o se desarrolla entre ellos un sonido parásito (*sumsi*>*sumpsi*).

32. Disimilación[18].—Es el fenómeno fonético en virtud del cual un sonido se transforma (*peregrinus* > *pelegrinus*), o se suprime (*crebresco* > *crebesco*) cuando se encuentra en la proximidad de otro sonido que ofrece características articulatorias afines. En el primer caso la disimilación se llama parcial, en el segundo, total.

La disimilación se debe a la dificultad de repetir dos movimientos articulatorios iguales a la velocidad con que se habla. Generalmente, el sonido que se impone (llamado disimilador) se pronuncia con más fuerza o tiene una mayor significación para la conciencia del hablante. La razón, por tanto, de su preponderancia puede ser de índole física o psíquica.

Los sonidos más afectados por la disimilación son las líquidas, vibrantes y nasales. Al igual que la asi-

---

[18] En realidad la disimilación es muy afín a la diferenciación. En ambos casos se rompe la continuidad de un movimiento articulatorio. Por este motivo se consideraba hasta hace poco la diferenciación como una disimilación entre dos sonidos en contacto. Sin embargo, no es lo mismo deshacer una posición articulatoria que evitar un movimiento articulatorio entre dos sonidos contiguos. Por todo ello actualmente se distingue entre la diferenciación (antiguamente disimilación en contacto) y la disimilación.

milación, la disimilación puede ser progresiva y regresiva.

33. Metátesis.—Es el trastrueque o cambio de lugar de uno o dos sonidos en el interior de una palabra. El sonido que se desplaza puede seguir manteniendo el contacto con el otro sonido con el que se agrupa etimológicamente (metátesis en contacto: *oblitare* > *olvidar*), o bien separarse de dicho sonido y agruparse con otros más distantes (metátesis de distancia: así *cloaca* se pronunciaba a veces en latín *coacla*). La metátesis puede ser también doble o recíproca en el sentido que dos sonidos cambian sus lugares respectivos (*parabola* > *palabra*).

La metátesis responde por lo general al deseo de hacer más fácil la pronunciación de una palabra

II

HISTORIA DE LA LENGUA LATINA

SOMMER, § 1 ss.; KIECKERS, § 1 ss.; MEILLET-VENDRYES, § 12 ss.; KRETSCHMER, p. 212 ss.; LEUMANN, § 1 ss.; MAROUZEAU, *Introduction*, p. 74 ss.; BRUGMANN, § 7; G. DEVOTO, *Storia della lingua di Roma*, Bolonia², 1943; J. COUSIN, *Evolution et structure de la langue latine*, Paris, 1944; F. ALTHEIM, *Gesch. d. Lat. Spr.*, Frankfurt, 1951; A. MEILLET, *Esquise d'une histoire de la langue latine*, Paris⁵, 1946; L. R. PALMER, *The Latin Language*, Londres, 1954.

Consideramos conveniente, antes de proceder al estudio de la fonética propiamente dicha, señalar a grandes rasgos las líneas generales que siguió la lengua latina en su evolución, pues muchas de las mutaciones fonéticas guardan estrecha conexión con las vicisitudes históricas y culturales de los pueblos. Existen numerosas y excelentes obras que estudian la historia de la lengua latina, algunas de las cuales reseñamos en la nota bibliográfica que antecede y cuya lectura recomendamos encarecidamente. En los párrafos que siguen recogemos sólo los datos que consideramos más importantes para que el lector pueda formarse una idea clara del camino seguido por la lengua latina a través de los siglos. Nos limitaremos, por tanto, a reseñar brevemente la situación lingüística de la Italia primitiva con anterioridad al predominio del latín, así como a la evolución general que siguió la lengua latina hasta desembocar en el período románico. Cerrarán el capítulo unas breves indicaciones sobre los métodos lingüísticos y las fuentes de que disponemos para el estudio del latín.

1.—LENGUAS HABLADAS EN LA ITALIA PRIMITIVA

34. El examen de un mapa lingüístico de la Italia primitiva ofrece un aspecto abigarrado y confuso. Un verdadero mosaico de lenguas y dialectos cubría la

península apenina a principios del primer milenio a. de J. C. Destacaba en primer lugar, por su mayor extensión geográfica, un grupo lingüístico al que se designa con el nombre de Itálico primitivo. Coexistían con ese grupo otras muchas lenguas, unas también de entronque indoeuropeo; otras, como el etrusco, de clasificación incierta y difícil.

a) *Grupo Itálico*

35. El grupo llamado Itálico no era, a pesar de su nombre, de ascendencia itálica o autóctona. En realidad formaba parte de una gran familia lingüística surgida en el cento de Europa, a la que pertenecen entre otros los siguientes idiomas: indo antiguo (védico, sánscrito), iranio, armenio, báltico, eslavo, celta, griego, hitita, tocario, etc. Se designa esta familia con el nombre arbitrario de indoeuropeo (y también indogermánico). Una rama, pues, de esta familia penetró en Italia por el Norte a principios del primer milenio a. de J. C.[1] y se extendió por la Italia central y meridional absorbiendo a la población indígena. La lengua hablada por estos pueblos se designa con el nombre de Itálico primitivo[2]. La falta de comunicaciones y el consiguiente aislamiento en que vivían las distintas tribus de estos pueblos invasores determinaron la

---

[1] Esta fecha es, naturalmente, hipotética, aunque la más generalmente atribuida. No faltan, sin embargo, quienes la retrotraen a época más antigua; cf. F. SPECHT, *Herkunft der Griecher und Römer*, *Lexis* 3 (1953), pp. 69-74. Sobre este problema, cf. H. KRAHE, *Die Indogermanisierung Italiens*, Heidelberg, 1949, p. 31 ss.

[2] Se ha puesto también actualmente en duda que las distintas lenguas itálicas hayan formado primitivamente una unidad lingüística y que, por tanto, haya existido el itálico primitivo, común a todas ellas. Cf. W. PORZIG, *Die Gliederung des idg. Sprachgebiets*, Heidelberg, 1954, p. 97 ss.; J. LOHMANN, *Lexis*, 3 (1953), pp. 169-217. También DEVOTO, en la obra citada al principio de este capítulo, cree que las afinidades existentes entre el grupo latino-falisco y osco-umbro se deben no a haber formado una unidad lingüística con anterioridad a su penetración en Italia, sino a su coexistencia en el suelo itálico con posterioridad a su entrada en la península.

rápida formación de varios dialectos. Estos dialectos se clasifican en dos grupos: a) el latín con los dialectos latinos y el falisco; b) el osco-umbro.

36. El latín se hablaba en el Lacio —región situada en torno al «mons Albanus»—, pero ni siquiera en los estrechos límites de esta región existía una auténtica unidad lingüística. Los testimonios epigráficos evidencian divergencias importantes entre el latín de Roma y el hablado en otras localidades de esta región, como Preneste[3]. Es cierto que a la larga estos dialectos fueron absorbidos por el latín, pero no sin antes haber ejercido a su vez una cierta influencia sobre aquél[4]. En efecto, la lengua hablada en Roma tomó de ellos numerosos vocablos para designar especialmente conceptos de la vida agrícola. Estos vocablos delatan su origen dialectal por presentar algunas particularidades fonéticas que no son propias del latín.

37. También fuera del Lacio y concretamente en el distrito de Falerii, situado en la región etrusca, existen vestigios de otro dialecto latino al que se designa con el nombre de falisco y del que conservamos bastantes inscripciones[5]. He aquí una muestra: *salue sei tei(o) ofeie he meneses*[6] *ipseie* = *salue si tu Ofei huc uenies ipse*.

38. Las lenguas comprendidas dentro del grupo osco-umbro[7], aunque afines al latín, ofrecen característi-

---

[3] Mientras en latín una primitiva *f* procedente de *bh* se cambia en *b* en posición interior, en Preneste persiste.

[4] Sobre la importancia de esta aportación dialectal, véase ERNOUT, *Elements*. Para más bibliografía, cf. COUSIN, p. 12.

[5] G. BUONAMICI, *Il dialetto falisco*. Imola, 1913; ALFONSINA BRAUN, *Studi sul dialetto falisco*, *Riv. Fil.* 63 (1935), pp. 433-451; F. RIBEZZO, *Le isole Lazial-Sabine di Tibur, Praeneste e Falerii e il latino di Roma delle origini*, *Atti. II Cogr. Stud. Rom.* 3 (1931), pp. 213-227.

[6] *Meneses* está probablemente por *beneses*, o sea, en latín *veneris*. Sobre la interpretación de esta inscripción, cf. RIBEZZO, *Falisci e falisco alla luce delle nuove iscrizioni di Civita Castellana*; *Riv. I. G. I.* 20 (1936), p. 238 ss.

[7] ANGEL MONTENEGRO DUQUE, *Osco y umbro* (t. VII del *Manual de lingüística indoeuropea* dirigido por ANTONIO TOVAR),

cas peculiares y comunes a todas ellas, y a su vez se distinguen también unas de otras por ciertos rasgos específicos. El osco era hablado en el centro y sur de Italia, el umbro en la cuenca superior del Tíber hasta el mar Adriático. Poseemos de estas lenguas numerosos textos epigráficos, más de 200 de la lengua osca, comprendiendo un período de tiempo que va desde el 200 a. de J. C. hasta el 63 d. de J. C. Para el conocimiento del umbro poseemos las tabulas Iguuinas; se trata de siete tablas de bronce, de contenido litúrgico, con un caudal de cerca de cinco mil palabras. He aquí unas muestras de estos dialectos: *Luuikis Uhtauis Statiis Gauiis nep fatium nep deikum putians* = *Lucius Octauius Statius Gauius nec fari nec dicere possint* (inscripción osca de Capua); *Asa-ku uinu seuákni taçez persnihmu* = *Apud aram uino sollemni tacitus precator* (inscripción de Umbría, Tabula Iguuina II A 39).

39. Se designa con el nombre genérico de Sabélicos [8] a los pueblos que habitaban en el centro de Italia, entre Umbría y Samnio. Todos ellos hablaban una lengua muy afín al grupo osco-umbro. Figuran entre ellos los pelignos, marrucinos, vestinos, marsos, sabinos. Los tres últimos cayeron muy pronto bajo la influencia latina, con lo cual abandonaron las peculiaridades dialectales propias para adoptar las de sus conquistadores.

b) *Otras lenguas habladas en Italia*

40. Ya hemos indicado que en los albores de la transmisión literaria coexistían en la península Apenina con las llamadas lenguas itálicas, a que acabamos de referirnos, otros muchos y diversos idiomas. Algunas de estas lenguas, como el griego y el celta, eran tam-

---

Madrid, 1949; C. D. BUCK, *A grammar of oscan and umbrian*, Boston, 1904. Para más bibliografía, véase COUSIN, p. 10 ss.

[8] Para bibliografía, cf. J. B. HOFMANN, *Jahr. Festsch. Klassischen Alt.*, 270 (1940), pp. 101-104.

bién de ascendencia indoeuropea. No obstante, a pesar de la comunidad de origen, no era ya posible el mutuo y recíproco entendimiento. El tiempo y las distancias habían ido ahondando las diferencias entre esas lenguas hasta hacerlas ininteligibles entre sí sin un previo estudio. Es cierto que los latinos consideraron siempre al griego como lengua muy afín, pero esta apreciación descansaba más en razones de índole histórica y cultural que lingüísticas (cf. **41**). Mucho menos importante y efímera fue la influencia etrusca, y menor aún la celta.

Además de estas lenguas se conservan también en Italia testimonios epigráficos y topónimos de otras lenguas, como el ilírico, véneto, lígur, etc. Pero su estudio quedaría desplazado dentro de los límites modestos de este manual.

41. El g r i e g o.—Los helenos, como es sabido, fundaron muchas colonias en Italia meridional y Sicilia [9]. Cumas es considerada por la tradición como la más antigua. Estas colonias helenizaron total o parcialmente las poblaciones indígenas vecinas, en épocas ya muy remotas. Roma no sucumbió ante este primer contacto con el mundo griego, pero la influencia griega fue decisiva para los destinos culturales de Roma, que a partir de aquel momento orientó todos sus esfuerzos a adaptar y asimilar la civilización griega sin perder por ello su personalidad. Esta penetración del espíritu griego varió en intensidad según las épocas, pero no dejó nunca de hacerse sentir, ni siquiera en los momentos de máximo esplendor político de Roma y de mayor postración griega. Esto explica que, en plena época imperial, cuando todas las otras lenguas habladas otrora en Italia habían sido absorbidas por el latín, se continuase todavía hablando griego en muchas ciudades de Italia meridional (Tarento, Regio) y Sicilia.

---

[9] Respecto la influencia del griego sobre la lengua latina, véanse las historias de la lengua latina citadas al principio de este capítulo, y además, ALFRED ERNOUT, *Aspects du vocabulaire latin*, Paris, 1954, p. 57 ss.

42. El celta.—Esta lengua era hablada por los galos que irrumpieron en Italia hacia fines del s. v y se establecieron en el norte de la península. Constituyeron durante largo tiempo un grave peligro para Roma, pero a la postre fueron sojuzgados por los romanos y acabaron por adoptar la lengua de sus conquistadores. Quedan sólo unas pocas inscripciones celtas en Italia.

43. El etrusco[10].—Este pueblo se hallaba establecido en la Etruria, región situada al norte del Lacio. Su origen es muy discutido. Se considera por unos que se hallaba ya asentado en Italia con anterioridad a la invasión de los pueblos itálicos; otros investigadores creen que penetraron en Italia por mar hacia el 800 a. de J. C. procedentes del Norte o quizá de Asia Menor. Poseemos más de ocho mil inscripciones. Están escritas en un alfabeto derivado del griego, por tanto puede leerse, pero hasta el momento no se ha podido desentrañar su significado. Lo único que parece seguro es que la lengua etrusca no pertenece a la familia indoeuropea. Este pueblo ejerció una gran influencia, casi la hegemonía sobre Italia, entre el 600 y 400 a. de J. C. La influencia de la cultura etrusca sobre la lengua latina se acusa especialmente en nombres de lugar y de persona.

2.—Evolución y características de la lengua latina

a) *Expansión y difusión de la lengua latina*

44. La lengua latina fue, según acabamos de ver, una lengua de entronque indoeuropeo; en su origen un simple dialecto del Lacio. Su suerte corrió parejas con la de la propia Roma, y al convertirse ésta en capital

---

[10] M. Pallotino, *Elementi di lingua etrusca*, Florencia, 1936; G. Buonamici, *Epigrafía etrusca*, Florencia, 1932; B. Nogara, *Gli Etrusci e la loro civiltà*, Milano, 1933. Para más bibliografía, véase Cousin, pp. 15-19; J. B. Hofmann, *Jahr. Festsch. Klassischen Alt.*, 270 (1940), pp. 21-37.

de un vasto imperio, el latín, o sea, la lengua de Roma, fue la lengua oficial de este Imperio, la lengua usada en el trato social y comercial, en la vida política, administrativa y cultura del antiguo Imperio Romano.

En este proceso de expansión el latín absorbió primero los dialectos afines (dialectos itálicos), luego las otras lenguas habladas en Italia (celta, etrusco, etc.) y fuera de Italia en los países tributarios de Roma. Esta absorción, no obstante, no se realizó impunemente; aunque los habitantes de estas regiones adoptaron el latín, es indudable que lo hablaban y pronunciaban a su manera. A pesar de sus esfuerzos se notaba la influencia de las lenguas propias que habían abandonado (sustratos). Precisamente estas influencias fueron unas de las causas que más contribuyeron a que se rompiera la unidad lingüística y que, del viejo tronco latino, hayan surgido las múltiples lenguas romances que todavía actualmente cubren buena parte del territorio dominado antiguamente por el Imperio Romano [11].

45. Circunstancias históricas diversas se interfirieron con esta evolución del latín, que podemos considerar como la normal. En efecto, bajo la presión árabe en Africa y eslava en Dalmacia fue desalojado el

---

[11] Sobre la influencia de los sustratos sobre las lenguas románicas, cf. G. ROHLFS, *Vorlateinische Einflüsse in den Mundarten des heutigen Italiens?*, *Germ.-Roman. Monatsschrift*, 18 (1930), pp. 37-56; G. DEVOTO, *Contributo alla teoria del sostrato Osco-Umbro*, *Rev. Ling.-Rom.*, 9 (1933), pp. 239-245; C. MERLO, *Il sostrato etnico e i dialetti italiani*, *L'Italia dialettale*, 9 (1933), pp. 1-24; W. v. WARTBURG, *La fragmentación lingüística de la Romania*, Madrid 1952. Por lo que se refiere a España se cree que se han superpuesto dos sustratos, uno euroafricano (que aflora también en el bereber), y otro hispano caucásico (perdura en el vasco). Existen además testimonios relativamente abundantes de lenguas indoeuropeas (el celtibérico y lenguas habladas en el cuarto nordoccidental de la Península). Sobre el estado actual de estos problemas, pueden consultarse los trabajos de A. TOVAR y J. HUBSCHMID dedicados a las *Lenguas prerromanas de la Península Ibérica*, en *ELH* I, pp. 5-26; 27-66; 101-126; 127-149, con bibliografía. Véase además R. MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre el sustrato mediterráneo occidental*, *Z. R. Ph.* (1939), pp. 189-206; F. H. JUNGEMANN, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid 1955. Para más bibliografía, cf. COUSIN, pp. 15-21 y 287-290.

latín vulgar de sus posesiones en los citados países. No obstante, estas pérdidas, aunque sensibles, representan poco en comparación con lo que se ha salvado. En realidad las esencias del latín persisten todavía en las lenguas romances habladas en Italia, Francia, España, Portugal, Rumania, etc.

b) *Latín literario, familiar y vulgar*

46. Constituye una característica peculiar del latín, entendiendo como tal la lengua oficial de Roma, su carácter unitario. Contrariamente a lo que se observa en el griego, el latín literario ofrece escasas diferencias dialectales. En realidad las diferencias son generalmente de orden temporal; así, el latín del período arcaico ofrece algunas especiales características que lo diferencian del latín clásico. Es indudable, no obstante, que aun cuando en la mayor parte del Imperio se hablaba latín, no todo el mundo hablaba el mismo latín y ello incluso ni en la propia ciudad de Roma. En efecto, junto a la lengua oficial usada por las altas clases de la sociedad en la vida administrativa, social y literaria, coexistía la lengua vulgar hablada por la gente carente de cultura e instrucción, en realidad por la inmensa mayoría de los habitantes del Imperio Romano. Más aún, entre estos dos extremos opuestos (lengua literaria y vulgar) existía una tercera forma de hablar, que venía a ser como una fórmula de compromiso. Nos referimos a la lengua familiar (*sermo familiaris*) usada por la gente culta en el trato familiar y en la intimidad. Este lenguaje era afín al literario en la fonética y morfología; en cambio, se aproximaba al vulgar en la construcción sintáctica [12]. Se desprende, pues, de lo dicho que los romanos cultos

---

[12] Para bibliografía sobre el latin posclásico, latín vulgar y bajo latín, cf. COUSIN, pp. 26-31. Constituye un excelente manual para el estudio del latín familiar la siguiente obra: J. B. HOFMANN, *El latín familiar* (traducción de J. Corominas), Madrid, 1958.

eran bilingües usando, según las circunstancias, la lengua oficial o la familiar.

47. La lengua literaria cuajó en una estructura lógica y precisa en consonancia con las exigencias a que su misión le destinaba, pero perdió contacto con el pueblo y se disgregó del medio ambiente en que se había formado, y así por ejemplo, mientras el lenguaje oficial y literario continúa indefinidamente haciendo uso de los casos, en el lenguaje hablado de los siglos II y IV d. de J. C. habían quedado éstos reducidos sólo a tres. La lengua literaria se convirtió, pues, a la larga en un cuerpo sin vida, una abstracción alejada por completo de la realidad y condenada inexorablemente a la extinción.

La evolución de la lengua popular fue totalmente diversa. Libre de las trabas que hubieran podido detener o retardar por lo menos su evolución, abandonada a su propio destino, sufrió una rápida y honda transformación que la llevó a su propia descomposición, de la que surgieron, como ya hemos dicho, las lenguas romances.

3.—Fuentes y métodos

48. Los testimonios más antiguos que poseemos de la lengua latina se remontan a lo sumo a los siglos VI y V a. de J. C.; pero estos testimonios son escasos, fragmentarios y generalmente de interpretación dudosa. En realidad, hasta el siglo III no empezamos a disponer de material seguro y relativamente abundante. Mas para la correcta interpretación de las fuerzas y tendencias que regulan la evolución de la lengua latina, necesitamos remontarnos a fechas más lejanas; debemos conocer la estructura de la lengua de que deriva el latín, de la misma manera que se toma el latín como punto de referencia para el estudio histórico de la lengua española. Esta lengua o conjunto de dialectos de que deriva el latín, y a la que para entendernos de alguna manera hemos convenido en llamar indoeuropea,

no dejó rastro alguno material de su existencia, anterior en varios milenios a nuestra era. Sin embargo, en donde falla la historia, la gramática comparada ha venido en nuestro auxilio. Esta nueva disciplina surgida en el pasado siglo como consecuencia del impulso que prestó a los estudios gramaticales el conocimiento en Europa del sánscrito, se propuso fijar y reconstruir la lengua común tomando como base el testimonio de las lenguas derivadas. Se aducía como justificación de este ambicioso proyecto que de haberse perdido el latín, sería posible su reconstrucción, por lo menos de sus esquemas fonéticos y morfológicos, a tenor de los datos que nos suministran las lenguas románicas.

49. Sin embargo, la realidad es que las dificultades son mucho mayores. En primer lugar, la transmisión de las lenguas indoeuropeas corresponde a fechas muy diversas, lo cual dificulta grandemente el cotejo, pues obliga a comparar formas muy diferentes y por tanto muy diferenciadas de estas lenguas. Así, mientras nuestro conocimiento del hitita alcanza a una etapa de esta lengua que se remonta al segundo milenio a. de J. C., los primeros testimonios del albanés datan del 1400 de nuestra era. En segundo lugar, mientras el latín fue una lengua unitaria —las diferencias son fundamentalmente de orden cronológico, no local—, el primitivo indoeuropeo no llegó a alcanzar nunca una uniformidad parecida; antes, por el contrario, comprendía un conjunto de dialectos que se interferían entre sí. De lo dicho se deduce que los intentos de reconstrucción del indoeuropeo son muy aventurados. No obstante. es preciso reconocer que gracias al método comparativo se ha conseguido explicar muchas particularidades de las lenguas derivadas y concretamente del latín [13].

50. Ya en época histórica, poseemos (a partir del

---

[13] Sobre la evolución y tendencia más reciente en la lingüística indoeuropea, cf. ANTONIO TOVAR, *Lingüística y Filología Clásica*, Madrid, 1944; MAURICE LEROY, *Aspects recents de la linguistique Indo-Européenne*, *Phoibos*, 8-9 (1953-1954 y 1954-1955), pp. 23-35.

siglo III) bastante material para el estudio del latín oficial conservado por la literatura y documentos oficiales. También nuestra información es bastante completa respecto al lenguaje familiar, pues aparece reflejado en las obras de algunos autores como Plauto, Terencio, Cicerón (Epístolas), Vitruvio, Petronio. En cambio, sabemos muy poco del habla vulgar, pues incluso las obras que tienen más acusado sabor popular, como la Peregrinatio Aetheriae, por el solo hecho de ser obras escritas no pueden considerarse como reflejo directo y seguro del habla vulgar, que sólo puede captarse de la misma boca del pueblo. Los testimonios de los gramáticos son escasos y a veces de autenticidad dudosa. En realidad, para el estudio del latín vulgar, aparte de las inscripciones y de algunos textos, nuestra principal fuente de información la constituyen las restituciones *a posteriori*, tomando por base los datos que nos ofrecen las lenguas romances, pero tales reconstrucciones son siempre bastante aleatorias.

51. Por las razones que acabamos de exponer, el estudio que vamos a iniciar sobre la fonética latina convergirá fundamentalmente sobre el lenguaje literario. Procuraremos, no obstante, señalar, siempre que nuestra fuente de información lo permita, las características del habla familiar y vulgar. El conocimiento de esta última tiene, especialmente, para nosotros, una excepcional importancia, porque de ella deriva nuestra propia lengua. Por este motivo, y porque creemos que la lengua latina debe estudiarse no sólo considerada en sí misma, sino también en relación con el español, intentaremos en todo momento señalar la línea de continuidad que enlaza el latín vulgar con nuestra propia lengua.

III

EL ALFABETO LATINO

MEILLET-VENDRYES, § 37 ss.; SOMMER, § 9 ss.; KIECKERS, § 4; LEUMAN, § 5 ss.; PISANI, p. 3 ss.; M. LEJEUNE, *Le langaje et l'ecriture*, Paris, 1934, pp. 291-340; COUSIN, p. 3.

1.—ORIGEN Y ADAPTACIÓN DEL ALFABETO LATINO. CARACTERÍSTICAS

52 El alfabeto latino constaba originariamente de las siguientes veintiuna letras: A B C D E F Z H I K L M N O P Q R S T V X. Obsérvese, en relación con el nuestro, que faltaban la *g*, *j*, *ll*, *ñ*, *u*, *y*, y que, además, la *z* ocupa el lugar de la *g*.

53. El alfabeto latino deriva del griego; pero es cuestión muy discutida si procede directamente de este alfabeto o de un alfabeto etrusco inspirado también en el griego. Si comparamos, no obstante, el alfabeto latino con el jónico-ático, observaremos al punto que algunas letras (C, D, L, R, S) tienen una forma distinta, pero ello no debe interpretarse como una innovación latina o etrusca. La explicación estriba en que el alfabeto latino no deriva del alfabeto jónico-ático, sino del que se usaba en las colonias griegas calcídicas de Italia y Sicilia, el cual ofrece alguna variante respecto al primero, aunque ambos derivan de un primitivo alfabeto común. También en relación con el alfabeto griego debemos observar que la letra C, que en el alfabeto calcídico se usaba con el valor de *g* (C = ⟨, Γ gamma), en el latino se emplea para denotar la *c* (fonéticamente *k*). Figuran además en el alfabeto latino dos signos que no conserva el jónico-ático, pero que,

en cambio, poseen otros alfabetos griegos; nos referimos a la *q* = gr. ϙ (koppa) y a la F = gr. Ϝ (wau, digamma). Obsérvese, finalmente, que la H = gr. H (eta) y la X = gr. X (ji) no se usan con el valor fonético que tienen en el alfabeto jónico-ático, sino que la H se emplea con la notación que tenía en el primitivo alfabeto griego, o sea, como signo de aspiración, y la X con el valor de *ks*. El uso de X con el valor de una velar aspirada es una característica de los alfabetos orientales en contraposición a los occidentales.

54. Si bien, como es sabido, los romanos escribían de izquierda a derecha, no obstante en algunas inscripciones antiguas se observa la dirección contraria; tal es el caso de las inscripciones de Manios y de Duenos [1]. Incluso se conserva una, hallada en el Foro de Roma [2], escrita alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

2.—Cambios y modificaciones

55. En el alfabeto calcídico se usaban las letras ↀ, ⊙ y ᛉ para simbolizar los sonidos aspirados *ph*, *th* y *kh*. Como estos sonidos no existían en latín, dejaron de usarse los aludidos signos como letras, pero se emplearon como cifras. El primero se empleó para representar la cifra **1000**; pero, por influencia de la M inicial de *Mille*, cambió algo su forma, o sea, ↀ > ∞ M. La mitad del primitivo signo ↀ es D, y precisamente esta mitad es la que se emplea para expresar **500**. El signo ⊙ se usó con el valor de **100**, pero por influencia de la *C* inicial de *Centum* modificó también algo su forma y evolucionó de esta manera: ⊙ > (· > C. Finalmente, el signo ᛉ, utilizado con el valor de **50**, también se modificó, o sea, ᛉ > ⊥ > L [3].

---

[1] CIL I^2 3 y 4 = Rubio, 1, 3.

[2] CIL I^2 1 = Rubio, 2.

[3] Sobre una interpretación distinta de los signos usados para denotar las cifras, cf. V. Pisani, *Rhein. Mus.*, 96 (1953), p. 89 ss.

56. En el alfabeto latino es muy frecuente el fonema que simboliza la letra *f* (fricativa labiodental); en cambio, en el alfabeto griego no existía este sonido. Fue necesario, por tanto, buscar un modo de expresarlo. En un principio se usaba el signo ϜH [4] (digamma seguida de aspiración), pero pronto dejó de usarse el segundo elemento, con lo cual la simple digamma, que en el alfabeto griego se usaba con el valor de *u̯*, pasó a simbolizar el sonido *f* (F).

57. En el período más arcaico del latín existía, según nos informan los antiguos gramáticos [5], una *s* sonora (*z*); para representarla se utilizaba probablemente [6] la dseta del alfabeto griego, cuyo valor fonético originario era *ts* y *dz*; sin embargo, como la *s* sonora en virtud del rotacismo se convirtió en *r* a mediados del siglo IV, acabó la letra zeta por ser superflua, y a la larga fue eliminada del alfabeto por iniciativa, según parece, de Appius Claudius Caecus, censor en el año 312 a. de J. C. Su lugar en el alfabeto fue ocupado por la G, letra de nueva creación (cf. **58**).

Al desaparecer la *z* del alfabeto, los romanos se encontraron con dificultades para adaptar las palabras griegas en que figuraba dicho sonido. En un principio salían del paso empleando la *s* simple para las palabras griegas con dseta inicial, y la *s* geminada para la dseta en interior de palabra; así, ζώνη = *sona*; μᾶζα = *massa*. Sin embargo, al acentuarse la influencia griega, y concretamente a partir del s. I d. de J. C., volvió a restablecerse el uso de la *z* para reproducir la *z* griega, pero ya no volvió a ocupar su puesto originario en el alfabeto, sino que fue colocada detrás de la última letra.

---

[4] Cf. Inscripción de Manios, RUBIO, 1.

[5] Velius Longus, VII, 51, 5.

[6] Decimos probablemente porque en las inscripciones más antiguas no aparece atestiguado el uso de la *z*. Es cierto que en la inscripción de Duenos (CIL I² 4 = RUBIO, 3) leemos *dzenoine*, pero la interpretación es dudosa. En cambio, en las inscripciones faliscas es frecuente el uso de *z* con el valor de *s*, así *zenatuo*, I² 365.

58. En el alfabeto primitivo griego existían, como ya hemos dicho, la coppa y la cappa (cf. **53**). Ambas letras simbolizan el sonido propio de la gutural sorda (= *ka*), pero como este sonido se articula con alguna variante según la índole de la vocal que le sigue, se usaba la koppa cuando seguía una υ, ο, α; la kappa cuando seguía ε, ι. Como estas diferencias eran tenues, el alfabeto jónico prescindió de la koppa; en cambio, el calcídico la conservó y, por tanto, ambas letras pasaron al latín. Por si ello fuera poco, la letra C (o gamma), usada en el alfabeto griego con el valor de *g* (oclusiva gutural sonora), asumió también en el alfabeto latino el valor de *k* (oclusiva gutural sorda). Esta innovación resulta difícil de explicar, como no sea pensando en una influencia etrusca. En efecto, esta lengua no distinguía entre las oclusivas sordas y sonoras, por tanto no necesitaba una doble serie de letras para expresarlas; en cambio, procuraba señalar los diferentes matices de la oclusiva gutural, según la índole de la vocal siguiente con que se articulaba. En realidad también en español sucede algo parecido, y así en vez de representar el sonido de *k* siempre con la misma letra, usamos letras diversas según la vocal que sigue (cf. *que*, *qui*, *ca*, *co*, *cu*). Lo mismo hacían, pues, los etruscos, pero como la articulación del sonido gutural + *a* o consonante ocupa fonéticamente una posición intermedia entre los otros, utilizaron también un signo especial para expresarlo; en consecuencia se escribía en etrusco *q* si seguía vocal velar (*o*-*u*), *c* si seguía vocal palatal (*e*-*i*) y *k* si seguía *a* o consonante. Es cierto que la letra C tenía en el alfabeto griego el valor de *g*, pero como ya hemos dicho que en etrusco no se establecía la diferencia entre oclusivas sordas y sonoras, resultaba esta letra superflua y pudo sin dificultad adoptarse para este nuevo cometido. Parece ser que la ortografía del latín muy arcaico se ajustaba bastante al modelo etrusco. Esta ortografía representaba no obstante, desde el punto de vista latino, un contrasentido, pues el signo C se utilizaba unas veces con el valor de *k*

y otras de *g;* así, en la aludida inscripción del Foro [7], una grafía como *recei* equivale a *regei.* Esta circunstancia y el hecho de que esta ortografía determinaba que una palabra debía escribirse con letras diferentes según sus accidentes gramaticales (*loqus, loka, loci*), aconsejaron una simplificación y, en efecto, fue imponiéndose el uso de C sobre Q y K, hasta el punto que la última de estas letras ha persistido sólo en algunas palabras del lenguaje oficial, especialmente en abreviaturas: *Kal* (*kalendae*), K (*calumnia*), K (*causa*) [8], y la primera persiste sólo delante de *u̯* (*quis*) y en algunas palabras también del lenguaje técnico: asi, *pequnia,* grafía habitual hasta la época de Cicerón.

Por otra parte, y a medida que el uso de C iba prevaleciendo sobre K y Q, resultaba cada vez más incómodo el uso de esta letra con el valor de gutural sorda y sonora a la vez: grafías como *uirco* (= *uirgo*) CIL 1², 4; *eco* (= *ego*) CIL, 1², 462, se contradecían con el valor que normalmente se atribuia a C. Por este motivo se sintió la necesidad de distinguir gráficamente entre la gutural sorda y la sonora y para ello se creó una letra adecuada o, mejor dicho, se añadió un trazo a la C. Tal es el origen de la G, que se situó en el alfabeto en el sitio que dejó libre la Z al caer en desuso. Parece ser que Sp. Servilius Ruga (mitad del siglo III a. de J. C.) fue el autor de esta innovación. C con el valor fonético primitivo de *g* persistió sólo en dos abreviaturas: *C* = *Gaius*, *Cn* = *Gnaeus*.

59. El primitivo alfabeto latino terminaba, según hemos visto, en la letra X; sin embargo, en el siglo I a. de J. C., y por influencia griega, se incrementó el alfabeto con la letra Y, para poder, de esta manera, adaptar mejor las palabras griegas en las que figuraba una ypsilon. Esta letra griega equivalía fonéticamente a *ü*. Más tarde se utilizó también esta letra para señalar el especial matiz labial que, en contacto con consonantes labiales, tomaban las vocales; de ahí que

---

[7] CIL I² 1 = Rubio, 2.

[8] Por influencia del griego, vuelve más tarde a usarse esta letra en palabras tomadas del griego.

a veces se escribiera *clypeus, lybens*, etc. (cf. **117, 124**). Esta nueva letra fue añadida después de la X; sin embargo, sólo por poco tiempo fue la última letra del alfabeto, pues cuando volvió a usarse de nuevo la *z*, cerró ésta el alfabeto.

3.—Representación gráfica de la cantidad y de las consonantes geminadas

60. El alfabeto latino no disponía de signos adecuados para distinguir la cantidad de las vocales pero como esta diferencia era muy importante, sabemos de varios intentos para señalarla. Así, el poeta Accio [9] había propuesto escribir dos veces la misma vocal para representar la cantidad larga. En realidad esta innovación era una simple imitación de la norma que, en tales casos, se seguía en el alfabeto osco. Este sistema tuvo una cierta aceptación, pues aparece a veces empleado en inscripciones antiguas [10], pero en el siglo I a. de J. C. cayó por completo en desuso.

Si bien, como hemos dicho, Accio doblaba las vocales para señalar la cantidad larga, no obstante, no aplicaba este sistema en lo que atañe a la *i*, pues en tal caso usaba *ei* (el diptongo *ei* se pronunciaba como una *i* larga, cf. **101**). Esta grafía persistió hasta el siglo I de nuestra era [11].

En la época de Sulla se generalizó bastante el uso de la llamada I *longa* para señalar una *ī*; en realidad esta letra no es más que una *i* normal prolongada hacia arriba, por ejemplo FELICITER, pero a partir de la época de Augusto se usa también arbitrariamente con el valor de *ĭ*, *į*.

En el siglo anterior a nuestra era se generalizó mucho para señalar la cantidad de las vocales el uso de unos signos especiales, como unos acentos colocados

---

[9] No parecen a este respecto suficientemente fundados los puntos de vista de L. Fepe, *Studi it.*, 20 (1943), pp. 105-120.

[10] Para ejemplos, véase Rubio, Indices, p. 217 (aa = a).

[11] Véase Rubio, Indices, p. 217 (ei = ī).

sobre la vocal. Se les designaba con el nombre de ápices. pero no se emplearon nunca en forma consecuente

61. En latín arcaico no se señalaban ortográficamente las consonantes geminadas; se escribía, por tanto, *esent, habuisent, uelet,* etc. [12]. Parece ser que Ennio fue quien implantó la costumbre de doblar la consonante para señalar su pronunciación geminada (cf. **16**). Desde el 189 [13] al 134 a. de J. C. se observa en las inscripciones una vacilación entre ambas ortografías, pero a partir del 134 se impone el nuevo sistema.

---

[12] Véase Rubio, Indices, p. 222 (ss > s); p. 220 (ll > l).

[13] Decreto de L. Emilio Paulo, que concede la libertad a unos esclavos de los habitantes de Hasta Regia, hoy Mesa de Asta (Cádiz), cf. Rubio, núm. **23**.

IV

EL ACENTO LATINO

SOMMER, § 70 ss.; MEILLET-VENDRYES, § 188 ss.; LEUMANN, § 160; JURET, p. 57 ss.; KIECKERS, § 103; NIEDERMANN, § 8; PISANI, § 7; MANIET, § 14; BASSETS, *La naturaleza melódica del acento latino*, *Anal. Inst. de Lit. Clás.*, 2 (1940-1944), pp. 199-240; P. J. ENK, *The latin accent*, *Mnemosyne*, IV, 6 (1953), pp. 93-109; COUSIN, pp. 61-65.

Como los sonidos de todas las lenguas se ven notablemente afectados por el acento, consideramos necesario, antes de proceder al estudio de los mismos, referirnos al acento latino. Es éste uno de los problemas más difíciles y oscuros con que se enfrenta la Fonética. Existen respecto al mismo opiniones opuestas y contradictorias. Por nuestra parte, nos limitaremos a exponer lo más objetivamente posible los diferentes puntos de vista que sobre el particular se sostienen actualmente.

1.—ACENTO PREHISTÓRICO.—DESCUBRIMIENTO, NATURALEZA, CRONOLOGÍA

62. El vocalismo latino en sílaba no inicial experimentó, como ya oportunamente estudiaremos, una profunda transformación. Para explicar esta transformación se recurrió a la hipótesis [1] de que el acento heredado del i. e. de naturaleza melódica y libre se había convertido en acento de intensidad y había quedado vinculado a la sílaba inicial. Se consideró, además, que este acento, al que se designa con el nombre de prehistórico, había surgido con posterioridad al asentamien-

[1] Esta hipótesis fue formulada por primera vez por el erudito alemán DIETRICH en *KZ*, 1, p. 543.

to en el Lacio de las tribus itálicas, pues las palabras del dialecto falisco, que se hablaba fuera de la región del Lacio, no parece que hayan sido afectadas por ningún acento de intensidad inicial. Sin embargo, se supone que en la región del Lacio surgió este acento hacia el siglo v a. de J. C., pues las palabras griegas que por estas fechas se incorporaron al latín muestran unas alteraciones en su vocalismo que sólo pueden explicarse con facilidad atribuyéndolas a la influencia de este acento. Así, por ejemplo, palabras como Μασσαλία (la ciudad fue fundada hacia el **600**), τάλαντον, etc., se nos presentan bajo la forma de *Massilia* y *talentum*, respectivamente [2]. A pesar de que la influencia de este acento fue intensa y perturbadora, su vida debió de ser efímera, pues en el período histórico de la lengua aparece sustituido por el llamado acento histórico [3].

63. El reconocimiento de la existencia de este pretendido acento de intensidad inicial no ofrece dificultad alguna para todos los que creen que el acento histórico era también de índole intensiva. En efecto, la evolución hubiera transcurrido a través de estas etapas: 1) acento indoeuropeo libre y musical; 2) acento prehistórico de naturaleza intensiva vinculado a la sílaba inicial; 3) acento histórico también de intensidad, pero condicionado a la sílaba penúltima.

No resulta, en cambio, tan fácil explicar la existencia del acento de intensidad inicial si se considera que

---

[2] Las lenguas romances nos ofrecen ejemplos análogos de estas debilitaciones consecuencia del acento de intensidad; así, en catalán, todas las vocales postónicas, caso de conservarse, se reducen a tres: *e* (= *ə*), *i*, *u*. Más aún; en algunas regiones la *e* se cierra en *i*, por ej. *màrfiga* en vez de *màrfega*, con lo cual en esta zona las vocales interiores postónicas quedan, como en latín, reducidas a dos: *i* y *u*.

[3] Es probable que un reflejo del acento de intensidad inicial subsista en época histórica. Según algunos gramáticos, los antiguos poetas escénicos se esfuerzan en hacer coincidir el acento de las palabras y el ictus de los versos, procurando que en palabras con esta cantidad: ⏑ ⏑ ⏑ ⏓ el ictus caiga en la primera sílaba (*făcilius*, *sĕquiminī*, *cĕcidero*, *mŭlierem*). No obstante, en la actualidad tal coincidencia es rechazada por muchos gramáticos.

el acento histórico era de índole musical, pues en este caso es necesario intercalar entre el acento i. e., libre y musical y el acento histórico, también musical, un período que iría del v al IV, aproximadamente, en que el acento fue de intensidad. Para explicar esta intrusión del acento prehistórico y su efímera duración se ha pensado en una influencia etrusca [4]. Precisamente los siglos V y IV coinciden con la hegemonía de este pueblo sobre la península Itálica. Esta hipótesis, aunque ingeniosa, no resulta del todo convincente.

64. Como ya hemos indicado, el reconocimiento de la existencia del acento prehistórico se debe sólo al deseo de hallar una explicación de las profundas transformaciones del vocalismo latino en sílaba no inicial, pero desde el punto de vista fonético pueden también explicarse estos cambios (aunque desde luego no en forma tan clara y convincente), considerando que son el resultado de una pronunciación excesivamente esmerada y cuidada de la sílaba inicial. Parece ser que se dispone en la pronunciación de cada palabra de una cantidad de energía determinada y global. Cuando por alguna circunstancia no distribuimos equitativamente esta energía entre todas las sílabas y pronunciamos una de ellas con particular esmero y esfuerzo, este mayor dispendio de energía en favor de una de ellas repercute sobre las restantes que se debilitan y se cierran, con lo cual las vocales breves careciendo de fuerza suficiente para mantener su timbre originario se inflexionan en *i* y *u*.

Cada una de estas explicaciones que acabamos de exponer tienen sus razones en pro y en contra, por lo cual resulta muy aventurado pronunciarse con seguridad en favor exclusivamente de una u otra.

2.—Acento histórico

Entendemos por acento histórico el acento en vigencia en el período ya histórico de la lengua latina, o sea, a partir de los primeros testimonios escritos del latín.

[4] Cf. Leumann, § 187, con bibliografía.

Con referencia al acento histórico conviene estudiar su posición en las palabras y su naturaleza.

a) *Posición del acento histórico* [5]

65. Este acento cae sobre la sílaba penúltima cuando es larga por naturaleza o posición, y sobre la antepenúltima cuando la penúltima es breve. En consecuencia, las palabras bisílabas acentúan la primera sílaba: *uénis, cónsul, hórtus, álter*, etc.; las de más de dos sílabas, según la naturaleza de la penúltima, serán paroxítonas o proparoxítonas. Ejemplos: a) *amī́cus, amā́tur, fidḗlis*, etc.; b) *légĭtur, fémĭna, dómĭnus*, etc.

Para los efectos de la acentuación, una vocal seguida de dos consonantes y formando sílaba con una de ellas da lugar a que la sílaba de que forma parte sea larga (cf. 303,3) por posición; en consecuencia, se acentuará *perféctum, omítto, legúntur*, etc.; no obstante, cuando el grupo de consonantes está integrado por una oclusiva seguida de una líquida o vibrante (por ejemplo: *tenebrae, integrum*), en el latín arcaico no determinaba este grupo alargamiento por posición: en cambio, en el período clásico podía la sílaba ser considerada indiferentemente breve o larga. Sobre este punto, cf. **70** b.

b) *Excepciones*

Aunque las normas generales a que acabamos de referirnos sobre la acentuación son observadas con bastante rigor, no obstante deben registrarse algunas excepciones que a continuación enumeramos.

66. P a l a b r a s d e d o s o m á s s í l a b a s c o n a c e n t o s o b r e l a ú l t i m a s í l a b a. Estas anomalías son sólo aparentes, pues en realidad

---

[5] Sommer, § 71; Leumann, § 161; Meillet-Vendryes, § 193; Juret, p. 74; Kieckers, p. 18; Maniet, § 15; Niedermann, § 10; Pisani, § 7.

se trata, por lo regular, de palabras originariamente paroxítonas que por apócope perdieron su vocal final, con lo cual la sílaba que en un principio era penúltima se convirtió en última. A pesar de este cambio, el acento por inercia se mantuvo en la misma sílaba, que, en este caso, era la última. Pertenecen a esta categoría las siguientes palabras:

a) Los adverbios pronominales reforzados con la partícula *-ce*, cuando por apócope pierde la vocal final Así: *illíc* < *illíce; istínc* < *istínce*.

b) Las palabras a las que se añade la partícula interrogativa *-ne*, cuando ésta sufre apócope, por ejemplo: *tantón* < *tantóne; dixín* < *dixíne*.

c) El nominativo singular de los temas en dental que forman el nominativo en *-as* o *-is* y el genitivo en *-atis* e *-itis*, respectivamente, por ejemplo: *Arpinás* < *Arpinátis; Samnís* < *Samnítis*.

d) Algunas formas contractas de perfecto, como *audīt* < *audíuit; fumāt* < *fumáuit*.

e) Compuestos verbales, como *calefís, benefís*, etc. (cf. **68** b. Obs.).

f) Las interjecciones tampoco, por lo regular, se atienen a la regla general de la acentuación. Generalmente son oxítonas; así, *attát, papáe*, pero a veces puede el acento afectar a las otras sílabas; así, *áttat, pápae*. En realidad las interjecciones, dada su índole enfática, muestran gran libertad respecto a la posición del acento.

67. Palabras de tres o más sílabas con acento en la antepenúltima a pesar de ser larga la penúltima.

a) Los adverbios *déinde* y *éxinde* acentúan generalmente la antepenúltima. Probablemente en un principio se acentuaba correctamente *deínde* y *exínde*, pero al surgir las formas apocopadas *deín* y *exín*, éstas para adaptarse a las reglas generales de la acentución desplazaron el acento a la sílaba inicial (*déin* y *éxin*). Por influencia de estas formas se desplazó también el acento de las palabras no apocopadas, con lo cual se llegó a *déinde* y *éxinde*.

b) Quintiliano [6] nos informa que las palabras *Camīllus* y *Cethēgus* eran acentuadas como proparoxítonas. Esta anomalía se debe quizás a que se trata de apellidos de procedencia etrusca.

68. Palabras de tres o más sílabas con acento en la penúltima, a pesar de ser breve.

a) Según los antiguos gramáticos, cuando se añade una enclítica (*-que, -ue, -ne*) a una palabra que termina en vocal breve, el acento cae sobre ésta a pesar de ser breve. En consecuencia, se acentuaba *armáque, sceleráque, itáque* (= *et ita*). Es obvio que si la enclítica forma unidad fonética con la palabra precedente, la acentuación hubiera debido ser proparoxítona. Probablemente se trata de una influencia analógica de compuestos cuya última sílaba era larga por confluir dos consonantes; por ejemplo, *magnŭ́sque, uirŭ́mque*, etc. Corroboran esta explicación casos análogos, como por ejemplo que los latinos acentuaban *utrăque* por influencia de *utĕrquĕ*.

Cuando por la adición de la enclítica *-que* surgía una palabra con significado distinto, prevalecen las reglas generales de la acentuación; así, *ítaque* «en tal caso»; en cambio, *itáque* «y así».

b) Los compuestos verbales del tipo *calefacio, benefacio*, etc., llevan generalmente el acento sobre la penúltima en formas como *calefácis, benefácit*, etc. Se debe esta anomalía al hecho de que los dos elementos del compuesto no se habían aún acoplado del todo, ni formaban todavía una unidad fonética como los compuestos normales (*cónficit, pérficit*, etc.); de ahí que cada una de ellos lleve un acento; por tanto, se pronunciaba *cálefácit, bénefácit*. Esta independencia del verbo respecto al primer elemento se evidencia también por el hecho de que la vocal interior no se inflexiona (cf. *bénefácit* : *pérficit*).

Por esta misma razón las formas pasivas monosilábicas de esta clase acentúan *calefís* en vez de *cálefis* (cf. **66**).

---

[6] I, 5, 22. Sobre la posible influencia etrusca, cf. SCHULZE, p. 322.

69. Otras anomalías de la acentuación que nos transmiten los antiguos gramáticos deben interpretarse como simples arbitrios o sutilezas por ellos inventados, pero carentes de realidad en el lenguaje. En efecto, para distinguir homónimos proponen acentuaciones como las siguientes: *ádeo* verbo : *adéo* partícula; *círcum* sustantivo : *circúm* preposición; *póne* imperativo : *poné* adverbio.

Dentro de su arbitrariedad estas acentuaciones anómalas tienen una cierta justificación. En efecto, se justifica la acentuación oxítona de *poné* y *circúm* al ser usadas estas palabras como adverbios y preposiciones respectivamente, porque en tal caso formaban a veces unidad fonética con la palabra siguiente, y si ésta era una palabra enclítica y monosilábica, es probable que se pronunciara *circúm te*, *poné te* [7]. La acentuación *adéo* «hasta aquí» admite justificación recordando que etimológicamente deriva de *ad* + *eō*, y como las preposiciones acostumbran a no llevar acento apoyándose en la palabra siguiente, es lógico que se acentuara en esta forma; en cambio, *ádeo* verbo sigue la regla general a que se atienen los verbos compuestos.

c) *Desplazamientos del acento en el latín vulgar*

70. En el latín vulgar el acento persiste sobre la misma sílaba que en el clásico, salvo en los siguientes casos [8]:

a) Si en una palabra proparoxítona figuran como sílabas antepenúltima y penúltima, respectivamente, los grupos *ĭĕ*, *ĭŏ*, *ĕŏ*, el acento pasa en el siglo III a la penúltima a pesar de ser breve; en consecuencia, en el habla vulgar se pronuncia *muliérem*, *filiólum*, *abiétem*, *araneólam*, en vez de acentuar estas palabras en forma proparoxítona, como sucedía en la lengua

---

[7] Cf. § 68 a. Sobre otra explicación a esta peculiaridad, cf. MARINER, *Helmantica* 5 (1954) 147.

[8] BATTISTI, § 42; MEYER-LÜBKE, § 111; BOURCIEZ, § 46; GRANDGENT, § 134; DÍAZ, p. 157; PIDAL, § 5 bis.

clásica. Este descentramiento del acento viene corroborado por la métrica de los poetas cristianos que en muchos casos exige la acentuación paroxítona, lo cual significa que la sílaba penúltima era considerada como larga (*araneólam*), pues de no ser así resultaría incorrecta la estructura de los hexámetros. Pero más importancia a este respecto tiene el testimonio de las lenguas romances. En efecto, para explicarnos cómo *abietem, parietem, mulierem* han evolucionado a *abeto, pared* y *mujer*, respectivamente, debe partirse de una acentuación paroxítona, pues si el acento hubiese recaído sobre la *i*, ésta se habría conservado.

b) Hemos ya indicado que en la lengua clásica una sílaba con vocal seguida de oclusiva más líquida o vibrante puede ser considerada como breve o larga y, por tanto, el acento puede caer sobre la penúltima o antepenúltima, de donde la posibilidad de acentuar *íntegra* o *intégra, ténebrae* o *tenébrae*. Este alargamiento por posición parece ser que era una imitación del griego, pues en Plauto la combinación de oclusiva más líquida no determina alargamiento de la sílaba anterior. En efecto, según todo lo indicado en el habla popular del período arcaico se pronunciaba *íntegra, ténebrae*, etc. No obstante, siglos más tarde, en la misma habla popular, esta combinación de consonantes determina alargamiento por posición, acentuándose *intégra, tenébrae, cathédra*. Esto significa que la acentuación paroxítona en estos grupos que para el período clásico debe considerarse como artificiosa, acaba por convertirse siglos más tarde en normal en el habla vulgar [9]. El testimonio de las lenguas romances demuestra, sin dejar lugar a dudas, que en tales casos la acentuación era paroxítona; así, esp. *tinieblas, entero, cadera*, presuponen que en el latín vulgar se acentuaba *tenébrae, intégrum, cathédra*.

---

[9] Sobre otra posible interpretación, cf. DÍAZ Y DÍAZ, ELH I, p. 158.

d) *Naturaleza del acento histórico* [10]

Es problema muy complejo y debatido el que afecta a la naturaleza del acento latino. Existen dos teorías opuestas y contradictorias: la escuela francesa lo considera musical, la alemana (reforzada últimamente por los italianos) de intensidad.

71. Desde el punto de vista de la escuela francesa se considera que el primitivo acento i. e., que era libre y musical, fue continuado por el acento latino histórico que era también musical. Acepta, sin embargo, esta escuela que con anterioridad a la transmisión literaria hubo un período durante el cual toda palabra, además del acento musical llevaba en la sílaba inicial un acento secundario de intensidad, probablemente por influencia etrusca. Este acento, sin embargo, volvió a perderse pronto. En consecuencia, la musicalidad del acento continuó del i. e. hasta la época histórica. Corroboran la naturaleza musical del acento histórico los siguientes hechos:

1) La métrica latina se basa en la oposición de sílabas largas y breves. Esto es sólo posible en lenguas con acento musical, pues en lenguas con acento de intensidad tiende a desaparecer la diferencia entre breves y largas en el sentido de que la sílaba acentuada acostumbra a convertirse en larga y las átonas en breves. Además, en estas lenguas el acento constituye la base para la versificación, como podemos observar en nuestra propia lengua; en cambio, en la métrica latina el acento no es prácticamente tenido en cuenta en la versificación, pues sólo excepcionalmente coincidían los pies fuertes con el acento.

2) El testimonio de los gramáticos latinos que nos hablan del acento, anteriores al siglo v d. de J C., nos lo describen como musical; así, CICERÓN, *Orat.*, **85**, dice: «La naturaleza misma, como si quisiera modular

---

[10] SOMMER, § 72; LEUMANN, § 163; MEILLET-VENDRYES, § 188 ss.; NIEDERMANN, § 8; KIECKERS, § 103; para más bibliografía, véase la nota bibliográfica de principio de capítulo.

la voz humana, ha atribuido a cada palabra una sílaba aguda.»

72. Sin embargo, si bien para un dilatado período atribuye dicha escuela carácter musical al acento latino, no obstante reconoce que en un momento dado se produjo un cambio, sustituyendo el acento de intensidad al musical. Corroboran tal cambio varios hechos:

1) Las lenguas romances que, como es sabido, tienen un acento de intensidad.

2) El testimonio de los gramáticos, que ya en el siglo v señalan el carácter intensivo del acento; así, Pompeius, V, 126, 27, dice textualmente: *syllaba plus sonat quae accentum habet.*

3) Las numerosas faltas que cometen los poetas en la versificación debido a que, si bien por tradición mantienen los esquemas cuantitativos (oposición de largas y breves), a la larga, por influencia del acento, tienden a abandonar cada vez más la cantidad tradicional, en el sentido de considerar las sílabas acentuadas como largas y las átonas como breves.

73. La fecha en que el acento fue adquiriendo un carácter preponderantemente intensivo es, naturalmente, difícil de precisar; no obstante, es probable que la evolución fuese más rápida en el habla vulgar que en la pronunciación de la gente culta. En las inscripciones murales de Pompeya se observan casos de síncopa de sílabas pre o post-tónicas que sólo pueden explicarse atribuyendo al acento carácter intensivo, pues el musical no produce tales alteraciones, por ejemplo: ***pedicaud*** = ***pedicáuit***, CIL IV, 2048, ***maldixit*** = ***maledíxit***, ib. 2445. Por todo ello cabe pensar que esta transformación se inició en el siglo I de nuestra era, aunque, naturalmente, requeriría bastante tiempo para imponerse en todas las zonas del lenguaje.

74. La escuela alemana considera que el acento i. e., libre y musical, fue sustituido por un acento de intensidad inicial, el cual, a su vez, poco antes de los albores de la transmisión literaria, se convirtió en un acento condicionado a la cantidad de la penúltima. Este

desplazamiento se debió probablemente a que en palabras de varias sílabas existía un acento secundario que a la postre acabó por desplazar al inicial, o sea, que en una palabra como ***sápièntia***, con acento secundario en la antepenúltima, éste asumió el primer papel, de donde *sàpiéntia*. Para obviar el testimonio de los gramáticos latinos del período clásico y postclásico que describen el acento como musical, los partidarios de esta escuela recuerdan que los gramáticos latinos, con frecuencia, en vez de reflejar en sus escritos la realidad de la lengua, no hacen otra cosa que adoptar los esquemas gramaticales de la lengua griega. La anomalía resultaría en este caso menos chocante, puesto que en griego mismo existía una contradicción entre la teoría que reflejaba un período de la lengua en que el acento era todavía musical y la realidad de aquel entonces en que el acento había ya pasado a ser de intensidad. En virtud de este razonamiento intentan desvirtuar el testimonio de los ya citados gramáticos latinos.

75. La naturaleza intensiva del acento latino en los períodos arcaico y clásico vendría evidenciada por los fenómenos lingüísticos siguientes:

1) Reducción en el vocalismo de vocales pretónicas y postónicas, por ejemplo *Agusto* CIL IV 2124 en vez de *Augústo* (cf. **124**), *disciplína* en vez de *discipulína* (cf. **163** b).

2) Los efectos de la ley de abreviación de los yambos: ⏑́ — > ⏑́ ⏑ (cf. **152**).

3) La simplificación de las geminadas: *farina* < *farrīna* (cf. **263**).

4) El distinto tratamiento de la *u̯* entre vocales (cf. **210**).

La existencia de estas alteraciones es indiscutible, pero su fuerza probatoria es escasa, pues unas tienen poco volumen y otras pueden explicarse como resultado de otros factores fonéticos.

76. Al confrontar las dos teorías expuestas resulta evidente que si aceptamos que los cambios que experimentan las vocales y diptongos latinos pueden expli-

carse sin necesidad de recurrir a la existencia de un acento prehistórico de intensidad (cf. **64**), resulta más lógico considerar el acento latino como de índole musical. Esta interpretación tiene la ventaja de coincidir con el testimonio de los gramáticos latinos y con la métrica. Pero como ya hemos indicado, éste es un problema oscuro y complejo, y por tanto sólo caben hipótesis y conjeturas.

VOCALES Y DIPTONGOS

A. ORIGEN, PRONUNCIACION Y EVOLUCION ESPONTANEA

V

VOCALES

SOMMER, § 11 ss.; KIECKERS, § 8 ss.; LEUMANN, § 19 ss.; MEILLET-VENDRYES, §§ 141 y 160; KRAHE, p. 58 ss.; BRUGMANN, § 66 ss.; PISANI, § 58 ss.; COUSIN, p. 43 ss.

1.—ORIGEN Y CORRESPONDENCIA CON LAS LENGUAS AFINES

77. La lengua latina contaba, como la española, con cinco vocales de timbre diferente: dos palatales (*e*, *i*) y otras dos velares (*o*, *u*); la *a* ocupaba una posición intermedia entre ambas series. Cada una de estas vocales podía pronunciarse como larga o breve, con lo cual el número de vocales latinas se elevaba a diez.

78. La comparación con las lenguas afines demuestra que el número y naturaleza de las vocales latinas era aproximadamente el mismo que existía en la lengua originaria, salvo que en el latín no persistieron las vocales relajadas ni las laringales; no obstante, no siempre, en una palabra dada, las vocales latinas son fiel trasunto del vocalismo originario; estas discrepancias son especialmente importantes tratándose de las vocales de sílabas interiores y finales, por estar afectadas por el acento prehistórico o la especial manera de pronunciarse la sílaba inicial.

79. Al proceder al estudio del vocalismo latino interesa mucho determinar cuándo las vocales conservan

su timbre y cantidad primitivos y cuándo, por el contrario, éstos han sido modificados. Si el i. e. nos fuese conocido, tomaríamos como punto de referencia esta lengua, del mismo modo que nos referimos al latín para el estudio histórico de las vocales españolas ; pero como, según ya hemos dicho, el i. e. escapa a nuestro conocimiento, nos vemos obligados a recurrir a la comparación con las lenguas afines. Estos idiomas son muchos, pero en este manual nos circunscribiremos fundamentalmente al griego y al sánscrito, por ser la transmisión literaria de estos idiomas muy antigua, con lo cual nos acercan más al i. e., y por ser en España los más conocidos y estudiados en nuestras Universidades.

80. Por lo que atañe a los cambios que las vocales han experimentado en estas lenguas, debemos advertir que el griego conserva con mucha fidelidad las vocales i. e. ; en cambio, el sánscrito ha fusionado las vocales *a*, *e*, *o* en *a*. De lo dicho se deduce que podemos afirmar, con muchas probabilidades de acierto, que una vocal latina breve o larga no ha sufrido cambio alguno con respecto a la lengua de origen, en los siguientes casos :

1) Cuando una *i* y *u* latinas se corresponden con idénticas vocales en griego y sánscrito.

2) Cuando una *a*, *e*, *o* latinas se corresponden con idénticas vocales en griego y con una *a* en sánscrito.

He aquí algunas palabras cuya vocal de la sílaba inicial podemos considerar como primitiva, por observarse las aludidas correspondencias : *ĕst*, scr. *asti*, gr. ἐστι; *ŏcto*, scr. *astau*, gr. ὀκτώ; *ăger*, scr. *ajraḥ*, gr. ἀγρός; *iŭgum*, scr. *yugam*, gr. ζυγόν; *māter*, scr. *mātar*, gr. μάτηρ (jónico-ático μήτηρ) ; *dōnum*, scr. *dānam*, gr. δῶρον; *fūmus*, scr. *dhūmaḥ*, gr. θυμός ... En cambio, por no observarse las concordancias ya señaladas, no puede considerarse como primitivo el timbre de las vocales en sílaba inicial que aparecen en palabras como : *quinque*, scr. *pañca*, gr. πέντε; *nouos*, scr. *navaḥ*, gr. νέ(ϝ)ος; *uncus*, scr. *aŋkaḥ*, gr. ὄγκος; *cinis*, gr. κόνις.

81. Contrariamente a la regla general arriba indicada, aparece en algunas palabras una *a* en latín, frente a una *i* en sánscrito y una α, ε, ο en griego; así. *păter*, scr. *pitár*, gr. πατήρ; *dătus*, scr. *-ditaḥ*, gr. δοτός. Esta anomalía se explica considerando que la vocal originaria de estas palabras era relajada. Esta vocal se designa con el nombre de «schwa» y se representa gráficamente en forma de una e invertida, o sea ə (cf. **83**). Parece ser que en el primitivo i. e. las vocales largas en situación átona se convertían en este sonido [1].

Algunos gramáticos han sostenido que existía en i. e. un schwa *secundum*, resultado de la debilitación de las vocales breves, pero ésta es una cuestión muy compleja y de más interés para la lingüística i. e. que para el latín propiamente dicho [2].

82. Tampoco se ajusta a la regla general que hemos expuesto la correlación que se observa entre los tres idiomas citados en palabras como: *cor* (gen. *cordis*), gr. καρδία o κραδίη; *mors* (< **mortis*), scr. *mṛtiḥ; tentus*, scr. *tataḥ*, gr. τατός; *centum*, scr. *śatam*, gr. ἑκατόν [3]. Observaremos que en todos estos ejemplos las vocales están siempre, en latín, en contacto con una sonante, y precisamente en este hecho se halla la explicación de estas aparentes faltas de concordancia. En efecto, según hemos expuesto, las sonantes pueden vocalizarse (cf. infra) y de hecho esto ocurría en i. e. en muchos casos; mas como estos sonidos vocalizados son poco estables, las lenguas derivadas acostumbraron a desarrollar vocales secundarias de apoyo [4] que con frecuencia absorbieron las primitivas sonantes; así vemos cómo la lengua sánscrita conserva como vocales la *ḷ* y *ṛ*, en cambio convierte las nasales vocálicas en *a;* el griego convierte también, como el sánscrito, las nasales vocálicas en α,

---

[1] Brugmann, § 127; Krahe, p. 62; Meillet, p. 100.
[2] Meillet, p. 102; Hermann Günther, *Indogermanische Ablautprobleme*, Strasbourg, 1916.
[3] Sommer, § 33; Kieckers, § 23; Brugmann, § 184 ss.; Krahe, § 17; Meillet-Vedryes, § 161; Leumann, § 32 ss.
[4] Véase Adrados, *La vocalización de las sonantes indoeuropeas*, *Emerita* XXVI, 1 (1958) 249 ss.

pero cambia en consonantes la *ḷ* y *ṛ*, dándoles una vocal de apoyo α, que a veces precede y otras sigue; el latín convierte siempre los mencionados sonidos vocálicos en las correspondientes consonantes, pero desarrollando una vocal, *e* cuando se trata de una nasal y *o* cuando se trata de *l* y *r*. A tenor de esta observación se explica sin dificultad la ya aludida discrepancia en los ejemplos arriba citados.

Para mayor claridad esquematizamos estos cambios en el cuadro siguiente:

i. e.	i. a.	gr.	lat.
ṛ	ṛ	αρ-ρα	or
ḷ	ḷ	αλ-λα	ol
ṇ	a	α	en
ṃ	a	α	em

sobre las sonantes de origen secundario, cf. § **164.**

83. Los trabajos de Saussure, Cuny, Kuriłowicz y Benveniste llevaron a suponer para una fase arcaica del indoeuropeo tres 'quasi-sonantes', cuyo papel es semejante al de las sonantes. Como vocales tienen un tratamiento común que es el schwa. Como segundo elemento de diptongo alargaban la vocal precedente, modificando en algunos casos el timbre. Como consonantes aparecen en hitita y han sido relacionadas con las consonantes laringales de las lenguas semíticas. La teoría de las laringales no ha sido todavía establecida de una manera definitiva, ya que los diversos autores que la han estudiado se contradicen frecuentemente [5].

84. En i. e. existía también una serie de sonantes

[5] Cf. el resumen de POLOMÉ, *Zum heutigen Stand der Laryngaltheorie*, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XXX (1952) 444 ss. y 1041 ss. Posteriormente, A. MARTINET, *Non apophonic O-vocalism in indo-european*, *Word* IX (1953) 253-67; F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Quelques traitements phonétiques des laryngales indo-européennes*, *Hommages à Max Niedermann*, Bruxelles 1956, pp. 17-33; ID., *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*, Madrid, C. S. I.C., 1961.

largas cuya evolución en las lenguas derivadas es la que refleja el siguiente esquema [6]:

i. e.	scr.	gr.[7]	lat.
r̥̄	īr, ūr	ρω	rā
l̥̄	īr, ūr	λω	lā
n̥̄	a	νᾱ	nā
m̥̄	a	μᾱ	mā

A tenor de dicho esquema se comprenden correspondencias como las siguientes: lat. *strātus*, scr. *stīrnaḥ* «extendido»; lat. *lāna* (< **u̯lāna*), scr. *ūrṇā*, gr. dor. λᾶνος; lat. *nātus* (< *gnātus*), scr. *jātaḥ*, «nacido».

2.—Alternancias [8]

85. Es frecuente que palabras derivadas de la misma raíz discrepen entre ellas en lo que atañe al vocalismo, sin que puedan atribuirse estos cambios a ninguna de las razones que condicionan la evolución del vocalismo latino. Se trata en tal caso de una herencia del i. e., como lo demuestra el hecho de que las lenguas afines presentan cambios análogos. Parece ser que en la lengua común los elementos esenciales de las palabras eran las consonantes; en cambio, las vocales cambiaban según la índole de la palabra a que

---

[6] Estas sonantes largas representan, según se acepta modernamente, las combinaciones de sonante y laringal.

[7] Recientemente se ha admitido (con vacilaciones por parte de Schwyzer, *Gr. Grammatik*, I, p. 359 ss.; afirmativamente por Grammont, *Phonétique du Grec ancien*, 1948, p. 319 ss., y otros) que las combinaciones de sonante y laringal, representadas por las sonantes largas, han dado en griego no solamente ρᾱ, λᾱ, νᾱ, μᾱ, sino también ρη, λη, νη, μη y ρω, λω, νω, μω. Para la posible relación de este hecho con el triple tratamiento griego α, ε, ο del schwa, cf. Rodríguez Adrados, o. c. en la n. 5.

[8] Pisani, § 68; Brugmann, § 210 ss.; Krahe, § 19; Leumann, § 44; Sommer, § 48; Meillet-Vendryes, § 239; Meillet, p. 133.

pertenecían (sustantivo, adjetivo, formas verbales de presente, aoristo, perfecto, etc.).

Se designan estos cambios del vocalismo con el nombre de alternancias. Estas pueden ser cualitativas (afectan al timbre), o cuantitativas (afectan a la cantidad).

86. La alternancia más corriente aparece representada por raíces monosilábicas que tienen como vocal básica una *ĕ*, pero que en la formación de palabras derivadas de esta raíz se conserva en unas voces esta *e*, pero en otras aparece sustituida por las siguientes vocales: *ŏ*, *ē*, *ō*, vocal relajada, o pérdida de esta vocal. Estas dos últimas alternancias se designan con el nombre de grado reducido y grado cero, respectivamente; sin embargo, en latín no existen ejemplos del grado reducido.

He aquí unos ejemplos:

sĕdeo, *sŏlium* (derivado probablemente de **sodium*), *sēdes*, *sōlari*, *sido* (grado cero derivado de *si-sd-o*, presente reduplicado); *tĕgo*, *tŏga*, *tēgula*; *es-t*, *s-unt* (grado cero); *nĕcem*, *nŏceo*, etc.

87. Menos frecuente es el caso de raíces cuya vocal básica sea *ŏ* o bien *ă* sin alternar con una *ĕ*. En el primer caso (vocal básica *ŏ*) subsiste en latín sólo la alternancia alargada *ō*; en el segundo (vocal básica *ă*) persisten las alternancias *ā* y *ŏ*.

1) *ŏdium* y *ōdi*; *fŏdio* y *fōdi*, etc.

2) *ăcies*, *ācer*, *ŏcris* «roca puntiaguda»; *ăgo*, *ambāges*, *g-ero* (representaría el grado cero, pero la etimología es dudosa); *săcer*, *sācri-* (primer elemento de muchos compuestos).

88. Las vocales *ā*, *ē*, *ō* representan, generalmente, un grado alargado y, por tanto, alternan con sus correspondientes vocales breves, según hemos explicado en los dos párrafos anteriores. A veces, no obstante, no se observan dichas alternancias, pues existían en i. e. raíces cuya vocal básica no era una breve, sino precisamente una larga, concretamente *ā*, *ē*, *ō*. En este caso *ē* alternaba con *ō*, *ō* con *ē*, *ā* con *ō* (alternancia

cualitativa), y cada una de ellas con schwa (cf. **81**) (alternancia cuantitativa). En latín se han simplificado también estas alternancias en el sentido que las citadas vocales largas alternaban sólo con schwa. A tenor de lo dicho se explican alternancias como las siguientes: *fēci* : *făcio*; *sēmen* : *sătus*; *dōnum* : *dătus*; *stāre* : *stătus*, etc.

89. Con frecuencia una semivocal o una sonante estaba en contacto con una vocal básica *ĕ*, la cual podía presentar (según hemos visto, cf. **86**) diversas formas de alternancia (*ŏ*, *ē*, *ō*, cero, grado reducido). En este caso, cuando la voz adoptaba el grado cero, la semivocal o sonante se vocalizaba; en los otros casos persistía como semiconsonante [9]. En griego esta alternancia puede observarse con mucha facilidad; así: λείπω, λέλοιπα, ἔλιπον (grado cero); ἐλεύσομαι «iré», ἤλυθον (grado cero), ἐλήλουθα (perfecto homérico); δέρκομαι, δρακεῖν (grado cero, cf. **82**), δέδορκα etc. En latín se perciben difícilmente estos cambios, debido a las transformaciones profundas que experimentan los diptongos, pues, como ya estudiaremos, *ei* se convierte en *ī*; *oi* en *oe* y *ū*; *eu* y *ou* en *ū*; los grados reducidos *r̥*, *l̥* en *or*, *ol*; *m̥*, *n̥* en *em* y *en*, respectivamente (cf. **82**). Como ejemplo de esta alternancia citaremos: *fīdo* (< **feido*), *foideratei* (forma atestiguada en el latín arcaico), *foedus* «alianza», *fĭdes* (grado cero); *dūco* (< **deuco*), *dŭcem*, *dŭctus*; *fĕro*, *fūr* [10] (< **fōr*), *fors* [11] (< **bhr̥tis*, grado cero), *cŏlo* [12] (< **qᵘelo*), *cultus* [13] (**qᵘl̥tós*), etc.

90. Las alternancias afectan no sólo a las raíces y bases, sino también a los sufijos, por ejemplo: πατήρ, εὐπάτωρ, πατέρα, εὐπάτορα, πατρός. También el latín nos ofrece ejemplos análogos, aunque menos completos: *păter*, *patrem*; *frāter*, *fratrem*, *etc.*

---

[9] PISANI, § 68; KIECKERS, p. 45; LEUMANN, § 48; SOMMER, p. 49; KRAHE, p. 74.

[10] Cf. **117.**

[11] Recordemos que *r̥* evoluciona en latín en *or*. Cf. **82.**

[12] Cf. **116.**

[13] Cf. **228.**

91. Las alternancias se debían, indudablemente, a influencias del acento. Las de tipo cualitativo a un acento melódico, y las cuantitativas a un acento de intensidad. Ambas clases de acento debieron, pues, pertenecer, si bien en épocas distintas, a la lengua común [14].

3.—Timbre de las vocales (latín clásico y vulgar) [15]

92. El timbre de las vocales latinas era análogo al que tienen nuestras vocales en español, con la particularidad, no obstante, de que las vocales largas tendían a pronunciarse en forma cerrada y precisa; las breves, en cambio, en forma abierta y relajada. Estas diferencias cualitativas, de las que nos informan los gramáticos latinos, se reflejan a veces en las inscripciones; así, las breves ĭ, ŭ aparecen transcritas en algunas inscripciones en forma de *e*, *o*, respectivamente (indicio de pronunciación abierta), y ē, ō en forma de *i*, *u*, respectivamente (indicio de pronunciación cerrada). He aquí algunos ejemplos epigráficos: *tempestatebus* (= *tempestatibus*) CIL I² 8, 9; *magester* (= *magister*) citado por Quintiliano I, 4, 17; *erodita* (= *erŭdita*) CIL I² 1214; *oxsor* (= *uxor*) CIL III 9605; *leigibus* (= *lēgibus*) CIL I² 62; *filiciter* (= *fēliciter*) CIL IV 688; *punere* (= *pōnere*) CIL III 9585; *uxure* (= *uxōre*) CIL V 5416 [16].

93. En el habla vulgar se fueron perdiendo cada vez más las diferencias cuantitativas que distinguían las vocales del latín clásico, a la par que se acentuaba la tendencia a pronunciar las primitivas vocales lar-

---

14 Krahe, § 22.

15 Sommer, §§ 52-60; Kieckers, §§ 8-13; Juret, p. 13 ss.; Leumann, § 19 ss.; Meillet-Vendryes, § 160; Grandgent, § 178, 194 ss.; Bourciez, §§ 113, 117 ss.; Battisti, § 47 ss.; Pidal, § 7 ss.; W. v. Wartburg, *La fragmentación lingüística de la Romania*, Madrid 1952, p. 28 ss.; Díaz, p. 158.

16 Para más ejemplos, cf. Rubio, Indices: ĭ > *e*, p. 218; ŭ > *o*, p. 218; ī > *e*, p. 218; ō > *u*, p. 218.

gas en forma cerrada y las correspondientes breves en forma cada vez más abierta. Esta tendencia si hubiera afectado por un igual a todas las vocales hubiera dado por resultado la sustitución sistemática de las vocales breves por vocales abiertas y de las largas por cerradas. Mas por una parte, la *ă* y *ā* se confundieron en una sola *a* sin distinción de timbre, y por otra, la *ē* (lat. vulg. *ẹ*) y la *ĭ* (lat. vulg. *į*) se confundieron en una *ẹ*, pues la primera tendía a cerrarse y la segunda a abrirse; la *ō* (lat. vulg. *ọ*) y la *ŭ* (lat. vulg. *ų*), por las mismas razones, se confundieron en una *ọ*, con lo cual las diez vocales del latín clásico quedaron reducidas a siete en el habla vulgar, o sea, *a* (< *ă*, *ā*), *ę* (< *ĕ*), *ẹ* (< *ē*, *ĭ*), *i* (< *ī*), *ǫ* (< *ŏ*), *ọ* (< *ō*, *ŭ*), *u* (< *ū*).

Se desprende de lo dicho que en el latín vulgar se fueron perdiendo las diferencias cuantitativas tradicionales que distinguían a las vocales; pero esto no significa que se pronunciaran todas las vocales con idéntica cantidad. En realidad siguieron subsistiendo, aunque las diferencias eran menos perceptibles, vocales largas y breves; pero servía de base para esta distinción un nuevo principio, derivado de la situación de las vocales en la palabra en el sentido de que en la mayor parte del Imperio las vocales acentuadas en sílaba libre eran pronunciadas en forma más larga que las acentuadas en sílaba cerrada o las simplemente átonas [17]. En España y algunas regiones de la Galia, se aplica un sistema más sencillo, en el sentido de que las vocales acentuadas (sin distinción de sílaba abierta o cerrada) eran pronunciadas como largas y las átonas como breves.

4.—Tránsito al romance [18]

94. En el período ya románico los cambios más importantes que se operaron fueron los siguientes:

1) Las vocales *ę* y *ǫ*, cuando caía el acento sobre ellas, diptongaban en *ie* y *uo* (castellano *ue*), respectivamente; así, *térra* > *tierra*, *nóuo* > *nuevo*. La diptongación no fue, sin embargo, un fenómeno general y uniforme en la Romania; circunscribiéndonos a las

[17] Grandgent, **176.**

[18] Cf. bibliografía citada al final de la nota 15.

lenguas ibéricas observaremos que diptongan sólo estas vocales en los dialectos castellanos centrales; en cambio, no diptongan en los dialectos del Oeste (portugués, gallego) y del Este (catalán).

2) Las vocales ę y ǫ (procedentes de *ĕ*, *ŏ*), sin acentuar pero formando parte de una sílaba inicial, se cierran de un punto confundiéndose con las vocales inmediatas superiores, en tal caso con la ẹ (procedente de *ē*, *ĭ*) y con la ọ (procedente de *ō*, *ŭ*), respectivamente; así: *terréno* > *terreno; dolóre* > *dolor*. Ello determina que sólo subsistieran cinco vocales en esta posición.

3) Las vocales interiores átonas generalmente caen, salvo la *a*.

4) En sílaba final persiste *a;* las vocales *e*, *i* se confunden en *e*, y *o*, *u* en *o*.

El esquema que sigue facilitará la comprensión de estos cambios:

Latín clásico	ī	ĭ ē	ĕ	ā ă	ŏ	ō ŭ	ū
Latín vulgar	i	ẹ	ę	a	ǫ	ọ	u
Lengua castellana							
Sílaba inicial tónica	i	ẹ	ie	a	ue	ọ	u
Sílaba inicial átona	i	e		a		o	u
Sílaba final		e		a		o	

95. Esta evolución, que es normal, se ve con frecuencia influida por otros factores de carácter fonético y, en especial, por la presencia de la yod[19]. En realidad, la yod no es otra cosa que una semiconsonante o una semivocal procedente, unas veces de una *i* vocálica latina (a veces también de una *e*) que se consonantiza (por ejemplo, *fortia* > *fortįa*); otras veces surge la yod por vocalización de una consonante velar

[19] Pidal, § 8 bis.

agrupada (*nocte* > *noite*), por pérdida de una vocal o consonante (*sartaginem* > *sartaine*), o por atracción de una vocal de la sílaba siguiente (*basiu* > *baisu* > *beso*). La influencia de la yod, surgida en épocas diferentes, no es uniforme y constituye uno de los factores más perturbadores en la evolución del vocalismo. En general, tiende a cerrar en un grado la vocal contigua, o sea, que la *a* pasa a *ę*, la *ę* a *ẹ*, *ẹ* a *i*, *ǫ* a *ọ*, *ọ* a *u*; ejemplos: *lacte* > *laite* > *leche; speculum* > *speglo* > *speilo* > *espejo* (la *e*, por ser breve, hubiera debido diptongar); *coriu* > *coiru* > *cuero* (como la *o* es breve, la evolución normal hubiera sido *cueero*); *nocte* > *noite* > *noche* (la vocal no diptonga); *folia* > *folia* > *hoja* (tampoco diptonga la *ŏ*); *podio* > *poyo*, etcétera.

96. Las palabras cultas (palabras tomadas del latín por personas cultas y, por tanto, incorporadas al idioma tardíamente) no han experimentado la evolución y cambios fonéticos normales; de ahí que su vocalismo se ajusta mucho más al latino, y así mientras una *ĭ* en una palabra popular evoluciona en *e* (*pira* > *pera*), persiste en palabras cultas; por ejemplo, *minuto* (la forma popular es *menudo*), *dictado* (la forma popular es *dechado*); de una palabra latina como *fossa* deriva una forma popular *huesa* y otra culta *fosa;* de *gula* derivan *gola* y *gula*. Estas formas dobles se designan con el nombre de dobletes [20].

VI

DIPTONGOS

SOMMER, § 61 ss.; KIECKERS, § 14 ss.; LEUMANN, §§ 41, 42; 57 ss.; LINDSAY, § IV, 32 ss.; MEILLET-VENDRYES, § 177 ss.; NIEDERMANN, § 30; PISANI, § 21; JURET, § 255; BRUGMANN, § 66 ss.; MANIET, § 31 ss.; DÍAZ, p. 160; COUSIN, p. 48 ss.

1.—ORIGEN Y CORRESPONDENCIA CON LAS LENGUAS AFINES

97. El i. e. contaba con seis diptongos breves (*ai, ei, oi, au, eu, ou*). En la lengua latina experimentaron una profunda transformación. Ya en el período arcaico quedan pocos rastros del diptongo *eu*, y los restantes aparecen atestiguados sólo esporádicamente en forma correcta. En general, en este período los diptongos tienden a monoptongarse, hasta el punto de que sólo sobreviven y pasan al período clásico tres diptongos (*ae, oe, au*). En esta época continuó actuando la misma tendencia, y así vemos que en el habla popular se monoptongan también los dos primeros, con lo cual sólo persiste el último (*au*).

98. Como consecuencia de estos cambios se esconden con frecuencia bajo la apariencia de simples vocales antiguos diptongos. Desde el punto de vista de la fonética histórica importa mucho dilucidar estos extremos. A veces es suficiente el testimonio del latín arcaico; pero en bastantes casos, especialmente tratándose del diptongo *eu*, nos vemos obligados a recurrir a la comparación con las lenguas afines. A este respecto conviene tener presente que la lengua griega ha conservado con mucha fidelidad los primitivos dipton-

gos; el sánscrito, en cambio, ha reducido los seis diptongos a dos vocales [1] convirtiendo los tres diptongos, cuyo último elemento es una *-i*, en *e*, y los otros tres restantes, cuyo último elemento es una *-u*, en *o*. En consecuencia, siempre que un diptongo o vocal latina se corresponde con un diptongo griego o a las vocales sánscritas *e* u *o*, podemos conjeturar que nos hallamos en presencia de un antiguo diptongo. He aquí algunos ejemplos en que se observa la aludida correspondencia: *aedes*, lat. arc. *aides*, scr. *edhaḥ* «tizón», gr. αἴθω «quemar»; *īre*, lat. arc. *eire*, scr. *emi* «voy», gr. εἶμι; *dīco*, lat. arc. *deico*, gr. δείκνυμι; *ūnus*, lat. arc. *oinos*, gr. οἰνή; *uro* < **euso*, scr. *osami* «ardo», gr. εὕω < εὔϝω.

99. La gramática comparada ha demostrado la existencia en el i. e. de una segunda serie de diptongos largos (*āi*, *ēi*, etc.) [1 bis], que se diferenciaban de los anteriores, no sólo por su mayor duración, sino que también porque su primer elemento se pronunciaba con mayor intensidad, lo cual repercutía en una debilitación del segundo. Ya en el propio i. e., estos diptongos daban muestras de poca estabilidad, pues con frecuencia se abreviaban, o bien perdían su segundo elemento, según su posición en la frase o la índole de los sonidos que le seguían. Esta tendencia se acentuó en las lenguas derivadas y trajo consigo la desaparición de estos diptongos, que se convirtieron unas veces en diptongos breves y otras en simples vocales (cuando caía su último elemento).

2.—Evolución y pronunciación de los diptongos latinos

100. *AI*. Todavía en el siglo III a. de J. C. se pronunciaba y escribía *ai*. Esta grafía aparece atestigua-

[1] La gramática sánscrita clasifica estos sonidos por razones históricas entre los diptongos.

[1 bis] Krahe, § 16; Brugmann, § 146; Kieckers, § 20, 21; Sommer, § 31.

da en las inscripciones de este período [2]; así: *Gnaiuod* = *Gnaeo*, *aidilis* = *aedilis* CIL I² 7, pero a principios del siglo II a. de J. C., el segundo elemento se abre por influencia del primero y se empieza a pronunciar *ae*, todavía sonando ambos elementos. La escritura recogió este cambio, y así, a principios del citado siglo, aparecen las primeras grafías en *ae*, alternando primero con *ai*, hasta que al fin se imponen. El ejemplo más antiguo se remonta al año 189: *Aetolia* CIL I² 616. En un principio alternan con frecuencia en una misma inscripción las formas *ai* y *ae* (cf. CIL I² 581, 583, 585,3), pero a la postre se impone la grafía *ae;* no obstante, en las inscripciones oficiales, de tendencia arcaizante, se arrastra la grafía *ai* hasta entrada ya la época imperial. En la capital la gente culta continúa pronunciando en esta época *ae* como un diptongo. Confirma esta pronunciación el testimonio de los gramáticos (Quint. I, 7,18; Ter. Scaur. VII, 16,5), así como los préstamos a otras lenguas (*Caesar* pasa a los germanos en forma de *Keisur*, lo cual presupone una pronunciación diptongada). En el campo, sin embargo, el diptongo se monoptongó en *e* ya a principios del siglo II a. de J. C. Se verificó este cambio como consecuencia de haberse asimilado el primer elemento del diptongo al segundo. Nos atestiguan esta pronunciación inscripciones de las regiones rurales (*Cesula* = *Caesulla* CIL I² 376, *cedito* = *caedito* I² 366) así como el testimonio de Varrón L. lat. V, 97. Esta pronunciación monoptongada fue poco a poco ganando terreno y acabó por difundirse en la propia capital, en donde si bien la gente culta siguió aferrada a la pronunciación tradicional diptongada, el pueblo prefería la monoptongada. Esta doble pronunciación era causa de muchas confusiones y errores; así, en las inscripciones aparece con mucha frecuencia *e* en vez de *ae* (reflejo de la pronunciación vulgar),

---

[2] Para ejemplos de la grafía *ai* en vez de *ae*, cf. RUBIO, Indices, p. 217; DESSAU, III, 2, Indice, p. 808.

por ej. *Emilio* en vez de *Aemilio* [3], e incluso *ae* en vez de *e*[4], por ej. *aeques* en vez de *eques* [5].

Después de un período bastante largo de vacilaciones, a la postre, aproximadamente hacia el siglo IV, se impuso la pronunciación monoptongada en forma de una *ę* abierta. El timbre abierto de este sonido aparece plenamente confirmado por la evolución que ha experimentado en romance (cf. **108**).

101. *EI.* Todavía en el siglo III a. de J. C. se escribía y pronunciaba *ei;* no obstante, nos quedan muy escasos testimonios de esta época [6]; por ej. *deiuos* = *deus* CIL I 4. A finales ya de este siglo, o a principios del II, los dos elementos del diptongo, muy próximos ya entre sí, acabaron por inercia por fundirse en una *ẹ* muy cerrada; así, en la época de Plauto (finales del III, principio del II), la palabra *ira,* que deriva de *eira,* se pronunciaba *ẹ̄ra.* Precisamente esta pronunciación explica un juego de palabras por el cual se atribuye a este vocablo el significado de *ira* y *era,* «dueña, señora» (cf. Truc. 262-264). Aparece también atestiguada esta pronunciación en el Senatus Consultus de Bacchanalibus del año 186, pues el diptongo *ei* está a veces anotado en forma de *e,* si bien no en sílaba inicial; así, *compromesise* [7] = *compromīsisse.* Otra prueba de esta pronunciación nos la suministran grafías inversas como *decreiuit* en vez de *decrēuit* CIL I[2] 604. Es obvio que sólo puede incurrirse en esta falta ortográfica en el supuesto de que *ei* sonara como

[3] Rubio, Indices, p. 217; Dessau, III, 2, Indice, p. 212.

[4] Sobre el uso de la *ę* en vez de *ae,* cf. Rubio, Indices, p. 217, y más concretamente, números 42, 73, 81, 113, 126, etc.; Dessau, III, 2, Indice *in recentioribus,* p. 812. Sobre el uso de *ae* en vez de *e,* cf. Rubio, Indices, p. 218.

[5] Esta grafía es un hipercultismo. La gente poco culta observaba que palabras que ellos pronunciaban con *e* eran pronunciadas por otros como *ae, praetor* en vez de *pretor;* esto determinó que al imitar la pronunciación culta pronunciasen como *ae* no sólo primitivos diptongos, sino incluso auténticas *e.* Para ejemplos, cf. Rubio, Indices (*e* > *ae*), y Dessau, III, 2, Indice p. 807.

[6] Rubio, Indices, p. 217 (*ei* servatur); Dessau, III, 2, Indice, p. 815.

[7] Rubio, 24, 10.

ē. Todo hace, pues, suponer que a principios del siglo II a. de J. C. prevalecía ya la pronunciación monoptongada de *ē*; no obstante, por inercia seguía también usándose, a veces incluso promiscuamente, la grafía tradicional *ei*, aunque, naturalmente, sin ningún valor fonético.

A mediados del mismo siglo en la capital el sonido *ę̄*, ya de por sí muy cerrado, se cerró aún más, pasando a *ī*. En efecto, a partir del 150 aparece a veces usada la grafía *ei*, con la que se seguía por tradición escribiendo el diptongo *ei*, aun cuando se pronunciara como *ī*, para registrar el sonido de la vocal larga *i*; así [8], *cogendei* = *cogendi* CIL I² 632; *omneis* = *omnis* I² 638.

102. Aunque, como decimos, el diptongo *ei* acabó por pronunciarse *ī*, no obstante la etapa anterior (*ę*) aparece conservada en los siguientes casos:

1) En algunas palabras (pero no todas) en que el diptongo va seguido de *u* o *u̯*. Probablemente la naturaleza velar de este sonido contrarrestaba la tendencia a la palatalización, pues, como ya hemos explicado, la *ī* es la vocal más palatal. Pertenecen a este grupo palabras como *leuis* < **leiuis* (cf. gr. λεῖ(ϝ)ος), el perfecto de *lino*, *leui* < **leiuai*, *seu* < **seiue*, *deus* < *deiuos*.

De **seiue* derivan *sīue* y *seu*. La diferencia de tratamiento puede explicarse por el hecho de que la semivocal en un caso (*seu*) forma parte de la misma sílaba, y en el otro es heterosilábica. Es evidente que en el primer caso la fuerza disimilatoria de la *u̯* es mayor.

2) En el campo, en contraposición con la capital, la evolución a *ī* no se consumó, persistiendo el grado *ē*. Esta peculiaridad de la pronunciación rural aparece atestiguada por Varrón (Res Rusticae I, 48, 2), el cual nos informa que la gente del campo pronunciaba *speca* en vez de *spīca* «espiga». También las inscripciones de las regiones rurales corroboran esta pro-

---

[8] RUBIO, Indices, p. 217 (*ei* = *i*).

nunciación; así, en CIL I² 388 se lee *uecus* en vez de *uīcus* < *ueicos* (cf. gr. ϝοῖκος) [9]. Algunos de estos ruralismos se han transmitido a las lenguas romances; así, la palabra *esteva* «pieza del arado en que se apoya el labrador» no puede derivar de la forma urbana *stīua*, sino de la rural *steua*.

103. *OI*. Persiste en el siglo III; así, *oino*, *ploirume* CIL I², 8, 9 [10], pero ya a finales de este siglo o a principios del II se pronunciaba *oe* [11], y ello como resultado de la asimilación que ejercía el primer elemento, el cual, por tener un mayor relieve, era causa que por inercia la lengua no se desplazara del todo de la parte posterior del paladar (donde se articulaba la *o*) a la anterior para producir la *i*, quedando en una posición intermedia, o sea, en la zona de articulación de la *e*. Esta pronunciación perduró poco tiempo (sólo hasta principios del siglo II), pues como consecuencia del mismo proceso de inercia, la lengua acabó por no abandonar la zona donde se articulaba la *o*, adquiriendo el segundo elemento un timbre parecido al primero, pero más oscuro, con lo cual sonaba el diptongo *ou*. A la postre monoptongó en *ū*. La primera inscripción en que aparece registrada esta pronunciación corresponde al año 170 a. de J. C., *utier* CIL I² 10. Parece incluso que puede retrotraerse esta pronunciación a la última época de Plauto, pues para explicar un juego de palabras *Lyde*:*ludo* Bach. 129 es necesario atribuir a *ludus* (< **loidos*) no la pronunciación de *loedus*, sino de *ludus*. Sin embargo, a pesar de que en fecha ya antigua sonaba *oi* como *u*, no obstante, como arcaísmo, perduran en las inscripciones las gra-

---

[9] La diferencia de vocalismo es una consecuencia de la alternancia. En latín es frecuente la *e* frente a la *o* en griego. Aunque cabe también para el latín partir de **u̯oikos*, pensando en una influencia disimilatoria de la *u̯*, tras la cual el diptongo *oi* en lugar de evolucionar a *ū* habría pasado a *ī* a través de *ei* (cf. *uīnum* con gr. ϝοῖνος).

[10] RUBIO, Indices, p. 218 (*oi* servatur); DESSAU, III, 2, Indices, p. 828.

[11] DESSAU, III, 2, Indices, p. 828; RUBIO, Indices, p. 218 (*oi* > *oe*).

fías *oi* y *oe*, las cuales no tienen, naturalmente, ningún valor fonético, sino simplemente histórico.

Los testimonios epigráficos de la etapa *oe* son posteriores a los del grado *u*; así, *coerauerunt* CIL I² 672 (año 112), *coeraue-re* CIL I² 678 (año 106) [12], pero como los testimonios arcaicos son escasos, puede ser debida a una simple casualidad la carencia de ejemplos más antiguos de *oe*, y por tanto su ausencia no constituye argumento de fuerza suficiente para negar esta evolución que la fonética reclama. Tampoco tenemos testimonios antiguos de la etapa *ou*, pues los que han llegado hasta nosotros (*courauerunt* I² 1894) corresponden a una época en que *ou* podría ser usado con el valor de *u*.

104. Si bien, como decimos, *oi* acabó por convertirse en *ū*, no obstante algunas palabras no rebasaron la etapa intermedia (*oe*). Se trata, generalmente, de vocablos que empiezan por *p* o *f*, como *poena* (cf. gr. ποινή), *Poenus* (cf. gr. Φοίνικες), *foedus* «alianza» (cf. gr. πείθω, πέποιθα). Esta anomalía puede explicarse como resultado de la influencia de la labial inicial, en el sentido de que cuando el segundo elemento del diptongo iba a convertirse en *o*, ejercía la citada consonante una influencia disimilatoria sobre dicho elemento y no se consumaba la evolución. El diptongo seguía, en cambio, su evolución normal cuando en la sílaba siguiente figuraba una *i*; de ahí contraposiciones como *poena*, *punio*; *Poenus*, *punicus*. Parece ser que la *i* contrarrestaba la influencia de la labial inicial. También persiste el grado *oe* cuando se trata de diptongos de formación reciente; tal es el caso de *coetus* < *coitus* (*coitus* es un neologismo más reciente).

El vocalismo de *moenia* no responde a ninguna razón de tipo fonético. Se trata, según parece, de una invención de los gramáticos, pues *moenia* tenía que haber evolucionado a *munia*, con lo cual hubiera coincidido con *munia* «deberes». Facilitó la adopción de esta grafía el hecho de que en el latín arcaico el sinónimo *murus* se escribía *moeros* y *moiros*.

En el habla popular estas formas en *oe* se monoptongan, pronunciándose *ē*. En la época imperial apa-

---

[12] Cf. nota anterior.

rece corroborada esta pronunciación por inscripciones que trascriben el diptongo *oe* en forma de *e*; así, *Phebus* en vez de *Phoebus* IV 1810 (Pompeya) [13], así como el testimonio de las lenguas romances en las que aparece recogido en forma de *ę* (cf. **108**).

105. *EU*. Persiste sólo en inscripciones muy arcaicas; así *neuem* (= *nouem*), *neuna* (= *Nonae*). Ambas formas aparecen en inscripciones del 300 no recogidas en el CIL, pero citadas por Pisani, Ling. d'It. 326 n. 149 [14]. También tenemos la palabra *Leucerie* (= *Luceriae*) citada por Terentius Scaurus como formando parte del canto de los Salios [15]. Sin embargo, pronto se modificó este diptongo, pues el segundo elemento (*u*), que era el más destacado, atrajo al primero a su punto de articulación, con lo cual se llegó al grado *ou*, siguiendo en este momento la misma evolución que los primitivos diptongos en *ou*, y posteriormente monoptongó en *u*. En consecuencia, sólo la comparación con otras lenguas i. e. nos permite rastrear la existencia de un primitivo diptongo *eu* camuflado bajo la forma de *ou* y *u*; así, sabemos que *uro* deriva de *euso* por el griego εὕω, *duco* de *deuko* por el gótico *tiuha* [16], etc. (cf. **98**).

Es cierto que en algunas palabras del latín clásico aparece el diptongo *eu*, pero se trata generalmente de diptongos que han surgido secundariamente por caída de la vocal final; tal es el caso de *neu* < *nēu*(*e*), *ceu* < *cēue*, *seu* < *sēue* < *seiue*. El pronombre *neuter* era ya originariamente trisilábico y, por tanto, no fue nunca pronunciado como un diptongo. La interjección *heu*(*s*), como todas las exclamaciones, no se sujeta a la evolución fonética normal.

106. *OU*. Persiste hasta mediados del siglo III [17];

---

[13] Cf. Rubio, **640**, **1053**.

[14] Sobre estos testimonios antiguos, cf. St. Weinstock, Festsch. A. Rump, 1952, § 151 ss.; E. Vetter, *Handbuch d. ital. Diall.*, núm. 364.

[15] Rubio, 4.

[16] Krahe, p. 65.

[17] Cf. Rubio, Indices, p. 218 (*ou* seruatur); Dessau, III, 2, Indice, p. 829.

así, *iouxmenta* (= *iumenta*) CIL I², 1; *noutrix* I², 45; *loucarid* I², 401 (año 315); *loucom* I², 366. Sin embargo, los dos elementos del diptongo, ya de por sí muy próximos, acabaron por inercia confundiéndose en una *ǫ* más cerrada, que a la postre evoluciona en *u*. Esta misma evolución experimentaron los primitivos diptongos en *eu* al alcanzar el grado *ou* (cf. **105**).

La etapa *u* aparece ya alcanzada a mediados del siglo III, pues en los Elogia Scipionum coexisten las formas *ou* y *u*; así, *Loucanam* CIL I² 6, 7, *Luciom* I² 8, 9 [18]. No obstante, a pesar de ello, con mucha frecuencia, hasta principios de la época imperial, se continuó usando la grafía *ou*, especialmente en términos técnicos como *ious* = *ius*; *iourare* = *iurare*, pero tiene sólo un valor histórico, careciendo de todo significado fonético. Por todo ello, únicamente podemos considerar que la grafía *ou* refleja realmente una pronunciación diptongada en inscripciones anteriores a la segunda mitad del siglo III.

Si bien, como hemos dicho, el diptongo *ou* evolucionó a *u* pasando por *ǭ*, no obstante en el campo persistió con singular tenacidad la etapa intermedia *ō*, que reflejan algunas inscripciones; así, *Losna* [19] (Preneste CIL I² 549) < **Louxsna*. La forma urbana es *luna*. Quintiliano (I, 4,16) cita también la forma *notrix* en vez de *nutrix*. Algunos de estos ruralismos han trascendido incluso al lenguaje literario; tal es el caso de las palabras *robus* y *robigo*, en oposición a la forma urbana *rufus*.

107. *AU*. Este es el único diptongo que, en general, periste inalterable a lo largo de los distintos períodos de la lengua latina; sin embargo, algunos dialectos latinos lo monoptongan en *o*. Esta pronunciación, considerada como rústica, penetró en Roma en los siglos II y I a. de J. C., difundiéndose bastante entre las clases bajas, como lo atestiguan inscrip-

---

18 Cf. RUBIO, 17, 18.
19 Cf. RUBIO, 49, 116.

ciones con grafías [20] como *Olus* < *Aulus* III, 993, *plostrum* < *plaustrum* IX, 4171, *copo* < *caupo* V, 3951. Incluso algunas palabras con diptongo *au* monoptongado ascendieron al lenguaje literario, de donde *Clodius* en vez de *Claudius*, *lotus* en vez de *lautus*. El propio Cicerón en sus cartas familiares escribe a veces *oricula* en vez de *auricula*, *pollulum* en vez de *paullulum*, *olla* en vez de *aulla*. Inversamente, como ultracultismo, el diptongo *au* suplantaba a veces a una primitiva *ō*, por ej. *Flaurus* en vez de *Florus* [21]. Generalmente estas pronunciaciones incorrectas son individuales y pasajeras sin trascendencia en el lenguaje; no obstante, a veces se generalizan y desplazan a las formas correctas, tal es el caso de *plaudo*, que deriva de *plōdo*, como lo demuestran las lenguas afines, y, sin embargo, la forma diptongada, a pesar de ser incorrecta etimológicamente, es la que ha prevalecido.

3.—Tránsito al romance [22]

108. Ya hemos indicado (cf. **97**) que en el latín clásico los diptongos habían quedado reducidos sólo a tres: *ae*, *oe*, *au*. En el habla vulgar, *ae* se monoptongó también pronto en *ę*, coincidiendo, por tanto, con el sonido a que había evolucionado la primitiva *ĕ*; de ahí que para los efectos de la evolución al romance experimentara los mismos cambios que esta última (*ĕ*); así, *caelu* > *cielo* (sílaba inicial tónica), *praecone* > *pregón* (sílaba inicial átona), etc. (cf. **94**).

El diptongo *oe* se convirtió en *ẹ*, coincidiendo con el mismo sonido a que había llegado *ē* e *ĭ*, y experimentando iguales cambios en romance; así, *foedum* >

[20] Rubio, **49**, **116**; Indices, p. 217 (*au* > *o*); Dessau, III, 2, Indice, p. 828.

[21] Véase a este respecto la anécdota que cuenta Suetonio, Vespasianus, 22.

[22] Bourciez, § 51, 160; Grandgent, § 204 ss., 228; Battisti, 49; Pidal, § 66, 3,9 ss.; Meyer-Lübke, 141; Leumann, p. 80; Sommer, p. 110.

feo (sílaba inicial tónica), *coemeterium* > *cementerio* (sílaba inicial átona), etc.

En realidad el único diptongo que ha persistido en latín vulgar es *au*. Aparece en provenzal y rumano en forma de *au*, portugués *ou*, italiano, español y francés *o*; así, *aurum*: rum. *aur*, prov. *aur*, port. *ouro*, it. esp. *oro*, fr. cat. *or*.

La monoptongación del diptongo *au* que acusan los idiomas romances más destacados es mucho más tardía y de todo punto independiente de la que se observa en el latín rural de la época de la república (cf. **107**), salvo en algunas pocas palabras que por su estructura evidencian que la monoptongación es muy antigua; así, *pobre* y *hoz* derivan de *popere* y *foce*, respectivamente, y no de *paupere* y *fauce*, pues en el primer caso la *u* del diptongo hubiera impedido el paso a sonora de la sorda siguiente [23]; cf. *paucu* > *poco*, *cautu* > *coto*, y en el segundo la forma portuguesa *foz* evidencia que no puede partirse de un diptongo *au*, pues en este caso hubiera debido evolucionar a *ou*.

B. CAMBIOS CUALITATIVOS

VII

VOCALES EN SILABA INICIAL

Las vocales latinas en sílaba inicial se muestran generalmente muy resistentes, pues escapan a la influencia perturbadora que ejercía precisamente esta sílaba sobre las restantes. Los pocos cambios que se observan se deben casi siempre a la influencia asimilatoria de los sonidos con que están en contacto, a veces también al acento histórico.

1.—CAMBIOS DEBIDOS A LA INFLUENCIA DE LOS SONIDOS CONTIGUOS [1]

109. Estas mutaciones tienen, según acabamos de indicar, poco volumen. En realidad también las vocales de las sílabas no iniciales experimentaron la influencia de los sonidos contiguos, pero en ellas es difícil observar el resultado de estas influencias, debido a la profunda transformación que experimentaron como consecuencia del acento o pronunciación de la sílaba inicial. De hecho, pues, estas influencias asimilatorias sólo pueden observarse en las sílabas iniciales, y aun no en todas, pues las vocales largas, a causa de su mayor resistencia, no sufrieron ninguna alteración; en consecuencia, los cambios cualitativos a que nos referimos quedarán circunscritos a las vocales breves de

[1] SOMMER, § 52 ss.; LEUMANN, §§ 22 y 25; NIEDERMANN. § 26 ss.; KIECKERS, § 31 ss.; PISANI, § 13 ss.; MEILLET-VENDRYES, §§ 166, 168; JURET, § 337 ss.; MANIET, § 57 ss.; COUSIN, p. 43 ss.

las sílabas iniciales y no a todas las vocales, sino que afectarán casi exclusivamente a la _ĕ_ y la _ŏ_. En efecto, en unos casos aumentan su cerrazón, convirtiéndose en _ĭ_ y _ŭ_, respectivamente, y en otros experimentan un desplazamiento de su punto de articulación pasando la _ĕ_ a _ŏ_ (cambio de palatal a velar) y la _ŏ_ a _ĕ_ (paso de velar a palatal). La _ă_, a causa de su gran abertura, y la _ĭ_ y _ŭ_, por la razón inversa (escasa abertura), no experimentan cambios de consideración.

a) _Cambios que experimenta la_ ĕ

α) Se cierra en _i_

110. Una _ĕ_ seguida de una nasal gutural se convierte en _ĭ_: _dignus_ < _*degnos_, cf. _decet_; _quinque_ < _*quenque_, cf. gr. πέντε.

Iuuencus constituye evidentemente una excepción, pues sería de esperar _iuuincus_. Puede explicarse como un ruralismo o por influencia de _iuuenis_.

También en algunos casos se observa una tendencia a cerrarse una primitiva _ĕ_ cuando va seguida de una nasal y una labial; así: _simplex_ < _*semplex_, cf. gr. ἁπλοῦς [2]; _imber_ < _*embhris_, cf. scr. _abhraḥ_ «nube». Las excepciones son, no obstante, muy numerosas; así, por ejemplo, _nempe_, _tempus_, _membrum_, por lo cual sólo puede hablarse de una tendencia, no de una regla o ley fonética.

β) Se convierte en _o_

111. Cuando una _l_ velar (o sea, una _l_ seguida de _a_, _o_, _u_, _ē_) (cf. **217**) sigue a una _ĕ_, ésta se convierte en _ŏ_, como puede comprobarse en los ejemplos si-

[2] Para establecer la conexión entre ambos idiomas hay que partir del primer elemento _sem_, que se corresponde con el gr. ἁ y el scr. _sa_ (_sakṛt_, «una vez») y presupone una forma i. e. _sm̥_. Sobre el tratamiento de la _s_ inicial y la _m̥_, cf. **241** y **82**.

guientes: *oliua* < **elai̯ua*, cf. gr. ἐλαίϝα; *uolo* < **uelo*, cf. *uelim; holus* < *helus*, atestiguado en latín arcaico.

Algunas excepciones se explican como resultado de influencias analógicas; así: *gelu, scelus, celsus*, por influencia de *gelidus, sceleris, cello*.

También se convierte en *ŏ* toda *ĕ* seguida de una *u* antigua: *nouos* < **neuos*, cf. gr. νέϝος; *nouem* < **neuem*, cf. gr. ἐν-νέϝα. Las excepciones son sólo aparentes, pues se trata de grupos en que la *u* no es antigua [3], sino resultado de un cambio o transformación de otros sonidos; tal es el caso de *leuis, breuis*, en que la *u* deriva de *gh*^{u}, cf. § **227**, 3 y gr. ἐλαχύς, βραχύς.

Debemos, finalmente, registrar el paso de *ĕ* a *ŏ* cuando la *e* forma parte de una sílaba inicial de palabra y va precedida de consonante (*s* o *q*) [4] y *u̯*: *socer* < **su̯ekuros*, cf. gr. ἑκυρός; *soror* < **suesor*, scr. *svasar*, gót. *swistar; coquo* < **qu̯equo* < **peq*^{u}*o*, cf. gr. πέσσω.

Este cambio no se producía cuando la sílaba era cerrada; así, *quercus, bellum* < *du̯ellum*.

b) *Cambios que experimenta la* ŏ

α) Se cierra en *u*

112. Una *ŏ* seguida de una nasal gutural se convierte en *u*: *uncus* < **oncos*, cf. gr. ὄγκος «garfio»; *unguis* < **onguis*, cf. gr. ὄνυξ «uña».

El vocalismo de *longus* no ha sido aún explicado en forma satisfactoria.

Parece que también experimenta un cambio análogo

---

[3] Una *u* cuando no es antigua en latín no se corresponde con una *u* en los otros idiomas i. e.

[4] Influencias asimilatorias determinan cambios iguales incluso cuando preceden consonantes distintas de las citadas, así *bonus* < *du̯onos* < **du̯enos*, cf. §§ 199 y 270.

una *ŏ* cuando va seguida de una nasal labial: ***umerus*** < **omesos*, cf. umbro *onse* «in umero»; *Numida*, cf. gr. Νομάδες; *numerus*, cf. gr. νόμος.

También se convierte en *u* toda *ŏ* seguida de *l* y consonante (pero no *ll*): *sulcus* < **solcos*, cf. gr. ὁλκός «tracción, brida»; *stultus* < **stoltus*, cf. *stolidus; culmen* < **colmen*, cf. *columen; puluis* < **poluis*, cf. *pollen*.

No obstante, si va precedida de *u̯* se retrasa el oscurecimiento, o por lo menos no se registra en la escritura hasta a fines de la república; de ahí que se continúa escribiendo *uolgus, uolt*. Evidentemente obedece esta peculiaridad al deseo de evitar la confusión que se originaba al escribir dos *u* seguidas.

Las *o* procedentes de *e* sufren por influencia de la *l* velar igual tratamiento que las *o* primitivas.

β) Se convierte en *e*

113. Cuando una *ŏ* primitiva va precedida de *u̯* y seguida de *r* o *s* formando parte de la misma sílaba, o de una *t* formando parte de la sílaba siguiente, se convierte en *ĕ*: *uertex* < *uortex; uerro* < *uorro; uester* < *uoster; ueto* < *uoto*.

Según el testimonio de los antiguos gramáticos, el cambio tuvo lugar en el siglo II a. de J. C.; en Plauto abundan mucho las formas en *o*, hasta el punto de que las formas en *e* se explican como una modernización de la ortografía por los editores posteriores; Terencio, que escribe a mediados del siglo II, ofrece frecuentes vacilaciones entre las dos grafías y representa, por tanto, el período de transición. Los primeros ejemplos epigráficos de *ue* en lugar de *uo* datan sólo del 123 a. de J. C.[5]. El retraso con que las inscripciones registran esta alteración se debe seguramente a la tendencia arcaizante característica de las mismas. Fonéticamente responde este cambio al deseo instinti-

[5] DESSAU, Indice III, 2, p. 837.

vo de evitar la confusión de *u* y *o*, confusión que indudablemente se evitaba al adoptar la *o* el timbre de *e;* no obstante, este cambio sólo se produjo cuando los sonidos contiguos a la *o* se articulaban en la misma zona que se articula la *e*, como sucede con los fonemas arriba indicados.

c) *Cambios que experimentan las restantes vocales* [6]

114. Según parece, la *-a-* precedida de *i̯* tendía a convertirse en *e;* así, ***ieiunus*** deriva de ***iaiunus***, forma habitual en Plauto. Este cambio se observa con frecuencia en el latín vulgar; así, *Ianuarius* > lat. vulg. *Jenuarius*. Persiste este cambio en las lenguas romances; cf. it. *gennaio*, esp. *enero;* ***ianua*** > lat. vulg. *jenua*, cf. sardo *genna*.

En las inscripciones tardías se observa a veces un cambio análogo, incluso cuando una *-a-* va seguida de *i;* así, ***treiecerunt*** en vez de ***traiecerunt***, CIL-XIV 435; *treiectus* en vez de ***traiectus*** VI, 184.

115. Parece ser que *ĭ*, *ŭ* se abrían en *ĕ*, *ŏ*, respectivamente, cuando iban seguidas de una *r* procedente de una primitiva *s;* así, ***sero*** < ****siso***, presente reduplicado como *bibo*, ***sisto***, etc.; ***foret*** < ****fuset***, cf. osc. *fusid*. La palabra ***nurus*** < ****snuso-s***, cf. scr. *snuṣā*, puede interpretarse como una excepción a esta regla, pero en cambio en el habla popular se pronunciaba ***nora*** (de donde español ***nuera***) con vocalismo concordante con la regla anteriormente formulada [7].

116. También se admite por algunos autores el paso de *ō* a *ū*, pero sólo pueden aducirse dos ejemplos de este oscurecimiento, a saber: ***fur*** < ***fōr***, cf. gr. φώρ; *cur* < *quōr*. Esta última forma aparece

---

[6] Sommer, §§ 52, 58, 59; Kieckers, §§ 33, 34; Leumann, § 91; Meillet-Vendryes, §§ 167, 169.

[7] El lat. vulgar *nŏra* puede explicarse también por influencia de *sŏcrus*.

atestiguada en el latín arcaico. El oscurecimiento podría explicarse como resultado de los sonidos labiales precedentes.

117. La *u* cuando va precedida de *l* y seguida de una labial, aparece a veces sustituida por *i*, e incluso *y*; así, *lubet*: *libet*; *clupeus*: *clipeus*; *lumpha*: *lympha* y *limpha*. Se interpretan generalmente estas vacilaciones suponiendo que en las còndiciones reseñadas la *u* había adquirido el timbre de *ü* (cf. **124**).

2.—Cambios debidos a la influencia del acento histórico [8]

118. El acento histórico puede también alterar el timbre de las vocales de sílaba inicial. Se trata generalmente de palabras cuya sílaba inicial, en virtud de las reglas que determinan la posición de este acento, queda en situación pretónica. Estos cambios tienen, no obstante, poco volumen, debido a que el acento histórico fue probablemente, hasta principios del Imperio, de índole musical. Por otra parte, alguno de los cambios que reseñaremos podría también explicarse como resultado de la influencia de los sonidos vecinos. Es ésta una cuestión muy oscura. Los cambios más generalmente atribuidos al acento histórico son los que a continuación enumeramos.

119. La sílaba *ua-* en posición inicial pretónica pasa a *uo* [9]. Es evidente que la palabra *uacíuos* «vacío» se relaciona con *uăco*; no obstante, en latín arcaico (Plauto y Terencio) aparece escrito *uocíuos*. Es ésta, por tanto, la forma fonéticamente correcta; en cambio, la grafía clásica *uacíuos* es una reconstrucción analógica inspirada en *uáco*, *uácas*, etc., en que dicha sílaba, por ser tónica, no sufre cambio alguno. Lo

---

[8] Sommer, § 77; Kieckers, § 39; Leumann, § 77.

[9] Para el latín vulgar, cf Meyer-Lübke, § 143; Battisti, § 54; Grandgent, § 195,6.

dicho explica que sea frecuente en latín vulgar *uocatio* en vez de *uacātio*.

120. Inversamente el grupo *ou*, en las mismas condiciones, se cambia en *au-*. Así, *auillus* «cordero recién nacido» es un diminutivo de *ouis; fauissa* «sótano de los templos» (término técnico del lenguaje litúrgico) se relaciona etimológicamente con *fouea* «hoyo». *Lauāre* < **louāre*, cf. gr. λοϝέω; *cauēre* < **couere*, cf. gr. κοϝέω. Algunas excepciones se explican sin dificultad; así, *nouémber* no cambia la sílaba por influencia de *nóuem*. Inversamente se observa a veces el cambio de *ou-* en *au-*, incluso estando la sílaba afectada por el acento; así, *láuo*, *cáues*, *fáuet*, etc. Se trata, evidentemente, de una influencia analógica de las formas en que la sílaba *ou-* está en situación pretónica. También *cauos* parece que deriva de *couos*, cf. gr. κῶος «madriguera», pero el cambio se debe en este caso a la influencia de *cauerna*, pues no se halla en situación pretónica. En las lenguas hispanas ha persistido el vocalismo *o* en esta palabra, cf. cast. *cueva* (< *coua*), port. y cat. *cova*.

121. La sílaba *au-*, en situación pretónica [10], se cambia en *a* cuando en la sílaba siguiente figura una *u*. Se trata, evidentemente, del resultado de una disimilación favorecido por hallarse la sílaba en situación pretónica; así, en las inscripciones, a partir del siglo II, es muy frecuente que aparezca *Agustus* en vez de *Augustus*. El gramático Caper (*Grammatici Latini* VII 108, 6) dice *ausculta non asculta;* en los manuscritos de Virgilio aparece *Arunci* en vez de *Aurunci*. El testimonio de las lenguas romances confirma este cambio; así, de *auscultare* derivan esp. *escuchar*, it. *ascoltare*, fr. *écouter;* de *Augustus*, esp. y port. *agosto*, it. *agosto*, etc.

---

[10] SOMMER, § 77,4; MEYER-LÜBKE, § 141; KRETSCHMER, § 39,6 GRANDGENT, § 228; BATTISTI, § 53; DÍAZ, p. 161.

VIII

VOCALES EN SILABA INTERIOR

Las vocales en sílaba interior se mostraron mucho menos resistentes que en sílaba inicial, debido probablemente a la influencia del acento inicial o al particular esmero con que era pronunciada dicha sílaba [1].

La evolución es distinta según si la vocal se encuentra en sílaba abierta o cerrada. En esta última posición las vocales muestran una mayor resistencia, pues su articulación se veía reforzada por una anticipación de la articulación de la consonante siguiente.

1.—Vocales breves en sílaba abierta [2]

122. Generalmente en esta posición las vocales se cierran en *i*; así: *cado : decido; ago : abigo; ratus : irritus; sedeo : obsideo; teneo : obtineo; flumen : fluminis; nouos : nouitas; armiger* < **armager(o)s; illico* < **enstlocod*. La i conserva, naturalmente, su timbre: *cito : incito; minuo : comminuo*.

123. Esta evolución, que podemos considerar como normal, ofrece a veces modalidades diferentes en el sentido de que la vocal interior asume en unos casos el timbre *e* y en otros *u*, como consecuencia de la influencia de los sonidos contiguos.

---

[1] Cf. **109**.

[2] Niedermann, § 15 ss.; Pisani, § 42 ss.; Sommer, § 74 ss.; Juret, p. 260 ss.; Kieckers, § 38; Maniet, § 57; Leumann, § 63 ss.; Lindsay, III § 18 ss.; Meillet-Vendryes, § 17 ss.; Cousin, p. 43 ss.

1) Las vocales interiores asumen el timbre _e_ en los siguientes casos:

a) Cuando sigue a las vocales una _r_; así, _cinis: cineris; dare: reddere_. En esta posición la _e_ persiste, por ej. _fero: defero; generis_ < _*geneses_.

b) Cuando precede una _i_ formando hiato: _pietas_ < _*piotats_, cf. _pius_ < _pios; uarietas_ < _*uariotats_. También, como es lógico, la _e_ persiste; así, _parietis, abietis_. Se trata probablemente de una disimilación preventiva.

2) La vocal interior asume el timbre _u_ en los siguientes casos:

a) Cuando sigue una _u̯_: _abluo_ < _*ablauo; denuo_ < _*denouo; domui_ < _*domaui_.

Obsérvese que se escribe una sola _u_ a pesar de pronunciarse _uu̯_ [3].

b) Cuando sigue una _l_ velar: _Siculus_ < Σικελός, cf. _Sicilia; famulus_, cf. osco _famel; epistula_, cf. ἐπιστολή.

Una _i_ primitiva permanece invariable aunque vaya seguida de una _l_ velar; así: _aquila, mutilus, nubilus, pestilens_, etc.

Una _o_ precedida de _i_ o _e_ y seguida de una _l_ subsiste sin alcanzar el grado _u_; así, _filiolus, alueolus_. Se debe esta anomalía probablemente a la posición de hiato en que está la _o_.

124. Un caso especial de vacilación se nos ofrece cuando la vocal va seguida de labial [4]. En esta posición unas veces aparece _i_, otras _u_; así tenemos _recipero_ y _recupero_ (formas derivadas del verbo _capio_); _obstupesco_ y _obstipesco; portubus_ y _portibus; taberna_ y _contubernalis; ferimus, legimus_ y _possumus, uolumus_.

En las inscripciones más arcaicas aparece sólo el superlativo en _-umus_; así, _optumus_ [5]. La primera grafía

---

[3] Cf. **202**.

[4] Sommer, § 75; Leumann, § 69; Kieckers § 38,2; Ernout, § 15,4; Juret, p. 261; Maniet, p. 144; M. Persson, _Zur Behandlung von u in unbetonter offener Silbe_, _IF_, XXVI (1909-1910), 62 s.

[5] Para ejemplos epigráficos, cf. Dessau, III-2 Indice, pp. 836 y 822.

en *i* corresponde a una inscripción del 177 a. de J. C.: *infimo* CIL I² 584. Sigue un período de vacilaciones.

Se interpretan generalmente estas fluctuaciones considerando que las vocales en contacto con labiales adquirían una pronunciación parecida a la *ü*. Parece que prevalecía el timbre *i* cuando precedían vocales claras (*a, e, i*), y el timbre *u* cuando precedían vocales oscuras (*o, u*); de ahí *uolumus, possumus* frente a *legimus, minimus, anima*, etc. No obstante, las interferencias son frecuentes; así las grafías correctas serían *optumus* y *maximus*, pero se interfieren escribiéndose *optimus* por influencia de *maximus*, y *maxumus* por influencia de *optumus*. A la postre prevalece el timbre *i*, que ya, según Quintiliano (I, 4,8 y I, 7,21), propugnaba César. En inscripciones tardías aparece incluso este sonido representado por *e*, así *monementum* CIL I², 1739, lo cual se explica fácilmente recordando que la *i* era con frecuencia transcrita por *e*.

2.—Vocales breves en sílaba cerrada [6]

En esta posición las vocales eran, como ya hemos indicado, más resistentes; de ahí que los fenómenos de debilitación son menos intensos y quedan circunscritos sólo a dos vocales (*a, o*).

125. 1) La vocal *a* se inflexiona en *e*, así: *arma: inermis; facio : confectus; scando : ascendo.*

Contrariamente a la regla general que acabamos de formular, una *a* puede inflexionarse en *i* o *u* por influencia de las consonantes contiguas:

a) Se inflexiona en *i* en contacto con una *n* gutural (ŋ): *tango : contingo; frango : confringo.*

Sobre la influencia de la gutural, cf. **111, 116.**

b) Se inflexiona en *u* cuando va seguida de una *l* velar (*ł*), así: *insulsus* < **ensalsos*, cf. *salsus; conculco* < **concalco*, cf. *calco.*

Sobre la influencia de la *ł*, cf. **113, 118.**

---

[6] Maniet, § 57; Kieckers, p. 55 ss.; Sommer, p. 97 ss.; Leumann, § 64 ss.; Pisani, § 44; Niedermann, § 18; Juret, p. 267

En contacto con una *l* geminada, prevalece el timbre *e*; así, *fallo* : *fefelli*.

Una *e* primitiva seguida de *l* velar se inflexiona también en *u*; así *perculsus* < **percelsos*; cf. *percello*.

2) La vocal *o* se inflexiona en *u*, así *onustus* < **onostos*, cf. *onus*, lat. arc. *onos*; *euntis* < **eontes*, cf. gr. ἰόντος; *promunturium*, cf. *mons*.

El oscurecimiento de la *o* se produjo a finales del siglo III, pero persistió la *o* en la ortografía cuando iba precedida de *u* hasta principios de la época imperial, con ello se pretendía evitar la ambigüedad que resulta de la grafía *uu*; de ahí que se escriba durante todo el período de la república *fruontor*, *sequontor* [7].

3) Las vocales restantes (*e*, *i*, *u*) persisten, salvo la *e* seguida de *l* velar, cf. supra; *firmus* : *infirmus*; *seruus* : *conseruus*; *sentio* : *consentio*; *fundo* : *effudi*.

3.—Diptongos [8]

126. Los diptongos, como hemos ya indicado, tuvieron en sílaba interior una evolución distinta de las vocales. En efecto, tres de ellos experimentaron igual tratamiento que en sílaba inicial, concretamente *ei* se monoptongó en *ī*, *eu* y *ou* en *ū*. La cronología es la misma que en sílaba inicial. Serán, pues, suficientes unos pocos ejemplos: *diffido* < **disfeido*, cf. πείθω; *obduco* < **obdouco* < **obdeuco*.

La forma como evoluciona el diptongo *oi* no es segura; algunos gramáticos consideran que, como en sílaba inicial, monoptongaba también en *u*, así *comunis* aparece atestiguado en latín arcaico en forma de *comoinis*; otros investigadores, en cambio, creen que monoptongaba en *i* como en sílaba final, y para demostrarlo relacionan *incile* «desaguadero» con ἔγκοιλος «cavidad» y *anquina* con ἀγκοίνα «objeto curvado».

Los diptongos *ai* y *au* tienen en cambio una evolu-

---

7 Cf. Dessau, III-2, Indice, p. 837.

8 Kieckers, § 42; Leumann, § 72; Niedermann, § 29 ss.; Maniet, § 57; Sommer, p. 102 ss.; Juret, p. 265; Pisani, § 45.

ción distinta que en sílaba inicial; en efecto, el primero monoptonga en *i* y el segundo en *u*, así: *oliva* < **elaiua*, cf. ἔλαιϝα; *cecidi* perfectó de *caedo*, lat. arc. *caido*; *excuso* < **excauso*, cf. *causa*; *concludo* < **conclaudo*.

4.—Excepciones y anomalías [9]

La debilitación de las vocales interiores aparece a veces contrarrestada por la influencia de otros factores, con lo cual surgen las excepciones. Enumeramos a continuación algunas de las causas determinantes de estas anomalías.

127. Cuando las dos primeras sílabas de una palabra aparecen caracterizadas por la misma vocal, la primera preserva a veces a la segunda de la debilitación que debería experimentar. Se trata de una influencia asimilatoria. Por este motivo aparece normalmente sin debilitar la vocal interior de las siguientes palabras: *anatis* (gen. de *anas*); *calamitas* en vez de *calimitas*; *segetis* (gen. de *seges*); *hebetis* (gen. de *hebes*); *oportet* en vez de *opurtet*, etc.

A veces una misma palabra presenta las dos formas, así en Plauto, Capt. 1003, se lee *anitis* en vez de *anatis*; en oposición a la forma clásica *consobrinus* se lee a veces en inscripciones *consubrinus*, e indistintamente se dice *farfarus* (nombre de planta) y *farferus*.

128. El vocalismo de determinadas palabras no se debilita debido a la influencia que sobre ellas ejercen otras formas afines. Se trata de un fenómeno de analogía. Podemos a este respecto establecer varios grupos:

1) Con frecuencia verbos compuestos no debilitan su vocal interior por influencia de los verbos simples en que dicha vocal figura en sílaba inicial. Este fenómeno es muy frecuente, casi normal, tratándose de verbos cuya vocal radical es una *o*, así *inuoco*, *arrogo*,

9 Niedermann, § 19; Sommer, § 76; Juret, p. 263; Kieckers § 43; Pisani, § 46; Leumann, § 66 ss.

perfodio, etc. Es obvio que, de acuerdo con la evolución fonética normal, la *o* hubiera debido debilitarse en *i*. Tratándose de otras vocales los ejemplos son menos abundantes, pero con todo observaremos que es más frecuente *retracto* (forma asimilada) que *retrecto* (forma fonética), *exquaero* que *exquiro*.

A veces se produce el fenómeno inverso y, en consecuencia, los verbos simples inflexionan la vocal de su sílaba inicial por influencia de los compuestos, así en el latín vulgar se decía a veces *cludo* en vez de *claudo* por influencia de *ex-* y *concludo;* en vez de *flouo* (forma atestiguada en las inscripciones) ha prevalecido *fluo* por influencia de *confluo* < **conflouo*. Incluso este vocalismo se ha propagado al sustantivo *fluuius* que ha desplazado a *flouios*, conservado sólo en inscripciones.

2) El vocalismo de los perfectos reduplicados se conserva a veces por influencia de las formas de presente; tal es el caso de formas como *spopondi*, *momordi*, etc.

3) El vocalismo del nominativo influye sobre el de los casos oblicuos; así *corporis*, *temporis*, *decoris*, etcétera por influencia de *corpus*, *tempus*, *decus* (originariamente *corpos*, *tempos*, *decos*). Obsérvese, en cambio, que el vocalismo del adverbio *temperi* es fonéticamente correcto por haber escapado a la influencia analógica del paradigma.

4) El vocalismo de las formas femeninas influye sobre el de las masculinas y viceversa; así en *integer*, *celeber*, la vocal interior no evoluciona a *i* por influencia de las formas *integra*, *celebris*, en que la vocal interior forma parte de una sílaba cerrada. Inversamente, formas como *genitrix*, *conditrix*, se explican como resultado de la influencia de *genitor* y *conditor*.

IX

VOCALES EN SILABA FINAL

Las vocales y diptongos que forman parte de las sílabas finales se hallan en posición aún más débil que las de las sílabas interiores. Agravó aún más su debilidad congénita la tendencia, cada vez más acentuada a partir de la época imperial, de pronunciar estas sílabas con poco esmero, incluso a veces no pronunciarlas (cf. Quint., XI, 3, 33; I, 11, 8); de ahí que la evolución de las vocales y diptongos finales de sílaba ofrezca características propias.

También en este caso, y por las razones ya apuntadas (p. 87), la evolución es distinta, según si la vocal se encuentra en sílaba abierta o cerrada.

1.—VOCALES BREVES EN SÍLABA ABIERTA [1]

129. En esta posición las vocales tienen tendencia a caer (cf. **170** y ss.), pero esta tendencia se ve frenada —aunque a la postre triunfa en el latín vulgar—, porque generalmente las vocales son usadas como desinencias nominales o verbales y por tanto son necesarias para identificar la función sintáctica de las palabras. En el caso, pues, que no experimente apócope, persisten la *e* y la *a* sin sufrir cambio alguno; así tenemos *eque*, *quinque*, *genera*, etc. La comparación con las lenguas afines, o simplemente con el griego, demuestra que el timbre de la vocal final no ha sufrido cambio alguno; en efecto, tenemos en griego ἵππε, πέντε, γενεά.

[1] MEILLET-VENDRYES, § 219; LEUMANN, § 73; JURET, p. 289; NIEDERMANN, § 21; SOMMER, § 89 II A; MANIET, § 69; PISANI § 130; LINDSAY, III, § 37; KIECKERS, § 51; COUSIN, p. 43.

La *i*, por el contrario, se cambia en *e* (esta tendencia apunta ya en sílaba inicial (cf. **92**); así *mare* y *lene* derivan de *mari* y *leni*, como lo demuestran las formas *maria* y *lenis*, en que por no estar la vocal en final absoluto conserva el timbre primitivo.

Igual tratamiento experimenta una *i* final de origen secundario, o sea, una *i* que queda en final absoluto por haber caído la consonante final; así (*tribunos*) *militare* (en vez de *militaris*) CIL I² 48, 49; *rege* (en vez de *regis*) *Mitredatis* CIL I² 1334.

También la *u* cuando aparece en final absoluto secundariamente por pérdida de una *s* o *m*, se abre en un punto convirtiéndose en *o*; así, *Terebonio* (en vez de *Terebonius*) CIL I² 33, *annoro* (en vez de *annorum*) CIL V 895 [2].

No tenemos, en cambio, elementos de juicio suficientes para determinar el tratamiento de una *u* ya originariamente final en sílaba abierta, así como tampoco la evolución de una *o* final.

Se sostiene por algunos gramáticos que una *o* final se convierte en *e*, citándose como ejemplo la desinencia de las segunda persona de la voz media-pasiva *-re*. De ser cierta esta hipótesis, *sequere* derivaría de *seque-so*; cf. gr. ἕπεο < ἕπεσο. Pero en realidad también podría derivar de *seque-se* con vocalismo *e* en vez de *o* en virtud de las alternancias vocálicas; cf. *pedem* y πόδα.

2.—Vocales breves en sílaba cerrada [3]

130. En sílaba final la *u* y la *i* generalmente persisten; como ejemplos podemos citar palabras como *exercitus*, *exercitum* (nominativo y acusativo de la cuarta declinación), *saltus*, *intercus* (quizá también *caput*), *salix* (la sílaba termina con dos consonantes), *ouis*, *magis*, *turrim*, *capis* (de *capio*), etc. En todos estos casos la comparación con las lenguas afines demuestra que las vocales finales conservan el timbre primitivo.

---

[2] Los ejemplos son frecuentes: Rubio, Indices, p. 223 (*-o* = *os*, *-o* = *om*).

[3] Maniet, §§ 61-2 ss.; Leumann, § 75; Meillet-Vendryes, § 222; Niedermann, § 22; Sommer, § 89; Kieckers, § 52.

Es cierto que en algunos casos la *i* final aparece convertida en *e*; tal sucede con los acusativos de los temas en *i*, que disponen de dos formas, *turrim* y *turrem*, pero esta última se debe a la influencia de la desinencia en *-em* de los temas en consonante.

También etimológicamente las palabras *iudex* y *comes* deberían tener como última vocal una *i*, pues se entroncan con los verbos *di-ce-re* e *i-re*, respectivamente. El vocalismo en *e* se explica igualmente por influencia analógica, el primero por los compuestos en *-fex*, y el segundo por influencia de otros compuestos terminados en *-es*, como *obses*, *praeses*, etc. La analogía se ejercía partiendo de los casos oblicuos; la coincidencia del vocalismo en estos casos (*iudicis : artificis*, *comitis : praesidis*) se hizo también extensiva al nominativo, por tanto *iudex* y *comes* en vez de *iudix* y *comis*, buscando la equiparación con *artifex* y *obses*.

131. La *a* en sílaba final cerrada experimentó igual tratamiento que en sílaba interior. En efecto, se cambia también en *e*. Como ejemplos podemos citar *aurifex* (< **-fac-s*), *auceps* (< **-cap-s*, cf. *capio*), *tibicen* (< **-can*, cf. *cano*), *cornicen*, etc.

En algunos casos especiales persiste la *a* final sin modificarse, tal sucede en contacto con una *r*, por ejemplo *Caesar*, *iubar*; también persiste por influencia asimilatoria, en unos casos de la vocal inicial (*anas*), o en otros, por el contrario, por disimilación con otra vocal contigua, como en *aureax*.

132. Una *e*, generalmente, persiste; por ejemplo *uesper*, cf. gr. ἑσπέρα, *pedem* < **pedm̥*, cf. gr. πόδα, *decem* < **dek̑m̥*, gr. δέκα, *flumen*, *hiemem*, etc. Sin embargo, cuando va seguida de *t* o *s* (pero no *ss*), se convierte en *i*, así *agit* < **aget*, cf. scr. *ájati*; *fecit* < *feced* CIL I² 451 [4]; *salutis* < *salutes* CIL I² 450; *Veneris* < *Veneres* CIL I² 45 [5]. Persiste, en cambio, la *e* final en palabras como *praeses*, *miles*, porque la *s* se remonta a *ss*, cf. **292.**

133. Una *o* se oscurece generalmente en *u*; así *filius* < *filios* (temas en *o* de género animado), ge-

---

[4] Para ejemplos epigráficos antiguos de *ed* = *it* y *et* = *it*, cf. RUBIO, Indices, p. 225; DESSAU, III-2, p. 813.

[5] Para ejemplos de *es* en vez de *is*, cf. RUBIO, Indices, **223**; DESSAU, III-2, Indices, p. 848.

nus < *genos*, *Venus* < *Venos* (temas neutros en *-s*), *donum* < *donom* (acusativo singular de los temas en *o*), *ferunt* < *feronti, cf. gr. φέρουσι < φέροντι (desinecia de tercera persona del plural), *aliud* < *aliod* (formas neutras pronominales). El vocalismo primitivo aparece atestiguado por numerosas inscripciones [6]; así, *filios*, *cosentiont* CIL I^2 9 *dederont* CIL I^2 383, así como por el testimonio de los gramáticos.

El paso *o* > *u* se remonta probablemente a la segunda mitad del siglo III a. J. C.; por lo menos esto es lo que se deduce del testimonio de las inscripciones.

Cuando la *o* iba precedida de *u* (equivalente fonéticamente a *u̯*) persistió el timbre de la *o* sin oscurecerse, o por lo menos sin que se registrase este cambio en la escritura, durante toda la época republicana e incluso trascendió a veces al período imperial (se trata de palabras como *equos*, *seruos*, *mortuos*, *uiuont*, etcétera) [7]. Es cierto que en el Monumentum Ancyranum aparece representada la *o* en forma de *u*, pero en cambio Quintiliano había aprendido en la escuela a escribir *o*. En los manuscritos aparece con mucha frecuencia la grafía *o* en vez de *u*.

Palabras como *marmor*, *memor*, etc., parecen demostrar que en contacto con una *r* persiste la *o* sin oscurecerse. Las formas *iecur*, *femur*, se explican porque derivan no de *-or*, sino de *i̯eq^{u}r̥t y *bhem-es, *-en*, respectivamente. También los monosílabos escapan al oscurecimiento; así, *ros*, *mos*, *dos*, etc.

3.—Diptongos breves [8]

134. Los diptongos breves en *i* (*ăi*, *ĕi*, *ŏi*) se convirtieron en *i*, pasando el primero y el último por la etapa intermedia *ei*. En este punto la evolución fue

---

[6] Rubio, Indices, p. 223 (*-os*), 225 (*-ont*); Dessau, III-2, Indices, p. 844 (*-os*), 837 (*-ont*).

[7] Dessau, III-2, Indices, p. 844 (formas nominales) y 837 (formas verbales).

[8] Maniet, § 61; Juret, p. 295; Lindsay, IV, 20,5; Meillet-Vendryes, §§ 221, 223; Niedermann, § 24; Kieckers, § 56; Pisani, § 137; Sommer, p. 144; Cousin, p. 48 ss.

análoga a la que experimentó el diptongo *ei* en sílaba inicial, el cual, como ya hemos explicado (cf. **101**), evolucionó a *ē* y luego *ī*.

135. *ăi*) Se esconde este diptongo en la desinencia en *ī* de la primera persona del perfecto, la cual se relaciona con la primitiva desinencia media en *-ai;* así, *tutudi* < **tutudai*, cf. scr. *tutude* < **tutudai; feci* < **fecai*. En latín arcaico aparece atestiguada la forma *fecei* CIL I² 638, 132 a. de J. C. También se conserva una continuación del diptongo que estudiamos en la desinencia del dativo y ablativo plural de los temas en *ā*, así *mensis* < **mensais*. El diptongo se conserva en osco, así *deiuinais* = lat. *diuis*. En latín arcaico aparece a veces atestiguada la etapa intermedia *ei* y *ę̄*, así *soueis* = *suis* CIL I² 364, *nuges* = *nugis* CE 361 [9].

136. *ĕi*) Se esconde este diptongo en la desinencia en *-ī* del dativo singular de los pronombres, así *sibi* < *sibei*. En latín arcaico se conserva la forma primitiva *ei* y la forma de transición *e* (= *ę*), así *tibei*, *tibe* [10].

137. *ŏi*) Deriva de este diptongo la desinencia en *ī* del nominativo plural de los temas en *-o*, así *equi* < **equoi*, cf. gr. ἵπποι. En las inscripciones no hallamos atestiguada la forma *oi*, pero sí las etapas intermedias *ei* y *ę̄* [11]; así *ploirume* = *plurimi* CIL I² 9, siglo III; *foideratei* = *foederati* S. C. Bacch. También la desinencia en *is*- del dativo y ablativo del plural de estos temas se remonta a un primitivo diptongo en *-oi*; así *natis*, dativo de *natus*, corresponde al peligno *cnatois*, que conserva todavía el diptongo originario. La etapa intermedia *-eis* aparece todavía atestiguada en las inscripciones, así *castreis* = *castris* CIL I² 614 [12].

138. Los diptongos breves en *u* evolucionan tam-

---

9 Ejemplos de formas en *eis*, *es*, cf. RUBIO, Indices, p. 223; DESSAU, III-2, Indices, p. 843.

10 DESSAU, III-2, Indices, p. 859; RUBIO, Indices, p. 224.

11 DESSAU, III-2, Indices, p. 846; RUBIO, Indices, p. 223.

12 DESSAU, III-2, Indices, p. 847; RUBIO, Indices, p. 223.

bién a *ū*. Sin embargo, únicamente podemos tener en cuenta el diptongo *ou*, pues *au* no aparece nunca usado en final de palabra y *eu* evolucionó por su parte a *ou*, confundiéndose en este punto con este diptongo.

Un primitivo diptongo en *ou* se esconde en la desinencia del genitivo singular de los nombres de la cuarta declinación; así, *senatūs* = *senatous*, forma atestiguada en CIL I² 2197 [13].

4.—Diptongos largos [14]

139. Ya hemos aludido a la existencia en i. e. de diptongos largos (cf. **99**); ahora bien, estos diptongos no tuvieron una evolución uniforme, pues unas veces se abreviaba su primer elemento, con lo cual se convertían en diptongos breves; otras persistía este elemento como largo, pero se perdía el segundo. Originariamente determinaban una u otra evolución los sonidos que les seguían, pero a la postre se interfirieron, acabando por usarse promiscuamente.

Como son muy escasas las palabras que conservan como final un primitivo diptongo largo, nos vemos obligados a circunscribir este estudio a los diptongos *āi* y *ōi*. Faltan ejemplos seguros para los restantes diptongos.

140. *āi*) Normalmente ha prevalecido la forma resultante de la abreviación del primer elemento. En efecto, se esconde un diptongo en *āi*, en la desinencia del dativo singular de los temas en *ā*, así *fortunae* < *fortunāi* CIL IX 1543 [15]. La prueba de que originariamente la *ā* era larga nos la facilita la comparación con el griego cuyos temas en *ā* forman el dativo en ᾳ, por ejemplo χώρᾳ = χώρᾱι.

---

[13] Dessau, III-2, Indices, p. 850.

[14] Kieckers, p. 86; Sommer, p. 146; Juret, p. 293; íd. p. 98 ss.; Leumann, p. 90; Maniet, § 61; Niedermann, § 24; Pisani, § 138.

[15] Ejemplos epigráficos, cf. Rubio, Indices, p. 222-3; Dessau, III-2, Indices, p. 843.

Es cierto que el genitivo singular y el nominativo plural de los temas en *a* presentan la misma desinencia que el dativo, pero históricamente su origen es distinto, pues el genitivo es una innovación latina resultado del acoplamiento de la desinencia en *-ī* de la segunda declinación, y el nominativo plural es también una innovación latina inspirada en los temas pronominales.

Junto a la forma *ae*, que es la normal, aparece a veces *ā*, o sea, conservación de la cantidad del primer elemento y pérdida del segundo. Los ejemplos, con todo, son esporádicos y dialectales; así, *Dianā* = *Dianae* CIL I² 45,477; *Matuta* = *Matutae* CIL I² 379[16].

141. *ōi)* Este diptongo experimentó un tratamiento inverso del anterior, pues normalmente aparece representado en forma de *ō*, conservando por tanto la cantidad del primer elemento y perdiendo el segundo; así, la desinencia *-ō* del dativo singular de la segunda declinación deriva de *-ōi*, por tanto *equō* < **equōi*, cf. gr. ἵππῳ = ἵππωι.

Sólo esporádicamente aparece a veces *ŏi* en vez de *ō*, con abreviación por tanto del primer elemento, así *Numasioi* = *Numerio* CIL I² 3[17]. Precisamente esta forma es la que prevaleció en osco, de donde *hurtui* = lat. *horto*.

Se sospecha que el adverbio *noctū* «de noche» se remonta a un primitivo diptongo en *ēu* u *ōu*. En efecto, en sánscrito tenemos *akktāu* «de noche».

---

16 Rubio, Indices, p. 223; Dessau, III-2, Indices, p. 842

17 Rubio, 1.

C. CAMBIOS CUANTITATIVOS

X

VOCALES NO FINALES

Introducción

Meillet-Vendryes, § 200; Sommer, p. 118 ss.; Kieckers, p. 17; Leumann, § 14; Maniet, § 44 ss.; Lindsay, II, § 147; Pisani, § 24 ss.

142. Antes de proceder al estudio de los cambios cuantitativos de las vocales no finales, tema del presente capítulo, consideramos necesario aclarar algunos conceptos de carácter general sobre la cantidad de las vocales. A este respecto conviene recordar que las vocales en latín podían ser largas o breves. Los antiguos autores nos hablan de vocales comunes, pero éstas no eran vocales de cantidad intermedia, sino vocales que podían pronunciarse indistintamente como largas o breves. Se trata generalmente de vocales que han cambiado de cantidad pasando de largas a breves o viceversa, pero que, no obstante, se pronunciaban a veces atribuyéndoles la cantidad antigua.

En lo que atañe a la cantidad de las vocales, conviene distinguir entre la cantidad natural o intrínseca, la que de por sí misma tiene la vocal, y la cantidad prosódica resultante de la sílaba de que forma parte; así en una palabra como *factus* la *a* es breve por naturaleza (lo evidencian cambios fonéticos como *factus* : *confectus)*, pero la sílaba es larga por posición. Para los cambios fonéticos de las vocales lo que cuenta normalmente es la cantidad natural; en cambio, para la prosodia prevalece la cantidad resultante de la posición.

143. Para averiguar la cantidad de las vocales recurrimos en primer término a los datos que nos suministra la métrica. También son útiles a este respecto la autoridad de los antiguos autores, la comparación con las lenguas afines, los cambios fonéticos, las inscripciones, la evolución de las vocales en romance, así como la forma como las lenguas coexistentes con el latín (griego, germánico, etc.) adoptan las palabras latinas. Sin embargo, ninguna de estas fuentes de información ofrece garantía absoluta, especialmente tratándose de palabras pocas veces atestiguadas. Además hay que contar siempre con las licencias métricas, la arbitrariedad de los gramáticos, la inconsecuencia de las inscripciones y los múltiples factores que se interfieren en la evolución de los sonidos en su transmisión al romance.

144. La lengua latina conservó durante muchos siglos y con gran tenacidad la cantidad tradicional de las vocales heredadas del i. e. En realidad sólo el habla vulgar de la época imperial refleja los inicios de la profunda transformación que debía operarse en las lenguas derivadas (cf. **93**). Por todo ello los cambios que debemos ahora registrar como propios de los períodos arcaico y clásico son escasos y se deben generalmente a la influencia de los sonidos contiguos.

Como los cambios cuantitativos que experimentan las vocales, ofrecen modalidades distintas según si las vocales se hallan o no en sílaba final, al proceder al estudio de estos cambios distinguiremos entre vocales no finales de palabras y vocales finales.

1.—Alargamiento [1]

145. Una *s* en contacto con una consonante sonora (generalmente *l*, *m*, *n*) se sonoriza a su vez y luego cae, alargándose en este momento, por conpensación,

---

[1] Kieckers, §§ 47, 48; Sommer, § 83; Pisani, § 24; Niedermann, § 36; Leumann, §§ 88-93; Juret, p. 333 ss.; Maniet, § 44, 3.° y 4.°.

la vocal precedente. Ejemplos: *ăēnus* < **aesnos*, cf. *aĕs* [2]; *īdem* < **ĭs-dem; pōno* < **pŏs(i)no*, cf. *pŏsitus; dī-nosco* < **dĭs-nosco*, cf. *dis-cedo*.

146. Una *n* en contacto con una *s* o *f* se pronunciaba en forma apenas perceptible, por lo cual, por compensación también, se alargaba la vocal anterior.

En el habla popular se pronunciaba, pues, *cō(n)sul, cē(n)sor, ī(n)fernus, cō(n)fero*. Esta pronunciación aparece atestiguada por los autores antiguos (cf. Cic. Or. 159), por los ápices de las inscripciones, por las lenguas romances, por ej.: *spō(n)sum* > «esposo», e incluso por transcripciones al griego, como κῆνσος = *census*.

Por influencia, no obstante, de la ortografía oficial, que en tales casos seguía escribiendo *n*, la gente culta se fue de nuevo habituando a pronunciar la *n* en dichas palabras y esta pronunciación culta trascendió incluso al habla vulgar, aunque no en forma uniforme. Generalmente la restitución tenía lugar tratándose de palabras compuestas cuyo primer elemento estaba representado por los preverbios ***con*** e ***in***, y el segundo empezaba por *f* y, con menos frecuencia, *s*. Es obvio que formas españolas como *infante, infierno, confiar, enseñar*, presuponen en latín *infantem, infernum, confidare, insignare*. En cambio, no hay indicio de restitución en palabras como *isla* < *i(n)sula*, *mes* < *me(n)sis*, *esposo* < *spo(n)sus*, etc.

147. Una vocal breve en contacto con el grupo de consonantes *-nct-* se alargaba. Sabemos, en efecto, que mientras la vocal radical era breve (por naturaleza, aunque no para los efectos métricos) en formas de presente, como *iŭngo, săncio, ŭnguo* [3], esta misma vocal era considerada como larga por naturaleza en las formas participiales correspondientes, o sea, *iūnctus*,

---

[2] *Aesnos* deriva de *aiesnos*. Se trata de una palabra compuesta con el sufijo *-nos*, añadido a la raíz *ayes;* cf. scr. *ayas* «hierro». Esta palabra, como resultado de la síncopa de la semivocal, evolucionó en latín a *aes* «cobre, hierro».

[3] La cantidad breve aparece corroborada por la métrica en formas como *sacer, iugum*.

sānctus, *ūnctus*. La naturaleza larga de las vocales en cuestión aparece atestiguada por los antiguos autores (cf. Aul. Gell. 9, 6) y por los ápices de las inscripciones. El testimonio de las lenguas romances es, en cambio, oscuro y contradictorio.

El alargamiento es, también en este caso, de índole compensatoria. Parece ser que originariamente la gutural del grupo *-nct-* dejó de pronunciarse, y entonces, por compensación, se alargó la vocal precedente, pero más tarde, por analogía con las formas de presente del paradigma, se restableció de nuevo la gutural, con lo cual dejó de verse la razón que justificaba el alargamiento de la vocal. El numeral *quīntus* deriva de *quinctus*, pero, por no existir formas afines, la gutural no volvió a restablecerse.

148. Las raíces verbales que terminan con una *g*, al formar el participio de perfecto o formas afines y derivadas, convertían en larga por naturaleza la vocal anterior, salvo en el caso de ser esta vocal una *i*: *ăgo*, *āctus*; *lĕgo*, *lēctus*, *lēctor*; *rĕgo*, *rēctus*, *rēctor* [4].

La naturaleza larga de la vocal viene corroborada por el testimonio de los gramáticos (cf. Aul. Gell. 9,6,3), por los ápices de las inscripciones y por algunas peculiaridades fonéticas (por ejemplo, en sílaba interior estas vocales, contrariamente con lo que sucede con las breves, no se inflexionaban; así, *redāctus* y no *redectus*, en cambio *confĕctus* en vez de *confactus*).

Fonéticamente se explica el alargamiento considerando que la gutural al pasar, en contacto con una *t*, de sonora a sorda (*ago*, *actus*) transfería sus vibraciones glotales a la vocal anterior, alargándola.

Históricamente el proceso es más complicado, pues la presencia de las sonoras se debe a una restitución analógica peculiar del latín, el cual heredó del i. e. no una forma como *agtos*, sino *aktos*; sin embargo, por influencia analógica de las formas de presente, se llegó de nuevo a la forma *agtos*, mas como fonéticamente este grupo no podía perdurar, se convirtió otra vez la

[4] Además de la bibliografía citada en la nota 1, cf. A. Maniet, «Hom. Niedermann», pp. 230-237.

sonora en sorda pronunciando *aktos*, y en este momento fue cuando se produjo el alargamiento.

La vocal *i* es la más breve de todas las vocales y, precisamente a causa de su extrema brevedad, la transferencia de las vibraciones glotales no fue suficiente para determinar su alargamiento.

Algunos gramáticos han pretendido dar un carácter más amplio a la regla que acabamos de formular, asegurando que se producía el referido alargamiento al ponerse en contacto con el sufijo *-to* no sólo la *g*, sino también las otras oclusivas sonoras, pero los ejemplos que en apoyo de esta tesis se citan son escasos y además pueden explicarse por otras razones; así, formas como ***cāsus*** (< **cad-tos*, cf. *cădere*) y ***ēsus*** (< ***ed-tos***, cf. *ĕdest*) pueden estar influidas por los supinos ***cāsum*** y ***ēsum*** que se formaban sobre la raíz en grado alargado.

El participio ***uectus*** no aparece con vocal alargada porque la gutural se remonta a una gutural aspirada, o sea **uegh-tos*.

149. En algunas zonas del Imperio parece que se alargaban también las vocales en contacto con el sufijo *-gnum* (por ejemplo, *benīgnum*) o cuando iban seguidas de *r* y consonante (por ejemplo, *fōrma*, *ōrnamentum*), pero la delimitación del área geográfica en que se opera este cambio resulta difícil de establecer.

2.—Abreviación [5]

150. Toda vocal se abrevia cuando va seguida de vocal, salvo en el caso de ir precedida ella misma de otra vocal.

Se explica fonéticamente este cambio considerando que la segunda vocal empezaba a pronunciarse antes de tiempo y a expensas de la precedente, por lo cual

---

[5] Leumann, §§ 84 y 85; Kieckers, § 46; Maniet, § 44, 1.° y 2.°; Niedermann, § 36; Pisani, §§ 26-28; Sommer, § 84; Juret, p. 347 ss.

ésta se percibía como breve; sin embargo, cuando dichas vocales se hallaban a su vez precedidas de otra vocal sin formar diptongo con ella (posición de hiato), eran más resistentes y conservaban su cantidad. He aquí unos ejemplos: *flĕo* : *flēmus; crĕare* : *crēscere; finĭo* : *finīre; grŭis* : *grūs; dĕus* < **deiuos; rĕi* : *rēs, fidĕi* : *fidēs*. Persiste la cantidad larga por ir precedida la vocal a su vez de otra vocal: *dĭēi, materiēi*, etc.

Estas abreviaciones se operaron en fecha relativamente reciente, así en los poetas arcaicos son todavía bastante frecuentes los casos en que persiste la cantidad tradicional de las vocales (especialmente tratándose de las vocales *i* y *u*), a pesar de ir seguidas de otra vocal. Así, en este período se registran escansiones como *fūimus* (Ennio), *fūit* (Plauto), *institūit* (Pl.), *adnūit* (Enn.), *Dīana* (Pl., Enn.), *pīus* (Enn.), *fīeri, fīerem* (Pl., Enn.), etc.

Es cierto que incluso en la métrica clásica el verbo *fio* no abrevia la *i* en las formas en que no aparece una *r*, así la escansión normal es *fīo, fīunt, fīebam*, etc. Pero no se trata de un caso de persistencia de la primitiva cantidad, sino simplemente de una influencia analógica de las formas en que la *i* aparecía seguida de consonante y por tanto no debía abreviarse; en otras palabras, las escansiones ya citadas *fīo, fīunt*, etcétera, se deben a influencias de *fīs, fīt*, etc. También se nos muestran vacilantes las desinencias de los genitivos pronominales en *-ius*, como *illīus, istīus, nullīus*, etc. Los poetas arcaicos y la prosa literaria atribuyen a la *i* de dichas desinencias generalmente cantidad larga; en cambio los poetas, a partir de Lucilio, se inclinan preferentemente por la cantidad breve.

151. Se abrevia toda vocal larga seguida de una nasal (*n, m*) tautosilábica y de una oclusiva. También se abrevia toda vocal larga seguida de líquida (*l, r*) y de una consonante.

Los efectos de estas abreviaciones quedan limitados al habla vulgar, sin afectar al lenguaje literario ni a la prosodia. Por ello, para comprobar estas abreviaciones, no podemos valernos de la métrica de los poetas

latinos, sino de otras fuentes más indirectas, como son el testimonio de los antiguos autores, las transcripciones al griego (Βαλεντινος[6] presupone *Valĕntinus*). la evolución en romance (*leyente*, *creyente*)[7].

La mayoría de los ejemplos en que se observan los efectos de estas abreviaciones corresponden a formas verbales de la I y II conjugación cuya vocal larga se abrevia al entrar en contacto con los sufijos en *-nt* (desinencia de 3.ª persona del plural y de participio de presente) y *-nd* (gerundio). Ejemplos: ***amāre*** : ***amănt***, *amăntem*, *amăndus*; *flēre* : ***flĕnt***, ***flĕntem***, ***flĕndus***, etcétera.

Menos frecuentes son los ejemplos de estas abreviaciones correspondientes a formas nominales. Citaremos entre ellos a ***pĕrna*** < ****pērna*** < ****persna***, cf. scr. ***pārsnih*** «pierna»; ***uĕntus*** < ***uēntus***, cf. la raíz sánscrita *vā* «soplar»; ***ŭndecim*** < *ūn(o)decim*, cf. gr. οἶνος; ***nŭntius*** < **nouentios*; *prĭnceps* < **prīm(o)caps*.

152. Una secuencia de dos sílabas de estructura yámbica en el interior de una palabra se abreviaba en latín arcaico cuando seguía a dicha secuencia una sílaba acentuada (⏑ – ⏓́ > ⏑ ⏑ ⏓́)[8]. Esta abreviación a la que se designa con el nombre de ley de la abreviación de los yambos, se observa fácilmente tratándose de sílabas en fin de palabra (cf. **156**); en cambio, los ejemplos son escasos en el interior de la palabra, máxime si la vocal en cuestión es larga por naturaleza.

a) La vocal es larga por naturaleza: ***pŭdīcítiam*** en vez de *pŭdīcítiam*, Pl. Am. 930; ***uĕrĕbámini*** en vez de *uĕrēbámini*, Ter. Phn. 902.

b) La sílaba es larga por posición: *uŏlŭptátes*, Pl. Am. 939; ***gŭbĕrnábunt***, Pl. Mr. 1091.

153. Los diptongos largos se abreviaban cuando

---

[6] En efecto, si la *e* de *Valentinus* hubiera sido pronunciada como larga, los griegos la habrían transcrito como una eta.

[7] Esta palabra evidencia que la *e* era breve, pues en romance diptongó en *ie*, como lo demuestran las formas *leyente*, *creyente*. Recuérdese además que los sonidos *g* y *d*, respectivamente, se pierden muchas veces en romance (cf. **235**).

[8] Sommer, p. 127; Kieckers, § 54. Para más bibliografía, cf. **156**, nota 1.

iban seguidos de consonantes [9]. Nos hemos ya referido a esta abreviación al estudiar el tránsito al latín de los primitivos diptongos largos del i. e. (cf. **99**); pero es el caso que incluso tratándose de diptongos largos surgidos secundariamente, en latín continúa teniendo validez dicha ley; así, *găudium* < *gāudium* < *gāu(i)-diom*, cf. *gāuīsus sum*, *gauīsī* (Liv. Andr.).

3.—Cambios esporádicos

154. En los párrafos anteriores hemos visto que los cambios cuantitativos se debían generalmente a la influencia de otros sonidos contiguos o al acento (ley de la abreviación de los yambos); sin embargo, otros factores de índole no fonética [10] pueden determinar también algunas alteraciones en la cantidad tradicional de las vocales. En primer lugar, no debemos olvidar las licencias métricas. En efecto, una palabra con una secuencia de tres sílabas breves o una breve entre dos largas resulta a veces difícil de adaptar a las exigencias del metro; en tal caso los poetas no vacilaban en cambiar la cantidad de alguna de dichas vocales; tal es el caso de la palabra *Ĭtălĭa*, que a veces aparece, en oposición a su etimología, medida como si su vocal inicial fuera larga, por ej. *Ītălĭam*, Verg. Aen. I, 2. Lo dicho explica escansiones como *glōmĕrĕ* (en vez de *glŏmĕrĕ*) Lucr. I, 360, y *dēfrūtūm* (en vez de *dēfrŭtūm*) Plaut. Pseud. 741.

Las mismas razones determinan a veces el fenómeno contrario, con lo cual aparecen en poesía palabras con alguna de sus vocales medida como breve en vez de larga; así, *Fĭdēnam*, Verg. Aen. VI, 773 en vez de *Fīdēnam*. Estas alteraciones son especialmente frecuentes tratándose de palabras extranjeras.

Falsas etimologías pueden también determinar una

---

[9] Kieckers, § 46; Sommer, §§ 31 y 84; Leumann, § 85, p. 100.

[10] Leumann, § 94; Sommer, pp. 119-120; Juret, p. 11.

alteración en la cantidad auténtica de una vocal; tal es el caso de la palabra *fērālis*, que por la etimología significa «concerniente a los muertos o a los infiernos», sin embargo se creyó equivocadamente que esta palabra se relacionaba con el verbo *fĕro* y se le atribuyó una *e* breve [11] (cf. Ouid. Fast. 2, 569).

155. Factor más importante en estas alteraciones cuantitativas de índole no fonética lo constituye la necesidad de adaptación que planteaban los préstamos del griego [12]. En principio se acentuaban las palabras importadas de Grecia de acuerdo con las normas que regulan los principios del acento en latín (cf. **67**); de ahí discrepancias entre la acentuación griega y latina en palabras como Ὄλυμπος: *Olýmpus;* μελῳδία: *melódia;* εἴδωλον: *idólus*.

Estas discrepancias resultaban, no obstante, enojosas; por ello, al intensificarse la influencia griega, y concretamente a partir de la época imperial, prevaleció la acentuación a la griega y se pronunciaba *Ólympus, melodía, ídōlus*. Sin embargo, esta forma de acentuar chocaba con las normas que regulaban la acentuación latina, con lo cual lo que se había ganado por un lado se había perdido por otro. Llevados por el deseo de salvar esta dificultad, los romanos cayeron en la cuenta que podía resolverse en muchos casos esta anomalía cambiando la cantidad de las vocales, y así en una palabra como *ídōlum* bastaba con atribuir cantidad breve a la *o* para que la acentuación paroxítona resultara correcta.

Estas abreviaciones tuvieron amplia difusión y repercusión especialmente en el habla popular, como lo evidencia el testimonio de las lenguas romances; así, la palabra *yermo* deriva de *er(ĕ)mus* (con *e* breve) a pesar de que etimológicamente debería la vocal ser larga, cf. gr. ἔρημος. Lo mismo puede decirse de *Ebro* <

---

[11] Cf. PAULUS FESTUS, 75, 20: *Feralia, dis manibus sacrata festa, a ferendis epulis vel a feriendis peculibus appellata.*

[12] SOMMER, § 85,8; LEUMANN, p. 106; GRANDGENT, § 173; PIDAL, § 6,4.

Íb(ĕ)rus < *Ibērus* < Ἴβηρος: *Isidro* < *Isid(ŏ)rus* < *Isidōrus* < Ἰσίδωρος.

No siempre, sin embargo, se imponía la acentuación a la griega con la correspondiente abreviación de la vocal; así, la palabra συμφωνία no pasó en latín a *symphonía* (acentuación a la griega), sino que prevaleció la acentuación según las normas fonéticas latinas, o sea, *symphónia*, como lo evidencia la palabra *zampóña*.

XI

VOCALES FINALES

En final de palabra no se produce nunca el alargamiento de una vocal breve, en cambio es frecuente que las largas se abrevien. A este respecto conviene distinguir entre las vocales largas en sílaba final abierta o cerrada.

1.—Vocal larga en sílaba final abierta [1]

156. En latín arcaico era muy frecuente que palabras bisilábicas de estructura yámbica (⏑ –) abreviaran la vocal final cuando el acento (o en poesía el pie fuerte) caía sobre la primera. Se designa esta peculiaridad con el nombre de «ley de la abreviación de los yambos». Esta ley no tenía, sin embargo, carácter de obligatoriedad; así, en las obras de los poetas escénicos coexisten *mĭhī* y *mĭhĭ*, *tĭbī* y *tĭbĭ*, *ămā* y *ămă*, *ăbī* y *ăbĭ*, *lŭpō* y *lŭpŏ*.

Estas vacilaciones —reflejo de una peculiaridad en la pronunciación del latín arcaico— fueron superadas en el período siguiente, en el que, tratándose de formas nominales y verbales integrantes de un paradigma, se impuso la forma no abreviada para evitar de este modo las discrepancias dentro de un mismo paradigma. En cambio, prevalece en general la forma breve tratándose de pronombres, adverbios y partículas; así: *egŏ* (cf. gr. ἐγώ),, *nisĭ*, *quasĭ* (cf. *sī*), *pută* «por ejemplo» (en cambio *putā*, imperativo), *benĕ*, *malĕ* (en cambio

[1] Maniet, § 60-3.°; Juret, p. 287 ss.; Lindsay, III, § 42; Kieckers, § 54; Meillet-Vendryes, §§ 215-216; Niedermann, § 24, 4.°; Pisani, §§ 28 y 136; Sommer, p. 148 ss.; Cousin, página 43 ss.

uērē, cērtē), *modŏ* «solamente» (en cambio *modō*, ablativo). Sólo las siguientes formas pronominales tienen, en la época clásica, la última común: *mihĭ, tibĭ, sibĭ, ubĭ, ibĭ*. La razón del tratamiento especial de estas palabras se debe probablemente a que los pronombres, por ser muy usados, se pronunciaban en forma algo descuidada, y los adverbios y partículas, al no entrar en la órbita de un paradigma, escapaban a la influencia de las formas afines.

157. Si bien, como acabamos de indicar, los efectos de la ley de abreviación de los yambos quedan muy paliados en la época clásica, no obstante, en un caso por lo menos, continuaron haciéndose sentir. Nos referimos a los finales en *ō* originariamente larga de nombres de la tercera declinación (*uirgō, leō*) y de desinencias verbales de la primera persona del singular en *-ō* (*cantō, dabō*, ... etc.). La comparación con las lenguas afines evidencia que esta *o* era larga; sin embargo, en el período anterior al Imperio, generalmente contaba como breve en palabras bisilábicas de estructura yámbica, así *hŏmŏ* (Lucrecio), *uŏlŏ, dăbŏ* (Catulo); en cambio persiste la *ō* en palabras no yámbicas, por ejemplo *cāntō, ībō, ēstō, uīrgō*. En el período imperial se observa un predominio mucho mayor de la forma breve no sólo en palabras de estructura yámbica, que son consideradas en esta época como comunes, sino que incluso por analogía se propaga a veces la breve en palabras de estructura espondaica (— —) así *Sulmŏ* (Ovidio), *uīrgŏ* (Val. Flac.), *sermŏ* (Juvenal), así como en palabras de tres sílabas generalmente créticas (- ⏑ —) *mēntĭŏ, dīxĕrŏ* (Horacio), *caedĭtŏ* (Prop.), pero también de otros metros, así *ĭmāgŏ, cālīgŏ* (Séneca).

También históricamente derivan de una *ō* larga las desinencias del dativo y ablativo singular de los temas en *-o*, así como de los imperativos de futuro en *-tō*, pero estas formas conservaron tenazmente la cantidad originaria a lo largo de los distintos períodos de la lengua; sólo en épocas muy avanzadas, y como con-

secuencia de la pérdida de la noción de la cantidad, aparecen algunas veces abreviadas.

158. El nominativo singular de la primera declinación (*rosă*) y el nominativo plural de los temas neutros en *-o* (*uină*) terminan con una *ă* breve, pero la comparación con las otras lenguas i. e. evidencia que originariamente esta vocal era larga. La abreviación pudo haberse aplicado ya como una consecuencia de la ley de la abreviación de los yambos (palabras como *ăquă, bŏnă, lŏcă* de estructura yámbica influyeron sobre palabras no yámbicas, como *anīmă, uōtă, tēmplă*), ya como resultado de la influencia de formaciones, como *audaciă* (cuya final era breve ya de antiguo) [2].

2.—Vocal larga en sílaba final cerrada

159. Las palabras polisilábicas abrevian la vocal final excepto cuando la consonante que cierra la sílaba es una *s* o bien la sílaba final lleva acento: *terrăm*, cf. χωρᾶν; *pedŭm*, cf. ποδῶν; *uelĭm: uelīs; amăt: amās, amāmus; habĕt: habēs, habēmus; uxŏr: uxōris; arbŏr: arbōris; animăl: animālis; tribunăl: tribunālis* [3].

Palabras como *illīc, illūc*, etc., mantienen la final larga por ser la última sílaba acentuada (cf. § **68**).

La abreviación se produjo, salvo cuando la sílaba terminaba en *m*, con posterioridad a Plauto, pues en este autor aparece conservada todavía en tales casos la vocal larga. Las excepciones se deben a la ley de abreviación de los yambos o a influencias analógicas. Los autores inmediatos (Terencio, Ennio) representan una etapa de transición; por tanto, de vacilación entre la

[2] Como es sabido, parte de los sustantivos que integran la primera declinación están formados con el sufijo *-ia*, que se corresponde al i. e. *iə*. Cf. Sommer, § 180; Leumann, § 208; Ernout, § 13.

[3] Maniet, § 60, p. 158; Juret, p. 294; Leumann, p. 102; Lindsay, III, § 41; Meillet-Vendryes, § 214; Niedermann, § 1124,3; Pisani, § 135; Sommer, p. 146 ss.; Kieckers, § 55.

cantidad larga y la breve. A la postre prevaleció la cantidad breve.

La abreviación de la sílaba final terminada en *m* es anterior a la transmisión literaria, por eso no encontramos en el período arcaico ejemplos con vocal larga.

160. Las palabras monosilábicas dieron muestras de una mayor resistencia. En realidad la abreviación se operó sólo en aquellos casos en que los monosílabos terminaban en *-m*, o bien en *-t* [4].

La abreviación en contacto con una *m* final es también anterior a la transmisión literaria, de manera que en los más antiguos testimonios de la lengua aparece en este caso siempre la vocal abreviada, así *quăm;* cf. osco *paam*, *rĕm : rēs;* en cambio, la abreviación en contacto con *t* es relativamente reciente, pues se observa sólo después de Plauto, así la escansión normal de este autor era *sīt*, *dēt*, *stāt*, *scīt*. En cambio, en la época clásica prevalece la cantidad breve *sĭt*, *dĕt*, *stăt*, etc.

Persiste la cantidad larga cuando los monosílabos terminan con consonante distinta de las citadas, como *r*, *l*, *s*, así *rēs*, *fūr*, *cūr*, *sōl*, *sāl*, etc.

APÉNDICE

Tránsito a las lenguas romances de la cantidad tradicional latina (vocales finales y no finales) [5]

161. Ya hemos indicado que la lengua literaria mantuvo con mucha tenacidad la cantidad tradicional; en cambio el habla vulgar, a partir del siglo I de nuestra era, deja entrever ya los inicios de la profunda transformación que debía operarse en este campo de la lengua, transformación que culmina en romance. En efecto, los principios cuantitativos que prevalecen en

---

[4] SOMMER, p. 126; LEUMANN, p. 103; KIECKERS, § 84; MANIET, § 60; NIEDERMANN, § 24,3.

[5] GRANDGENT, § 173 ss.; MEYER-LÜBKE, § 165; SOMMER, p. 130; LEUMANN, p. 106. Cf. también más adelante, § 315.

las lenguas derivadas del latín discurren sobre una base completamente nueva.

Esta evolución se inició, como hemos indicado, en el siglo I y fue más rápida tratándose de las sílabas no acentuadas que las acentuadas. En las primeras, la confusión fue ya completa en los siglos III y IV; en cambio, las segundas, se mostraron más resistentes y, aunque con algunas vacilaciones y errores, conservaron la cantidad tradicional hasta los siglos V o VI.

Los primeros ejemplos de confusión de sílabas no acentuadas se remontan, según acabamos de apuntar, al siglo I; así en dicha época se registran confusiones entre los nominativos singulares en *-ĭs* (*nauĭs*) y los nominativos plurales en *-ēs* (*nauēs*), así como entre los diptongos en *ae* y la simple vocal *ĕ* [6]. Estas confusiones sólo pueden explicarse si partimos de la base que se pronunciaban estas sílabas finales sin diferencia cuantitativa.

Los testimonios de confusión entre largas y breves en sílabas tónicas son más tardíos. Es cierto que también en el siglo II aparece a veces en inscripciones usado erróneamente *ae* en vez de *e* [7], pero estos ejemplos son mucho menos frecuentes que tratándose de vocales átonas. En realidad sólo se generalizan en los siglos IV y V. Pomponio (s. V) y otros gramáticos de esta época censuran que se pronuncien de la misma manera, sin establecer diferencias cuantitativas, palabras como ***aequus*** y ***equus***. También en esta época abundan cada vez más las poesías cuyo ritmo no tiene para nada en cuenta la cantidad de las vocales.

A partir del siglo V surge un nuevo sistema cantitativo basado en el principio que las vocales acentuadas en sílaba abierta eran pronunciadas como largas; en cambio, las vocales átonas y las tónicas en sílaba cerrada, como breves. Sobre esta transformación, cf. § **93** Obs.

---

[6] Para ejemplos, cf. RUBIO, Indices, p. 217, *ae* > *e* y *e* > *ae* en sílaba pretónica y postónica.

[7] Para ejemplos, cf. RUBIO, Indices, p. 217, *e* > *ae* en sílaba tónica.

XII

PÉRDIDA DE VOCALES

La debilitación que experimenta una vocal puede traer como consecuencia su completa desaparición. Se observa este fenómeno en vocales interiores y finales de palabra. Debe considerarse como factor principal de la caída de vocales la pronunciación especial de la sílaba inicial o el acento prehistórico de intensidad, caso de aceptarse su existencia.

1.—Vocales no finales [1]

162. Los fenómenos de síncopa se deben, como ya hemos indicado, a la influencia de la pronunciación especial de la sílaba inicial. Otras muchas circunstancias podían coadyuvar a la pérdida de las vocales, como son las siguientes:

1) La brevedad de las vocales, en el sentido de que cuanto más breve es una vocal más propensa se halla a la síncopa. Como la fonética experimental ha demostrado que una vocal es tanto más breve cuanto mayor es el número de sílabas que le siguen, se deduce que las vocales breves seguidas de dos o más sílabas son las más propensas a caer; en cambio, una vocal seguida sólo de una sílaba es más resistente, hasta el punto de que para caer suele requerirse que la sílaba precedente o siguiente sea larga. Es sabido que la pronunciación de las sílabas largas requiere una mayor energía, que se obtiene, en este caso, a expensas de las breves con que están en contacto.

---

[1] Leumann, § 78; Kieckers, § 40; Niedermann, § 20, Maniet, § 58; Lindsay, III, § 15 ss.; Meillet-Vendryes, § 175; Juret, p. 266 ss.; ídem *Dominance*..., p. 112; Sommer, § 86 ss.; Cousin, pp. 46-47.

2) Generalmente las vocales que caen están en contacto con sonantes, o sea *i̯, u̯, r, l, m, n*. En efecto, estos sonidos son, dentro de las consonantes, los que tienen una mayor abertura y, por tanto, los que más se acercan a las vocales, de ahí su tendencia a absorberlas. Sin embargo, la presencia de las sonantes no es una condición indispensable para que se produzca la síncopa, pues puede ésta producirse sin este requisito, especialmente tratándose de palabras de cuatro sílabas o más.

3) Las vocales en sílaba abierta caen más fácilmente que en sílaba cerrada. Concuerda este fenómeno con el hecho de que los cambios de timbre en sílaba abierta son más pronunciados que en sílaba cerrada.

4) La sílaba segunda, en palabras de varias sílabas, es la que menos resistencia opone a la síncopa.

163. Presentamos a continuación algunos grupos de palabras formados de acuerdo con lo expuesto en el párrafo anterior:

a) Palabras de cuatro o más sílabas.

α) Generalmente cae la vocal de la segunda sílaba, sin necesidad de estar en contacto con una sonante: *dexter* < **dexiteros*, cf. gr. δεξιτερός; *quindecim* < **quinquedecim; sinciput* < **semicaput; officina* < **opificina; sestertius* < **semistertius* (sílaba cerrada); *puerpera* < **puer(o)para.*

β) Con menos frecuencia cae la de la sílaba tercera: *corolla* < **coron(o)la; ampulla* < **amporcla; usurpare* < **ususrapare.*

b) Palabras de tres sílabas.

α) Generalmente cae la segunda vocal en contacto con sonantes: *uillum* «vinillo, vino aguado» < **uin(o)-lom; pergo* < **perrego; uirtus* < **uiro-tut-s; pono* < **posno* < **posino*, cf. *positus.*

β) Con menos frecuencia cae la segunda vocal si está en contacto con una consonante propiamente dicha: *auceps* < **auiceps; iustus* < **ioustus* <* *iou(e)stos; cautus* < **cauitos;* cf. *caueo*, etc.

164. La síncopa trae por consecuencia, como pue-

de comprobarse por los ejemplos anteriores, la pérdida de una sílaba; no obstante, cuando precede a la vocal sincopada una sonante (*i̯*, *u̯*, *r*, *l*, *m*, *n*), ésta se convierte en ápice silábico, con lo cual se restablece el número de sílabas originario. Este fenómeno se conoce con el nombre de samprasarana, término tomado de la gramática sánscrita. Particularizando observaremos que *i̯*, *u̯* se convierten en *i*, *u*; así *percutio* < **perqu̯atio*, *ambicio* < **ambi̯acio*. Más compleja es la evolución de las restantes sonantes; así *r̥* > *er*, *l̥* > *el* y más tarde *ol*, *ul*. Ejemplos: *ter* < **tr(i)s*, *facul* < **fac-l(i)*. Cf. § **178**.

Estas sonantes de origen secundario suelen producirse con mucha frecuencia en contacto con el sufijo *-lo-*, usado en la formación de los diminutivos. En este caso la sonante se asimila al citado sufijo, pero la vocal anaptíctica que la precede es unas veces *e*, otras *i*; así el grupo *r̥l* > *ĕll*, por ejemplo, *libellus* deriva de **libr(o)-los*; *l̥l* > *ĭll*, así *axilla* deriva de **aksl(e)-la*, diminutivo de **aksla* > *ala* (cf. § **289**). El grupo *n̥l* evoluciona también generalmente en *ĭll*; así *tigillum* < **tign(o)-lom*, y lo mismo *pugillus* y *pastillus*, pero a veces en *ĕll*, así *scabellum* < **scabn(o)-lom*, *Sabelli* < **Safn(o)-loi*.

165. Palabras pertenecientes a un mismo grupo etimológico pueden aparecer unas en forma sincopada y otras sin sincopar, según si concurren un mayor o menor número de circunstancias que favorezcan la síncopa. Obsérvense las siguientes contraposiciones:

a) *iuuenis*: *iunior*; *posterus*: *postridie*; *opifex*: *officina* < **opificina*. Las formas sincopadas corresponden a palabras de un mayor número de sílabas que las no sincopadas.

b) *superus*: *suprā*; *ualidus*: *ualdē*; *discipŭlus*: *disciplīna*. Las formas sincopadas cuentan con una sílaba larga en contacto con la vocal sincopada.

c) Una misma palabra puede aparecer unas veces sincopada y otras sin sincopar, tal es el caso de: *aridus* : *ardus*; *calidus* : *caldus*; *positus* : *postus*. Proba-

blemente las formas sincopadas reflejan la pronunciación descuidada del habla popular.

166. Con frecuencia nos encontramos con palabras que reúnen todas las condiciones necesarias para que hubiesen sincopado alguna de sus vocales, pero que sin embargo no ofrecen huella alguna de este fenómeno. Generalmente se debe esta anomalía a que la síncopa no se verificó o, caso de haber ocurrido, se procedió a una restitución analógica, debido a la influencia de otras palabras afines con las cuales se hubiera perdido la conexión etimológica caso de haberse producido la síncopa. Así, los verbos compuestos *corrigo* y *dirigo* tenían que haber evolucionado a *corgo* y *dirgo* como *pergo* y *surgo* (compuestos también del verbo *rego*), pero como el significado de los primeros se percibía todavía como afín al del simple *rego*, se evitó la síncopa para conservar la conexión entre ellos; en cambio, puesto que el significado de *pergo* y *surgo* se había alejado mucho del peculiar de *rego*, no se sintió la necesidad de mantener su conexión con el simple y no se evitó la síncopa. Para mantener la afinidad con *uideo* el compuesto *prouideo* no se sincopó y por tanto no evolucionó a *prudeo;* en cambio el participio *prouidens*, que se adjetivó y por tanto escapó a la influencia analógica del paradigma, evolucionó a *prudens*. La forma *prouidens* es una formación posterior creada para sustituir a *prudens*, convertido ya en adjetivo.

167. Los fenómenos de síncopa se produjeron en todas las épocas de la lengua latina, desde el período preliterario hasta el latín vulgar. Es imposible establecer una cronología precisa y exacta; tan sólo en algunas palabras, y a tenor de ciertos cambios fonéticos, puede colegirse la fecha aproximada en que se produjo la pérdida de su vocal, así las formas *pono* y *sumo*, que derivan respectivamente de **posino* y **subs-emo*, evidencian que experimentaron la síncopa con anterioridad al rotacismo. En efecto, si fueran posteriores, hubiesen evolucionado no a *pono* y *sumo*, sino a *porno* y *surmo* pasando por las etapas **pozino* > **porino* >

**porno* y **subscmo* > **susemo* > **suzemo* > **suremo* > **surmo*. Por el contrario, palabras como *ornus* «quejigo» (árbol) han experimentado la síncopa después del rotacismo, pues deriva dicha palabra de **orinos* < **osinos*, cf. lituano *usis*. También es muy antigua la síncopa en *audio* que deriva de **auĭzdio;* en efecto, tiene que ser anterior a la asimilación de la *z*, pues si fuera posterior se hubiera alargado por compensación la *i* precedente, dando como resultado *auīdio* con ī larga y, por tanto, sin posibilidad de síncopa. El adjetivo *iustus* deriva de **iouestos*, pero en este caso la síncopa es relativamente reciente, pues epigráficamente aparece atestiguada la forma *iouestod* CIL I² 1,1.

168. En el latín vulgar [2] se acentuaron aún más los casos de síncopa, así las vocales breves de las sílabas pretónicas no iniciales empezaron a perderse ya antes de concluir este período, excepción hecha de la *a*, que generalmente se conserva. Esta tendencia es la que ha prevalecido plenamente en romance, así *bonitatem* > *bondad; comperare* > *comprar; uerecundia* > *vergüenza*. En cambio, *paradisum* > *paraíso; calamellum* > *caramillo*, por tratarse de la vocal *a*.

169. También se observa en el latín vulgar una acusada tendencia a sincopar las sílabas postónicas interiores, especialmente tratándose de vocales que se hallan entre consonante y líquida (*altera* > cat. *altra; insula* > *isla*, etc.), entre una labial y una consonante (*populum* > *pueblo; comitem* > *conde*), entre una líquida y otra consonante (*calidus* > *caldo; colaphus* > *golpe*, etc). Esta tendencia persistió en algunas lenguas romances y en otras incluso se acentuó, como el español, que en general pierde la sílaba postónica interior (salvo *a*) entre cualesquiera consonantes.

---

² GRANDGENT, § 238 ss.; BATTISTI, pp. 115-116; MEYER-LÜBKE § 132 ss.; PIDAL, § 25; BOURCIEZ, § 152.

2.—Vocales finales

La caída de vocales en sílaba final adquirió aún más volumen que en sílaba interior, debido a que dichas sílabas eran pronunciadas en forma aún más descuidada, como atestiguan los antiguos gramáticos (cf. Quintiliano, XI, **3,33** y I, **11,8**), así como la evolución en romance. Varía la forma y circunstancia en que se produce la pérdida de una vocal en sílaba final, según si dicha vocal se encuentra en sílaba cerrada o abierta.

a) *Pérdida de una vocal en sílaba cerrada* [3]

170. Las vocales *i*, *o* muestran una acusada tendencia a caer cuando van seguidas de *s*; sin embargo, las influencias analógicas invalidan con frecuencia esta tendencia. Los casos más favorables para la síncopa son los que enumeramos a continuación:

Los nominativos singulares de los temas en *i*, cuando la vocal temática va precedida por una sílaba larga por naturaleza o posición, así: *lis* < **lītis*, cf. gen. pl. *litium; ars* < **artis*, cf. gen. pl. *artium; falx* < **falcis*, cf. gen. pl. *falcium; mors* < **mortis*, cf. scr. *mṛtiḥ; atrox* < **atrocis*, cf. gen. pl. *atrocium*.

En cambio, la síncopa no se produce cuando la sílaba que precede a la vocal temática es breve, como por ejemplo *cŭtis*, *sĭtis*, *scŏbis* «serrín», *rŭdis* «vara».

Ya hemos indicado que la tendencia a la síncopa se ve contrarrestada por influencias analógicas; así bastantes palabras, a pesar de reunir las condiciones señaladas para la pérdida de la *i* final, no presentan síncopa, por ejemplo *uītis*, *ōrbis*, *uēctis*, etc. Se muestran especialmente reacias a la síncopa los sustantivos terminados en *-stis*, como *fustis*, *hostis*, *restis* «cuerda», y numerosos adjetivos, como *fortis*, *dulcis*, etc. Cuestión difícil de dilucidar es si estas formas no ex-

---

[3] Maniet, § **60**; Juret, p. **289** ss.; Lindsay, III, §§ **16** y **15,8**; Meillet-Vendryes, § **25,2**; Pisani, §§ **132-133**; Sommer, p. **150**; Leumann, p. **94**; Kieckers, § **52**; Niedermann, § **25,2**.

perimentaron nunca la pérdida de la _i_ final o si, por el contrario, la perdieron en el habla popular y fueron luego reconstruidas por la lengua culta. El hecho de que en el Appendix Probi se censuren palabras como _orbs_ en vez de _orbis_, hace pensar que, en muchos casos por lo menos, se trate de recomposiciones cultas.

171. Los nominativos de los temas en _-i_ y _-o_ cuando la vocal temática va precedida de _r_ y seguida de _s_. En caso de que la _r_ vaya a su vez precedida de consonante, se produce samprasarana (cf. § **164**). He aquí unos ejemplos: _ager_ < _*agros_, cf. gr. ἀγρός; _sacer_ < _sacros_, esta forma aparece atestiguada en latín arcaico; _linter_ < _*lintris_, cf. _lintrium_; _acer_ < _*acris_, cf. scr. _aśriḥ_ «lado cortante»; en cambio por no preceder consonante a la _r_, no se produce samprasarana en palabras como _uir_ < _*uiros_, cf. scr. _viraḥ_; _socer_ < _*su̯ekuros_, cf. gr. (ϝ)εκυρός. Las excepciones son también en estos casos muy numerosas, así tenemos _febris_, _securis_, _auarus_, etc.

172. Los adjetivos correspondientes a temas de la tercera declinación generalmente tienen dos terminaciones (masculino-femenino y neutro), por ejemplo _fortis_, _forte_, o una sola para los tres géneros, como _audax_; no obstante hay algunos pocos adjetivos que tienen tres terminaciones, por ejemplo _acer_ (_acris_, _acre_), _alacer_, _celeber_, _celer_, etc. La forma femenina (_acris_) ofrece generalmente la particularidad de no presentar síncopa; se considera que se trata de una recomposición analógica debido a la influencia de los adjetivos de los temas de la segunda declinación, terminados también en _r_, como _ruber_, _sacer_, los cuales disponían de una forma idónea para el femenino, concretamente _rubra_ y _sacra_. En otras palabras: sobre el modelo de _ruber rubra_ se atribuyó a _acer_, coincidente en la desinencia con _ruber_, una forma también femenina, que en este caso fue _acris_.

173. A pesar de que, como decimos, la desinencia normal del femenino de los adjetivos en cuestión aparece sin síncopa, quedan no obstante vestigios de la

forma sincopada, que fonéticamente es la correcta, así *acer hiems* (Ennio); *celer origo* (Lucrecio). Por influencia del femenino, el masculino aparece también a veces sin apócope, así *somnus acris* (Enn.), *equestris tumultus* (Liv.). Incluso a veces esta forma no sincopada es la que ha prevalecido, tal es el caso de *illustris* en vez de *illuster*. Pudo haber contribuido a ello la influencia del sinónimo *insignis*.

174. Los nominativos de los temas en *-i* cuando la vocal temática va precedida de *l* y seguida de *s*, presentan también a veces síncopa, por ejemplo: *mugil* < **mugilis; uigil* < **uigilis; pugil* < **pugilis*. No obstante, la mayoría de los nominativos de esta clase no presentan síncopa, así *docilis, sterilis, similis*, etc.

175. Los nominativos de los nombres de pueblos en *-as*, como *Arpinas*, gen. *Arpinatis*, y en *-is*, como *Samnis*, gen. *Samnitis*, derivan de primitivos nominativos en *-atis* e *-itis*, respectivamente. Estas formas sin síncopa se conservan a veces en el latín arcaico [4].

b) *Pérdida de una vocal en sílaba abierta. (Apócope)* [5]

176. Las vocales breves en fin de palabra no seguidas de ninguna consonante (sílaba abierta) caen con mucha frecuencia, sin que pueda precisarse con exactitud la causa o circunstancia que determina su caída, pues en iguales condiciones unas veces caen y otras no. Probablemente estas discrepancias se deben a las leyes especiales que regulan el tratamiento de los finales de palabras formando parte de una unidad o grupo fonético, cf. § **248**.

Al estudiar la caída de las vocales en sílaba abierta conviene distinguir entre palabras accesorias (preposi-

---

[4] Sommer, p. 370.

[5] Maniet, § 60,1; Leumann, § 74: Juret, *Dominance...*, página 171 ss.; Lindsay, III, § 36; Meillet-Vendryes, § 217 ss.; Pisani, § 132; Kieckers, § 51; Sommer, p. 151.

ciones, partículas, pronombres), y las de significado pleno (sustantivos, verbos, etc.).

177. Tratándose de palabras accesorias pueden formarse varios grupos:

α) Palabras que aparecen siempre en forma apocopada: *et* < **eti*, cf. gr. ἔτι; *ob* < **opi*, cf. gr. ἐπί, ὄπισθε; *ut* < **uti*, cf. *utinam*.

β) Palabras que en el latín arcaico conservan todavía a veces la vocal final. Tal es el caso del pronombre *hic*, compuesto del tema pronominal más la partícula *-ce*, cuya vocal final se conserva a veces en el latín arcaico, así: *in hoce loucarid* CIL I² 401 a. 315; *ex hace lege* CIL I² 582, etc. [6].

γ) Palabras que pueden usarse en forma apocopada y sin apocopar, incluso en el lenguaje clásico: *atque, ac; neque, nec; deinde, dein; proinde, proin; neue, neu; siue: seu; -ne: -n* (partícula interrogativa enclítica, por ej. *audisne? : audin?*).

δ) Palabras que sin ser accesorias se usan a veces con valor accesorio, generalmente interjeccional. A esta categoría corresponden los imperativos apocopados *dic* < *dice*, *duc* < *duce*, *fac* < *face*, así como algunos compuestos como *conduc*, *indic*. En latín arcaico son todavía frecuentes las formas no apocopadas. La partícula *em* no es otra cosa que el imperativo del verbo *emere*, cuyo significado primitivo, conservado en la mayoría de los compuestos, es «tomar». Tienen también un claro valor interjeccional los vocativos *puer* < *puere*, *uir* < **uire*.

178. El apócope es poco frecuente tratándose de palabras con significado pleno. Citamos a continuación algunos ejemplos:

α) Desinencias personales primarias de tercera persona. Estas desinencias eran originariamente *-ti* y *-nti*, así: *est*, gr. ἐστί; *legunt*, λέγουσι < λέγοντι. La pérdida de la final se produjo poco antes de la transmisión literaria, y así Festo y Terencio Scauro nos transmiten

[6] Rubio, Indices, p. 224.

todavía la forma *tremonti* = *tremunt* como formando parte del Cantar de los Salios [7].

β) Sustantivos neutros terminados en *al* y *ar*, como *tribunal*, *coclear*. Originariamente terminaban en *-ali* y *-ari*, respectivamente, y todavía es latín arcaico e incluso clásico encontramos a veces las formas plenas como *exemplare*, *tribunale* [8], aunque, naturalmente, con la *i* inflexionada en *e*, cf. § **129**. Facilitó indudablemente el apócope la circunstancia de ser palabras largas y de estar la vocal final precedida de una sonante y una vocal larga.

También la forma arcaica *facul* = *facile* se explica como resultado del apócope de la vocal final. Deriva, en efecto, esta palabra de *fac-li*, y por apócope *fac-ḷ*. La *ḷ* se convierte en sonante, que por ser velar desarrolla una *u*, de donde *facul*. La forma *facile* es por tanto una reconstrucción analógica formada sobre *facilis*.

179. En latín vulgar [9], según se deduce de las inscripciones y del testimonio de los gramáticos, era muy frecuente la apócope de la *e* final, especialmente detrás de líquidas, así *tanger* CIL I² 602, *biber* = *bibere* (Caper), etc.

En español la *e* final se pierde tras *t*, *d*, *n*, *l*, *r*, *s*, *z*, no agrupadas con consonante ni semivocal, así: *uirtute* > *uirtud*; *ratione* > *razón*; *sale* > *sal*; *pace* > *paz*; en cambio, *peine*, *aire*, *fraile*, *sauce*, *monte*, etc., por estar agrupadas con semivocal o consonante.

También la *o* final se pierde en contacto con las consonantes citadas en el párrafo anterior, pero ello sólo en un grupo reducido de palabras, como *primer*, *san*, *apóstol*, *ángel*, etc.

---

7 Rubio, Indices, p. 225.

8 Dessau, III-2, Indices, p. 848.

9 Grandgent, § 240 ss.; Battisti, p. 112; Pidal, § 27 ss.; Bourciez, § 164.

D. OTRAS MUTACIONES DEL VOCALISMO LATINO

XIII

CONTRACCION DE VOCALES

SOMMER, § 81; LEUMANN, § 95; LINDSAY, II, § 150 ss.; MEILLET-VENDRYES, § 183 ss.; NIEDERMANN, § 39; PISANI, § 35; JURET, p. 350 ss.; KIECKERS, § 45; COUSIN, p. 48; CARNOY, § 21; NAVARRO, § 135; PIDAL, § 30.

180. Dos vocales contiguas pueden pronunciarse en hiato formando cada una de ellas una sílaba, por ejemplo *po/e/ta, bo/i/na,* y en castellano antiguo *ve/er* < *uidere*, *pie/es* < *pedes;* en general, no obstante, existe la tendencia a deshacer el hiato, lo cual se consigue ya pronunciando las dos vocales en una sola emisión de voz, por ejemplo *poe/ta, boi/na*, ya contrayendo las dos vocales en una sola, por ejemplo *ver, pies*.

181. La lengua latina heredó pocas palabras con vocales en hiato. En realidad la existencia de vocales en esta posición se debe, generalmente, a causas fortuitas, como la pérdida de fonemas intervocálicos (generalmente *i*, *u*, *h*) o la formación de palabras compuestas con dos vocablos cuya última y primera sílaba terminaba y empezaba, respectivamente, en vocal, por ejemplo *coetus* < *coitus*. Mas, estas vocales que secundariamente quedaron en posición de hiato, tampoco, por lo regular, persistieron en esta posición, pues se procuró deshacer el hiato, ya pronunciando las dos vocales en una sola emisión de voz, ya contrayéndolas en una sola, de acuerdo con las reglas que exponemos a continuación:

182. 1) Dos vocales contiguas del mismo timbre se contraen en la larga correspondiente. En consecuencia: *a* + *a* > *ā*, *lātrina* < **lauātrina*; *e* + *e* > *ē*, *nēmo* < **ne-hemo*; *i* + *i* > *ī*, *sis* < *si uis* fórmula de cortesía; *o* + *o* > *ō*, *cōpia* < **co-opia*, cf. *in-opia*: *u* + *u* > *ū*, *iūnior* < **iuu(e)nior*, cf. *iuuenis*.

El diptongo *ai* + *i* se contrae también en *ai*, que evoluciona luego a *ae*; así, *praebeo* < **prai-hibeo* < **prai-habeo*; *praetor* < **prai-itor*.

183. 2) Dos vocales contiguas de timbre diferente pueden pronunciarse en hiato o sin hiato:

a) Persiste el hiato en los siguientes casos:

α) Cuando la primera vocal es una *i* o *u*. *fili/a*, *pi/etas*, *fu/isse*, *uidu/a*, etc.

β) Cuando la primera vocal es una *e* y la segunda una *a* (*ale/a*, *e/a*) o una *o* (*ple/o*, *de/os*).

Nolo, aparentemente una excepción, puede explicarse como derivado de *no-uolo* en vez de *ne-uolo*.

En final de palabra el grupo *-ie* se convierte en *ī*, por ejemplo *filī* < **filie*, vocativo (cf. *domine*, vocativo de *dominus*), pero no es posible determinar con seguridad si se trata de una contracción o de un caso de apócope.

γ) Cuando la primera vocal es breve y la segunda larga, por ejemplo: *ăēnus*, *cŏāctus*, *cŏēgi*. Existen con todo algunas excepciones; así, el perfecto *cŏēpi*, que en época de Plauto todavía se pronunciaba como trisilábico, acabó por convertirse en bisilábico *coepi*. Se trata probablemente de una influencia analógica del presente arcaico *coepio* < **coipio* < **co-ăpio*, que había diptongado sus dos vocales por ser breves ambas (cf. infra, § **186**).

No constituye, en cambio, una excepción *aes*, *aeris* frente a *ă/ēnus*, pues en el primer caso la *e* es breve, en el segundo larga. En efecto, *aes* deriva de **a(i)es*, cf. scr. *ayaḥ* «hierro»; en cambio, *ăēnus* es un compuesto de **a(i)es* al que se ha acoplado el sufijo *-nos*. La *s* en contacto con la *n* se ha perdido con alargamiento compensatorio de la vocal, cf. § **145**, con lo cual se ha evitado el diptongo.

δ) Cuando se trata de palabras compuestas en las que persiste la individualidad de los elementos que las integran, como *pro/ut*, *ante/it*, *de/inde*, etc.

b) En combinaciones de vocales distintas de las citadas, se produce generalmente contracción de las vocales, prevaleciendo el timbre de la primera vocal sobre el de la segunda, como puede comprobarse en los ejemplos siguientes: *ă* + *ŏ* > *ā* : *mālo* < *mauolo*, *Mars* < *Mauors*; *ē* + *ă* > *ē*, *dēgo* < **dē-ago*; *ō* + *ă* > *ō*, *cōgo* < **coago*; *ō* + *ĕ* > *ō*, *cōmo* < **coemo*, *prōmo* < **pro-emo*.

Tan sólo la combinación *o* + *i* da lugar no a la contracción, sino a la monoptongación en o͡e, así *coitus* > *co͡etus*.

En las desinencias verbales se esconden con frecuencia antiguas contracciones; así, *laudas* deriva de **laudaiēs*, pero en tales casos no siempre prevalece el timbre de la primera vocal; así, *laudes* < **laudaiēs*, *laudo* < **laudaiō*. El tratamiento distinto que en estos casos reciben estas desinencias puede ser debido a influencias analógicas de formas afines del mismo paradigma.

184. También presentan características especiales las contracciones de las desinencias nominales, tal como se nos presentan en el genitivo singular de la primera y quinta declinaciones. En un principio, al añadirse al tema la desinencia de genitivo, las vocales se pronunciaban en hiato, o sea *āī*, *ēī*, más tarde se abrevia la primera vocal (vocalis ante vocalem corripitur, cf. § **160**), con lo cual se llega a *-ăī* y *-ĕī*, y finalmente ambas vocales dejaron de constituir sílabas independientes pronunciándose en una sola emisión de voz, o sea, *-a͡e*, *-e͡i*. Las formas bisilábicas se encuentran todavía a veces en la poesía arcaica; así Plauto, tratándose de palabras de la quinta declinación, nos ofrece tres posibles escansiones: *rēī*, *rĕī* y *re͡i* (pero siempre *ēī* cuando precede una *i*, como, por ejemplo, *diēī*), y también en este autor la desinencia del genitivo de la primera es medida a veces como si constara de dos sílabas, así *comoediāī* (Poen. 51). Por influencia de Ennio persisten a veces como arcaísmo estas formas en

hiato en la poesía épica al final de los hexámetros, así *aquāī* (Verg.).

185. La analogía determina a veces recomposiciones en que las vocales no aparecen contraídas, así *mihi* evolucionó de acuerdo con la norma general a *mī*, pero por influencia de otros pronombres, como *tibi, sibi,* se restableció posteriormente la forma *mihi*, que concuerda mejor con los otros dativos citados. Otras veces, tratándose de palabras compuestas, especialmente si están integradas por un verbo y un preverbio, no se contraen las vocales, porque el resultado de la contracción no permitiría la identificación del verbo al grupo etimológico que le corresponde; tal es el caso de *deesse* que hubiera debido evolucionar a *desse*, con lo cual quedaría desconectado del verbo *esse*. La misma razón determina la persistencia de *cooptare* (en vez de *coptare*), *deamare* (en vez de *demare*), etc.

186. La contracción se ha producido en todas las épocas. Así muchas son anteriores a la debilitación de las vocales interiores, tal es el caso de *cogo* < **coago*, *copula* < **coapula;* si hubiesen sido posteriores sería necesario partir de *coigo, coipula,* formas que hubiesen evolucionado a *coego* y *coepula*. Otras veces la contracción es posterior a la debilitación de las vocales, así *coepio* deriva de **coipio* < **coapio;* si hubiese sido anterior al cambio de *a* en *i*, se hubiese llegado a **copio* (*o* + *a* > *ō*).

187. No debe confundirse la contracción con la sinéresis [1], es decir, la licencia prosódica en virtud de la cual dos vocales contiguas, formando cada una de ellas una sílaba en la pronunciación normal, pueden pronunciarse en una sola emisión de voz, cuando así conviene a las exigencias del ritmo. En español palabras como *re/al su/a/ve* pueden, para efectos métricos, pronunciarse *r͡eal, s͡ua/ve* [2]. En la poesía latina se da con bastante frecuencia la sinéresis cuando la segunda vo-

---

[1] NIEDERMANN, p. 80; SOMMER, p. 117; PISANI, p. 35; LEUMANN, p. 80.

[2] NAVARRO, p. 100.

cal es una *i* o *u*, pues estos sonidos, a causa de su estrecha abertura, pueden fácilmente pronunciarse como semivocales y por tanto formar diptongo con la vocal precedente; de ahí que sean frecuentes escansiones como *pro͡ut*, *ante͡it*, *de͡inde*. Menos frecuente y más difícil es la pronunciación en una sola emisión de voz en combinaciones vocálicas en que no figura la *i* ni la *u*, por ejemplo *e͡adem*, *aure͡a*, *alue͡o*. La lengua clásica conoce ambos tipos de sinéresis, la arcaica sólo el primero (*de͡inde*); la existencia, en cambio, del segundo (*alue͡o*, *aure͡a*) es muy discutida. A lo sumo, caso de aceptarse, parece ser que quedaba limitado a aquellas palabras, como los pronombres, que pueden usarse como enclíticas o proclíticas, por ejemplo *eum*, *eos*, pero no sustantivos, como *alueo*, *uinea*.

APÉNDICE

Sinalefa [3]

188. Hemos aludido en los párrafos anteriores a los cambios que se producen al ponerse en contacto dos vocales en el interior de una palabra, pero indudablemente cuando hablamos no pronunciamos normalmente palabras sueltas o aisladas, sino que agrupamos varias palabras formando frases o, lo que es lo mismo, unidades fonéticas y articulatorias. Parecería, por tanto, lógico que dentro de esta unidad, al ponerse en contacto una vocal final de palabra con otra vocal inicial de la palabra siguiente, experimentara un tratamiento análogo al que se observa en el interior de una palabra, tanto más cuanto que esto es lo que generalmente sucede tratándose de consonantes; las vocales, no obstante, en final de palabra, se acomodan a las vocales de la sílaba siguiente en forma diferente de lo que sucede cuando se hallan en el interior de una pa-

---

[3] LEUMANN, p. 108; SOMMER, § 168; JURET, p. 40; PISANI, página 74; NAVARRO, p. 100.

labra; las reglas, por tanto, de contracción que acabamos de estudiar no son válidas en estos casos.

189. Conviene recordar con carácter general, que cuando una palabra terminada en vocal va seguida de otra palabra que empieza en vocal, caben tres soluciones. En efecto, en tal caso puede persistir cada vocal formando sílaba (hiato), caer la primera vocal (elisión) y agrupar las dos vocales formando una sola sílaba (sinalefa). En nuestro idioma tiende a prevalecer este último sistema, aunque sujeto a algunas limitaciones [4], y así pronunciamos *ángulo oscuro*, *la muerte implora*, *símbolo augusto*, *vendrá en seguida*, etc.

190. El estudio de estos problemas ofrece graves dificultades tratándose de la lengua latina, por cuanto no cabe la observación directa del idioma, y nos vemos reducidos al testimonio de los gramáticos y a las normas de la prosodia. Por lo que atañe a la métrica, es bien sabida la regla según la cual cuando una palabra terminaba por una vocal, un diptongo, o *m*, e iba seguida de una palabra que empezaba por vocal, su final no contaba para la escansión (cf. § **254**), así: *ill(um) etiam laur(i) ill(um) etiam fleuere myricae* (Verg.).

191. Las excepciones son escasas, se trata generalmente de palabras monosilábicas, las cuales ofrecen una mayor resistencia. El estudio de tales particularidades corresponde a la métrica. El testimonio de la métrica no concuerda, sin embargo, con el de los gramáticos, los cuales en forma reiterada nos afirman [5] que en tales casos los latinos no suprimían la vocal final, como hacían los griegos, sino que la agrupaban con la vocal siguiente formando una sílaba (sinalefa). Entre las numerosas pruebas a este respecto, podemos citar el testimonio, muy convincente, de Probo [6]. Este gramático afirma que Virgilio en En. II 460 había escrito *turrim*

[4] NAVARRO, p. 133 ss.
[5] Cic. Orat., 150; Quint., XI, 3,34; XI, 4,37.
[6] Citado por Gelio, XIII, 21,6.

in praecipiti stantem porque resultaba más melódico que *turrem*. Evidentemente esto indica que la final sonaba. Por otra parte, el hecho de que los antiguos poetas escénicos sitúen muchas veces los pronombres terminados en vocal o *m*, que para los efectos es lo mismo, pues, como es sabido, la *m* final no sonaba, delante de palabras que empiezan en vocal, es un claro indicio de que el final del pronombre era perceptible, pues de no ser así se hubieran originado constantes confusiones. En efecto, si en una frase como *illum amaui* se hubiese elidido la sílaba final pronunciándose *ill' amaui*, no se hubiese podido identificar la persona o concepto reproducido por el pronombre.

192. Para conciliar el testimonio de la prosodia y el de los gramáticos cabe considerar que las vocales en final de palabra, cuando la palabra siguiente empezaba también en vocal, eran pronunciadas, pero en forma muy débil y tenue, pudiendo degradarse hasta convertirse en semivocal y por tanto formar una sola sílaba con la siguiente. En este caso, desde el punto de vista métrico, podía prescindirse de la primera sílaba, de ahí que en los tratados de prosodia se nos hable de elisión, aunque de hecho se trate simplemente de una sinalefa.

XIV

CAMBIOS FONETICOS ESPORADICOS

Agrupamos dentro de este capitulo otros cambios fonéticos de las vocales que tienen menos volumen y son menos normales y frecuentes que los ya estudiados. Figuran entre éstos la anaptixis, la prótesis, la asimilación y la consonantización de vocales.

1.—Anaptixis

Maniet, § 45; Pisani, § 41; Meillet-Vendryes, § 204; Kieckers, § 73; Leumann, § 81; Sommer, § 87; Cousin, p. 47.

193. Dentro de un grupo de consonantes surge a veces secundariamente una vocal, a la que se designa con el nombre de vocal anaptíctica o epentética. En latín este fenómeno se produce especialmente en combinaciones de consonantes cuyo último elemento es una líquida o nasal.

En muchos casos la anaptixis se ha producido con anterioridad a la transmisión literaria, por lo cual sólo puede reconocerse si recurrimos al testimonio de las lenguas afines. Otras veces, en cambio, se produce en época histórica, y puede comprobarse sin salirnos del ámbito del latín. Enumeramos a continuación algunas combinaciones de consonantes propensas a desarrollar vocales anaptícticas.

194. O c l u s i v a + l í q u i d a. En este caso el timbre de la vocal anaptíctica depende de la naturaleza de la líquida, pues cuando la *l* es velar (como sucede si va seguida de *a*, *o*, *u*, o bien consonante, cf. § **217**), la vocal es *u;* cuando la *l es* palatal (si le sigue *i*), la vocal es una *i*.

α) La vocal anaptíctica es una *u*. La mayoría de los ejemplos se observan en sufijos, así en i. e. existía el sufijo *-tlom* [1] que se usaba para formar derivados verbales indicando instrumentos o topónimos. Este sufijo evolucionó en latín a *-clom*, forma que es la normal en Plauto, salvo en finales de verso en que predomina ya la forma anaptíctica *-culum* [2]. Pertenecen a esta categoría palabras como *poc(u)lum, saec(u)lum, piac(u)lum*, etcétera. En los poetas dactílicos se observan muchas vacilaciones a este respecto; con frecuencia razones de orden métrico determinan el uso de una u otra forma.

También presenta una vocal anaptítica el sufijo *-bulum, -bula*, que deriva de *-dhlom, -dhla* [3], de significado análogo al anterior; pero en este caso la vocal se ha desarrollado con anterioridad a la transmisión literaria, por tanto carecemos de formas autorizadas sin dicha vocal. Las que se citan son simplemente resultado de una síncopa verificada en época relativamente reciente. Presentan este sufijo palabras como *patibulum, uocabulum, tabula, fibula*, etc.

Pero no sólo en sufijos, sino en el cuerpo mismo de sustantivos aparece a veces también una vocal anaptíctica dentro del grupo de consonantes que estudiamos (oclusiva + líquida), así *Aesculapius* deriva de 'Ασκλαπιος, *Hércules* de 'Ηρακλῆς y en dórico 'Ηρακλᾶς, *iugulans* (una clase especial de castaña) no es otra cosa que el compuesto *Ioue-glans*.

β) La vocal anaptíctica es una *i*. Pertenecen a esta categoría palabras como *facilis* < *fac-lis* (en cambio *facultas* deriva de *fac-l(i)-tas*); *stabilis* < *stab-li-s* (en cambio *stabulum* por ser la *l* velar).

195. Oclusiva + nasal. Parece ser que también este grupo de consonantes ha desarrollado en algunos casos una vocal epentética (*i*). Sólo aceptando este supuesto pueden explicarse las discrepancias en la

---

1 Sobre el sufijo, cf. LEUMANN, p. 218.

2 No debe confundirse este sufijo con el homónimo *-culum* que se usa para los diminutivos, como *muliercula*.

3 Sobre el sufijo, cf. LEUMANN, p. 218.

estructura de palabras que evidentemente son afines. Es indudable que un genitivo como *uoraginis* «torbellino, remolino» se relaciona por la forma y el significado con *uoracis* «devorador»; pero resulta difícil de explicar cómo la *g* de la primera palabra corresponde a una *c* de la segunda; en cambio, si aceptamos que la *i* de *uoraginis* es anaptíctica, resulta fácilmente comprensible el cambio. En efecto, en tal caso hay que partir no de *uoraginis*, sino de *uoragnis;* ahora bien, es sabido que las oclusivas se adaptan al modo de articulación de la consonante que les sigue (cf. § **276**), en consecuencia *uoragnis* deriva a su vez de *uorac-nes*, con lo cual el entronque con *uorac-is* es obvio. A tenor de este razonamiento se considera que la *i* es anaptíctica en los sufijos *-agin* (cf. *uoraginis*), *-igin* (cf. *robiginis*), *-ugin* (cf. *ferruginis*) y *-tudin* (cf. *altitudinis*).

En el nominativo de estos temas no hubiera debido operarse el aludido cambio de sorda a sonora, pues el esquema de la primitiva declinación era probablemente el siguiente: *uorac-ōn* (el sufijo del nominativo en grado pleno y con vocalismo *o*), *uorac-n-es* (el genitivo con el sufijo nasal en grado cero). Estos casos hubieran debido evolucionar en latín en forma de *uoraco*, *uoraginis*. La discrepancia se explica fácilmente como resultado de una influencia de los restantes casos sobre el nominativo.

196. El habla popular ofrece, generalmente en forma accidental y pasajera, otros ejemplos de anaptixis. También en este caso la combinación de oclusiva más líquida es la más propicia a desarrollar esta vocal, pero se observa también este fenómeno entre una líquida y una oclusiva e incluso entre dos oclusivas. La mayoría de los ejemplos corresponden a territorios no itálicos y, en especial, a Africa. Generalmente se trata de nombres extranjeros y de difícil pronunciación, así *Alcumena*, *drachuma*, *Dafinis*, *nutirices Hadiriano*, *Terebonio*, *Ocetavio*, etc.[4].

---

[4] Para ejemplos en inscripciones españolas, cf. Carnoy, § 19; Rubio, Indices, p. 218 (*ĕ adiecta* e *ĭ adiecta*).

2.—VOCAL PROTÉTICA

SOMMER, p. 294; LEUMANN, § 82; KIECKERS, § 57; JURET, p. 164, BATTISTI, § 62; GRANDGENT, § 230; PIDAL, § 39,3; CARNOY, § 28; DÍAZ, p. 171; COUSIN, p. 47; RUBIO, *Indices*, p. 212 (*i adiecta*).

197. La pronunciación de la *s* ante consonante en principio de palabra se fue haciendo cada vez más fuerte y larga. Esta pronunciación no ofrecía dificultad cuando la palabra anterior terminaba en vocal, pues en tal caso formaba sílaba con dicha vocal. Se pronunciaba, pues, *illos-peculo* en vez de *illo speculo*, pero este recurso no cabía en principio absoluto de frase o cuando la palabra precedente terminaba en consonante. En esta posición resultaba, pues, difícil la pronunciación de la *s;* por ello, para obviar esta dificultad, se le añadió en el habla popular (a principios del siglo II de nuestra era) una *i* (con menos frecuencia *e*); se pronunciaba, pues, *in ispeculo*. Esta vocal protética acabó siendo considerada como parte integrante del vocablo. El fenómeno se observa primero en la transcripción griega de palabras latinas. Los ejemplos en inscripciones latinas son más tardías y concretamente se remontan al siglo II, el primero corresponde probablemente a una inscripción de Barcelona del II, en la que leemos *iscolasticus* e *ispumosus* CIL II, 5129. En los siglos IV y V los ejemplos son muy numerosos. En consecuencia, pues, en el latín vulgar debe presuponerse una doble pronunciación para las palabras que empiezan con *s* seguida de consonante, según si la palabra anterior terminaba en vocal o consonante. En las lenguas románicas del Oeste ha prevalecido la forma con *e* protética, así español *espacio* < *spatium; escaño* < *scannum; escribo* < *scribo*. En Italia, en cambio, persisten vestigios de la pronunciación doble, pues se dice *le strade* e *in istrada*.

El nuevo grupo inicial *es*, *is* más consonante se confundió con los prefijos *ex* o *exs* (pronunciados *es*) e *ins*, *his* (pronunciados *es*). Esto significa que formas como *scribo*, *inscribo* y *exscribo*

sonaban lo mismo, de ahí confusiones e interferencias como *ex plendidus* en vez de *splendidus; spicatis* en vez de *inspicatis; stantia* en vez de *instantia*, y *Spania* en vez de *Hispania*.

En los gramáticos latinos antiguos no hallamos ninguna alusión a esta vocal protética. San Isidoro es el primer autor que alude a la misma.

3.—Asimilación

Brugmann, § 329 ss.; Sommer, § 78 ss.; Leumann, § 79 ss.; Juret, p. 356; Kieckers, § 44; Pidal, § 65; Gili, p. 161; Meyer-Lübke, § 139; Grandgent, Indice sub voce; Carnoy, Indice sub voce.

Hemos ya explicado los factores psicológicos que determinan los fenómenos de asimilación, cf. § **30**. También a lo largo de los capítulos precedentes hemos aludido con frecuencia a la influencia de la asimilación en la evolución de las vocales y su interferencia con las leyes fonéticas. Nos proponemos ahora ofrecer una visión de conjunto de los fenómenos de asimilación.

a) *Asimilación progresiva*

198. Nos hemos ya referido a la influencia asimilatoria de la vocal inicial sobre la siguiente, al estudiar las causas que obstaculizan a veces la debilitación que, como consecuencia de la pronunciación o acento de la sílaba inicial, experimentan las vocales interiores, recuérdense casos como *anatis*, *segetis*, etc. (cf. § **127**). También, indudablemente, se debe a la influencia asimilatoria la vacilación que se observa en la pronunciación de una vocal interior delante de una labial, en el sentido de que prevalece el timbre *i* cuando precede una vocal clara (*legimus*, *minime*), y el timbre *u* cuando precede una vocal oscura (*possumus*, *uolumus*, *optumus*). Sobre el particular, cf. § **124**.

El habla vulgar ofrece casos de asimilación que no se dan en el literario, así en inscripciones se dan formas como *oppodum* en vez de *oppidum* (CIL I 585), y en el Appendix Probi se censura *tonotru* en vez de *tonitru*.

b) *Asimilación regresiva*

199. En el lenguaje literario queda circunscrita a la vocal *e* (generalmente en sílaba inicial), que se asimila a una *i* u *o* subsiguientes. Deben distinguirse dos casos, según si la *e* se inflexiona en una *i* o en una *o*:

α) *e* se asimila a una *i*. Generalmente entre las vocales figura una sonante (*l*, *m*, *n*), así: *milium* < **meliom*, cf. μελίνη, «mijo»; *tilia* < **telia*, cf. πτελέα, «tilo»; *nimis* < **ne-mis* «no demasiado poco»; *similis* < **semelis* < **semalis*, cf. ὁμαλός; *cinis* < **cenis*, cf. κόνις *nihil* < **ne-hil(om)*.

β) *e* se asimila a una *o*. Ejemplos: *bonus* < *duonus* < *duenos*[5]; obsérvese que, en cambio, el adverbio *bene* muestra la *e* originaria por no ir seguida de *o*; *modus* < **medos*, cf. umbr. *mers* «derecho»; *homo* < **hemo*, en latín arcaico subsiste la forma *hemonem* y el pronombre *nemo* deriva de *ne-hemo*; *uomo* < **uemo*, gr. ἐμέω < *ϝεμέω.

En los perfectos reduplicados que en la sílaba radical del presente y perfecto tienen la misma vocal, en vez de reduplicar con *e* adaptan esta vocal a la de la raíz, así *cucurri* < **cecurri*; *momordi* < **memordi*.

Otros ejemplos de asimilación: *Sabastianus* en vez de *Sebastianus* CIL XI, 3228; *Rustuta* CIL VI, 25680 en vez de *Restuta*, *Restituta*. Algunas otras formas trascienden incluso al habla literaria, así es frecuente *rutundus* en vez de *rotundus*; cf. Lucrecio II, 402, Aul. Gell., 19, 13.4 (ed. Hertz).

4.—Consonantización de vocales

SOMMER, § 85; LEUMANN, p. 112; KIECKERS, § 60; JURET, p 349; PISANI, p. 46; MEILLET-VENDRYES, p. 128.

---

[5] Sobre el cambio de *due* en *duo* y luego *bo*, cf. § 270; las formas *due* y *duo* persisten en inscripciones muy antiguas; cf. DESSAU, Indices, III-2, p. 812; RUBIO, Indices, p. 220 (*du-* servatur).

200. Una *u*, tanto antigua como de origen secundario, se convierte en semivocal cuando va precedida de *r* o *l*: *solu̯o* < **se-luo*, cf. λύω *uolu̯o* < **ue-luo*; *salu̯os* < **saluos*, cf. umbr. *saluuom*. No obstante en latín arcaico, cuando la sílaba anterior era larga, persiste todavía el valor vocálico de la *u* en las anteriores combinaciones, así en este período son frecuentes escansiones como *mīlŭos*, *pēlŭis*, *lārŭa*, etc. En el período clásico prevaleció ya la forma consonantizada.

En el habla culta y prosa literaria la consonantización de las vocales quedaba limitada al cambio de *u* en *u̯*, que acabamos de indicar; sin embargo, en poesía era frecuente la consonantización de *i*, *u* (incluso *e*) seguidas de vocal y precedidas de cualquier consonante, así: *quattu̯or* (Enn. Ann., **93**), *genu̯a* (Verg. Ae., V, **432**), *insidi̯antes* (Enn. Ann., **436**), *abi̯ete* (Verg. Ae., II, **16**). Se trata de una influencia griega que en parte se justifica en el habla popular por el hecho de que *u* se convierte en *u̯* cuando le precede *r*, *l*, según hemos visto, por tanto si se decía *solu̯o* en vez de *soluo*, también en cierto modo quedaba justificado decir *genu̯a*, *abi̯ete*, en vez de *genua*, *abiete*.

La consonantización de las vocales adquirió una especial importancia en el latín vulgar [6]. Esta consonantización aparece confirmada por el testimonio de los antiguos gramáticos; así en el Appendix Probi se censura la pronunciación de *uaqua* (bisílabo) en vez de *uacua* (trisílabo). Casellius [7] nos informa de que una palabra como *tenuis* podía pronunciarse en forma trisilábica (*te-nu-is*) y bisilábica (*ten-u̯is*). También las lenguas romances evidencian la abundancia de estas consonantizaciones. En efecto, palabras como *fuerza* y *precio*, y tantas otras, presuponen formas latinas consonantizadas, concretamente *preti̯um*, *forti̯a*, etc.

Esta consonantización no queda circunscrita a las vocales *i*, *u*, sino que se hace extensiva a otras vocales, en primer lugar la *e*; así las palabras españolas *viña* y

6 Grandgent, § **222**; Carnoy, p. **38** ss.; Meyer-Lübke, § **128**; Battisti, § 63. Cf. también más adelante § **316**.

7 Citado por Casiodoro, VII, **205**, **16**.

pozo presuponen unas formas latinas ***uinea*** y ***puteum***. También la *o* se consonantiza a veces. Algunos ejemplos de estos cambios nos lo ofrecen inscripciones como ***inquata*** CIL XI 4127 (= *incoata*, clásico *incohata*), *quaglator* = *coaglator*.

Las vocales *i*, *u*, consonantizadas se omiten con frecuencia en las inscripciones; así, *cescant* = *quiescant* CIL VIII 13082, *parete* = *pariete* CIL XI 3715, *dodecem* = *duodecim*[8]. Esta evolución se continuó en castellano[9].

---

[8] PIRSON, p. 58.

[9] Cf. PIDAL, § 30,2 c; GRANDGENT, § 225; CARNOY, p. 44.

CONSONANTES

A. ORIGEN, TRANSMISION, EVOLUCION Y PRONUNCIACION

XV

LAS SEMIVOCALES *i̯*, *u̯*

BRUGMANN, § 148; KRAHE, § 31; MEILLET, p. 105; NIEDERMANN, § 53 ss.; KIECKERS, § 58 ss.; LEUMANN, § 97 ss.; SOMMER, § 92; PISANI, § 63; MEILLET-VENDRYES, § 113 ss.

201. Nos hemos ya referido a la naturaleza de estos sonidos y a la facilidad con que las vocales *i*, *u* pueden convertirse en semivocal [1]. Precisamente esta última circunstancia explica que unos mismos elementos fonéticos pueden tener una evolución fonética distinta. Así, los grupos *di-*, *du-* + vocal persisten si la sonante, en este caso el segundo fonema, actúa como vocal; en cambio se transforman en *i̯* y *b* respectivamente si la sonante se consonantiza. Esto explica que palabras de estructura diversa pueden remontarse a una forma común, tal es el caso de *Iuppiter* y *Diespiter*. El primer elemento de estos compuestos es a primera vista totalmente diferente, sin embargo el punto de partida es el mismo, en ambos casos **dieu-*, pero con la diferencia que en el primer caso se pronunciaba *di̯eu* y en el segundo *diⁱeu*, cf. § **267.** Lo mismo puede decirse de *bis* y *duo*. Ambas voces derivan de palabras que empezaban con el grupo *du-*, en un caso *du̯-* y en otro *duᵘ*; cf. § **270.**

202. El alfabeto latino no disponía de letras espe-

[1] Cf. § 10.

cializadas para distinguir las vocales de las semivocales. En consecuencia, las letras *I*, *V* se usaban con el valor fonético de *i*, *u*, *i̯*, *u̯* e incluso i^i, u^u, respectivamente [2]. Durante muchos siglos la pronunciación de las vocales y semivocales era muy afín (cf. §§ **207** y **214**), de manera que se hacía sentir poco la falta de la adecuada discriminación. El uso de *I*, *V* con el valor de i^i, u^u se explica recordando que estas letras seguidas de vocal de timbre diferente admiten una doble pronunciación, según si los citados sonidos (*i*, *u*) se consonantizan y forman sílaba con la vocal siguiente, o bien si, por el contrario, continúan como vocales sin formar sílaba con la vocal que les sigue, en cuyo caso es necesario desarrollar un sonido de transición (^{i}, ^{u}). En efecto, palabras como *dormio* y *metuo* pueden pronunciarse *dormi̯o* (dos sílabas) o *dormi*^{i}*o* (tres sílabas), *metu̯o* (dos sílabas) o *metu*^{u}*o* (tres sílabas). En latín, salvo en posición inicial de palabra, prevalecía la última de las pronunciaciones citadas, pues la *i* y la *u* no forman sílaba con la vocal siguiente, cf. § **183.** Por tanto, desde el punto de vista ortográfico, hubiera reflejado mejor la pronunciación si en tales casos se hubiera escrito una doble *ii* o *uu* (II, VV), o sea *dormiio*, *metuuo*, pero prevaleció la costumbre de negligir este sonido parásito que la pronunciación exigía, por tanto se escribía *dormio*, *metuo*, que se pronunciaba *dormi*^{i}*o*, *metu*^{u}*o*. Incluso por analogía se omitía este sonido intermedio en palabras en que no respondía a una simple necesidad de la pronuniación, sino que representaba la continuación de otro sonido y que, por tanto, la etimología exigía su presencia; así, se escribe generalmente *fruor*, *fluo* en vez de *fruuor*, *fluuo*, a pesar de que no sólo se pronunciaba *fru*^{u}*or* y *flu*^{u}*o*, sino que en este caso la *u* intermedia representa la continuación de una g^u (**frug*^{u}*or* y **bhleug*^{u}*o*, aunque la etimología de esta última palabra es muy discutida) y de una *u̯* (**flou̯o*), cf. § **227,** 2.

En algunos casos, no obstante, los múltiples valores

---

2 Niedermann, § 53; Juret, p. 126; Kieckers, p. 95; Sommer, § 95; Leumann, § 99, m)

fonéticos que podían tener la I, V, resultaban embarazosos; en efecto, grafías como IVENIS, PLVIA, podían interpretarse con el valor de *i̯enis* e *i̯uu̯enis*, *pluu̯ia* y *plui̯a*. Para evitar estas ambigüedades empezó a generalizarse en tales casos, a fines de la República, la grafía VV o bien II, pero esta grafía en vez de quedar circunscrita a palabras en que estaba justificada por ambigüedad de la pronunciación o por la etimología, se propagó incluso a vocablos que no se prestaban a confusiones. Esto explica que en inscripciones aparezcan a veces grafías como *suuo*, *puuer*, *ipsiius*, etcétera.

1. La i̯ semivocal

203. La semivocal i̯ ha experimentado un tratamiento muy diverso en las lenguas derivadas; así vemos que en sánscrito se conserva (y), en cambio en griego se pierde. La evolución en esta lengua es la siguiente: en situación inicial se convierte en espíritu áspero o ζ, entre vocales desaparece, precedida de consonante se asimila, en forma muy diversa, a la consonante que le precede [3]. La lengua latina, por lo que al tratamiento de la i̯ se refiere, ocupa una posición intermedia entre las dos lenguas citadas, pues según su posición en la palabra, se conserva o se pierde.

204. La i̯ en posición inicial de palabra se conserva. En consecuencia, en esta posición una *i* latina se corresponderá a una *y* sánscrita y a un espíritu áspero o ζ griego. Ejemplos: *iuuenis*: scr. *yuvan* «joven»; *iūs* (genit. *iūris*) «caldo, sopa»: *yūh* «caldo», gr. ζύμη «levadura»; *iecur*: scr. *yakṛt*, gr. ἧπαρ.

205. La i̯ intervocálica cae. Sólo el testimonio del sánscrito nos permite en tales casos demostrar su existencia.

---

[3] Después de gutural o dental sonora se convierte en ζ, después de gutural o dental sorda pasa a σσ (ático ττ), se asimila después de λ, después de ν, ρ, σ, τ cae alargando por compensación la vocal precedente.

Ejemplos: *tres* < **trei̯es:* scr. *trayaḥ; aenus* «de hierro» < **ai̯es-no-s*, cf. scr. *ayas* «hierro».

Se deduce de lo dicho que en todas las palabras en que aparece una i̯ intervocálica (*ai̯o, mai̯or*), ésta es de origen secundario, cf. § **206.**

206. Una i̯ precedida de consonante tiene un tratamiento muy diverso, según la índole de la consonante con que se está en contacto. A este respecto observaremos[4]:

1) Cuando va precedida de *d* o *g* asimila estas consonantes, en consecuencia *di̯* > i̯i̯, *gi̯* > i̯i̯. Aunque el sonido resultante de esta asimilación se pronunciaba como una *i* geminada, en la escritura se escribía generalmente una simple *i*, cf. § **207.**

Ejemplos:

pei̯or < **ped-i̯os*, cf. *pessimus* < *ped-sumus;*
mai̯or < **mag-i̯os*, cf. *magnus;*
Iuppiter < **di̯eu̯ pəter*, cf. § **201.**

Se sospecha que también el grupo *si̯* evoluciona a i̯i̯ > i̯. Se citan como ejemplos *cuius* < *quoi̯i̯us* < **qu̯o-si̯o*, cf. scr. *kasya* (la *s* final sería una innovación latina para caracterizar mejor el genitivo) y *eius* < **e-si̯o-s.*

La i̯ semivocal resultante de las asimilaciones que acabamos de explicar cae cuando va seguida de una *i*, así *ais* «dices» deriva de *agi̯is*. La evolución normal hubiera sido *ai̯is*.

2) Cuando una primitiva i̯ sigue a cualquier consonante, salvo las citadas en el párrafo anterior, se vocaliza. Ejemplos: *medĭus* (trisilábico) < *medhi̯os*, cf. gr. hom. μέσσος; *alĭus* < *ali̯os*, cf. gr. ἄλλος < *ἄλι̯ος; *specio*, cf. scr. *pasyami; etĭam* < *et-i̯am.*

Los poetas, por exigencias del metro, convierten a veces esta *i* vocálica en semivocal, de ahí escansiones como *aui̯um* (Ennio),

[4] LEUMANN, § 97 C; SOMMER, § 126; BRUGMANN, § 25, 3; KIECKERS, § 95, 2 y 6.

obiete (Verg.). Este tratamiento de la *i* se hace incluso extensivo a la *e*, por ej. *aurea*; cf. Consonantización de la *i*, § **200.**

207. La pronunciación de la *i* variaba según si se hallaba en posición inicial de palabra, o de sílaba no precedida de vocal, o bien entre vocales. En los dos primeros casos tenía un sonido muy parecido a nuestra *y*, quizá aún con menor resonancia fricativa. Sin embargo, hacia el siglo III se acentúa dicha resonancia, convirtiéndose en una auténtica consonante fricativa (= *ž*). Como en el alfabeto latino no existía ninguna letra exponente de este sonido, se observan en las inscripciones intentos diversos para señalarlo utilizándose a este efecto las letras y combinaciones de letras siguientes: *z*, *s*, *di*, *gi*[5]. Ejemplos: *Zanuario* (= *Ianuario*) CIL X 2466; *Sustus* (= *Iustus*), X **2170**; *codiugi* (= *coniugi*), X 2559; *congigi* (= *coniugi*), XI 1016.

La *i* intervocálica es, como hemos visto ya, de origen secundario, resultado de la asimilación de una consonante; de ahí que se pronunciaba *ii*. El primer elemento formaba un diptongo decreciente con la vocal anterior y el segundo se consonantizaba. Asegura esta pronunciación el propio testimonio de Cicerón que procurando adaptar la ortografía a la fonética, escribía, según nos cuenta Quintiliano (I, 4,11), *aiio*, *Aiiax*, *Maiio*. También en las inscripciones aparece a veces esta doble *i*: *Maiiorem*, CIL II **1964**; *Pompeiius*, IX 3748.

2.—La *u* semivocal[6]

208. El tratamiento de la *u* en las lenguas derivadas es bastante afín al que experimentó la *i*. También en este caso el sánscrito se muestra muy conservador, pues mantiene este sonido (V); en griego, en donde es designado con el nombre de digama (Ϝ), tiende a des-

[5] En el habla vulgar *di* y *gi* se pronunciaban *ž*, cf. **238.**

[6] BRUGMANN, § **155**; KRAHE, p. **92** ss.; MEILLET, p. **108**; LEUMANN, § 99; KIECKERS, § 59; SOMMER, § **94**; NIEDERMANN, § **55**; PISANI, p. 67; COUSIN, p. **50.**

aparecer, ya para caer en situación inicial de palabra o entre vocales, ya para asimilarse a una consonante precedente. La lengua latina, también en este caso, ocupa una posición intermedia, pues unas veces conserva la u̯ y otras la pierde, según su posición en la palabra.

209. La u̯ en posición inicial de palabra se conserva. Ejemplos: *uideo*, gr. (ϝ)οἶδα, scr. *veda* «yo sé»; *uicus*, gr. (ϝ)οἶκος; *uox*, gr. (ϝ)ἔπος, scr. *vac*, etc.

210. La u̯ intervocálica generalmente se conserva, por ejemplo: *nou̯os* < **neu̯os*, gr. νέ(ϝ)ος, scr. *navaḥ; u̯iu̯it*, scr. *jivati* «vive»; *iuu̯encus*, scr. *yuvan* «joven».

Sin embargo, si se halla entre vocales del mismo timbre tiende a desaparecer cuando la vocal que le sigue no lleva acento. Ejemplos: *ditis* (gen.) < *díuitis; sis* < *sí uis; latrina* < **lauatrina; oblitus* < **oblíuitus*, cf. *obliuíscor; delerunt* < *deléuerunt*.

Subsiste, en cambio, la u̯ cuando la vocal que le sigue lleva acento, por ejemplo: *diuínus*, *seuérus*, *auárus*, *lauátio*, etc.

Las excepciones a esta regla son numerosas debido a las influencias analógicas, así el paradigma de *diues* «rico», de acuerdo con la norma que hemos establecido, debería ser el siguiente: nom. *diues* (la u̯ persiste por hallarse entre vocales de timbre distinto); gen. *ditis* < *díuitis* (cae la u̯ por ir seguida de vocal átona); dat. *diti* < *díuiti*, etc. No obstante, a fin de igualar los casos del paradigma vuelven a restablecerse las formas *diuitis, diuiti*, etc., e inversamente, sobre el modelo de *ditis* surge un nuevo nominativo *dis* en vez de *diues*. Este mismo adjetivo debería, desde el punto de vista fonético, tener los siguientes grados de significación: *ditissimus* < *diuitíssimus* y *diuítior;* sin embargo, por influencia de *ditissimus* surge el comparativo *ditior*, y a su vez, por influencia de *diuitior*, se origina secundariamente el superlativo *diuitissimus*. Los ejemplos análogos son muy numerosos.

En el latín vulgar avanzado desaparece la u̯ intervocálica, in-

cluso entre vocales distintas, así: *paor* < *pauor*[7] (Ap. Probi 73, 76); *faonius* < *fauonius* (CIL VIII 26, 652).

211. Objeto de muchas discusiones es el tratamiento de los grupos fonéticos *-ou̯e-*, *-ou̯o-*, *-ou̯i-*[8], en la primera sílaba de palabra, pues unas veces aparecen en forma de *u*, otras de *o*:

a) *u*: ***prudens*** < ****prou̯idens***; ***iugulans*** < ****iou̯eglans***; ***nuntiare*** < ****nou̯entiare*** (en Festo aparece el sustantivo ***nouentius***); ***nundinae*** < ****nouem-dinam***[9].

b) *o*: ***omen*** < ****ou̯ismen***; ***nonus*** < ***nou̯enus***; ***motus*** < ****mou̯itos***, ***mou̯eo***; ***totus*** < ****tou̯etus***, cf. scr. ***tauiti*** «él es fuerte».

Algunas palabras muestran una vacilación, así ***nuntiare*** y ***nundinae*** aparecen a principios del s. II con vocalismo ***ou***, a finales de este siglo con *o* y luego con *u*.

La explicación de estas divergencias no ha sido aclarada aún satisfactoriamente. Parece, sin embargo, que la evolución en *u* es la correcta y que las formas en *o* representan una restitución analógica, o sea, ***mouitus*** tenía que haber dado, como ***prouidens***, ***mutus***, pero por influencia de ***moueo*** mantuvo la *o*.

212. La *u̯* seguida de *o*, o bien *u*, cae excepto si se halla en principio absoluto de palabra[10]. En realidad los movimientos articulatorios de ambos sonidos son muy parecidos; tan sólo la *u* se distingue por ser un sonido más cerrado y por la proyección de los labios, de ahí que por poco que la atención se relaje, los dos fonemas se confunden en uno solo, articulándose sólo la vocal. Ej.: ***oleum*** < ****oleiuom***, cf. gr. ἐλαίϝα; ***parum*** < ***paruom***, cf. ***paruus***; ***deus*** < ***deos*** < ****deiuos***, cf. scr. ***devaḥ***; ***colo*** < ***quolo*** < ***quelo***, cf. scr. ***carati***[11].

---

[7] GRANDGENT, § 324.

[8] MANIET, § 32; LEUMANN, § 113; KIECKERS, p. 91; SOMMER, p. 158; COUSIN, p. 50.

[9] En sánscrito *dina* significa *día*.

[10] LEUMANN, § 99; KIECKERS, p. 93; SOMMER, § 94, 2; NIEDERMANN, § 55; PISANI, § 32; MEILLET-VENDRYES, § 114; JURET, p. 130, *Dominance...*, p. 246; BRUGMANN, § 158, 5.

[11] La forma sánscrita *carati* es una tercera persona del singular de indicativo. Deriva de la raíz i. e. *$q^{u}el$* (cf. § 226) que

Las excepciones son, no obstante, muy numerosas, pero se trata de restituciones analógicas basadas en formas en que la u̯ no debía desaparecer; así, las palabras *paruus*, *paruum*, son fonéticamente incorrectas, pero se explican por la influencia de formas como *parua* y *parui*, en que la u̯ no debía caer. La palabra *deus* debería declinarse de la siguiente manera: *deus*, *diui*, *dēo*, etc., pero sobre el modelo de *deus* surge el genitivo *dei*, y sobre el genitivo *diui* se forma a su vez el nominativo *diuus*. Estas dobles formas fueron utilizadas para expresar una diferencia de significado, empleándose *dēus* como sustantivo y *diuus* como adjetivo. Resultado también de restituciones analógicas son palabras de uso tan frecuente como *equus* en vez de *equs*, *flauus* en vez de *flaus*, *riuus* en vez de *rius*; sin embargo, en el habla popular no parece que se emplearan estas formas reconstruidas, pues, según el Appendix Probi, se pronunciaba *equs*, *flaus*, *rius*, etc.

213. Una u̯ precedida de consonante puede conservarse, vocalizarse, asimilarse o perderse [12].

1) Se conserva cuando va precedida de una *q* (procedente de *k̂*) [13], de *s* (inicial de palabra) y de *r*.

Ejemplos: *equō*, cf. scr. *aśvad*; *su̯auis* < *su̯aduis*, cf. scr. *svādvī* «dulce», gr. ἡδύς < σϝάδυς; *seru̯os*, *feru̯o*, etc.

Los poetas vocalizan a veces una primitiva u̯ precedida de *s*, así en Lucrecio, IV, 1157, *suadent*, según se deduce de la escansión, equivale a *sŭādent*; en Horacio, Sat. I, 8,17, *sŭētae*.

2) Se vocaliza cuando va precedida de una *t*, así: *mortŭŏs*, *quattŭŏr*, etc., son palabras en que la *u* cuenta como una vocal, a pesar de que etimológicamente esta *u* era una semivocal, como lo evidencia la com-

---

tenía el significado de «circular alrededor de ...». Sobre el tratamiento en sánscrito de las labiovelares y líquidas, cf. §§ **226 y 215.**

[12] Krahe, p. **93**; Leumann, § **99** C; Sommer, §§ **94, 7** y **127, 1**; Brugmann, § **158, 3.**

[13] Cuando la *q* se remontaba no a una pospalatal (*k̂*), sino a una velar (*q* o *q*ᵘ̯), el tratamiento era diverso (cf. § **224**).

paración con otras lenguas, cf. ant. eslavo *mrŭtvŭ*, scr. *catvārah̥*.

Sobre la vocalización esporádica de *sṷ*, cf. observación precedente.

3) Se asimila cuando va precedida de una *l*[14]. Ejemplos: *pallidus* < **paluidos*, cf. lit. *palvas* «pálido»; *sollus* «entero» < *solṷos*, cf. scr. *sarvaḥ* «todo». Este adjetivo se conserva sólo como primer elemento de compuestos como *sollemnis* «anual», *sollers* «experto en todas las artes».

4) Se perdía cuando iba precedida de una primitiva oclusiva labial indoeuropea (*p*, *bh*) o de una oclusiva aspirada convertida en labial en el primitivo itálico (*f*, *b* itálicas procedentes de *dh*, *ĝh*)[15]. Ejemplos: *operio* «cierro» < *op-ṷeri̯o*, cf. osco *ueru* «puerta»; *fit* < *bhṷī-t*[16]; *superbia* < *superbhṷ-iā*, cf. gr. ὑπερφίαλος; *fores* «puerta» < *dhṷores*, cf. gr. θύρα (alternancia cero); *ferus* < *ĝhṷeros*.

Sobre el tratamiento del grupo *dṷ*, cf. § **270.** Existe la sospecha de que *tṷ* inicial de palabra se convierte en *p* (como *dṷ* en *b*). Se cita en apoyo de esta hipótesis *paries* < *tṷaries*, cf. lit. *tveriu* «yo rodeo».

214. En el periodo clásico del latín la *ṷ* tenía el sonido de la *w* inglesa, o sea, era bilabial como la *u* en *huero*, *bueno*. Aparece corroborada esta pronunciación por el testimonio de los gramáticos (Terentius Scaurus, VII, 17_3) y por juegos de palabras, por ejemplo: *caue ne eas* puede sonar como *cauneas* («higos de Caunas»). Sin embargo, en la segunda mitad del siglo I de nuestra era, se convirtió en la fricativa sonora *ƀ*. También los gramáticos (Velius Longus,

---

[14] El grupo *lu* interior parece ser que evoluciona a *l*, así *lolium*.

[15] Véase lo que se dice al tratar del tránsito de las aspiradas i. e. al latín, y concretamente que *bh* y *dh* en posición inicial evolucionaba a *f*; en posición interior, a *b*, cf. § **223.** Además parece ser que *ĝh* en posición inicial y seguida de *u* evolucionaba a *f* y en interior a *ṷ*, cf. SOMMER, p. **182.**

[16] Sobre la etimología de esta palabra y las que siguen en este párrafo, cf. ERNOUT-MEILLET y WALDE-HOFMANN s. v

VII, 58,7) y ciertas particularidades gráficas, confirman esta pronunciación. Como también en este tiempo la oclusiva *b* intervocálica se había convertido en fricativa, y por tanto *amabam* sonaba *amaƀa*, se comprende que se confundieran la *u* y la *b*, de ahí el uso de *b* en vez de *v* en inscripciones, por ej.: *lebare*, *baliat* (= *ualeat*), *Bictorino* [17].

En las inscripciones, la *ų* precedida de *r* y *l* aparece con frecuencia representada por *b* [18]; sin embargo, en este caso parece que no tenía valor fricativo, sino simplemente oclusivo, como lo tiene la *b*- inicial española (cf. *banco*). Esta pronunciación aparece confirmada por el testimonio de los gramáticos (App. Probi), préstamos al alemán y evolución de algunas palabras francesas, así de *coruus* deriva fr. *corbeau* y de *curuus* deriva ant. fr. y prov. *corp*. En español, en cambio, en tales casos se acentúa el valor fricativo de la *v*, hasta el punto de que incluso una auténtica oclusiva *b* aparece con frecuencia representada por una *v*, así ya en inscripciones hispanas aparecen a veces grafías como *arviter*, *alvanus* [19].

---

[17] Para ejemplos del uso de *b* en vez de *u*, cf. RUBIO, Indices, p. 219 (-*u*- > -*b*-).

[18] LEUMANN, § 116; KIECKERS, p. 95; SOMMER, § 94, 9; GRANDGENT, § 317; CARNOY, p. 140; PIDAL, § 34, 1.

[19] PIDAL, § 34, 1; CARNOY, p. 132.

XVI

LIQUIDAS, VIBRANTES Y NASALES

1.—Líquidas y vibrantes

BRUGMANN, § 173 ss.; KRAHE, § 30; SOMMER, § 96 ss.; KIECKERS, §§ 64, 65; LEUMANN, § 100; PISANI, § 47; JURET, p. 30; MANIET, § 8,2; COUSIN, p. 50.

215. La lengua latina heredó la líquida *l* y la vibrante *r* del i. e. Estos sonidos se conservan en todas las lenguas afines, salvo en sánscrito en que la *l* se convierte en *r*. Lo dicho explica las siguientes correspondencias: lat. *tres*, scr. *trayaḥ*, gr. τρεῖς; lat. *lux*, *luceo*, scr. *racate* «brilla», gr. λευκός.

216. La articulación de la *r* puede verificarse en distintos lugares de la boca, como puede fácilmente comprobarse observando la forma distinta como se pronuncia este sonido en español y en francés [1]. La *r* latina sonaba como la española, o sea, la vibración se producía apoyando la punta de la lengua en los alvéolos de los dientes superiores. La naturaleza alveolar de la *r* latina aparece atestiguada por los gramáticos (cf. Terent. Maur., VI, 332, 238), así como por cambios fonéticos que se explican sólo atribuyendo a dicho sonido naturaleza alveolar, como por ejemplo el rotacismo (la *s* y la *r* alveolar se articulan en zonas próximas, pero no así la *r* gutural), o el cambio de *u̯o* en *u̯e* en contacto de *s*, *t*, *r*, cf. § **113**, lo cual es lógico si la *r* se articulaba en la misma zona que la *s* y la *t*. Corrobora también esta suposición el hecho de que en el la-

---

[1] Sobre la pronunciación de la *r*, cf. NAVARRO, § 112; GILI, p. 137.

tín vulgar aparece a veces una *r* sustituyendo a una *d*, así *peres* = *pedes* [2].

217. Más complejo es el problema de la pronunciación de la *l* [3]. Parece ser que existían en latín dos eles, una palatal (clara) y otra velar (oscura); la primera tenía un sonido parecido a la *l* castellana o francesa, la segunda a la *l* catalana o inglesa [4]. En la escritura no se señalaba esta diferencia, pero por los efectos que ejercía sobre el vocalismo parece ser que la *l* tenía una pronunciación oscura cuando precedía a las vocales *a*, *o*, *u* delante de consonante o en final de palabra; en cambio, tenía una pronunciación clara cuando precedía a la vocal *i*, o bien cuando estaba en contacto con otra *l*. A tenor de lo dicho, consideraremos como velar la *l* en palabras como *uolo*, *uult*, *Siculus*, *exsul*, *stabulum*, etc., y como palatal en *uelim*, *uelle*, *Sicilia*, *exilium*, *stabilis*, etc. Es muy discutida, en cambio, la naturaleza de la *l* cuando precedía a una *e*.

2.—Nasales

BRUGMANN, § 161 ss.; KRAHE, § 29; LEUMANN, § 103 ss.; SOMMER, § 98; KIECKERS, § 61; JURET, p. 32; PISANI, § 50.

218. El alfabeto latino distinguía dos nasales: una dental (*n*) y otra labial (*m*). Estas nasales se dan también en las lenguas afines. En general puede afirmarse que estos sonidos han persistido sin cambios notables, de ahí que la correspondencia no ofrece dificultad; así lat. *mater*, scr. *matar*, gr. μήτηρ; latín *nouos*, scr. *navaḥ*, gr. νέος. En los casos en que una *n* latina no tiene correspondencia en griego y sánscrito, se trata generalmente de una primitiva *n* vocálica que en latín, como es sabido, evolucionó a *en*, y en

---

[2] BATTISTI, p. 157; GRANDGENT, § 281.

[3] BRUGMANN, § 173, 2; KRAHE, § 30; SOMMER, § 97; KIECKERS, § 65; LEUMANN, § 101; JURET, p. 31; PISANI, § 48; MANIET, § 8, 2.

[4] Sobre la pronunciación de la *l*, cf. NAVARRO, § 111; GILI, p. 135.

cambio en sánscrito y griego, a *a*, así *centum*, *śatam*, ἑκατόν, cf. § **82.**

219. Existía también en latín una *n* gutural (ŋ), pero a diferencia de las anteriores nasales, ésta se daba sólo cuando la consonante que le seguía era de índole también velar o gutural, por tanto este sonido era siempre el resultado de una asimilación. No disponía el alfabeto latino de una letra adecuada para representar esta *n* gutural, utilizando para ello simplemente la *n* dental. En realidad este estado de cosas es el mismo que perdura en español, en que escribimos *banco*, *cinco*, *angosto*, aunque fonéticamente la nasal no es dental, sino gutural [5].

La correspondencia de la ŋ latina con las otras lenguas resulta difícil de observar, porque sólo se da este sonido, como ya hemos indicado, cuando la consonante que le sigue es velar o labiovelar, en caso contrario se adapta a la articulación de la consonante con que está en contacto. Ahora bien, las velares y labiovelares han tenido un tratamiento muy diverso en las lenguas derivadas (cf. §§ **224** y **226**) y sus cambios han arrastrado también el de la nasal con que está en contacto; así, en sánscrito, las oclusivas palatales, y también en determinadas circunstancias las restantes guturales, se han convertido en palatales africadas, lo cual tiene por consecuencia que una primitiva *n* gutural en contacto con dicho sonido aparece en sánscrito representada por *ñ*, en cambio en latín y griego los sonidos pospalatales se han convertido en velares, pero las labiovelares en griego aparecen a veces representadas por dentales. Teniendo presente esta observación, será posible entender las siguientes correspondencias: latín *quinque*, scr. *pañca*, gr. πέντε; lat. *ango*, scr. *aṃhaḥ* [6] «estrecho», gr. ἄγχω.

No existe en latín como ya hemos indicado, y contrariamente a lo que sucede en español, una *n* palatal, o sea *ñ*.

---

[5] Cf. NAVARRO, §§ 110 y 130.

[6] En sánscrito las nasales delante de una fricativa se vocalizan, representándose este sonido por *ṃ*.

XVII

OCLUSIVAS

(ORIGEN Y CAMBIOS EN EPOCA PREHISTORICA)

INTRODUCCIÓN

BRUGMANN, *Abregé*, § 217 ss.; KRAHE, § 23; MEILLET, p. 82; SOMMER, § 103; KIECKERS, § 66; LEUMANN, § 107; MEILLET-VENDRYES, § 97 ss.; NIEDERMANN, § 41; PISANI, § 95 ss.; COUSIN, p. 50.

220. El número de consonantes oclusivas era, según parece, mucho mayor en el primitivo i. e. que en el latín. Según el testimonio de las lenguas derivadas, estas consonantes en i. e. eran las siguientes:

		Sordas	Sonoras	Sordas aspiradas	Sonoras aspiradas
Labiales		p	b	ph	bh
Dentales		t	d	th	dh
Guturales[1]	Pospalatales	k̂	ĝ	k̂h	ĝh
	Velares	q	g	qh	gh
	Labiovelares	q^u	g^u	q^uh	g^uh

Las pospalatales se articulaban apoyando el dorso de la lengua sobre la parte posterior del paladar duro (cf. esp. *que, qui*); las labiovelares son simplemente

[1] El término 'guturales' parece que no resulta adecuado desde el punto de vista estrictamente fonético, pero como tiene mucha tradición en el campo de la lingüística indo-europea, lo seguiremos empleando en esta obra.

velares acompañadas de un redondeamiento de los labios. Obsérvese que en español el punto de articulación de la sorda *k* viene determinado por la vocal que sigue; en consecuencia, es pospalatal o velar según si va seguida de vocal clara u oscura, en cambio en i. e. podía mantenerse la articulación pospalatal después de vocal oscura y la velar después de vocal clara, de ahí la existencia independiente de esta doble serie (pospalatal y velar) de sonidos [2].

221. Estudiaremos en primer lugar el tratamiento que, con anterioridad a la transmisión literaria, han experimentado en latín las oclusivas del i. e. Salta a la vista que se ha operado una drástica reducción, pues no se han conservado las aspiradas, y las velares y pospalatales no aspiradas se han fundido en una sola serie. El tratamiento de las guturales es particularmente difícil y complejo. Procuraremos, no obstante, prescindir de todo cuanto no sea absolutamente necesario para comprender la correlación existente entres las oclusivas latinas y sus correspondientes griegas y sánscritas.

1.—Labiales y dentales [3]

222. Persisten en latín las sordas y sonoras, pero en cambio se pierden las aspiradas. La correspondencia con el griego y sánscrito no ofrece dificultad alguna, pues en estas lenguas subsisten también estos sonidos, así: *pater,* scr. *pitar,* gr. πατήρ; *de-bilis,* scr. *balam,* «fuerza»; *decem,* scr. *daśa,* gr. δέκα; *est,* scr. *asti,* gr. ἐστί.

La única discrepancia digna de mención es que a veces aparece sustituida en latín una primitiva *d* por una

---

[2] La existencia de estas tres series de sonidos guturales en el i. e. antiguo es muy discutible; muchos gramáticos admiten sólo las series velar y labiovelar, afirmando que las pospalatales no son más que una modalidad dialectal del i. e.

[3] Para bibliografía, véase nota al principio del capítulo.

l[4]; así la comparación con las lenguas afines evidencia que palabras como *leuir* «cuñado» y *malus* «mástil» se remontan a **deuir* y **mados*. El latín arcaico conserva a veces las formas etimológicas correctas, así *dingua* (atestiguado por Mar. Vict.) en vez de *lingua; dacruma* (Liv. Andr.) en vez de *lacrima*. También se da el caso de que palabras derivadas de la misma raíz aparezcan unas con *l* y otras con *d*, así: *solium, sedere*, cf. gr. ἕδος; *olere, odor*, cf. gr. ὀδμή. Carecemos de una explicación fonética satisfactoria de estas vacilaciones.

En el latín vulgar aparece a veces una *r* en vez de *d*, así *peres* = *pedes*. Incluso ha prevalecido en determinadas palabras esta pronunciación, por ejemplo *meridies* en vez de *medidies*. Puede, especialmente en este último caso, pensarse en una disimilación.

223. Las primitivas aspiradas sonoras labiales y dentales se convierten en sordas y luego en sus correspondientes fricativas[5]. La evolución discurre, pues, a través de estas etapas: *bh* > *ph* > *f*; *dh* > *th* > *þ*. Esta etapa se alcanzó en el primitivo itálico. La lengua latina, por su parte, conservó en posición inicial la *f* y convirtió la *þ* también en *f*; en interior de palabra, la *f* se convirtió en *b* y la *þ* en *d*, salvo cuando este último sonido se halla en la proximidad de *r*, delante de *l* o detrás de *u̯*, pues en tales casos evolucionaba a *b*. Para los efectos de la correspondencia con el griego y sánscrito, es preciso advertir que en este último idioma las aspiradas sonoras se conservan, en cambio en griego se convierte en las sordas correspondientes. Por tanto, siempre que una *f* inicial o *b* interior latina corresponde a *bh* sánscrita y a φ griega, nos encontramos con una primitiva *bh*, y cuando una *f* inicial o bien una *d* o *b* interiores del latín corres-

---

[4] V. J. Petr, *Über den Wechsel der Laute* d *und* l *im Lateinische*, *BKIS*, XXV, p. 127 ss.

[5] Sobre la evolución de las aspiradas sonoras, cf. Sommer, § 104; Pisani, § 100; Krahe, §§ 25 y 27; Leumann, § 116 ss.; Kieckers, §§ 69 y 72; A. Moralejo Laso, *Las oclusivas sonoras aspiradas en latín*. Tesis. Madrid, 1926; Cousin, p. 54.

ponden a una *dh* sánscrita o ϑ griega, nos hallamos ante una primitiva *dh*. He aquí unos ejemplos: *fero*, scr. *bharami*, gr. φέρω; *nebula*, scr. *nabhaḥ* «niebla. bruma», gr. νέφος; *fumus*, scr. *dhumaḥ* «humo», gr. θυμός; *medius*, scr. *madhyaḥ* «medio», gr. μέσος < *μεθιος; *ruber*, scr. *rudhiraḥ*, gr. ἐρυθρός.

Algunas anomalías en la evolución de estos sonidos se explican sin dificultad, así *facio* se entronca correctamente con la raíz i. e. *dhē*, ya que, según hemos dicho, la dental aspirada i. e. aparece representada en latín por una *f* en posición inicial, en cambio los compuestos *conficio*, *deficio* no concuerdan con la regla arriba citada, pues al hallarse la inicial del verbo simple en el interior de la palabra, debería aparecer en latín en forma de *d;* sin embargo, esta anomalía puede atribuirse a influencia analógica de las formas del verbo simple sobre el compuesto.

Existia también en i. e. la correspondiente serie de aspiradas sordas [6]. En donde mejor se conserva es en griego y en sánscrito. Los ejemplos, con todo, son muy poco frecuentes. No se ha dilucidado todavía el tratamiento que han experimentado al pasar al latín; sólo puede afirmarse que detrás de *s* aparecen como oclusivas sordas no aspiradas, así *sperno* «desprecio» y etimológicamente «rechazo con el pie» se corresponde con el sánscrito *sphuráti* «aparta con el pie», «rechaza», y con el griego σφυρόν «talón». La desinencia de la segunda persona del perfecto es, como sabemos, *-is-ti*. El elemento final se entronca con el scr. *-tha* y gr. -θα.

Por no disponer de ejemplos suficientes es imposible determinar con seguridad si las primitivas oclusivas sordas aspiradas cuando no iban precedidas de *-s* se convertían también en simples oclusivas sordas, o si experimentaron igual evolución que las sonoras aspiradas.

---

[6] Sobre las sordas aspiradas, cf. KRAHE, § 25; MEILLET, p. 90.

2.—Guturales

a) *Pospalatales y velares*[7]

224. Las lenguas latina y griega, y con ellas la mayoría de las lenguas occidentales, fundieron las primitivas series pospalatal y velar en una sola, a la que se designa con el nombre de velar. En consecuencia, las primitivas pospalatales y velares no aspiradas aparecen representadas en latín y griego por las respectivas velares *c*, *g* y κ, γ. El sánscrito, y con él la mayoría de las lenguas afines de Oriente, convirtió la pospalatal sorda *k̂* en fricativa *ś* (= *š*)[8], la sonora *ĝ* en la africada *j* (= *ǯ*)[9], pero en cambio fusionó las velares y labiovelares en simples velares (*k*, *g*).

Las velares sánscritas *k*, *g* se palatalizan también cuando van seguidas de vocal originariamente palatal; en tales circunstancias *k* se convierte en *c*[10] (= *č*) y *g* en *j* (= *ǯ*)[11].

Se deduce de todo lo expuesto que las velares latinas se remontan a una primitiva serie velar cuando se corresponden con sonidos, también velares, en griego y sánscrito; en cambio, si la correspondencia afecta sólo al griego y en sánscrito aparecen en su lugar los sonidos *ś* y *j*, deberán interpretarse las velares latinas como derivadas de la serie pospalatal, salvo en el caso de *j* seguida de vocal originariamente clara que puede ser resultado de la palatalización de la velar *g*.

---

[7] Brugmann, § 233; Meillet, p. 91 ss.; Krahe, p. 86 ss.; Sommer, § 107 ss.; Kieckers, § 73 ss.; Leumann, § 107 ss.; Pisani, §§ 109-110; Cousin, p. 51.

[8] *ś* es propiamente una prepalatal fricativa sorda (*š*) y suena como el catalán *faixa* o francés *cher*.

[9] *j* es una prepalatal africada sonora (*ǯ*) y suena como el catalán *homenatge*, *jutge*. No existe correspondencia exacta en español.

[10] *č* es símbolo de una prepalatal africada sorda; cf. esp. *ocho*, cat. *cotxe*, *butxaca*, etc.

[11] Sobre el valor de *ǯ*, cf. nota 9.

Teniendo en cuenta estas indicaciones, se entienden fácilmente las siguientes correspondencias: *centum*: scr. *śatam*, gr. ἑκατόν; *ager* < *agros*: scr. *ajraḥ*, gr. ἀγρός; *cruor*: scr. *kravis* «carne cruda», gr. κρέας; *iugum*: scr. *yugam*, gr. ζυγόν.

225. Las aspiradas sonoras pospalatales y velares existentes en la lengua originaria aparecen representadas en latín por *h* si es inicial ante vocal o intervocálica, pero unida a consonante da *g*; en griego se conservan en forma de aspirada sorda χ, y en sánscrito las pospalatales aparecen representadas por *h* y las velares se conservan o, en contacto con vocales claras, se palatalizan también en *h*. En consecuencia, una *h* o una *g* latinas cuando se corresponden con una χ en griego y con una *gh* o *h* en sánscrito, evidencian que son la prolongación de una primitiva aspirada sonora pospalatal o velar. He aquí unos ejemplos: *ango*: scr. *aṃhaḥ* «angostura», gr. ἄγχω; *hiems*: scr. *himaḥ* «frío, invierno», gr. χειμών; *uehit*: scr. *uahati*, gr. ὄχος «vehículo, lo que sirve para transporte»; *pre-hendo*: gr. χανδάνω; *longus*: gr. λόγχη «lanza».

La evolución de las primitivas aspiradas sordas en latín no puede precisarse con seguridad por no disponerse de suficientes ejemplos. Cf. § **223**, Observación.

b) *Labiovelares* [12]

226. El tratamiento de las labiovelares es muy complejo. Para comprender la correlación existente entre los sonidos latinos que derivan de primitivas labiovelares con los correspondientes sonidos en griego y sánscrito, no será de más recordar otra vez que en sánscrito las primitivas labiovelares experimentan el mismo tratamiento que las velares, cf. **224**; por tanto en unos casos se conservan y en otros, en contacto con vocales

---

[12] BRUGMANN, § 254; MEILLET, p. 91; LEUMANN, § 118; KIECKERS, § 81; SOMMER, § 110; PISANI, § 109; COUSIN, p. 51.

originariamente palatales, se palatalizan: *c* (= *ś*), *j* (= *ź*, *h*); en griego aparecen representadas por labiales (π, β, φ) cuando van seguidas de α, ο; por dentales (τ, δ, θ) cuando les sigue ε, ι, y por velares, en contacto con una υ o ante consonante.

En latín el tratamiento de estos sonidos es también muy complejo; en unos casos persisten los sonidos labiovelares; en otros se pierde el elemento velar y se convierte en simple labial *u* (= *ṷ*); otras veces, en cambio, cae el elemento labial, convirtiéndose en simples velares.

La labiovelar aspirada sonora experimenta el mismo tratamiento que la sonora no aspirada, salvo en posición inicial que evoluciona a *f*.

El siguiente cuadro facilitará una visión más clara de estos cambios

i. e.	scr.	gr.	lat.
q^{u}	*k* (*c*)	π τ κ	q^{u} (*c*)
g^{u}	*g* (*j*)	β δ γ	g^{u} (*g*, *u*)
$g^{u}h$	*gh* (*h*)	φ θ χ	g^{u} (*g*, *u*, *f*)

227. Concretando más sobre cuanto acabamos de decir, se puede afirmar:

1) La q^{u} del i. e. persiste generalmente en latín (en cambio en osco-umbro se convierte en *p*). Ejemplos: *quattuor* [13]: scr. *catvaraḥ*, gr. τέτταρες; *sequor*: scr. *sacati*, gr. ἕπομαι; *li(n)quo*: gr. λείπω; *-que*: scr. *ca*, gr. τε.

Parece ser que una primitiva q^{u} inicial de palabra y seguida de *u* se perdía en latín; así se explicaría que de una forma como **q*ᵘ*ubei* derivara *ubi*, en cambio la continuación de la velar persiste en umbro, *pufe* = *ubi*. Las formas como *unde*, *ut*, *ubi*, derivarían también del tema pronominal $q^{u}u$- Obsérvese que, en cambio, en interior de palabra persiste el elemento velar, por ejemplo *ali-cubi*, *si-cubi*, *si-cut*. Esta cuestión es, no obstante, muy discutida y puede explicarse de diversas maneras.

Algunas anomalías en la transmisión de la primitiva labiovelar sorda se explican como resultado de influencias dialectales, así la

[13] Deriva de q^{u}*etṷor*, pero en latín la primera vocal se ha relajado, de ahí el vocalismo en *a*.

palabra *popina* «taberna, cocina» se entronca evidentemente con *coquo*, por tanto sería de esperar *coquina; lupus*, por su parte, presupone una forma como *u̯luqᵘos*, cf. gr. λύκος, o *u̯ḷqᵘos*, scr. *vṛkaḥ*. Se trata de formas tomadas por el latín de los dialectos osco-umbros.

2) La g^u del i. e. se conserva en latín (*gu*) sólo tras nasal; en otros casos se convierte en *u* (= *u̯*), pero en osco-umbro pasa a *b*. Ejemplos:

α) *inguen* «ingle», gr. ἀδήν «glándula» (deriva del i. e. **n̥gᵘen*); *unguen* «ungüento», scr. *añjiḥ* «bálsamo» (deriva de **ongᵘ*).

β) *uenio* [14], scr. *gam* «ir», gr. βαίνω; *uiuos* scr. *jiuaḥ* «viviente».

3) La g^uh del i. e. da en latín *f* si es inicial de palabra, en interior tras nasal *gu*, en otros casos *u* (*u̯*). Ejemplos:

α) *formus* «caliente», scr. *gharmaḥ* «calor», griego θερμός.

β) *ninguit* «nieva» [15], gr. νείφει.

γ) *niu-em*, gr. νίφ-α [15].

228. Hemos ya indicado que en determinados casos podía perderse el elemento labial, con lo cual las labiovelares se convertían en simples velares. La pérdida del elemento labial se opera en dos etapas distintas.

a) En época muy remota las labiovelares sonoras g^u y g^uh tienden a convertirse en *g* en contacto con líquidas y nasales. Ejemplos: *grauis*: scr. *guruḥ* «pesado» [16], gr. βαρύς; *glans*: gr. βάλανος.

b) En época ya más próxima al período histórico

---

[14] Se supone que la forma i. e. era *gᵘem* o con alternancia relajada *gᵘəm* y alternancia cero *gᵘm̥*. La forma sánscrita deriva de la forma plena, la griega de la relajada (βαίνω < βαν-ιω < βαμ-ιω) y la latina del grado cero con cambio de la *m* en *n* por influencia de la *i̯* (cf. Sommer, p. **216**). Recuérdese además que una *m̥* o *n̥* i. e. pasa en latín a *em* y *en* (cf. § **83**).

[15] Se supone que deriva de la raíz i. e. (*s*)*neigᵘh*. Se trata de un presente formado con nasal infija. Esta nasal determina la persistencia del elemento velar; en cambio, el sustantivo *niuem* no conserva la velar por no estar en contacto con una nasal.

[16] *r̥* delante de vocal evoluciona en sánscrito a *ir* o *ur*, cf. § **84**.

se perdía el elemento labial, tanto tratándose de labiovelares sonoras como sordas, en los casos siguientes:

α) En contacto con una consonante e incluso una *i̯* semivocal: *socius* < *soqᵘios*, cf. *sequor; coctus, coxi: coquo; unctus, unxi: unguo; nix* (< *nigᵘhs), cf. *niuem*.

β) Cuando sigue *u*: *secundus* < *seqᵘ-undos < *seqᵘ-ondos[17]; *secutus* y *locutus* < *seqᵘ-utus, loqᵘ-utus*.

Estos dos últimos participios no están formados con el sufijo *-tus*, pues en tal caso hubieran evolucionado a *sectus* y *loctus*, sino con el sufijo *-utus*, el cual es una forma considerada analógica inspirada en participios como *solutus, uolutus*, en que la *u* formaba parte de la raíz (o sea *solu-tus* de *solu-o* y *uolu-tus* de *uolu-o*), pero que por un error se atribuyó al sufijo, con lo cual se llegó a *sol-utus* y *uol-utus* y se convirtió *-utus* en un sufijo participial que se propagó a algunos otros verbos.

229. La comparación con las lenguas afines es indudablemente el mejor camino para averiguar si las velares latinas (*c, g*) o la *u* o *f* se remontan a primitivas labiovelares; sin embargo, incluso sin salir del ámbito del latín, puede obtenerse una orientación a este respecto. En efecto, podemos afirmar que un sonido latino es de ascendencia labiovelar cuando en palabras afines alternan sonidos velares con labiovelares o simplemente con la semivocal *u̯*. Obsérvense las siguientes alternancias: *nix, niuem; unguo, unctus; loquor, locutus; sequor, secutus*, etc.; en cambio, palabras como *dictus, dico; factus, facio*, no se entroncan con labiovelares por no tener estas alternancias.

230. Los sonidos como *ku, gu* pueden tener un doble origen, ya que pueden ser la prolongación de una primitiva labiovelar o representar la secuencia de una velar y *u*. En el primer caso se usa en latín la grafía *qu* (la *u* no cuenta, por ejemplo *sĕquĭtur*); en

---

[17] Sobre el oscurecimiento de la *o*, cf. § **125, 2**.

el segundo, *cu* (la *u* cuenta, por ejemplo *uacŭo*). En cambio, como no existía más que una sola letra para representar la velar sonora, la grafía *gu* equivale a veces a una labiovelar (la *u* no cuenta, por ejemplo *sānguĭs*, *linguă*); otras, a la secuencia de velar + *u* (la *u* contaba, por ejemplo *argŭo*, *uigŭi*).

XVIII

OCLUSIVAS

(CAMBIOS EN EPOCA HISTORICA)

1.—Aspiración de las oclusivas sordas

Leumann, § 115 ss.; Sommer, § 117 ss.; Kieckers, § 92; Juret, p. 362 ss.; Niedermann, § 40.

231. La lengua latina no conservó los sonidos aspirados de la lengua originaria [1]; por ello cuando los latinos establecieron contacto con los griegos, se encontraron con que carecían de letras y sonidos adecuados para representar los sonidos aspirados griegos [2]. En tales circunstancias se valieron, en un principio, de los fonemas más adecuados de que disponían y éstos eran las oclusivas sordas no aspiradas correspondientes (*p*, *t*, *c*). Muchas palabras griegas pasaron al latín con esta grafía en esta primitiva época y se incorporaron en forma tan definitiva al léxico latino que se olvidó por completo su ascendencia griega. Figuran entre estas palabras *calare* [3] «dejar caer, poner» (cf. *intercalare*) < χαλὰν, *tus* < θυός, *purpura* < πορφύρα; *ampulla* [3 bis] diminutivo de ἀμφορεύς, etc.

Concuerda también con cuanto decimos el hecho de que en las inscripciones primitivas no se intenta reproducir nunca las aspiradas griegas, utilizándose las simples oclusivas sordas, por ejemplo: *Antioco*, *Pilemo*,

---

[1] Cf. § **221.**

[2] Recuérdese que en el griego clásico las aspiradas sonaban como tales, o sea, $\chi = k + h$, $\varphi = p + h$, $\theta = t + h$.

[3] No confundir con *calo*, *-aui* «llamar, convocar».

[3 bis] Sobre la formación de este diminutivo, cf. § **163** α, β.

Nicepor[4], etc. Igual proceder seguía Plauto; la notación de las aspiradas, frecuente en la mayoría de sus manuscritos (pero no en los más antiguos), representa una simple modernización de la ortografía por los copistas posteriores.

A medida, no obstante, que se iba acentuando la influencia griega, se sentía un mayor deseo de imitar la grafía y pronunciación de aquella lengua; de ahí que a mediados del siglo II las personas cultas procurasen reproducir correctamente en la escritura y en la pronunciación los sonidos aspirados de las palabras griegas por ellos usadas. De acuerdo con esta tendencia, en una inscripción del año 146 aparecen ya algunas aspiradas griegas correctamente transcritas, así *Achaia*, *Triumphans* CIL I² 626, pero el nuevo sistema ortográfico no fue implantado en forma sistemática. Siguió, pues, un período de vacilación que se resuelve a principios del siglo I con el triunfo definitivo de las nuevas normas. Sólo escapan a esta notación los préstamos del griego muy antiguos, por haberse olvidado su procedencia. El triunfo, por tanto, de las aspiradas fue total e indiscutible en el lenguaje culto y en la ortografía académica, pero en cambio no afectó al habla popular, cf. § **232**, Obs.

232. Nos hemos referido hasta aquí únicamente a la aspiración de palabras tomadas del griego, pero es el caso que esta ortografía y pronunciación se propagó también a palabras auténticamente latinas. Sabemos de muchas familias romanas que para justificar mejor su entronque con héroes troyanos y dar así un mayor abolengo a su árbol genealógico, aspiraban alguna letra de sus apellidos. A impulsos de esta moda surgieron a principios del siglo I grafías como *Gracchus*, *Pulcher*, *Cethegus*, *Otho*, *Thorius*[5], etc. La aspiración se propagó también a algunos nombres comunes, aunque no en forma uniforme, pues se observan muchas vacila-

---

4 Para ejemplos, cf. RUBIO, Indices, p. 219 (*ch* > *c*, *th* > *t*, *ph* > *p*); DESSAU, III-2, Indices, p. 818.

5 JURET en su *Manuel*, p. 361, cree que la aspiración en estos casos se debe a influencia etrusca.

ciones. Generalmente se trata de oclusivas en contacto o en la proximidad de líquidas y vibrantes, por ejemplo: *anchora*, *bracchium*, *chorona*, *pulcher*, *sepulchrum*, *lachrimis*, etc. Es muy difícil determinar si estas aspiraciones son una simple imitación del griego o responden a ciertas condiciones fonéticas latinas que las favorezcan; la realidad es que los propios gramáticos y escritores latinos no acaban de ponerse de acuerdo entre sí sobre las palabras en las que deben figurar letras aspiradas. Desde luego en la sociedad romana se consideraba como prueba de poca cultura la aspiración indebida, cf. Catulo, 84. No obstante, es evidente que abundaban estas aspiraciones injustificadas. Precisamente ello explica que en inscripciones aparezcan a veces sonidos aspirados en palabras que no los pueden admitir en modo alguno, como *phosit* = *posuit*, CIL III, 4579; *pache* = *pace* CIL XIV 1946 [6], o metátesis absurdas como *Pilipphus* en vez de *Philippus* [7]

La aspiración, tanto de las palabras de origen griego como de las auténticamente latinas, no ejerció influencia, según hemos ya anticipado, en el latín vulgar o las lenguas romances, que reproducen las aspiradas originarias por las sordas no aspiradas correspondientes, así *schola* > *escuela*, *thesaurum* > *tesoro*, *colaphus* > *golpe*, *chorda* > *cuerda*. Tan só'o en algunas regiones del Imperio, *ph* se pronunciaba *f* [8].

2.—Sonorización de primitivas sordas [9]

233. En el período acaico no se produce este cambio. Los pocos ejemplos que se registran de esta enálage pueden explicarse por causas especiales. Generalmente se trata de errores del lapicida; recuérdese que sólo un trazo distingue la *P* y *C* de la *B* y *G*.

En algunos préstamos del griego aparecen las oclu-

[6] Cf. Rubio, Indices, p. 219 (*t* > *th*, *c* > *ch*, *p* > *ph*).
[7] Para ejemplos, cf. Rubio, Indices, p. 219, «Metátesis aspiratorias».
[8] Grandgent, §§ 332-34.
[9] Sommer, § 115 ss.; Kieckers, § 93; Leumann, p. 125; Pisani, § 119; Juret, p. 363; Battisti, §§ 130 y 131.

sivas sordas del griego como sonoras en latín, así *gubernare* < κυβερνᾶν, *Burrus* [9 bis] < Πύρρος. Probablemente a oídos de quienes introdujeron estas palabras sonaban las sordas griegas como sonoras; puede tratarse de una pronunciación dialectal griega.

En el latín vulgar, no obstante, apunta la tendencia, cada vez más acentuada, de sonorizar las sordas [10], especialmente si éstas se hallan contiguas a consonantes sonoras o entre vocales. Las inscripciones nos ofrecen abundantes ejemplos de estas sonorizaciones, así *pagatus* = *pacatus*, CIL IV **1486** Pompeya, *megum* = *mecum* CIL VIII **20505**, *amadus* = *amatus* CIL VI **12944**, *opordet* = *oportet* CIL IV **4430**, *tridicum* = *triticum* CIL IV **4430** [11].

Esta tendencia adquiere gran incremento a partir del siglo V, pero no ha tenido una difusión uniforme en la Romania, pues mientras en el Este persisten las sordas, en el Oeste se ha impuesto la sonorización. Italia ocupa una posición intermedia.

En España aparece atestiguada epigráficamente la sonorización de las sordas ya en el siglo II de nuestra Era [12]: *imudauit* = *immutauit* CIL II **462** (siglo II). En la época visigótica son frecuentes grafías como *eglesia*, *lebra*, etc. [13]. Las oclusivas sonoras resultantes se pronuncian hoy como fricativas (*ƀ*, *đ*, *ǥ*) cuando van entre vocales e incluso a veces se pierden, por ejemplo *na*(*d*)*a*, *to*(*d*)*o*.

[9 bis] Así llama Ennio a Pirro (cf. Cic. or. **160**).

[10] GRANDGENT, § **256**; BATTISTI, § **104**; BOURCIEZ, § **171**; PIDAL, § **40**; sobre el origen celta de la sonorización de las intervocálicas latinas *p*, *t*, *k*, en los dialectos hispano-romances, véase A. TOVAR, «Boletín de la R. Acad. Española» **28** (**1948**), p. **265** ss.; ID., REL **29** (**1951**), p. **102** ss.; MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, p. **257** (Madrid ³**1950**). Una amplia exposición de las diferentes hipótesis en F. H. JUNGEMANN, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid **1955**, p. **142** ss.

[11] Cf. RUBIO, Indices, pp. **219** y **220** ($t > d$, $c > g$, $p > b$).

[12] CARNOY, p. **115** ss.

[13] PIDAL, § **40**. Los ejemplos hispano-latinos han sido reunidos y criticados por M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «Emerita», **25** (**1957**), p. **379** ss.

3.—PASO DE CONSONANTES SONORAS A FRICATIVAS [14]

234. El tratamiento de la *b* varía según si se encuentra entre vocales o en posición inicial de palabra. En el primer caso aparece con frecuencia, a partir de la época imperial, representada en las inscripciones por *V*, lo cual significa que se había convertido en fricativa sonora (*ƀ*), coincidiendo por tanto con el sonido a que había llegado en este período la *V* semivocal. Así son frecuentes grafías como *iuuente* = *iubente* CIL VI 2496, *deuebet* = *debebit* CIL III 9450, *auetat* = *habitat* CIL III 14254 [15].

Esta pronunciación es la que prevalece en romance, en el sentido de que toda *b* intervocálica latina aparece en las lenguas derivadas representada por *v*, así lat. vulg. *faba*, fr. ant. *feve*, port. *fava*, it. *fava*.

En español antiguo se escribe *v* o *u*, así *bibere* > *bever*, *probare* > *prouar*. En cambio, en español moderno se ha implantado de nuevo el uso latino, pero esta innovación es puramente ortográfica, ya que entre la *b* y la *v* no hay diferencia fonética, pues ambas letras en posición intervocálica se pronuncian *ƀ*.

En posición inicial las inscripciones imperiales atestiguan interferencias entre la *b* y la *v*, así leemos a veces *uene* = *bene*, *ualneas* = *balneas*, o inversamente *biginti* = *uiginti*, *Baleria* = *Valeria* [16]. Las lenguas romances, no obstante, conservan escasos vestigios de esta confusión primitiva, la cual fue debida probablemente a un error provocado por la idéntica pronunciación de la *b* y *v* intervocálicas.

235. La *d* y *g* tienen un tratamiento análogo. En latín vulgar son inalterables en posición inicial, y en situación intervocálica se convierten en las fricativas

---

[14] KIECKERS, § 91; SOMMER, § 116; LEUMANN, §§ 124-6; NIEDERMANN, § 44; BATTISTI, § 103; MEYER-LÜBKE, § 149; GRANDGENT, § 315; BOURCIEZ, § 56, b; CARNOY, p. 128 ss.; PIDAL, § 41.

[15] RUBIO, Indices, p. 219 (*b* > *v*); DESSAU, III-2, Indices, p. 834.

[16] Cf. DESSAU, Indices, III-2, p. 801 (*b* por *v*) y 834 (*v* por *b*).

correspondientes; en español se conserva esta fricativa en unos casos y en otros cae, por ejemplo: *nido < nidum, cree < credit, feo < foedo, llaga < plaga, castigar < castigare, leal < legale, liar < ligare*[17].

4.—Palatalización de la *c* y de la *g*[18]

236. Se entiende por palatalización la transferencia de la articulación a la región del paladar duro. Este fenómeno tiene gran importancia en la evolución lingüística, pues los sonidos resultantes no persistían como oclusivos, sino que tienden a convertirse en fricativos o africados. La palatalización se produce sólo en el latín vulgar y afecta especialmente a las velares (*c*, *g*) seguidas de vocal palatal (*e*, *i*).

237. Palatalización de la *c*.—En el latín clásico la velar sorda seguida de vocal palatal se pronunciaba como oclusiva velar, par tanto *ce*, *ci* sonaban *ke*, *ki*. Esta pronunciación aparece atestiguada por el frecuente uso en las inscripciones de *k* delante de las citadas vocales, por transcripciones griegas como κῆνσος, Κικέρων[19], por préstamos hechos a las lenguas germánicas, como ***kellan*** = *celarium*, ***akeit*** = *acetum*, y. finalmente por el hecho de que los antiguos autores no aluden nunca a la palatalización de la *c*.

En realidad el proceso de palatalización debe situarse, según parece, a principios del siglo V[20], en que la *c* seguida de vocal palatal se pronuncia como una africada prepalatal (*ŝ*) o asibilada (*ts*). Como no existía en el alfabeto ningún signo adecuado para recoger este nuevo sonido, se observan, a partir de esta época, en las inscripciones vacilaciones en la manera de reprodu-

---

[17] Bourciez, § 172; Pidal, §§ 37 y 41.

[18] Sommer, p. 219 ss.; Battisti, §§ 144-148; Kieckers, § 89; Juret, pp. 157 y 181 ss.; Meyer-Lübke, § 144; Leumann, p. 126; Grandgent, § 258; Díaz, p. 169; Pidal, § 34, 2.

[19] Es obvio que si al oído de los griegos hubiese sonado la *c* como *ŝ* o *ts*, hubieran usado en la transcripción los signos ξ, ζ.

[20] La cronología de este cambio es muy discutida; cf. Meyer-Lübke, § 144; Pidal, § 34 b.

cirlo, usándose las grafías *z*, *s* y *tc*, por ejemplo: *paze* = *pace* (año 383 en la Bética), *consiensia* = *conscientia* CIL XII 2153, *intcitamento* = *incitamento* CIL XIV 2165. Esta evolución continuó en romance con la particularidad de que las lenguas del Este (Italia, Rumania) continuaron la pronunciación prepalatal africada (*ŝ*) y las del Oeste la asibilada (*ts*).

En español antiguo este sonido asibilado (*ts*) fue representado por *c*, pero en el siglo XVI se convirtió en fricativa, sonando *þ*, aunque se mantuvo la grafía *c* delante de *e*, *i*.

238. Palatalización de la *g*.—También en latín clásico, *g* seguida de vocal palatal se pronunciaba como oclusiva velar, por tanto *ge*, *gi*, sonaban como en español *gue*, *gui*. Luego, probablemente también hacia el siglo V, se convirtió en prepalatal africada (*ẑ*) o fricativa (*ž*).

Los testimonios de esta evolución son más tardíos; generalmente se trata de pruebas indirectas, como el uso de *ge* o *gi* en vez de *i*, sonido éste que, como sabemos, en esta época también se había convertido en fricativo, pronunciándose *ž* (cf. § **207**). De ahí inscripciones como *Genuarius* = *Ienuarius*[21], clásico *Ianuarius*; *congigi* = *coniugi*, CIL XI 1016; *Gerapolis*[22] = *Hierapolis*; *Troge* = *Troiae*, CE 901. Pruebas directas, o sea, representaciones de *ge*, *gi*, por otras letras que señalen mejor su carácter fricativo o africado, son muy escasas, por ejemplo *Septuazinta*, HÜBNER, Inscrip. Hisp. Christ. 22 (año 566). Cf. Carnoy, p. 163.

La *g* palatalizada en situación intervocálica fue absorbida en todo el Imperio por la vocal siguiente si esta vocal llevaba acento. Ya en las inscripciones pompeyanas leemos *roitus* = *rogitus*, *uinti* = *uiginti*[23]. Esta tendencia continúa en español, así *saeta* < *sagítta*, *uaina* < *uagína*, *maestro* < *magíster*. En realidad en nuestro idioma sólo en las voces cultas continúa

---

21 Citado por SEELMANN, p. 239; cf. GRANDGENT, § 259.
22 GRANDGENT, § 259.
23 Cf. GRANDGENT, § 259; BATTISTI, § 93.

una primitiva *gi* en las condiciones indicadas, así ***rugido*** *: ruido; vigilar : velar.*

Tránsito al romance

239. La fricativa prepalatal sonora *ž* a que habían confluido no sólo la *ge*, *gi*, sino también la ***į***, tuvo en español la siguiente evolución:

1) Se convierte en *y* ante vocal palatal acentuada, así: *géneru > yerno, gélu > hielo* (fonéticamente *yelo*), *iacet > yace.*

2) Cae ante vocal palatal átona: *germano > hermano*[24], *gelare > helar.*

3) Se convierte en *j* fricativa uvular ante vocal velar: *iudex > juez, iuuenis > joven.*

En italiano y francés antiguo los grupos *ge*, *gi* se resolvían generalmente en forma de africada sonora (*ǯ*), pero en francés moderno este sonido se convierte en fricativo (*ž*).

[24] La *h* es puramente ortográfica.

XIX

FRICATIVAS

1.—Fricativas dentales

Brugmann, § 276 ss.; Meillet, p. 95; Krahe, § 28; Meillet-Vendryes, §§ 106-8; Leumann, § 127 ss.; Sommer, § 111 ss.; Kieckers, § 85 ss.; Niedermann, §§ 49-51; Juret, pp. 32, 124; Maniet, § 28; Battisti, pp. 102-103; Pisani, § 113; Cousin,, pp. 54-55.

240. Hemos definido la *s* como una fricativa dental sorda. La zona dental es, no obstante, un poco imprecisa, y de hecho la *s* puede articularse en esta zona en puntos distintos [1], así en francés, inglés, italiano, alemán, en Andalucía y países hispanoamericanos, la punta de la lengua se apoya en los incisivos inferiores, en cambio en España (con excepción de Andalucía) la punta de la lengua descansa contra los alvéolos superiores. Esta diferencia de articulación repercute en el timbre de la *s*, y así la *s* española es más grave y palatal, sonando a los oídos de los extranjeros en forma chicheante. Los latinos parece ser que pronunciaban la *s* apoyando el ápice de la lengua en los incisivos inferiores.

La *s* latina procede de la herencia i. e. En esta lengua existe también una *s* sonora (*z*), pero no con personalidad propia; en realidad era sólo el resultado de la sonorización de la *s* en contacto con sonidos sonoros. Por tanto, dentro de una misma familia etimológica alternaban la *s* y *z*, según la naturaleza de los sonidos contiguos, así la raíz *sed* «sentarse», al formar el compuesto **ni-s(e)d-os* «nido» y entrar en

---

1 Gili, p. 123; Navarro, § 106.

contacto la *s* con la oclusiva sonora subsiguiente por perderse la *e* de la raíz, se convertía en sonora y por tanto se pronunciaba *nizdos*.

241. El tratamiento de la *s* varía mucho en las lenguas derivadas. En sánscrito persiste, o bien en contacto de determinados sonidos se cerebraliza (*ṣ*)[2]. En griego, en contacto con consonantes, generalmente se conserva; en principio de palabra, precediendo a una vocal, se convierte en espíritu áspero; entre vocales desaparece. En latín, salvo en posición intervocálica, se conserva. Teniendo en cuenta estas observaciones, será fácil comprender correlaciones como las siguientes: *septem*, scr. *sapta*, gr. ἑπτά; *axis*, gr. ἄξων «eje»· *dixi*[3], scr. *a-dik-ṣam* «mostré», gr. ἔ-δειξα; *lupus*, gr. λύκος.

242. Hemos ya indicado que en griego una *s* intervocálica desaparece; en latín tiene también un tratamiento especial, pues se convierte en *r*. Este cambio se conoce con el nombre de 'rotacismo', término derivado del nombre (*rho*) con que en griego era denominada la *r*. Este cambio lo evidencian, sin lugar a dudas, contraposiciones como las siguientes: *aes, aeris; flos, floris; opus, operis; est, erit; haustus, haurio; hesternus, heri; ama-re, lege-re, audi-re: es-se*.

El rotacismo se debe a la influencia asimilatoria de las vocales circundantes. El primer paso de esta evolución fue la conversión de la *s* sorda en sonora (*z*). Las vibraciones glotales necesarias para la articulación de las vocales se propagaron sobre la *s* convirtiéndola en *z*. Es posible, pero no seguro, que ya en el primitivo itálico, con anterioridad a la formación de sus dialectos, se hubiera producido esta sonorización, pero de lo que no existen dudas es de que todos los dialectos itálicos experimentaron este cambio. El osco conserva la *s* sonora (*z*), y así vemos que en las inscripciones escritas utilizando el alfabeto latino, aparece este soni-

---

[2] La lengua al articularla se apoyaba contra la bóveda del paladar.

[3] *x* equivale a *c*+*s*.

do representado por *z*; en el dialecto umbro, como en latín, aparece la primitiva *s* intervocálica representada por *r*. El paso de *z* a *r* se explica como consecuencia de la influencia que sobre dicho sonido seguían ejerciendo las vocales contiguas, en el sentido que determinaron un aumento de la apertura de la *z*, con lo cual a la postre la punta de la lengua se fue elevando hacia los alvéolos. Los órganos en esta posición emitieron una *r* alveolar. El paso de la *z* a *r* se verificó a lo más tarde a mediados del siglo IV a. de J. C. En efecto, Cicerón (Ad famil., IX, 21, 2) nos informa de que L. Papirius Crassus, dictador en el 339 a. de J. C., fue el primero de su familia que dejó de llamarse *Papisius* También en las Digestas (I, 2, 2, 36) leemos que Appius Claudius Caecus, censor en el 312 y cónsul en el 307 y 296, sustituyó la ortografía *Valesii*, *Fusii* por *Valerii*, *Furii*. Si tenemos en cuenta que los nombres propios son más conservadores y ofrecen mayor resistencia a los cambios fonéticos que los comunes, no será muy aventurado suponer que ya con una cierta anterioridad a la indicada fecha (mediados del s. IV), estos últimos habían sufrido los efectos del rotacismo.

243. La ley del rotacismo está sujeta, como todas las leyes fonéticas, a excepciones. Citaremos entre ellas las siguientes:

a) En palabras compuestas persiste a veces la *s* por influencia de las simples correspondientes, así *desino: sino; desum: sum; nisi: si; quasi: si.*

b) En palabras de creación reciente subsiste también la *s* por no actuar ya la ley del rotacismo, así *desuper* es un compuesto utilizado por primera vez por César; *resemino* data de Ovidio. En tales casos no es necesario pensar en la influencia del simple sobre el compuesto.

c) Palabras importadas de otras lenguas con posterioridad a mediados del siglo IV, y por tanto cuando su adopción es posterior a la sonorización de la *s*, condición ésta indispensable para el rotacismo. A tenor de lo dicho, se explica la presencia de una *s* intervocálica en palabras como *basis*, *nausea*, *pausa* (préstamos del

griego); *cisium* «carro ligero», *gaesum* «lanza larga» (préstamos del celta); *asinus* (palabra procedente del Asia Menor), etc.

d) Por una disimilación preventiva. Tal es el caso de *miser*, *caesaries*. Es obvio que el rotacismo hubiese determinado la secuencia de dos *r*.

e) Por tratarse de una primitiva *s* doble o geminada. Palabras como *causa*, *cāsus*, *diuīsio*, se escribían todavía en la época clásica con dos *s*, cf. § **264.** Así se explican también aparentes excepciones como *quaeso* < **quais-so*[4], *misi* < *missi* < *mit-si; uasa* < *uassa*[5].

2.—La fricativa labiodental *f*[6]

244. La *f* latina no es un sonido heredado del i. e., sino el resultado de la evolución de una primitiva oclusiva aspirada (*bh*, *dh*, $g^{u}h$)[7], pero a condición de que dichos sonidos estuviesen en posición inicial de palabra.

En consecuencia, siempre que en una palabra latina aparezca una *f* intervocálica se debe a razones especiales. Estas, generalmente, son las siguientes:

1) Influencias analógicas. Así *infero*, *refero* por influencia del simple *fero* en que la *f* está en posición inicial; *fefelli* se explica también como resultado de la influencia de *fallo*.

2) Origen rústico o dialectal. Tal es el caso de voces como *rufus*, *scrofa*, *uafer*, etc.

En el período clásico la *f* tenía una pronunciación análoga a la *f* española; era por tanto una fricativa labiodental. Existe, sin embargo, la sospecha de que en época más antigua había sido bilabial, o sea, los

---

[4] Verbo formado con el sufijo desiderativo *-so;* en cambio *quaero* deriva simplemente de *quais-o*, y por tanto con *s* simple.

[5] Forma atestiguada en los manuscritos más antiguos de Plauto.

[6] Sommer, § 112; Leumann, §§ 121 y 125, 1; Kieckers, p. 120; Juret, p. 31; Niedermann, § 46; Pisani, §§ 104-105; Meillet-Vendryes, §§ 101-102; Cousin, p. 51.

[7] Cf. §§ 223 y 227, 3. También parece que *ĝh* inicial seguida de *u* o *u̯* evoluciona a *f;* así *ferus* < **ĝhu̯eros*.

labios adoptaban la misma posición que al pronunciar una *p*, con la diferencia de que en vez de formar una oclusión se establecía sólo una fricación [8]. Justifican, en parte, esta creencia grafías como *im fronte* CIL I² 1420, *comflouont* CIL I² 584, etc. Si la *f* hubiera sido labiodental, resultarían más lógicas las grafías *in fronte*, *conflouont*. Con todo esta interpretación es discutida.

3.—La fricativa laríngea *h* [9]

245. Tampoco la *h* es un sonido heredado del i. e., sino el resultado de la evolución de las aspiradas guturales *ĝh* (pospalatal) y *gh* (velar) en posición intervocálica o en principio de palabra seguida de vocal, cf. § **225.** En itálico primitivo estos dos sonidos se habían confundido en una fricativa sorda χ, cuyo valor fonético era parecido al de nuestra *j*; sin embargo, ya en época muy antigua no era más que un soplo laringial producido por el roce del aire contra los bordes de las cuerdas vocales, siendo por tanto muy parecido a la *h* alemana. Esta aspiración, ya muy débil en situación inicial y apenas perceptible entre vocales, acabó por perderse del todo en tiempos de la República. Corrobora este aserto el que la presencia de una *h* entre vocales no impedía ni su contracción (*nemo* < *nehemo*) ni el rotacismo (*diribeo* < *dis-habeo*) y el que acabara empleándose a veces para indicar simplemente que dos vocales contiguas no formaban diptongo; tal es el caso de grafías como *ahenus*, o que a veces en inscripciones se lea *dehe* = *deae*. Por otra parte, son frecuentes las omisiones de *h* inicial en inscripciones del siglo I a. de J. C., así *hanc ostiam* (= *hostiam*) CIL I² 1013; *Oratia* = *Horatia*, CIL I² 1124; *Irtio* =

---

[8] Este es el sonido que adquiere a veces una *ƀ* africada en contacto con una sorda, por ej. *obscuro*, *absurdo*; cf. Navarro, § 84; Badía, § 33 III.

[9] Leumann, § 126; Pisani, § 95; Sommer, § 113; Kieckers, § 90; Juret, p. 32; Meillet-Vendryes, § 105; Niedermann, § 50

Hirtio CIL I² 592 [10], etc. Evidentemente estas faltas de ortografía son debidas a que la *h* ya no se pronunciaba.

La gente culta, no obstante, reaccionó por influencia de la escuela contra la supresión de la aspiración y se esforzó en pronunciar la *h* en todas aquellas palabras en que figuraba tradicionalmente esta letra. En la época clásica era considerado como muestra de escasa cultura el dejar de pronunciar la *h*. Mas como esta pronunciación era arbitraria, pues el pueblo no pronunciaba la *h* y faltaba por tanto un punto de referencia seguro, se produjeron frecuentes errores e incluso aspiraciones indebidas de letras por el afán de imitar la pronunciación de las personas cultas, así el nuevo rico Arrius, satirizado por Catulo, 84, pronunciaba *hinsidias* en vez de *insidias*.

Los gramáticos latinos se esforzaron en dar reglas para determinar qué palabras debían escribirse con *h*, pero estas reglas carecen de todo valor científico. La falta de un criterio seguro a este respecto se refleja claramente en la transmisión de los manuscritos. Vemos muchas palabras escritas con *h* a pesar de que históricamente esta letra carece de justificación, tal es el caso de *humor*, *humidus*, *humerus*, etc.; además, son frecuentes vacilaciones como *erus* y *herus*, *arena* y *harena*, *arundo* y *harundo*, *olus* y *holus*, etc. Estas vacilaciones han trascendido a las ediciones modernas. Como es lógico, en las lenguas romances no ha persistido la aspiración de la *h*; grafías como *hora*, *honesto*, *humor*, etc., se deben a restituciones cultas.

Reflejo de esta pronunciación culta de la *h* nos lo ofrece la grafía frecuente en la Edad Media de *michi* en vez de *mihi*.

4.—Interferencias entre la *h* y la *f* [11]

246. Como tanto la *f* como la *h* en posición inicial, pueden derivar de primitivas aspiradas guturales,

[10] Para ejemplos, cf. Rubio, Indices, p. 219 (*h* deest).

[11] Sommer, § 114; Leumann, p. 135; Meillet-Vendryes, § 103; Ernout, *Elements*, p. 75.

la primera (*f*) de la labiovelar aspirada ($g^{u}h$), y la segunda (*h*) de las pospalatales y velares aspiradas (*ĝh* y *gh*), se comprende que dada su afinidad se produjeran a veces interferencias.

El caso más frecuente es el de la existencia de dobletes, unos con *h*, grafía que la gramática comparada atestigua como legítima, y otros con *f* (grafía no correcta). Generalmente las variantes con *f* inicial proceden de las zonas rurales del Lacio y su existencia aparece, por regla general, atestiguada sólo por los gramáticos. Citamos a continuación alguno de estos dobletes: *hordeum* «cebada»: *fordeum; hircus* «macho cabrío»: *fircus; hariolus* «adivino»: *fariolus; hostis*: *fostis; holus* «col»: *folus*. Las inscripciones nos muestran también algunos ejemplos de esta índole, así *Foratio* = *Horatio* CIL I² 166. Sabemos precisamente por las inscripciones faliscas que una de las características de este dialecto es el uso de *f* inicial en oposición a la *h* latina, así *foied* = *hodie*, cf. § **37.**

Menos frecuente es el caso inverso, o sea, que frente a formas con *f* inicial, etimológicamente correctas, existen otras formas incorrectas con *h*, así *faba* : *haba; febris*: *hebris; forda* «embarazada»: *horda*. También en este caso tenemos noticia de la existencia de estas formas con *h* inicial por el testimonio de los gramáticos antiguos.

Finalmente, se da el caso, poco frecuente desde luego, que algunas palabras aparecen atestiguadas exclusivamente con *f* inicial cuando etimológicamente sería de esperar una *h*, tal es el caso de *fel, fouea* «hoyo» [12], etcétera.

[12] Probablemente derivan de **ghel-* y *ĝhoueįā*, respectivamente.

XX

CONSONANTES SIMPLES EN FINAL DE PALABRA

Brugmann, § 358; Meillet, p. 137; Juret, p. 203 ss.; Maniet, § 62 ss.; Meillet-Vendryes, § 227 ss.; Kieckers, § 97 ss.; Sommer, § 15 ss.; Niedermann, cf. consonantes simples; Pisani, § 121 ss.; Battisti, § 85 ss.; Cousin, p. 60.

247. Las consonantes en final de palabra se encuentran en situación particularmente débil, cf. § **306**, y por consiguiente experimentan cambios y transformaciones que no afectan a las restantes consonantes de las palabras. Estas circunstancias aconsejan estudiar aparte estas consonantes.

Al proceder a su estudio conviene distinguir según si se encuentran en final de frase (sigue una pausa) o en el interior de un grupo fonético formando unidad con la palabra siguiente. En el primer caso la consonante conserva, en forma más o menos relajada, sus especiales características; en el segundo, acostumbra a adaptarse a las características de los sonidos iniciales siguientes en virtud de una asimilación regresiva. En general puede afirmarse que en este último caso las consonantes reciben un tratamiento análogo al de los grupos de consonantes interiores de palabra.

248. El estudio de estos cambios corresponde a la fonética de la frase o sandhi [1], término este último adoptado de la gramática sánscrita. En las lenguas modernas estas alteraciones pueden observarse fácilmente de boca de los hablantes; en cambio, las dificultades son grandes para la determinación del sandhi tratándose de lenguas de las que sólo poseemos testi-

[1] Sommer, § 166 ss.; Leumann, § 154; Juret, p. 201; Pisani, § 140; Krahe, p. 98 ss.

monios escritos; pues salvo algunas excepciones, como la lengua sánscrita, la ortografía no acostumbra a registrar estos cambios. Normalmente se generalizan las formas propias de los sonidos en las pausas, en el sentido de que se emplean también estas formas en el interior de las unidades fonéticas o frases, aun cuando en tales casos estas grafías no reflejan la pronunciación. Sólo las inscripciones nos ofrecen algunos atisbos del sandhi latino, pues el lapicida, separándose de las normas ortográficas oficiales y académicas, procuraba a veces reproducir los sonidos tal como sonaban a sus oídos. Así encontramos grafías como *im balneum* CIL IV 2410, *om meritis* CIL VI 23680, *tan durum* CIL IV 1895, *pos misione* CIL VI 3453, *pos idus* CIL IV 2058, *at tegula* CIL X 787, *apur finem* [2] CIL I² 5.

Aun cuando la ortografía habitual no acostumbra a reflejar estas alteraciones de las consonantes finales, no obstante en algunos casos particulares se observan ciertas vacilaciones debidas precisamente a la influencia de los sonidos iniciales de la palabra inmediata, como podrá comprobarse en algunos de los apartados que siguen.

249. Las únicas consonantes simples que en final de palabra experimentan cambios dignos de ser tenidos en cuenta son las oclusivas dentales (*t*, *d*), la fricativa dental (*s*) y la nasal labial (*m*). Las dos primeras no aparecen afectadas, en la ortografía por lo menos, por la naturaleza de los sonidos subsiguientes; en cambio, las dos últimas presentan vacilaciones y cambios estrechamente relacionados con el sonido siguiente.

1.—La consonante *d* final de palabra [3]

250. Persiste cuando le precede vocal breve, así

[2] En latín arcaico el preverbio *ad*+labial adopta con frecuencia la forma *ar*, así *arfuise* CIL I² 581.

[3] Sommer, § 159; Niedermann, § 44; Maniet, § 62, b; Leumann, § 157; Juret, pp. 204 y 219; Meillet-Vendryes, § 226; Kieckers, p. 154; Pisani, § 122.

apud, aliud, sed, id, pero en cambio cae cuando la vocal es larga [4].

Las inscripciones arcaicas y el testimonio de las lenguas afines demuestran que el ablativo singular de las cinco declinaciones, así como la desinencia del imperativo futuro, terminaban originariamente en *-d*. Se decía, por tanto, en el latín primitivo *praidād, meritōd, priuatōd, diēd, magistratūd, bouīd, licetōd, datōd, uiolatōd* [5], etc.

La pérdida de la *d* se operó en el curso del siglo III, o sea, en los albores de la transmisión literaria, por tanto si en inscripciones correspondientes a este siglo aparece conservada una *d*, puede esta grafía representar una pronunciación auténtica; en cambio, la grabación de la *d* en las inscripciones del siglo II y siguientes es un simple arcaísmo, no debiendo darse a la lectura ningún valor fonético; así en la parte dispositiva del S. C. Bacch. del 186 aparece siempre registrada la *d* final (*sententiad, poplicod* [6], etc.), pero debemos considerarlo como un arcaísmo, pues en inscripciones más antiguas falta, así: *in turri Lascutana* CIL I² 64, a. 189.

Los monosílabos son más resistentes; esto explica que los acusativos y ablativos de los pronombres personales aparezcan todavía con frecuencia en Plauto conservando la consonante final, o sea: *mēd, tēd, sēd.*

Aun cuando la *d* final no se ve afectada en general por el sandhi, no obstante la partícula *haud* presenta alguna vacilación estrechamente relacionada con la fonética de la frase, en el sentido de que generalmente conserva la *d* cuando la palabra siguiente empieza por vocal (*haud ita, haud aliter*), en cambio la pierde delante de consonante (*hau sane, hau multum*). Se explica esta anomalía fácilmente teniendo presente que se trata de una partícula proclítica y que por tanto forma cuerpo con la palabra siguiente. Esto significa que experimenta igual tratamiento que

---

[4] Es desde luego sorprendente que en las mismas circunstancias una *s* persiste, cf. § **256.** Una explicación de índole fonética sobre esta anomalía puede verse en Maniet, p. **170.**

[5] Para ejemplos, cf. Rubio, Indices, p. **220** (*d seruatur post longam*).

[6] Cf. Rubio, núm. 24.

en el interior de una palabra en que seguida de consonante se asimila y desaparece, cf. § **273**, ζ. La evolución es, pues, la siguiente: *haud multum* > *haum multum* > *hau multum*. Por el contrario, *haud* seguido de vocal conserva la final por la misma razón que se conserva una *d* interior de palabra, así *cado;* en realidad en esta posición formaba sílaba con la vocal siguiente, por tanto se pronunciaba *hau/di/ta*, no *haud/ita*.

En el habla vulgar [7], *d* en final de palabra era apenas pronunciada, de ahí que no haya trascendido al romance, así *ad* > *a* [7 bis], *aliquod* > *algo*.

2.—La consonante *t* final de palabra [8]

251. La lengua latina sonorizó la *t* convirtiéndola en *d* en las palabras heredadas del i. e. que terminaban con dicho sonido. De acuerdo con este cambio, la desinencia *t* característica en i. e. de la tercera persona del singular de los tiempos secundarios (imperfecto, aoristo, optativo y potestativamente el subjuntivo) aparece en latín arcaico representada por una *d*, así en la fíbula de Preneste (s. VI) leemos *fhefhaked* [9], lat. arc. *fecēd*, clásico *fecit;* en las inscripciones de Duenos, también muy arcaicas, leemos *fēced*, *sied* [10]. En consecuencia, debe conjeturarse ante una *t* final de palabra, que originariamente no estaba en final absoluto, así *et* procede de *eti*, cf. gr. ἔτι; *quot* < *quoti*, cf. scr. *kati; caput* se explica por analogía de los casos oblicuos. Las desinencias en *-t* y *-nt* de la tercera persona representan la continuación no de una primitiva *-t* y *-nt*, sino de *-ti* y *-nti*. Es sabido que la lengua latina sustituyó, en los albores de la transmisión literaria, las

---

7 Grandgent, § 232; Pidal, § 62, 2.

7 bis No obstante, la forma *ad* se conserva ante vocal en español antiguo y en aragonés (*ad aquel*), así como en catalán antiguo.

8 Sommer, § 159; Battisti, § 89; Leumann, § 157, p. 177; Juret, pp. 204 y 219; Kieckers, p. 153.

9 Rubio, p. 220 (*-d* servatur).

10 Rubio, núm. 3. Para más ejemplos, cf. Indices, p. 220 (-d seruatur post longam).

desinencias secundarias (*-m, -s, -t*) por las primarias (*-mi, -si, -ti*). Cf. § **178.**

Esta sonorización de las dentales parece que puede hacerse también extensiva a las otras oclusivas, o por lo menos a las labiales; así tenemos *ab, sub, ob*, que se entroncan con el gr. ἀπ-ό, ὑπ-ό, ἐπί.

252. En el latín vulgar dejó paulatinamente de pronunciarse la *t* final al principio del Imperio en la Italia meridional; posteriormente en las restantes regiones [11]. Los primeros ejemplos seguros de omisión de la *t* nos los ofrecen las inscripciones de Pompeya, en donde encontramos formas como *dedica* (= *dedicat*), *uidi* (= *uidit*), *ama* (= *amat*) CIL VIII 1113 [12]. Actualmente en español no subsisten vestigios de la primitiva *t* final latina, tanto en palabras en que iba precedida de vocal (*cabo* < *caput*, *ama* < *amat*), como de consonante (*son* < *sunt*, *pues* < *post*).

La debilitación que significa la caída de la *t* final se combinaba en latín vulgar con la sustitución de dicho sonido por la sonora correspondiente (*d*), así en las inscripciones pompeyanas junto a las formas con omisión de la *t* las hallamos también con la sustitución por *d* [13], así *pedicaud* (= *pedicauit*) CIL VIII 2048, *dedid* (= *dedit*) CIL VIII 7093. Esta sonorización de la *t* final (de origen secundario) significa que vuelve a repetirse el mismo fenómeno que se produjo en el paleolatino y que determinó la sonorización de una *t* primitiva, cf. supra § **251.**

La sonorización de la *t* en el habla vulgar fue causa de vacilaciones y de grafías inversas y en consecuencia palabras que debían escribirse con *d*, aparecen escritas con *t* [14], así *quot, aput, set* (cf. CARNOY, p. 180). La insistencia misma con que los gramáticos (por ejemplo Ter. Scaur. VII, 11,8) dan normas ortográficas

---

11 GRANDGENT, § 285; PIDAL, § 62, 2; BATTISTI, p. 139.

12 Cf. RUBIO, Indices, p. 220 (*-d* deest).

13 BATTISTI, p. 139; GRANDGENT, § 285. Para ejemplos epigráficos, cf. RUBIO, Indices, p. 220 (*-t* > *-d*).

14 Para ejemplos, cf. RUBIO, Indices, p. 220 (*-d* > *-t*).

sobre la *t* final para evitar confusiones (como *ad* preposición, *at* conjunción), demuestran que en el habla vulgar la pronunciación era vacilante. Probablemente la causa principal de estas confusiones se debe a que ambas consonantes apenas se pronunciaban.

La oclusiva velar parece que en el habla vulgar también tenía una acusada tendencia a desaparecer [15]. Ya en las inscripciones pompeyanas son frecuentes grafías como *in ho* (= *hoc*) *titulo*, *hun* (= *hunc*) *monimento*, etc. Esta tendencia continuó en romance y así vemos que en español no se conserva, por ejemplo: *allá* < *ad illac*, *ni* < *nec*, *di* < *dic*.

3.—La consonante *m*, final de palabra [16]

253. La *m* final apenas sonaba y ello ya en el período inmediatamente anterior a la transmisión literaria; sin embargo, sus vibraciones nasales se transfirieron a la vocal anterior, la cual se nasalizaba y alargaba por compensación. Esta resonancia nasal era análoga a la que hoy en día tienen las vocales nasales en francés y portugués.

Esta apenas perceptible pronunciación de la *m* final se refleja claramente en las inscripciones antiguas, que omiten con mucha frecuencia la *m* final, tanto si la palabra siguiente empieza por vocal como consonante, así en la inscripción en honor de Cornelio Scipión, cónsul que fue en 259 (CIL I^2 9), leemos: *honc oino ploirume cosentiont R(omai) —duonoro optumo fuise uiro— Luciom Scipione* [17].

A principios del siglo II se produjo una reacción de tipo académico y purista contra esta pronunciación. Esta reacción repercutió también en las inscripciones, y así vemos que en la mayoría de las de carácter oficial correspondientes a este siglo aparece correctamente registrada la *m*. Sin embargo, el habla popular fue

---

[15] Grandgent, § 264; Battisti, pp. 140 y 224.

[16] Sommer, § 170, 3.°; Leumann, § 155; Pisani, § 129; Meillet-Vendryes, § 227; Juret, p. 214; Niedermann, § 54; Kieckers, p. 155; Cousin, p. 60.

[17] Para más ejemplos, cf. Rubio, Indices, p. 221 (*-m* deest).

poco afectado por esta reacción, como lo evidencia el hecho de que las inscripciones vulgares a partir de la época imperial omiten con mucha frecuencia esta letra, así en inscripciones pompeyanas leemos *naue pinxset* CIL I² 776, *Venere pompeianam propytia* CIL IV 4007. En las inscripciones hispanas los ejemplos son también numerosos [18]. Las lenguas romances [19] por su parte tampoco conservan la *m* final, salvo en algunos monosílabos, que por ser tales ofrecen una mayor resistencia, como *rem* > fr. *rien*, *tuum* > fr. *ton*, *quem* > esp. *quien*.

254. En el campo de la prosodia el tratamiento de la *m* final ofrece especiales modalidades que exigen una explicación. Es sabido que en poesía una *m* seguida de consonante alarga la vocal anterior: *magnūm populum*, y que seguida de vocal no contaba para nada e incluso se elidía la vocal anterior (así *aquam et* = *aqu'et; magnum amorem* = *magn'amorem*). Probablemente tanto en un caso como en el otro la *m* no se pronunciaba; pero cuando seguía vocal, *aqua*(*m*) *et*, se fusionaban ambas vocales en una sola (sinalefa, cf. § **188**); en cambio, cuando seguía una consonante, *magnu*(*m*) *populum*, no cabía la fusión con la vocal siguiente, pues ésta no existía, por lo cual en este caso continuaba la vocal que sonaba como larga, pero no por posición, sino por haberse transferido sobre ella las resonancias glotales que había dejado tras de sí la *m* al perderse.

255. El sonido especial que tenían las vocales finales como consecuencia de la pérdida de la *-m*, había ya sido observado por los gramáticos latinos, que se esforzaron en vano para definirlo y precisarlo, sin acabar de conseguirlo (cf. Quint., I 7, 23 y IX 4, 39, y Verrius Flaccus [20]). Sabemos también de diversas tentativas que se hicieron para introducir en la escritura

---

[18] Cf. Carnoy, pp. 200-221.
[19] Grandgent, § 309; Pidal, § 61, 1; Carnoy, p. 230 ss.
[20] Citado por Velius Longus VII, 80, 17.

un signo adecuado para representar la *-m* final como una media M o una M inclinada (≍).

4.—La consonante *s*, final de palabra [21]

256. En final de palabra la *s* se conserva cuando va precedida de vocal larga [22] (*equōs*, *terrās*, etc.); en cambio, si le antecede una vocal breve su persistencia depende del sonido con que se inicia la palabra subsiguiente. En efecto, se conserva si le sigue vocal (*magnŭs animus*); cae si le sigue consonante (*magnu(s) populus*). Fonéticamente esta diferencia en el tratamiento de la *s* final puede explicarse considerando que cuando iba precedida de una vocal larga se beneficiaba del mayor cuidado y esmero con que era pronunciada la vocal; en cambio, como las vocales breves eran pronunciadas en forma descuidada y relajada, esta relajación trascendió también sobre la *s*, la cual acabó por no pronunciarse cuando la palabra siguiente empezaba por consonante. La situación era diferente cuando seguía una vocal, pues en este caso formaba sílaba con ella (se silabeaba *mag-nu-sa-ni-mus*), con lo cual la *s* se hacía más resistente, pues en cierto modo pasaba de final de palabra a inicial. Esto explica su persistencia en estas circunstancias.

257. La caída de la *s* cuando iba precedida de vocal breve y seguida de consonante se refleja claramente en las inscripciones arcaicas de los siglos IV y III, en las que con frecuencia se omite la grabación de la *s*, por ejemplo: *L. Cornelio* (en vez de *Cornelius* o *Cornelios*) CIL I[2] 8, *tribunos militare* (en vez de *militaris*) CIL I[2] 48 [23].

---

[21] Sommer, § 170, 5.°; Niedermann, § 50; Kieckers, p. 156; Juret, p. 208; Maniet, § 62; Pisani, § 128; Meillet-Vendryes, § 228; Leumann, § 156; Battisti, § 88; Cousin, p. 61.

[22] No deja de ser sorprendente que en las mismas circunstancias una *d* final caiga. Una explicación fonética de esta anomalía puede verse en Maniet, p. 170.

[23] Para ejemplos, cf. Rubio, Indices, p. 222 (*-s* deest).

Concuerda esta peculiaridad de las viejas inscripciones con el hecho de que los antiguos poetas, en las condiciones reseñadas, con mucha frecuencia no computaban la *s* o, dicho en otras palabras, no contaban como larga la sílaba que la contenía; podían, por tanto, medir *corpŭs meum*, lo cual significa que pronunciaban *corpu(s) meum*, pues si la *s* se hubiese pronunciado con nitidez, la sílaba hubiera debido alargarse por ir la vocal seguida de dos consonantes. Lucrecio hace también bastante uso de esta libertad que se extingue en Catulo, el cual nos ofrece el último ejemplo, cf. 115,8.

Todo lo dicho evidencia que en latín arcaico caía la *s* en las condiciones reseñadas; no obstante, ya a finales del siglo III, se inicia también una reacción contra esta omisión de la *s*, volviendo a restablecerse la pronunciación de dicho sonido por lo menos en el lenguaje culto. Así, en las inscripciones oficiales del siglo II no se omite nunca. En el período clásico triunfa por completo esta tendencia, y dejar de pronunciar la *s* era considerado como indicio de poca cultura, cf. Cic., Orator 48 y 161. Los poetas clásicos, por su parte, tratan a la *s* como formando posición con la consonante siguiente y por tanto alargando la sílaba que la contiene.

La situación es diferente en el habla vulgar [24], pues no se pronunciaba, en las condiciones reseñadas, en muchas zonas del Imperio y así aparece omitida con frecuencia en las inscripciones, por ejemplo: *maritu* (en vez de *maritus*) CIL VII 3613, *ualea* (en vez de *ualeas*) CIL IV 2260.

Las lenguas romances discrepan entre sí; en efecto, el italiano y el rumano no la han conservado, en cambio en las otras lenguas persiste. Esta aparente anomalía se explica considerando que la pronunciación de la *s* irradiaba de las escuelas y por tanto es lógico que aquellos países que tuvieron que aprender el latín abandonando su lengua vernácula, se atuvieran más a las normas gramaticales que los propios

---

[24] GRANDGENT, § 298; PIDAL, § 62, 2.º; CARNOY, p. 179 ss.

habitantes de Italia, en que el latín era la lengua del pueblo. Por lo que atañe a Rumania, conviene recordar que la colonización se hizo por latinos de las clases bajas y en una época en que la enseñanza de las escuelas estaba en franca decadencia.

Apéndice

258. Se observa también una pérdida de la *s* final combinada con la caída de la vocal inicial de la sílaba siguiente (aféresis) [25] en aquellos casos en que la *s* iba seguida de *est* (verbo copulativo), así son frecuentes grafías como *mortuust*, *nobilest* en vez de *mortuus est*, *nobilis est*. Cuando sigue la forma *es* (segunda persona del sing.) se produce simplemente la pérdida de la vocal inicial del verbo, así *stultus's* en vez de *stultus es*.

Obsérvese que una forma como *nobilis est*, al sufrir los efectos de la aféresis, se presenta en tales casos como *nobilest*, con cambio por tanto del timbre de la vocal final. Esta grafía es la normal tratándose de adjetivos que terminan en *-is;* también es la más frecuente cuando se trata de sustantivos, aunque en este caso a veces persiste el timbre originario de la vocal; así, en los manuscritos de Plauto leemos a veces *Venerist*, *onerist*. No existe explicación satisfactoria, de ahí interpretaciones diversas: unos consideran que se trata simplemente de una influencia analógica de formas como *necess(e)est;* otros, en cambio, creen que al caer la *s* final la *i* quedaba en sílaba final abierta y en esta posición evolucionaba normalmente a *e* como *mari* pasa a *mare*, cf. § **129.**

La aféresis de la vocal inicial de la cópula se produce también cuando la palabra anterior terminaba en *m* [26], pero con la particularidad de que mientras en tales casos aparece en los manuscritos la grafía *bonumst* en vez de *bonum est*, en las inscripciones prevalece la grafía *bonust*, la cual refleja mejor la pronunciación real, pues, como es sabido, la *m* final no se pronunciaba.

---

[25] Sommer, p. 293; Leumann, pp. 174 y 175; Juret, p. 210; Pisani, § 142.

[26] Pisani, § 141; Sommer, pág. 293.

XXI

CONSONANTES DOBLES O GEMINADAS

1.—Geminación de consonantes

Sommer, § 118 ss.; Leumann, § 132 ss.; Kieckers, § 94; Juret, p. 153; Maniet, § 66; Niedermann, §§ 60-61; Pisani, § 75; Cousin, p. 59.

259. Generalmente la geminación es el resultado de la asimilación de dos consonantes; en tal caso se produce en forma regular y mecánica, y nos referiremos a ella al estudiar los grupos de consonantes [1]. Pero es el caso que las geminadas que aparecen en algunas palabras son a veces el resultado no del acoplamiento de dos consonantes, sino de un proceso que podríamos llamar interno o espontáneo, el cual se produce en forma irregular y esporádica. Estas geminaciones espontáneas —no las mecánicas resultado de una asimilación— constituirán el objeto de nuestro estudio en la primera parte de este capítulo.

Los ejemplos correspondientes a la geminación espontánea pueden clasificarse en dos grupos, de índole afectiva el uno y gramatical el otro.

a) *Geminación afectiva*

260. La geminación afectiva se observa en los siguientes casos:

1) Nombres propios. Es evidente que muchas veces pronunciamos estos nombres atribuyéndoles un

---

[1] Cf. § **272** ss.

énfasis especial; pues bien, este énfasis puede determinar la geminación de alguna de sus consonantes. Este fenómeno se observa especialmente cuando los nombres propios adoptan la forma de diminutivos, así en griego y en otras lenguas son frecuentes los diminutivos que presentan consonantes geminadas, por ejemplo Στράττις diminutivo de Στράτιππος. Esta pronunciación afectiva puede propagarse mecánicamente y persistir incluso cuando pronunciamos estos nombres sin énfasis alguno. Todo lo dicho explica que en latín aparezca un gran número de nombres propios con consonante geminada, así *Agrippa*, *Appius*, *Annius*, *Mummius*, *Varro*, etc.

El nombre de Júpiter aparece también generalmente con consonante geminada, o sea *Iuppiter*. En realidad es un primitivo vocativo (**dieu pater*, cf. gr. Ζεῦ πάτερ) usado en función de nominativo [2], el cual, por ser muy usado en las invocaciones, era pronunciado generalmente en forma enfática.

2) Muchos adjetivos que expresan defectos físicos o morales aparecen también con consonantes geminadas, probablemente porque eran usados como apodos burlescos o injuriosos, y por tanto se atribuía especial énfasis a su pronunciación, así tenemos *lippus* «legañoso», *cuppes* «goloso», *gibber* «jorobado», *flaccus* «delgado», *uorri* (derivado de *uorare*) «glotones».

3) También por razones afectivas se explica la geminación en palabras del lenguaje infantil, como *atta* «papá», *pappa* «papá», *mamma* «mamá».

4) Es también frecuente la geminación de índole afectiva en palabras onomatopeicas, como *hinnire* «relinchar», *gannire* «ladrar», *garrire* «charlar por los codos», etc.

b) *Geminación gramatical*

261. Existen bastantes palabras que presentan una consonante geminada de índole espontánea sin que

[2] El paso de vocativo a nominativo se observa también en español en palabras como *dómine*, *Yagüe* (< *Jacobe*), etc.

pueda descubrirse en la mayoría de los casos ninguna justificación de tipo afectivo. Se designa a estas geminadas con el nombre de geminadas gramaticales. Corresponden a esta categoría palabras como *littera*, *băcca*, *narro*, *mitto*, *gallus*, *canna*, etc.

Hasta el momento no se ha conseguido formular ninguna explicación satisfactoria que aclare el origen de estas geminadas, y por tanto debemos limitarnos a reseñar simplemente su existencia.

Algunas de las palabras de este grupo ofrecen la característica de que la consonante geminada va precedida de vocal breve. Existe incluso la sospecha de que derivan de una primitiva forma en que la consonante no era geminada e iba precedida de una vocal larga. Así: *lĭttera* < *lītera*, *mĭtto* < *mīto*, *cĭppus* < *cīpus*, *băcca* «baya» < *bāca*, *cŭppa* < *cūpa*. La existencia, no obstante, de estas primitivas formas es en unos casos dudosa, en otros se trata de palabras distintas; así los escasos testimonios que se citan de la grafía *lītera* no son seguros y se dan sólo en inscripciones arcaicas y pueden explicarse como consecuencia de un simple error del lapicida. Por tanto la única forma correcta será *lĭttera*. Incluso la evolución en romance corrobora esta grafía, cf. fr. *lettre*, esp. *letra* (con *e*, lo que presupone una *ĭ*). La forma *bāca* aparece sólo atestiguada por Prisciano. Las lenguas romances evidencian como correctas sólo las formas *mĭtto* (esp. *meter*), *cĭppus* (cf. esp. *cepo*). Las formas *cŭppa* y *cūpa* son dos palabras diferentes, como lo demuestra el hecho de que hayan evolucionado respectivamente a *copa* y *cuba*.

En las inscripciones y textos del latín tardío aparecen con frecuencia consonantes geminadas en palabras que etimológicamente deberían escribirse con consonante simple. El problema estriba en saber si estas geminaciones son simples errores ortográficos, probablemente ultracultismos, o si, por el contrario, son reflejo de una pronunciación geminada [3]. Es difícil llegar a

[3] Grandgent, §§ 162-4; Kieckers, p. 123; Leumann, p. 143.

conclusiones seguras a este respecto, pero parece que, por lo menos en la península apenina, estas grafías son reflejo auténtico de una pronunciación geminada, que acabó por imponerse en el habla popular; así en Italia es muy frecuente la geminación de una consonante en contacto con una *r*, por ejemplo *fabbro*, *febbre;* pues bien, en el latín vulgar tenemos inscripciones como *aggro* CIL III 2448, *frattre* CIL VIII, 111, etc.

La mayor propensión del italiano a geminar las consonantes se acusa claramente en palabras como *aqua*, que en Italia pasa a *acqua* (forma geminada), en español *agua* (forma no geminada); *rabies:* italiano *rabbia*, español *rabia*, etc.

2.—Simplificación de consonantes geminadas

262. Las consonantes geminadas tienen, en virtud de un fenómeno de disimilación, una acusada tendencia a simplificarse. Hemos empleado adrede la palabra 'tendencia', queriendo con ello indicar que no se trata de una evolución uniforme sino esporádica y sujeta a numerosas excepciones. Por ello, nos limitaremos sólo a señalar las circunstancias que parecen ser más favorables a la simplificación de las geminadas, sin que ello quiera decir que al darse tales circunstancias tenga que producirse necesariamente la simplificación. Como es siempre posible un error ortográfico, no pueden admitirse como pruebas de una simplificación de una geminada más que aquellas palabras respaldadas por una tradición casi unánime o que los gramáticos antiguos citan como a tales. Los ejemplos esporádicos no pueden ser tenidos en cuenta.

263. La simplificación de las geminadas se observa generalmente en los siguientes casos:

---

[4] Sommer, § 119; Leumann, §§ 130-132; Niedermann, § 63; Meillet-Vendryes, §§ 39-40; Maniet, § 43; Juret, p. 277 ss.; Pisani, § 79; Cousin, p. 59; Pidal, § 45.

1) Cuando van precedidas de vocal breve y seguidas de sílaba larga (por naturaleza o posición) y acentuada. Obsérvense las siguientes contraposiciones: *canna: canālis; currus: curūlis; mamma: mamīlla; saccus: sacēllus; farīna < farrina < farsina*, cf. *far, farris; omitto < ommitto < ob-mitto (mit-* es larga por posición). Las excepciones son, no obstante, numerosas; por ejemplo, *porrīgo, uerrūca, errōris, horrōris, gallīna*, etcétera. Algunas de estas anomalías podrían explicarse fácilmente, así *gallīna* por influencia de *gallŭs, errōris* por analogía con *errŏr;* los verbos compuestos por los simples, pero con todo quedan bastantes puntos dudosos.

2) Delante de consonante; así tenemos *pergo < *per-r(e)go; aspiro < asspiro < *ad-spiro; dispicio < *dis-specio; disto < *dis-sto.*

Las excepciones son también bastante numerosas. Se trata por lo general de reconstrucciones etimológicas destinadas a acusar mejor la naturaleza de los elementos que integran el compuesto, pero estas reconstrucciones carecen de valor fonético. Figuran entre estas excepciones palabras como *accresco, opprimo*, etc.

3) Después de consonante: *concidi < *conccidi < *conc(e)cidi; arsi < *arssi < *artsi < *ardsi*, cf. *ardĕo; sensi < *senssi < sent-si*, cf. *sentio*.

También en esta posición se registran abundantes excepciones debidas a restituciones analógicas, especialmente tratándose de verbos compuestos con el preverbio *ex*, por ejemplo *exsommio* en vez de *exommio, exspolio* en vez de *expolio*, etc.

4) Después de vocal larga o diptongo. Como ejemplos podemos citar *sēdulo* «lealmente» < **sed*[5] (= *sine*) *dolōd; sēcubo* «dormir en cama aparte» < **seccubo < *sed-cubo; sēparo < *sed-paro*.

264. Aunque la simplificación de la *s*[6] geminada se explica de acuerdo con lo dicho en el párrafo ante-

[5] La partícula *sēd* señala la separación, el alejamiento, la privación; cf. ERNOUT-MEILLET y WALDE-HOFMANN sub voce.

[6] SOMMER, p. 209; LEUMANN, § 130; MANIET, § 43; NIEDERMANN, § 65; JURET, p. 228; BATTISTI, p. 153; KIECKERS, p. 143.

rior, no obstante conviene desglosarla y estudiarla aparte tanto por su importancia como por ofrecer una mucho mayor regularidad. En efecto, por una parte se observa que también en este caso una *s* geminada precedida de vocal larga o diptongo se simplifica, como puede comprobarse, por ejemplos como los siguientes: *ūsa* < *uassa; mīsi* < *missī*, cf. *mĭtto; uiso* < *uisso*[7] < *ueidso; accūso* < *accusso*[8]; *causa* < *caussa; quaeso* < *quaesso*[8], etc.

No obstante, la simplificación de la *s* geminada es bastante tardía; por lo menos ortográficamente, persiste hasta principios de la época imperial. Según Quintiliano, I, 7,20, en tiempo de Cicerón y Virgilio se escribía todavía *cassus, diuissio, caussa*, y el sufijo *-osus* presentaba también una *s* geminada, por ej. *religiossus*. A la larga, no obstante, se impuso la simplificación, pero según Marius Victorinus (VI 8,6) la *s* procedente de *ss* tenía una pronunciación más enfática.

Por el contrario, la simplificación de la geminada *ss* no tenía lugar ni siquiera en la época imperial cuando la vocal precedente era breve por naturaleza, así *păssus* < *pat-tos*, cf. *patior; gĕssi*, cf. *gero; dĭssimilis* < *dis-similis*, etc. De ahí se infiere que siempre que en latín imperial aparece una palabra con *s* geminada podemos tener la seguridad de que la vocal precedente era breve por naturaleza. Algunas excepciones, como los infinitivos contractos *amāsse, delēsse, audīsse*, se explican por influencia de las formas no contractas respectivas (*amāuĭsse, deleuĭsse, audiuisse*).

265. También se observa alguna vacilación en la simplificación de la geminada *ll*[9]. Parece ser que se

---

[7] Formas atestiguadas en los manuscritos más antiguos de Plauto. La grafía con *s* no geminada que se da en otros manuscritos es resultado de una modernización de la escritura de los copistas posteriores.

[8] Forma atestiguada en los manuscritos antiguos de Plauto y en inscripciones.

[9] Maniet, § 47; Niedermann, § 66; Sommer, p. 209; Juret, p. 228.

simplifica cuando va precedida de vocal larga o diptongo y sigue una *i*. Obsérvense las siguientes contraposiciones: *mīlle, milia; uīlla, uilicus*. Quizá la persistencia de las formas geminadas se debió sólo al deseo de señalar que la *l* era palatal, cosa que no era necesaria cuando seguía una *i*, cf. § **217.**

B. GRUPOS DE CONSONANTES

XXII

GRUPOS DE CONSONANTES INICIALES DE PALABRAS

JURET, p. 168 ss.; KIECKERS, § 95; MANIET, § 64; PISANI, §§ 88 y 116-117, 124; LEUMANN, § 134 ss.; SOMMER, § 154, A, 1.

266. En el primitivo i. e. abundaban las palabras que empezaban con grupos de dos o más consonantes [1], pero ya en la última fase de este mismo idioma se observa una tendencia a la simplificación de estos grupos iniciales. La lengua latina continuará esta tendencia. En realidad los grupos que mejor se conservan son los que están integrados por una oclusiva seguida de líquida o vibrante (por ej.: *probus*, *plenus*, *tres*, *cluo*, *crimen*, *glomus*, *grandis*, etc.), o fricativa dental seguida de oclusiva (*sto*, *spatium*, *scandeo*, etc.). Los restantes grupos dan muestra de una mayor inestabilidad y en general acostumbran a simplificarse mediante la eliminación de la primera consonante (o de las dos primeras en grupos iniciales de tres consonantes). Tan sólo los grupos iniciales *du̯* y *sr* presentan una evolución distinta.

1. — SIMPLIFICACIÓN DE GRUPOS DE DOS CONSONANTES INICIALES

267. Esta reducción se operó (salvo el grupo *gn-*) en épocas muy remotas y por tanto sólo la compara-

[1] BRUGMANN, § 353 B.

ción con las lenguas afines nos permite reconstruir el grupo inicial. Desde el punto de vista estrictamente latino estas simplificaciones no ejercieron ninguna influencia en la evolución ulterior de la palabra. La determinación, por tanto, de estos grupos iniciales tiene un interés simplemente etimológico. Por este motivo nos limitaremos sólo a reseñar alguno de estos cambios sin pretender agotar la materia.

a) La primera consonante es una oclusiva:

d + *i̯* > *i̯*: *Iuppiter*[2] < **dieu pəter*, cf. gr. Ζεῦ πάτερ
t + *l̥* > *l*: *lātus* (part. perf. del verbo *tollo*) < **tlātos*, cf. gr. τλατός «soportable».
g + *n* > *n*: *natus* < *gnatus*.
p + *t* > *t*: *tilia* < **ptelea* «tilo», cf. gr. πτελέα.
p + *s* > *s*: *sabulum* «arena gruesa» < **psaflom*, cf. gr. ψαμμός «arena» < ψαφμός, cf. ψῆφος.
k + *s* > *s*: *sentis* «zarzal, espino» < *ksentis*, cf. gr. ξαίνω «raspar».

b) El primer elemento es una fricativa:

s + *l* > *l*: *lubricus* < **slubricus*, cf. gót. *sliupan* «deslizarse».
s + *n* > *n*: *nurus* «nuera» < **snusos*, cf. scr. *snuṣa* «nuera».

c) El primer elemento es una semivocal:

u̯ + *r* > *r*: *radix* < *u̯rādix*[3], cf. gót. *waurts* «raíz».
u̯ + *l* > *l*: *lana* < *u̯lāna*[3], cf. scr. *urna*, lit. *uilna* «lana».

Salta a la vista que la simplificación en los grupos de dos consonantes iniciales ha sido más radical que en el interior de la palabra, en donde persisten muchos de los grupos que en situación inicial se simplifican, por ej.: (*p*)*sabulum*: *ipse*; (*k*)*sentis*: *axis*; (*p*)*tilia*: *aptus*; (*g*)*natus*: *agnus*, etc. La razón de esta discrepancia se debe probablemente al sandhi, o sea, a la in-

---

[2] Cf. § **201.** Varrón (*L. L.* 5,66) nos ha conservado la forma *Diouis*.

[3] Para la correcta interpretación de estos ejemplos, cf. § **84.**

fluencia que sobre los grupos de consonantes iniciales ejercían las palabras que les precedían cuando terminaban en consonante, pues en tal caso se producía una confluencia de tres consonantes.

268. Especial atención merece el grupo inicial *gn-*, por ser el único cuya simplificación se produjo en época histórica, pues en inscripciones muy antiguas subsiste todavía [4]. Sin embargo, ya en el siglo II a. de J. C., se observa una vacilación entre las grafías *gn-* y *n-*, hasta que a la postre se impuso la última, salvo en el prenombre *Gnaeus*. Por todo ello es de presumir que a principios de este siglo o a últimos del anterior se había operado en la pronunciación la simplificación de este grupo; por tanto, las grafías posteriores en forma de *gn-* deben ser consideradas como simples reconstrucciones analógicas inspiradas en palabras como *cognosco* y *prognatus*, en que por hallarse el grupo en interior de palabra subsiste correctamente. También como resultado de una reconstrucción se explica la palabra *gnarus*. Fonéticamente hubiera debido dar *narus*, pero por influencia del compuesto *ignarus* mantuvo o restableció el grupo originario. Obsérvese, en cambio, que el verbo *narro*, denominativo derivado de *gnarus*, no conserva la *g* inicial, probablemente porque al adquirir una acepción distinta escapó a la influencia de dicho adjetivo. El participio *natus* (< *gnatus*) «nacido» puede sustantivarse y significa «hijo». Los escritores escénicos suelen usar en el primer caso (participio) la forma *natus* y en el segundo (sustantivo), *gnatus*. A la postre prevaleció la forma *natus* «hijo», pero algunos escritores, incluso de la época clásica, exhumaron la forma *gnatus* cuando querían dar a la frase un tono arcaizante.

Las formas *agnomen* y *cognomen* son fonéticamente incorrectas. Se trata, evidentemente, de dos palabras compuestas que se remontan a *ad-nomen* y *con-nomen*, por tanto la *g* es intrusa, pues *nomen* no deriva de *gnomen*, como lo evidencia el testimonio de las

---

[4] Cf. RUBIO, 21, 24, 31.

lenguas afines, así en scr. *nāma* «nombre», gr. ὄ-νομα (con prótesis). Se trata de una reconstrucción etimológica inspirada en el modelo de *nosco: cognosco*.

2.—Simplificación de grupos de tres consonantes iniciales

269. Se mantienen los grupos *spl-* (*splendeo*) y *str-* (*strenuus*), en cambio el grupo *stl-* se simplifica en el siglo III con la pérdida de las dos consonantes iniciales (*stl* > *l*). No obstante, quedan todavía numerosos vestigios de la primitiva grafía conservada por los gramáticos latinos y en las inscripciones [5]. También la palabra *lis* «proceso» deriva de *stlis*, grafía que se conserva como forma estereotipada en la titulatura de los cargos públicos, por ej.: *Xuiri stlitibus iudicandis*. El grupo *stl-* aparece asimismo conservado en algunas palabras, como *stlembus* «lento», *stlātarius* «traído en barco, caro», *stloppus* «ruido que se produce cuando se golpea sobre la mejilla hinchada». Parece, sin embargo, que se trata de dialectalismos.

Ya explicaremos que en interior de palabra el grupo *-tl-* evoluciona a *cl*, cf. § **280.** De acuerdo con esta tendencia se comprende que a veces también el grupo inicial *stl-* aparezca en forma de *scl-*, así *sclitibus* en vez de *stlitibus*, *scloppus* en vez de *stloppus*. Precisamente esta pronunciación es la que ha persistido en catalán, *esclop*.

3.—Los grupos *du̯* y *sr*

270. Ya hemos indicado que estos grupos experimentaron una evolución distinta. En efecto, la simplificación del grupo *du̯* [6] se consiguió no con la supresión de la primera consonante, sino fusionando las dos

---

[5] Festo, § 312; Quintiliano, I, 4,16. Testimonios epigráficos Dessau, Indices, III², p. 833.

[6] Maniet, § 29, 1.º; Meillet-Vendryes, § 155; Pisani, § 88; Niedermann, § 92; Sommer, § 127 b; Leumann, § 136; Kieckers, p. 124.

consonantes en un nuevo fonema, por tanto *du̯-* > *b*. Esta evolución la demuestran ejemplos como los siguientes:

> *bis* < *du̯is*, cf. scr. *dviḥ* «dos veces», gr. δίς<δϝίς[7].
> *bene* < *du̯enēd*[8]
> *bonus* < *du̯onus*, *du̯enos*[8]
> *bellum* < *du̯ellum*[9].

El paso de *du̯-* a *b* se explica fonéticamente considerando que el redondeamiento de los labios que exige la pronunciación de la *u* se anticipa al articularse la *d*, con lo cual ésta se hizo labial, de dónde *bu-*; más tarde, como la *b* y la *u* son sonidos muy afines, se prescindió del segundo.

Por lo que atañe a la cronología de este cambio, podemos deducir de un pasaje de San Jerónimo (Adu. Iouin. 1, 46), que en tiempo de Duillius, cónsul en el 260, a. de J. C., empezó a generalizarse en la escritura la grafía *b* en vez de *du-*. Por tanto, dado el carácter más conservador de la ortografía, no será muy aventurado creer que en la pronunciación este cambio se habría ya operado a principios del siglo III.

Por lo que se refiere al grupo *sr* inicial[10] se convierte en *fr;* así *frigus* < **srigos*, cf. WALDE, sub voce. Para una explicación fonética de este cambio, cf. § **280** b.

---

[7] La forma *duis* aparece atestiguada por Cicerón. Se relaciona por tanto con *duo*. La diferencia se debe a que en *duis* la *u* actuaba como semivocal, en cambio en *duo* mantiene su carácter vocálico desarrollando una *u* de transición, o sea *duu̯o*. Cf. § **201**.

[8] Las palabras *bene* y *bonus*, a pesar de la diferencia de vocalismo, derivan ambas de *du̯enēd* y *du̯enos*, respectivamente. En el primer caso persiste la primera *e;* en el segundo se convierte en *o* por influencia asimilatoria de la *o* que le sigue. Las formas primitivas *duenos* y *duonos* aparecen atestiguadas epigráficamente; cf. RUBIO, Indices, p. **220** (*du-* servatur), y DESSAU, III[2], Indices, p. **812**.

[9] La primitiva forma *duellum* se conserva en palabras como *perduellis*, *duellis*, *Duellona*. Para ejemplos epigráficos, cf. final nota precedente.

[10] Sobre la evolución de este grupo en posición interior cf. § **280** b.

XXIII

GRUPOS DE CONSONANTES INTERIORES DE PALABRAS[1]

KRAHE, p. 96; LEUMANN, § 33; KIECKERS, § 95; SOMMER, § 125 ss.; NIEDERMANN, § 67; MEILLET-VENDRYES, § 126 ss.; PISANI, § 81; JURET, p. 108 ss.; COUSIN, p. 55.

Generalmente los grupos de consonantes interiores constan de dos elementos; sin embargo, existen también grupos de tres e incluso de cuatro o más consonantes. Estudiaremos por separado cada uno de estos tres grupos.

Los grupos de consonantes interiores son muy numerosos y heterogéneos, de ahí que la ordenación y clasificación del material sea difícil y complejo y que pueda hacerse desde puntos de vista muy diferentes. En este Manual se toma como punto de referencia el resultado de la evolución a que llegan las consonantes en contacto.

A) Grupos de dos consonantes

271. Atendiendo, como hemos dicho, al resultado de la evolución de dos consonantes en contacto, estableceremos los siguientes grupos:

I. Las consonantes se asimilan[2].

II. Cae una de las consonantes como resultado de una asimilación previa.

III. Se acentúan las diferencias entre las dos consonantes (Diferenciación).

---

[1] Sobre el tratamiento de los grupos de consonantes en fin y principio de palabra, cf. capitulos XXV y XXII.

[2] Sobre los procesos de asimilación y diferenciación, cf. §§ 21 a 33.

IV. Surge un sonido nuevo de la pérdida de las dos consonantes.

V. Apéndice.

I. Las consonantes se asimilan

1.—Asimilación total regresiva [3]

272. a) *El primer elemento es una sonante.*

α) *rl* > *ll: stella* < **ster-la*, cf. gr. ἀστήρ; *agèllus* < **ager-los* < **agro-los; ampulla* < **ampor-la* < **ampor(e)-la* (diminutivo de *amp(h)ora*).

En el habla vulgar aparece a veces una *r* asimilada a una *n* o *s* subsiguiente, así *pessicum* < *persicum; Perpenna* < *Perperna*.

β) *nr* > *rr*. Los ejemplos sólo se dan en compuestos verbales cuyo primer elemento sean los preverbios *con* o *in: corripio* < **conrapio; irruo* < **inruo; irritus* < *inritus*.

γ) *nl* > *ll: corolla* < **coron(o)la* diminutivo de *corona; uillum* «vinito» < **uin(o)lom; illicio* < **in-lacio; illepidus* < *in-lepidus*.

δ) *nm* > *mm*. Esta asimilación sólo se observa en compuestos con el preverbio *in: immemor* < *inmemor; immineo* < *inmineo*.

Con frecuencia aparecen atestiguadas las formas no asimiladas *inmemor, inmineo*, pero se trata de simples restituciones analógicas.

Una *m* geminada seguida de vocal larga hubiera debido simplificarse de acuerdo con las reglas que determinan la simplificación de las geminadas, cf. § **263;** no obstante, es muy frecuente su persistencia, por ej. *immuto, immitis*, debido a influencias analógicas.

---

[3] Sommer, § 152 A; Kieckers, pp. **140-41**; Niedermann, § 79 ss.; Leumann, pp. **148-9**; Maniet, § 12; Pisani, § 82.

273. b) *El primer elemento es una oclusiva.*

α) Una oclusiva labial o dental es asimilada a una oclusiva velar subsiguiente: *p, b, t, d + g > gg; p, b, t, d + c > cc.* Ejemplos: *suggero < subgero; succido < *subcado; aggero < adgero; hoc < hocc < hocce < hodce.*

Con frecuencia aparecen también atestiguadas las formas no asimiladas, por ejemplo *obgero, subgero, quidquam, idcirco.* Se trata de recomposiciones analógicas.

β) Una oclusiva dental es asimilada a una oclusiva labial siguiente: *d, t + p > pp.* Ejemplos: *quippe < quidpe; appello < adpello.*

Teóricamente los grupos *d, t, + b* deberían evolucionar también a *bb,* pero faltan ejemplos.

γ) En el habla vulgar una oclusiva labial o velar es asimilada a una oclusiva dental siguiente: *p, c + t > tt.* En las inscripciones se lee a veces *Settembris = Septembris* CIL XI 2885, *otimo = optimo* CIL VIII 466, *Vitoria = Victoria* CIL I² 550.

δ) *dl > ll: sella < *sed-la,* cf. *sedere, alloquor < adloquor; lapillus < *lapid(e)lus,* cf. *lapis.*

ε) Una oclusiva dental o labial es asimilada a una *f* subsiguiente: *p, t, b + f > ff.* Ejemplos: *officina < *op(i)ficina; affero < adfero.*

ζ) Una oclusiva dental o labial es asimilada a una *m* subsiguiente: *p, b, t, d + m > mm.* Ejemplos: *summus < *sup-mos,* cf. *super* y scr. *upamáh* «el más alto»; *summoueo < submoueo; rāmentum < rammentum < *radmentum,* cf. *rado.*

No existen ejemplos seguros del grupo *-tm-*. Con frecuencia aparecen también atestiguadas las formas no asimiladas, como *admoueo, submoueo.* Se trata de recomposiciones analógicas.

La doble *-mm-* resultante de la asimilación queda reducida a una sola *m* cuando concurren las circunstancias que determinan la simplificación de las geminadas, cf. § **263.**

η) Una oclusiva dental es asimilada a una *n* subsiguiente: *t, d + n > nn*. Ejemplos: *uannus* «zaranda» < **uat-nos*, cf. el diminutivo *uatillum* < **u̯atn̥lom* [3 bis] < **u̯at-no-lom; annus* «año» < **atnos*, cf. gót. *aþnam; mercē(n)narius* < **merced-narius*, cf. *merces, mercedis; annuo* < *ad-nuo*.

ϑ) Una oclusiva dental se convierte en *s* delante de una *s* subsiguiente: *t, d + s > ss*. La geminada resultante de la asimilación se simplifica de acuerdo con lo expuesto al tratar de la simplificación de las geminadas, cf. § **263**. Ejemplos: *sensi* < **sent-si*, cf. *sentio; concussi* < **concut-si*, cf. *concutio; diuisit* < *diuissit* < **diuid-sit*, cf. *diuido*.

274. c) *El primer elemento es una* s.

Este grupo ofrece un solo caso de asimilación representado por *s* seguida de *f*. En tal caso *sf > ff*: *difficilis* < **dis-ficilis; differo* < **disfero*.

2. Asimilación total progresiva

275. Los ejemplos son escasos, debido a que las consonantes finales de sílaba tienen menos sonoridad que las iniciales, cf. § **306**. En todos los casos la primera consonante es una sonante. Como segundo elemento no aparece nunca en el lenguaje clásico una oclusiva.

a) *ln > ll*. Para explicarnos presentes como *pello, tollo* (con doble *l*) en oposición a sus perfectos *pepuli, tetuli*, se considera que están formados con una nasal infija (cf. *cer-n-o, ster-n-o*), por tanto derivan de *pel-n-o, tol-n-o*, respectivamente, con *n* asimilada. Esta asimilación se comprueba también en sustantivos, así *collis* < **colnis*, cf. lit. *kalnas*.

Se observa, no obstante, en bastantes palabras la persistencia del grupo *ln*, así *ulna, alnus, uolnus*, etc.

[3 bis] El grupo *n̥l* evolucionó generalmente a *ill* (cf. § **164**).

La comparación con las lenguas afines demuestra que originariamente las dos consonantes estaban separadas por otro sonido; así, por ejemplo, *ulna* < **olena*, cf. gr. ὠλένη. De ahí se infiere que la asimilación sólo se producía en épocas muy arcaicas; cuando, por el contrario, el contacto entre los dos sonidos que estudiamos era más reciente no se producía la asimilación.

b) *ls* > *ll*: *uelle* < **uel-se*, cf. *es-se*; *collus* < **colsus*, cf. gót. *Hals*; *facillimus* < **facilsimus*.

En las palabras latinas en que aparece el grupo *ls*, éste es de origen secundario, tal es el caso de perfectos como *fulsi* < **fulcsi*, cf. *fulgeo*; *mulsi* < **mulcsi*, cf. *mulgeo*.

c) *rs* > *rr*. Ejemplos: *ferre* < **fer-se*, cf. *es-se*; *torreo* < **torseio*, causativo formado sobre la raíz **ters-* «secar», cf. gr. hom. τέρσεται «se seca».

También en este caso algunas palabras conservan este grupo por haber entrado las consonantes secundariamente en contacto, tal es el caso de *uersus* < **u̯r̥t-tos* [4], *ursus* < *u̯r̥csos*, cf. scr. *r̥kṣaḥ*, gr. ἄρκτος.

En el habla vulgar aparecen esporádicamente otros casos de asimilación total progresiva que reflejan sólo pronunciaciones dialectales. Figuran entre éstas el cambio *nd* > *nn*, por ejemplo *Uerecunnus* < *Uerecundus*, *mb* > *mm*: *commuratur* < *comburatur*; *mn* > *m*(*m*): *dome* < *dom*(*i*)*nae*.

3.—Asimilación parcial regresiva [5]

En este caso la asimilación afecta sólo a algunas características de la articulación y concretamente a la intervención de las cuerdas vocales (sonoridad), a la nasalización o al punto de articulación.

276. a) *La asimilación afecta a la sonoridad* [5 bis].
α) Toda oclusiva sonora se convierte en sorda de-

[4] Sobre el paso de *t*+*t* > *ss* > *s*, cf. § 282.
[5] Sommer, p. 268 B; Niedermann, § 82 ss.; Kieckers, pp. 122-4; Maniet, §§ 22-23; Leumann, pp. 163, 166 y 168; Pisani, § 83.
[5 bis] Krahe, § 33; Sommer, pp. 268, 2 b α y 216, 246; Niedermann, § 70; Maniet, § 24; Leumann § 142; Kieckers, § 96; Pisani, § 81; Juret, p. 79 ss.

lante de una consonante sorda: *ago: actus; tego: tectus; nubo: nupsi; scribo: scripsi*, etc.

La ortografía tradicional registra con frecuencia una sonora en contacto con una sorda, así *obtineo, subtilis*, etcétera, pero estas grafías no tienen nigún valor fonético, como no lo tienen en final de palabra *plebs, urbs*, pues sabemos por el testimonio de los antiguos autores que los romanos pronunciaban en tales casos *optineo, suptilis, pleps, urps*, etc. La presencia de las consonantes sonoras se debe generalmente a influencias analógicas, así *urbs* y *plebs* por influencia de *urbis* y *plebis; obtineo* y *subtilis*, por analogía con otras palabras compuestas en que la sonora final del primer elemento persistía por empezar el segundo también en sonora, por ejemplo *obduco, subdurus*, etc.

β) Como contraposición a lo expuesto en el párrafo anterior, las consonantes sordas se convierten en sonoras delante de oclusivas sonoras (orales y nasales): *segmentum* < *sec-mentum*, cf. *seco; dignus* < *dec-nos*, cf. *decet; obdo* «pongo, echo» < *op-do* [6].

El paso de sorda a sonora se operó con anterioridad a la transmisión literaria y fue seguido muchas veces de otros cambios, por lo cual no es siempre fácil la restitución del grupo primitivo, pues escapa a un examen superficial de la palabra; además el cambio de sorda a sonora acostumbra a ir seguido de la caída de este último sonido, cf. § **279**, por ejemplo *nīdus* < **nizdos* < **ni-sed-os*, cf. *sedere; idem* < **izdem* < **isdem*, cf. *is*. Como puede observarse no quedan, en la forma como han sido transmitidas estas palabras, rastros de las etapas intermedias. También una oclusiva labial o dental sorda seguidas de nasal se convertían en sonora, así *somnus* < **sobnos* < **sop-nos*, cf. *sopor*, pero tampoco quedan rastros de la etapa intermedia (sonorización de la *p*). De ahí se infiere que en la mayoría de los casos sólo la gramática histórica nos permite averiguar la existencia de estos cambios.

---

[6] La preposición *ob* deriva de *op(i)*; cf. scr. *api*, gr. ἐπί (con alternancia *e* en vez de *o*). Cf. § **251**.

277. b) *La asimilación afecta a la nasalidad*[7].

Las oclusivas sonoras no dentales en contacto con una *n* siguiente se convierten en nasales de su propio órgano. Las sordas experimentan igual evolución, pero necesitan antes convertirse en sonoras, de acuerdo con el párrafo anterior. En consecuencia, *bn* > *mn; gn* > *ŋn*[8]; *pn* > *bn* > *mn; cn* > *gn*[8] > *ŋn: somnus* < _*sob-nus_ < _*sop-nos_, cf. *sopor* y gr. ὕπνος; *scamnum* «escaño, taburete» < *scab-nom*, la primitiva sonora se conserva en el diminutivo *scabellum*[9]; *Samnium* < *Sabnium*, cf. *Sabini*, *Sabelli*, etc.; *dignus* (se pronunciaba *diŋnus*) < *dec-nos*, cf. *decet; lignum* (se pronunciaba *liŋnum*) < *leg-nom*, cf. *lego* «recoger, amontonar», etc.

La asimilación de una oclusiva dental en contacto con una *n* es total, cf. § **273**, *η*.

278. c) *La asimilación afecta al punto de articulación*[10].

Las nasales en contacto con oclusivas o *s* adoptan el punto de articulación de estas últimas. En consecuencia, *np*, *nb* > *mp*, *mb; mt*, *md* > *nt*, *nd; nk*, *ng* > *nk*, *ng* (pronunciar *ŋk*, *ŋg*); *ms* > *ns: impono* < *in-pono; imbellis* < *in-bellis; ingero* (se pronunciaba *iŋgero*) < *ingero; princeps* (se pronunciaba *priŋceps*) < *prim(o)ceps; eumdem* > *eundem; quamdiu* > *quandiu; tamdem* > *tandem*.

La mayoría de los ejemplos del paso de *ms* a *ns* corresponden a palabras compuestas de origen relativa-

---

[7] Sommer, pp. 268, 2 b β y 232, 233; Maniet, § 25; Leumann, p. 154 ss.; Juret, p. 180; Kieckers, p. 135,6; Pisani, § 86; Niedermann, § 76.

[8] En la pronunciación el producto asimilado suena *ŋn*, aun cuando en la escritura se escribe *gn*.

[9] Diminutivo *scabn(e)lom* > *scabllon* > *scabellum*. Cf. p. 238, nota 3 b.

[10] Sommer, p. 268, 2 a, β; Niedermann, § 89; Kieckers, § 131; Pisani, § 87; Leumann, § 150; Juret, p. 182; Maniet, § 26.

mente reciente [11], así *conseruus* < *comseruus; conspicuus* < *comspicuus; extrinsecus* < *extrimsecus*, etc.

Las excepciones se explican sin dificultad como resultado de influencias analógicas, tal es el caso de *quamdiu, uerumtamen*, etc. A veces entre la *m* y la *s* se intercala una *p* epentética, por ejemplo *sum-p-si*, cf. § **281**.

En la época de la República y en el latín tardío, una *n* en contacto con *f* aparece representada a veces por *m*, así *comfluont* CIL I^2 584; *imfelix* CIL IX 871. Sobre la pronunciación real de este grupo, cf. § **244**.

II. Cae una consonante

279. 1) Una *d* en contacto con una *ṷ* cae [12], así *suāuis* < **sṷadṷ-is;* cf. scr. *svāduḥ* y fem. *svadvī*, gr. ἡδύς < σϝηδύς.

2) Una *s* en contacto con una consonante sonora (oclusiva, líquida, nasal, semivocal) se sonoriza (salvo tratándose de los grupos antiguos *sg, sr*), y luego desaparece alargando por compensación (cf. § **145**) la vocal anterior [13]: *prīmus* < **priz-mos*, cf. *priscus; īdem* < **izdem* < **ĭs-dem; nīdum* < **nizdum*, cf. § **240**; *trēdecim* < **trezdecim* < **tres-decim; ăēnus* < **aiesnos*, cf. umbro dat.-abl. *ahesnes*.

Fenómeno análogo se observa en los compuestos formados con el preverbio *dis-* cuando el verbo simple empieza con una consonante sonora, así *dīligo* < **disligo, dīmitto* < **dismitto, dīiudico* < **disiudico*. Las reconstrucciones analógicas son, no obstante, frecuentes, así *disiungo*. Persiste, en cambio, la *s* final del preverbio cuando la raíz verbal empieza por una sorda, así *distorqueo, dispono, disputo*, etc.

Contrariamente a la regla que acabamos de formular, *s+g* evoluciona a *rg*, así *mergo* deriva de *mezgo*,

---

[11] Como palabra antigua tenemos *ansa* < **amsa;* cf. ERNOUT-MEILLET, sub voce.

[12] LEUMANN, p. 156; SOMMER, p. 223; KIECKERS, p. 134; MANIET, p. 63.

[13] LEUMANN, p. 144; SOMMER, p. 271,6; ERNOUT, § 98; KIECKERS, p. 132; PISANI, § 91; JURET, p. 186.

como lo evidencia el lituano *mazgóti*[14]. Cuando el contacto de estos sonidos se establece en fecha más cercana, como sucede con los compuestos verbales, la evolución es normal, así *disgero* > *dīgero*, lo mismo que *dīmitto*.

Sobre el tratamiento del grupo *sr*, cf. § **280** b.

3) Una *n* en contacto con una *s* o *f* tiene también una acusada tendencia a desaparecer en el habla vulgar, así *consul* y *confer* se pronunciaban *co(n)sul* y *co(n)fer*, respectivamente. Sobre este cambio, cf. § **146**.

III. Las consonantes se diferencian

La diferenciación puede presentarse bajo un doble aspecto: acentuándose la diferencia existente entre los sonidos en contacto, o bien desarrollándose entre ellos una consonante epentética.

1.—Se acentúa la diferencia entre los sonidos

280. a) El grupo *tl* en situación interior se convierte en *cl*[15]; así, *poc(u)lum* < **potlum*, cf. scr. *pā-tram* «copa»; *anclare* «sacar, extraer» deriva del griego ἀντλεῖν.

Tanto la *t* como la *l* se articulaban apoyando la lengua contra los alvéolos; la semejanza de esta articulación resultaba un poco enojosa y existía el peligro de que desembocase en una asimilación (*tl* > *ll*), para evitarla, la lengua al pronunciar la *t* se retiró un poco hacia arriba alcanzando la articulación de la *c*.

b) El grupo *sr* se convierte en *br* en posición interior[16]: *funebris* < **funesris*, cf. *funestus*; *muliebris* < *muliesris*[17].

---

[14] Significa este verbo de carácter iterativo «sumergirse varias veces en el agua», de dónde «lavarse»; cf. Ernout-Meillet, sub voce.

[15] Maniet, § 36, b; Sommer, p. 228; Leumann, § 143; Kieckers, p. 139; Juret, p. 119.

[16] Maniet, § 36, a; Leumann, § 144, d; Meillet-Vendryes, § 128; Niedermann, § 96; Pisani, § 114; Sommer, p. 226.

[17] El nominativo de *mulier* era originariamente *mulies*. Sobre la evolución *sr* > *fr* en posición inicial, cf. § **270**.

La *s* y *r* tienen un punto de articulación próximo; existe, por tanto, el peligro de una asimilación (*sr* > *rr*); para evitarla, la lengua se desplaza al punto de conjunción de los incisivos superiores e inferiores, dando con ello lugar a una fricativa interdental sorda con sonido análogo al de la *th* inglesa. No existiendo en latín un sonido análogo, lo sustituyeron por *f* en sílaba inicial. En situación interior este sonido se sonorizó en *b*.

2.—Se desarrolla una consonante epentética [18]

281. En interior de palabra entre una *m* y una *l*, *s* o *t*, se desarrolla el sonido intermedio *p*. En consecuencia, *ml* > *mpl*, *ms* > *mps*, *mt* > *mpt*. Los ejemplos correspondientes al primer grupo (*ml*) son antiguos, así *exemplum* < **exemlom*, cf. *eximo; ampla* «asa» < **amla*, cf. *ansa* < **amsa*. Los ejemplos de los grupos restantes (*ms*, *mt*) son relativamente recientes. Originariamente estos grupos habían evolucionado a *ns* y *nt*, pero por influencia del paradigma volvió a restablecerse la labial, y fue en este momento cuando surgió la *p* epentética, así tenemos que el participio del verbo *emo* era originariamente *em-tos*, de donde *entos* (como *centum*, cf. § **278**), pero por influencia de las restantes formas del paradigma se restableció la labial, de donde de nuevo *em-tos*. Mas como el grupo no podía fonéticamente mantenerse, surgió una *p* epentética, o sea *emptos*. A tenor de lo dicho, deben interpretarse los siguientes ejemplos: *sumpsi* < **sum-si*, cf. *sumo; dempsi* < **dem-si*, cf. *demo; sumptus* < **sum-tos*, cf. *sumo; comptus* < **com-tos*, cf. *como*.

En el latín vulgar aparece también a veces una *p* epentética entre una *m* y una *n*, así *contempnit*, *dampnum*.

---

18 Sommer, § 157; Niedermann, § 97; Maniet, § 37; Juret, p. 182; Kieckers, pp. 131, 141, 143; Meillet-Vendryes, §§ 121 y 128; Pisani, § 88.

IV. Se origina de la pérdida de dos consonantes un sonido nuevo y diferente[19]

282. Una oclusiva dental seguida de *t* desarrollaba en i. e. una *s* epentética; en consecuencia, los grupos *d+t(h)*, *t+t(h)* > *tst(h)*. Las lenguas derivadas evolucionaron en forma distinta: en latín, como consecuencia de una asimilación progresiva y regresiva a la vez, *tst* se convierte en *ss*; en griego se pierde la primera oclusiva, con lo cual *tst(h)* > *st(h)*; en sánscrito cae la *s* epentética, restableciéndose el grupo originario, o sea, *tst(h)* > *tt(h)*. He aquí algunas palabras latinas en las que puede observarse este cambio: *cassus* «caída» < **cadstos* < **cad-tos*, cf. *cadere; sessus* «sentado» < **sedstos* < **sed-tos*, cf. *sedere; pensus* < **pendstos* < **pend-tos*, cf. *pendo; messus* < **metstos* < **met-tos*, cf. *meto; passus* < **patstos* < **pat-tos*, cf. *patior; usus* < **oitstos* < *oit-tos*, cf. *utor* < **oitor*.

Cuando a la segunda dental seguía una *r*, o sea *t+tr*, el grupo evolucionaba a *str*, o sea, la primera oclusiva se perdía; así: *rastrum* «rastrillo» < **rad-tro-m*, cf. *rado* «raspar»; *claustrum* < **claud-tro-m*, cf. *claudo*.

Es cierto que existen en latín palabras con dos oclusivas dentales en contacto (*d-t*, *t-t*), pero razones especiales explican siempre la persistencia de estos grupos:

a) Generalmente se trata de verbos compuestos con el preverbio *ad*, por ejemplo *attenuo* < *ad-tenuo; attendo* < *ad-tendo; attingo* < *ad-tingo*, etc. La influencia analógica de los verbos simples explica que los compuestos no hayan evolucionado normalmente, pues en tal caso se hubiesen distanciado demasiado unos de otros (*adtingo* hubiera evolucionado a *assingo*).

b) Tampoco cuando las dentales en contacto son el

---

19 Krahe, p. 97; Kieckers, p. 128; Leumann, § 142, b; Meillet-Vendryes, § 118; Niedermann, § 92; Pisani, § 85; Sommer, p. 241.

producto de una geminación espontánea (cf. §§ **259-261**), se verifica el cambio a que hemos aludido. Esto explica la persistencia de dos dentales en contacto en palabras como *atta*, *littera*, *mitto*, etc.

La doble *s* resultante de la evolución a que nos referimos se simplifica en una *s* simple cuando va precedida de vocal larga, según hemos ya estudiado al referirnos a la simplificación de las consonantes geminadas, cf. § **264**.

V. Apéndice [20]

283. Dos consonantes en contacto pueden intercambiar su posición, o sea, ocupar la una el sitio de la otra (metátesis), cf. § **300**. Este cambio no puede situarse en el mismo plano que los ya aludidos, por darse sólo en formas muy esporádicas. Los ejemplos en latín clásico son escasos. Sólo con el estudio de la gramática comparada puede demostrarse que *uespa* y *fundus* derivan de *uepsa* y *fudnus*.

---

[20] SOMMER, § 122; KIECKERS, § 101 (p. 163); LEUMANN, pp. 178 y 179; PISANI, § 151; JURET, p. 244; COUSIN, p. 60.

XXIV

GRUPOS DE CONSONANTES INTERIORES DE PALABRAS

(Continuación)

B) Grupos de tres consonantes

Estos grupos generalmente se simplifican con la caída de una o dos consonantes (la primera o segunda). Los casos de persistencia de las tres consonantes son escasos. La caída de la consonante presupone siempre su previa asimilación.

1.—Persisten las tres consonantes [1]

284. Se observa únicamente en los grupos *mps*, *ncs*, *rpt* y *lpt*. Los dos primeros grupos tienen como característica común el empezar por una nasal, y esta circunstancia explica quizá su persistencia. Sabemos, por una parte, que la pronunciación de las nasales requiere poco esfuerzo y, por otra parte, sabemos también que estos sonidos adoptan fácilmente el punto de articulación de la oclusiva que les sigue. Para pronunciar, por tanto, estos grupos bastaba dejar caer el velo del paladar e impedir la vibración de las cuerdas vocales. Como ejemplos podemos citar *contempsi*, *compsi*, *anxius*, etc.

Los dos últimos grupos (*rpt*, *lpt*) coinciden en tener una labial como consonante intermedia, y precisamente a la mayor resistencia de este fonema se debe su per-

[1] Maniet, p. **108**; Kieckers, pp. **147** y **148**; **Leumann**, **§ 151**; Juret, p. **199**; Sommer, p. **254**. Cf. también más adelante, **§ 326**.

sistencia. Comprueba este aserto el hecho que grupos análogos, pero con velar en vez de labial (*rct, lct*), se simplifican con la caída de la velar, así *fartus* < *farctus*, *fultus* < *fulctus*, cf. § **287.** Pertenecen a este grupo palabras como *carptus*, *insculptus*, etc.

Parece que en el habla vulgar estos grupos también se simplificaban, como lo atestiguan inscripciones en las que se lee *scultae* CIL III, 5955, *scultor* CIL VII, 37.

2.—Cae la consonante inicial [2]

285. Un grupo de tres consonantes en el que figura como segundo elemento una *s* y como tercero una consonante sorda, queda reducido a *s* y consonante sorda: *aspiro* < **adspiro*; *asto* < **adsto*; *testis* < **terstis*, *qui tertius stat*; *tostus* < **torstos*, cf. *torreo*, lat. arc. *torseo*; *Osci* < *Opsci* (citado por Festo); *sescenti* < **sex*(= *cs*)*centi*; *illustris* < **inluc-stris*, cf. *luceo*; *esca* < **ed-sca*, cf. *edo*.

Del grupo *cst*, si bien aparece en algunos casos simplificado de acuerdo con la regla general, cf. *illustris*, no obstante en otros persisten las tres consonantes, tal sucede con palabras como *sextus*, *dexter*, *iuxta*, *mixtus*. La persistencia de la consonante inicial puede explicarse a veces por influencias analógicas, así *Sextus* por analogía con *sex*. En otros casos como *dexter*, *iuxta*, *mixtus*, etc., debe tenerse presente que derivan de *dex*(*i*)*teros* (cf. δεξιτερὸς), **iug*(*i*)*sta*, *mix*(*i*)*tos*, por tanto el contacto de las tres consonantes, resultado de una síncopa previa, debió de operarse en una época más reciente y en la que no se simplificaba ya este grupo. En el habla popular estas palabras tuvieron una evolución normal y, por tanto, se simplificaron con la pérdida de la primera consonante del grupo, como lo evidencian no sólo inscripciones (*Sestius*), sino que también las lenguas romances (así *sexta* > *siesta*, *dextra* > *diestra*, etc.).

---

[2] Maniet, § 43, c, p. 108; Pisani, § 90; Ernout, § 101; Leumann, § 146, b, e; Sommer, p. 256.

286. Se pierde también el primer elemento en grupos distintos de los reseñados, concretamente en los siguientes:

a) *spt > pt: uopte < *u^{o}spte.*

En cambio, *sct > st: pastus < *pasctos.* Cf. § **288**, a.

b) *sps > ps: ipse < *is-pse.*

c) Las palabras que empiezan con el grupo *gn-*, al tomar en la composición los preverbios *con* o *in*, dan origen al grupo consonántico *-ngn-*. Estos grupos, no obstante, se simplifican con la caída de la *n* final del preverbio, así *cognosco < *con-gnosco; ignosco < *in-gnosco*, etc.

3.—Cae la consonante medial [3]

287. Cuando una oclusiva va precedida de una líquida o nasal y seguida de una consonante desaparece, salvo en las excepciones señaladas en el § **284**: *sarmentum < *sarpmentum*, cf. *sarpio; tormentum < *torcmentum < *torq-mentum*, cf. *torqu^{e}o; fulmen < *fulgmen*, cf. *fulgeo; indultum < *indulctum < *indulg-tum*, cf. *indulgeo; quindecim < *quincdecim < *quinqu(e)decim; quintus < *quinctos*, cf. *quinque; pulmentum < *pulpmentum*, cf. *pulpa; fortis < forctis*, forma conservada en el latín arcaico y concretamente en las XII tab.; *ultus < *ulctos*, cf. *ulciscor.*

Según se desprende de la regla que acabamos de formular, el grupo *-nct-* (pr. *ŋct*) debe evolucionar a *-nt-*, alargando por compensación la vocal anterior, cf. § **147.** Confirman esta evolución palabras como *quīntus < quinctus < *queŋq^{u}tos < *peŋq^{u}tos*, cf. gr. πέμπτος; *spinter* «brazalete» < σφιγκτήρ (préstamo del griego), etc. Con todo, son frecuentes las palabras en que aparece el grupo *-nct-*. Generalmente se trata de reconstrucciones analógicas; así *sanctus, iunctus functus* y *quinctus* por influencia de *sancio, iungo, fungo, quinque.* Otras veces el contacto entre los elementos

---

[3] Sommer, § 143; Pisani, § 89; Leumann, § 151; Ernout, §§ 101, 102; Maniet, § 43, a; Kieckers, p. 145 ss.

nc+t es secundario, así *cunctus* < **conc(i)tos*, *cunctor* < **concitor*, cf. scr. *śaṅkitaḥ*, participio perfecto del verbo *śaṅk*, «vacilar».

En el latín vulgar estos grupos en *nct* acaban también por entrar en la regla general evolucionando a *-nt-*, así en las inscripciones abundan grafías como *nantus* (en vez de *nanctus*) CIL III 1635; *defuntus* (en vez de *defunctus*) CIL VII 126. Análogamente *santus*, *cunti*, etc. Corroboran también esta evolución grafías inversas como *regnancte* (= *regnante*) CIL IX 411.

288. Aparte de los casos arriba reseñados, se observa también la caída de la consonante medial en los siguientes grupos:

a) *sct* > *st*: *pastus* < *pasctus*, cf. *pasco*.

b) La fricativa *s* entre líquidas y nasales, y concretamente *rsn* > *rn*, *lsn* > *ln*. Ejemplos: *perna* < **persna*, cf. scr. *parsniḥ*; *alnus* < **alsnos*, cf. lit. *alknis* (la velar es de origen secundario).

4.—Caen dos consonantes [4]

289. Los grupos de tres consonantes en los que figuran una *s* como segundo elemento y una sonora (oclusiva sonora, líquida, nasal, semivocal) como tercero, pierden en una primera etapa la consonante inicial y finalmente también la *s*. La caída de la fricativa se combina con el alargamiento de la vocal anterior: *sedecim* < **sexdecim*; *tela* < **texla*, cf. *texo*; *luna* < **loucsna*, cf. *luceo*; *ebibo* < **ex-bibo*; *amitto* < **apsmitto*; *ala* < **aksla*, cf. *axilla* < *axl(e)la*; *iumentum* < *iouxmentum*.

C) Grupos de cuatro o más consonantes [5]

290. Figura siempre como segundo o tercer elemento de estos grupos una *s*. La simplificación se ope-

---

[4] Pisani, § 92; Ernout, § 103; Leumann, p. 159 ss.; Kieckers, p. 150; Sommer, § 140-3.

[5] Ernout, § 105; Sommer, § 148; Kieckers, § 151; Pisani, § 92.

ra generalmente con la eliminación de dos consonantes. En la mayoría de los casos las consonantes que persisten son la *s* y la última. La simplificación es aún más radical cuando la *s* está en contacto con una sonora, pues en estas condiciones cae también la *s* alargando la vocal anterior: *ilico* < **inslocod* < **instlocod* [6]; *scala* < **scazla* < **scand-sla* [7]; *mantele* < **mantezle* < **mantergsle* < **manu-tergsle; cena* < **kerzna* < **kert-sna* [8]; *disco* < **didcsco* [9]; *posco* < **porcsco* < **pr̥k-sko* [10].

Tan sólo los grupos ***nksr*** y ***rksn*** evolucionan persistiendo la consonante inicial, en efecto: ***umbra*** < **uŋ(k)srā*, cf. lit. ***unks-na*** «sombra»; *farnus* < **farksnos* [11].

---

[6] En latín arcaico se conserva la forma *stlocus*.

[7] Sobre el sufijo *-sla*, cf. LEUMANN, p. 217.

[8] Sobre la raíz ***kert*** «cortar», cf. ERNOUT-MEILLET, sub voce; en consecuencia, el significado etimológico de ***cena*** es «lo que se corta».

[9] La forma *dc* representa el grado cero de la raíz ***dek;*** cf. perf. *didici* < *de-dek-i*. Con alternancia *o* se nos presenta esta raíz en la forma *doceo*.

[10] También grado cero de la raíz ***prek*** que con el vocalismo *e* se conserva en el sustantivo ***precem***.

[11] Se relaciona probablemente con *fraxinus*.

XXV

GRUPOS DE CONSONANTES EN FINAL DE PALABRA

291. Los grupos de consonantes en final de palabra se hallan expuestos a las mismas influencias que las consonantes simples en igual posición, cf. §§ **247** y **248.** En primer lugar, debe tenerse en cuenta el sandhi (cf. § **248**) en el sentido de que las condiciones fonéticas eran distintas, según si la palabra siguiente empezaba por vocal o consonante. Cuando seguía consonante (al igual que cuando seguía una pausa) el grupo de consonantes quedaba en fin de sílaba, circunstancia poco favorable para su persistencia, cf. § **306**; en cambio, cuando seguía una vocal podía la consonante última formar sílaba con dicha vocal y por tanto robustecer su posición y asegurar su persistencia. En efecto, en frases como *miless-amat* (cf. §§ **256** y **292**) podía pronunciarse silabeando *miles-samat*. En estas circunstancias los grupos de consonantes finales hubiesen podido persistir, mas, por analogía con los giros en que iban seguidos de una pausa o consonante, se produjo también por lo regular su simplificación.

Otro factor que debe tenerse en cuenta en la evolución de las consonantes geminadas en fin de palabra es el número de sílabas. En general, los monosílabos son pronunciados con más esmero que los polisílabos, de ahí que ofrezcan a veces mayor resistencia a la simplificación.

Al proceder al estudio de los grupos de consonantes finales conviene distinguir entre los grupos integrados por dos consonantes iguales (consonantes geminadas) o de naturaleza diferente (consonantes heterogéneas).

I. Consonantes geminadas [1]

1.—*ss* DOBLE O GEMINADA

292. Dentro de los distintos grupos de consonantes geminadas en final de palabra, destaca por su importancia la *s* doble. Esta geminada puede derivar de un grupo primitivo con doble *s*, por ejemplo: *es* «eres» < *ess* < **es-si; os* < **ass*, cf. genit. *ossis;* o bien de temas en dental que formaban el nominativo mediante la desinencia *-s*, por ejemplo: *miles* < *miless* < **milet-s*, cf. genit. *militis*. Lo mismo puede decirse de palabras como *eques*, *lapis*, *paries*, etc.

En la época de Plauto era todavía perceptible el valor de esta geminada, y así observamos que su tratamiento es distinto del que experimenta una *s* final simple, pues no caía cuando la palabra siguiente empezaba por consonante (se pronunciaba *ciui(s) pugnat*, en cambio, *miles pugnat* [2]) y determinaba alargamiento por posición de la sílaba precedente si la palabra siguiente empezaba por vocal (se medía *ciuĭs amat*, en cambio *milēss amat)*.

La existencia de esta geminada aparece atestiguada a veces en los manuscritos de Plauto, y en muchos casos, aunque no figura en los manuscritos, la prosodia exige su restitución. Terencio representa un período de transición; así, mientras en este autor los monosílabos como *es* continúan siendo pronunciados como *ess*, en cambio en los polisílabos la *s* aparece ya generalmente simplificada. A partir de Ennio se impone la simplificación de las geminadas, incluso de los monosílabos.

---

[1] Sommer, § 160, A; Niedermann, § 65, 4; Kieckers, p. 157; Leumann, § 153, a; Juret, p. 217; Maniet, § 62, 4; Pisani, § 123; Meillet-Vendryes, § 229.

[2] La *s* final de *ciuis* era simple en contraposición con la de *miles*, que era geminada.

2.—Otras consonantes geminadas

293. Las restantes consonantes geminadas en final de palabra muestran también una acusada tendencia a la simplificación:

a) *rr* (procedente de *rs*). Tratándose de palabras polisilábicas, la simplificación se operó muy pronto, pues no nos quedan huellas de la geminada. Corresponden a esta categoría palabras como *sacer* < **sacerr* < **sacers* < **sacr(o)s* (cf. § **171**), *ager, liber*, etc.

Los monosílabos, en cambio, ofrecieron una mayor resistencia a la simplificación, y así vemos que en Plauto se acusa la presencia de la geminada, pues es computada a veces como larga la sílaba correspondiente de acuerdo con la regla prosódica de que una vocal seguida de dos consonantes determina que su sílaba sea larga. Tal sucede con los monosílabos *tĕr* < **terr* < **ters* < **tr̥s* < **tris* y *făr* (cf. genit. *farris*). A partir de Plauto no existen ya ejemplos de estas escansiones.

b) *ll*. También este grupo se simplificó muy pronto. Como ejemplos pueden citarse las palabras *mel* y *fel*. La geminada se conserva en los casos oblicuos (*mellis, fellis*).

c) *cc*. La forma pronominal *hoc* puede ser el nominativo-acusativo neutro o el ablativo masculino. En el primer caso deriva de **hŏd-ce* y en el segundo de **hōd-ce*. La forma *hŏd-ce* evolucionó a *hŏcce* > *hŏcc* > *hoc*. La grafía con geminada aparece atestiguada no sólo en latín arcaico, sino también en el clásico (cf. Verg. Aen. 2, 664) e incluso en inscripciones, como *occ est* CIL VIII 17938.

II. Consonantes heterogéneas[3]

Incluimos dentro de esta categoría los grupos finales integrados por consonantes no geminadas y, por tanto, dispares entre sí.

[3] Sommer, § 160, B; Leumann, p. 172; Kieckers, p. 158; Juret, p. 217; Maniet, §§ 62, 63: Pisani, § 124; Meillet-Vendryes, § 230. Cf. también, más adelante, § **328**.

También en estos casos se acusa una tendencia a la simplificación, pero menos acentuada y uniforme. Debemos distinguir por tanto entre unos grupos finales que se simplifican y otros que persisten.

1.—Grupos que se simplifican

a) *Cae la consonante final*

294. Los grupos que se simplifican con la caída de la consonante final son los siguientes: *ct* > *c*: *lac* < **lact*, cf. *lactis*; *rd* > *r*: *cor* < **cord*, cf. *cordis*; *rt* > *r*: *iecur* < **ieqᵘ-r̥t*, cf. scr. *yakr̥t*; *nt* > *n*. La simplificación de este último grupo se observa en inscripciones que reflejan el habla vulgar del período arcaico, así: *dedron* CIL I² 30, *coraueron* CIL I² 59; no obstante, en la pronunciación culta volvió a restablecerse la consonante final debido a su importancia morfológica, y quizá también por analogía con la tercera persona del singular.

En romance persiste la pronunciación vulgar y la desinencia clásica *-nt* pasa a *-n*, así: *vieron*, *dieron*, etc.

Si bien la evolución del grupo *nt* a *n* es absolutamente segura tratándose del latín vulgar, no obstante existen serias dudas de si realmente debe aceptarse cuando se trata del paleolatino. Las inscripciones citadas podrían ser un error u omisión del lapicida, y por otra parte la evolución de algunas palabras hace pensar que el primitivo grupo *nt* evolucionó no a *n*, sino a *ns* (con *n* reducida) [4]. En apoyo de esta tesis se citan palabras como *quotiens* (deriva de *quotient*, cf. scr. *kiyat* «¿cuánto?»), así como las formas neutras de los participios de presente: *ferens* < **ferent*, cf. gr. φέρον < φεροντ, cf. scr. *bharant* «lo que sostiene».

b) *Cae la penúltima consonante*

295. Corresponden a esta categoría los siguientes grupos de consonantes:

ns > *s*: *equōs* < **equŏns*. La desinencia *-ns* característica del acusativo plural aparece atestiguada por

[4] Leumann, p. 305; Sommer, p. 277; *K E*, p. 89.

otras lenguas afines, como gr. crético ἐλευθερους, gót. *dagans*, acusativo plural del tema en *o* de *dags* «día». Sobre la pérdida en latín de la nasal y el alargamiento por compensación de la vocal precedente, cf. § **146.**

nts > *ns*: *ferens* (nominativo masc. fem. singular) < **ferent-s*; *mons* < *mont-s*, etc.

Como puede observarse, el grupo *-n(t)s* conserva la nasal, en cambio el grupo *-ns* la pierde; sin embargo, la persistencia de dicha nasal no refleja la pronunciación real, pues parece ser que también en este caso se pronunciaba *fere(n)s*. Se trata, por tanto, de una norma ortográfica debida a la influencia de los casos oblicuos (*ferentis*, *ferentem*) en que la *n* no va seguida de *s*.

Se deduce de lo dicho que todas las palabras que terminan en latín en *-ns*, no continúan nunca un primitivo grupo *-ns*, sino que derivan de *nts* (y quizá también de *-nt*). Cf. § **294**, Obs.

2.—Grupos que persisten

296. Persisten generalmente los grupos finales integrados por oclusiva velar o labial seguidas de *s*. La oclusiva, caso de ser sonora, se convierte en sorda, aunque a veces, tratándose de labiales, vuelve a sonorizarse por analogía. Particularizando pueden establecerse los siguientes grupos:

cs > persiste en forma de *x*: *nex* < *nec-s*, cf. genit. *necis* y gr. νεκρός.

gs > *cs* > *x*: *rex* < *reg-s*, cf. *regem*.

En latín vulgar el grupo *cs* (= *x*) evoluciona a *s*, de ahí inscripciones como *conius*. Comprueban también esta pronunciación grafías inversas, como *milex* en vez de *miles*, sólo explicable atribuyendo a *x* el valor de *s*.

El grupo de tres consonantes *cts* pierde la medial y conserva las dos restantes, así *nox* deriva de *noct-s*, cf. genit. *noctis*.

ps se conserva: *ops*, *daps*, etc.

bs. Fonéticamente evolucionó a *ps*, pero por analogía con los casos oblicuos volvió a restablecerse la

sonora, de ahí *plebs, urbs;* sin embargo, se pronunciaba *pleps, urps*, y esta grafía, fonéticamente correcta, aparece atestiguada por algunas inscripciones, así como por el Appendix Probi.

El grupo integrado por una dental seguida de *s* tuvo un tratamiento distinto, pues la dental se asimilaba; en consecuencia: *t, d + s > ss*. Así, *milets > miless; obsed-s > obsess; arts > arss*. Sobre la simplificación de esta geminada, cf. § **292.**

En palabras como *miles, obses*, etc., el grupo final originario (*ts, ds*) es antiguo; en otras palabras, en cambio, como *ars, falx*, etcétera, es de formación secundaria, resultado de la síncopa de una vocal intermedia, cf. § **170.**

C. INFLUENCIAS RECIPROCAS ENTRE CONSONANTES A DISTANCIA

XXVI

CAMBIOS ESPORADICOS DE CONSONANTES

Dos consonantes formando parte de una misma palabra pueden influenciarse recíprocamente, aun cuando estén separadas por otro fonema. Los cambios que se originan son análogos en muchos casos a los que se producen cuando están en contacto directamente; así se observan también los fenómenos de asimilación y diferenciación (o, más exactamente, disimilación), metátesis, etc., con la sola diferencia que estos cambios son mucho menos frecuentes.

I. Asimilación a distancia [1]

297. La asimilación a distancia entre consonantes puede ser también progresiva y regresiva.

Los ejemplos de asimilación progresiva son muy escasos en el latín clásico, por ejemplo: *lilium* < λείριον; *prope* < *proque*, cf. *proximus;* abundan algo más en las inscripciones: *Memelauos* en vez de *Menelauos*, *lolarius* en vez de *lorarius*.

La asimilación regresiva es algo más frecuente, generalmente ejerce la asimilación un sonido labial o labiovelar. Ejemplos: *quinque* < **penque*, cf. scr. *pañca*, gr. πέντε; *coquo* < **pequo*, scr. *pacami*, eslavo ant. *peko*, gr. πέσσω o πέττω; *bibo* < **pibo*, cf. scr. *pibami; barba* < **bhardha* [2].

[1] LEUMANN, §§ 113, 158; SOMMER, § 120; KIECKERS, § 99; MANIET, § 48; PISANI, § 48; JURET, pág. 245; COUSIN, pág. 58. En latín vulgar: MEYER-LÜBKE, § 168; BATTISTI, § 48.

[2] Esta etimología aparece corroborada por el germánico; cf. el antiguo alto alemán *bart*. En latín, por tanto, sería de esperar, si

II. Disimilación [3]

Se produce por el deseo de esquivar la incómoda semejanza entre los sonidos de una palabra, cf. § **32**. La disimilación puede determinar una alteración en la naturaleza de un sonido (disimilación parcial) o incluso su pérdida (disimilación total). Los sonidos más afectados por la disimilación son las líquidas y nasales.

1.—Disimilación parcial

298. La disimilación parcial puede ser progresiva o regresiva. Como ejemplos de la primera pueden citarse múltiples palabras en cuya formación entra un sufijo en el que figura una líquida (por ejemplo *-alis*, *-lom*, etcétera). En tal caso, si la palabra terminaba también con una líquida, para evitar la secuencia de dos fonemas iguales se disimilaba la líquida del sufijo en vibrante (*r*), así *auxili-aris* < **auxili-alis*, *consul-aris* < **consul-alis* [4]; *scalp-rum* < **scalp-lom*, *sepulc-rum* < **sepulc-lom* [5].

Los ejemplos de disimilación regresiva a distancia son muy poco frecuentes en el lenguaje clásico. Se cita, y aún es dudoso, *caeruleus* < **caeluleus*, cf. *caelum*. En cambio, en el habla vulgar los ejemplos son numerosos, según se desprende del testimonio de los gramáticos y de las inscripciones. Sabemos, a tenor de los mismos, que eran frecuentes pronunciaciones como *menetrix* en vez de *meretrix*, *pelegrinus* en vez de *peregrinus*, *cuntellum* en vez de *cultellum*, *fragellum* en vez de *flagellum*, *flagrare* «exhalar olor» en vez de *fragrare* [6], etc.

---

no hubiera intervenido la asimilación, *farba*. Cf. Meillet-Vendryes, § 102, Remarque.

[3] Maniet, §§ 50, 51; Juret, pp. 238-40; Leumann, § 188; Sommer, § 121 B; Niedermann, § 106; Pisani, § 149; Cousin, p. 58.

[4] En cambio, *capit-alis*, *contubern-alis*, etc.

[5] En cambio, *piac(u)lum*, *saec(u)lum*.

[6] Para la disimilación en el latín vulgar, cf. Grandgent, §§ 289, 292; Meyer-Lübke, § 166; Battisti, § 121.

La disimilación afecta a veces sólo al modo de la articulación, así *gracilis* < **cracilis*, cf. scr. *kṛsaḥ* «flaco», o al punto de la articulación, por ejemplo *tenebrae* < **temebrae*, cf. scr. *támisrā* «oscuridad».

También en español son frecuentes los casos de disimilación progresiva, así *cárcel* < *carcere*, *mármol* < *marmor*, *lugar* < *locale*[7], etc.

2.—Disimilación total

299. La disimilación total lleva consigo la pérdida del sonido disimilado. En realidad este fenómeno es muy afín a la haplología; la diferencia estriba en que en este último caso se pierde una sílaba completa, en cambio en la disimilación total sólo una consonante. He aquí algunos ejemplos: *taberna* < **traberna*, cf. *trabs* «viga»; *Caerealis* < **caereralis*, cf. *Caeres*; *praestigia* «juegos de manos» < **praestrigia*, cf. *praestringo* «rozar ligeramente con las manos».

En el habla popular se decía a veces *frates* en vez de *fratres*, *structor* en vez de *structor*[8], etc.

III. Metátesis[9]

300. El trastrueque de dos consonantes a distancia es más frecuente que cuando estas consonantes están en contacto (cf. § **283**). Con todo, este cambio se da poco en el latín clásico. Conviene distinguir entre la metátesis unilateral y la recíproca (se desplazan dos consonantes).

1) Metátesis unilateral. En el latín vulgar era frecuente la pronunciación de *coacla* en vez de *cloaca* (Consentius, V, 392, 24); en la transmisión de los manuscritos se lee muchas veces *cocodrillus* en vez de *crocodillus*; en las inscripciones figuran a veces formas

---

[7] Cf. Pidal, § 66,2.

[8] Estos ejemplos aparecen atestiguados por los gramáticos antiguos y las inscripciones.

[9] Sommer, § 164; Pisani, § 151; Kieckers, § 163; Niedermann, § 107; Leumann, § 158; Cousin, p. 60.

como *Prancatius* (CIL VI 3815) en vez de *Pancratius; interpetrationem* (CIL III 2880) en vez de *interpretationem* [10].

Estas metátesis son también muy frecuentes en el habla vulgar del español, cf. *dentrífico* por *dentífrico*, *Grabiel* por *Gabriel*, *cátreda* por *cátedra* [11], etc.

2) Metátesis recíproca. Los ejemplos corresponden también al latín vulgar, en donde se daban a veces pronunciaciones como *lerigio* en vez de *religio*, *leriquum* en vez de *reliquum* (Diomedes, I, 452, 30); *lapidicina* en vez de *lapicidina* (Consentius, V, 391, 22). Concuerdan con estas pronunciaciones formas epigráficas como *lerinquas* en vez de *relinquas* [12].

El testimonio de las lenguas romances evidencia también la existencia de estas metátesis en el latín vulgar, así *palabra* deriva de *parábola*, *peligro* de *periglo* < *periculum; milagro* de *miraglo* < *miraculum* [13], etc.

IV. Repetición de consonantes [14]

301. A veces la articulación de una consonante se anticipa a la sílaba precedente, a pesar de que vuelve a repetirse luego en la sílaba que le corresponde o, por el contrario, una consonante que ya se ha pronunciado, vuelve a repetirse en la sílaba siguiente. Los ejemplos corresponden al habla vulgar y aparecen por lo regular atestiguados en inscripciones. Ejemplos: *Lanctantis* en vez de *Lactantis; Artermisius* en vez de *Artemisius; singnifer* en vez de *signifer; Euphratre* en vez de *Euphrate*.

---

[10] Para el latín vulgar, cf. GRANDGENT, §§ 289 y 294; BATTISTI, § 122; MEYER-LÜBKE, § 167.
[11] Cf. PIDAL, § 67,2.
[12] Cf. BÜCHELER, *RhM.*, LI, 640.
[13] PIDAL, § 67,1.
[14] SOMMER, § 123; NIEDERMANN, § 108.

LAS SILABAS

XXVII

LAS SILABAS

1.—Los límites de las sílabas

Sommer, § 161 ss.; Juret, p. 41 ss.; Id., *Dominance...*, p. 12 ss.; Ernout, § 109 ss.; Leumann, § 15; Maniet, § 10; Meillet-Vendryes, § 200 ss.; Kieckers, § 6; Pisani, § 115; Navarro, § 133 ss.; Grandgent, § 131 ss.; Cousin, p. 42

302. La determinación del punto en que se dividen las sílabas contiguas ofrece especiales dificultades tratándose de una lengua como la latina, que sólo nos es conocida a través de la escritura. Las normas que sobre este particular nos transmiten los antiguos gramáticos deben aceptarse con muchas reservas, pues con frecuencia en vez de reflejar la realidad del lenguaje hablado no son más que un calco del griego. En realidad las inscripciones y manuscritos constituyen un punto de referencia más seguro, pero hay que contar siempre con la posibilidad de errores y confusiones por parte de los copistas y lapicidas. Todo esto significa que las reglas que a continuación formulamos no tienen un carácter absoluto.

303. En términos generales podemos establecer que la pronunciación latina en lo que se refiere al silabeo, se atenía a las siguientes normas:

1) El límite silábico de una vocal seguida de otra independiente (y por tanto sin formar diptongo) estaba entre ambas vocales: *de-a, ple-o, re-us, a-er*, etc.

2) Una sola consonante entre dos vocales se agrupaba silábicamente con la segunda: *le-go, ca-do, pa-ter, po-pu-lus*.

En realidad, en la conversación rápida, tanto en latín como en español, la consonante intervocálica se enlaza con las dos vocales en el sentido de que la implosión se funde con la distensión de la vocal precedente, y la explosión con la oclusión [1] de la siguiente, pero como la implosión tiene escasa duración y poco relieve, el efecto principal de su sonido recae sobre la sílaba siguiente.

3) Los grupos integrados por una oclusiva seguida de una vibrante o líquida formaban asimismo sílaba con la vocal siguiente: *pa-trem, su-pra, lo-cu-ples*, etcétera.

En el latín clásico podía silabearse *pat-rem* y *pa-trem*; sobre el particular, cf. § **70** b.

4) En cualquier otra combinación de dos consonantes diferentes o iguales, la primera se agrupaba con la vocal anterior y la segunda con la siguiente: *ag-men, ap-tus, tec-tum, ip-se, ag-ger, cup-pes, gib-ber, at-ta*, etc.

5) En grupos de tres conosonantes, la primera y la segunda formaban sílaba con la vocal precedente y la tercera con la siguiente: *iux-ta, emp-tum, temp-tor, sanc-tum*.

6) Cuando en un grupo de tres consonantes figuraban como consonantes últimas una oclusiva seguida de una líquida o vibrante, únense éstas con la vocal siguiente y la primera con la anterior: *spec-trum, cas-tra, tem-plum*, etc.

304. Las reglas que acabamos de fijar reflejan la práctica habitualmente observada por los lapicidas y copistas de manuscritos: los primeros en la división de sílabas en el interior de las palabras, unos y otros en la forma de cortar las palabras en final de línea; sin embargo, las teorías de los gramáticos antiguos (Casiodoro, VII, $\mathbf{205}_{20}$; Servius, IV, $\mathbf{247}_{20}$) no concuerdan con las reglas que acabamos de formular tratándose de grupos de dos o más consonantes, pues afirman que en tales casos la primera consonante debe formar sílaba con la segunda y ambas con la vocal

[1] Sobre estos términos, cf. § **16**.

siguiente cuando se trata de grupos de consonantes admisibles en principio de palabra; en consecuencia, debe leerse *po-steri*, *cri-spinus*, *pri-scus*, *ca-stra*, *pugna*. Este punto de vista sostenido por los gramáticos latinos no está inspirado en la observación directa del lenguaje, se trata simplemente de un calco de las normas imperantes en griego, como lo demuestra el hecho de que aceptan como grupos de consonantes admisibles en sílaba inicial combinaciones como *mn*, *ct*, *bd*, *pt*, las cuales se dan en griego (cf. *Mnestheus*, *Ptolomeus*, κτείνω, βδελυρός, etc), pero no en latín.

La letra *x* ofrecía especial dificultad para la separación de las sílabas; para obviarla se escribía a veces *xs* (*uix-sit*) o *cx* (*uic-xit*), pero generalmente se transfería a la sílaba siguiente (*ui-xit*).

305. Tratándose de palabras compuestas, la división silábica venía con frecuencia determinada por consideraciones de orden etimológico. En realidad también en español silabeamos normalmente *in-oportuno*, *des-obediencia*, *vos-otros*, pero en la pronunciación rápida y descuidada se agrupa generalmente la consonante intervocálica con la vocal siguiente. Los gramáticos antiguos aconsejaban separar las sílabas teniendo en cuenta la etimología de las palabras, así Quintiliano, I, 7, 9, recomendaba escribir *haru-spex*, *abs-temius* [2], etc. Es difícil determinar con exactitud hasta qué punto esta pronunciación era observada en el habla corriente. Desde luego parece ser que en algunos casos era tenida en cuenta. Sabemos por la métrica que los antiguos poetas escénicos contaban como larga la primera sílaba de palabra compuesta, como *oblego*, *obripio*, *oblino*, etc., lo cual significa que la primera consonante del grupo intervocálico formaba sílaba, de acuerdo con la etimología, con la vocal precedente (*ob-lego*, *ob-ripio*, *ob-lino*) [3], pues la cantidad

---

[2] *temius* «vino». Se relaciona, probablemente, con *temetum*. Para el significado de este compuesto, cf. gr. ἄοινος.

[3] Recuérdese que consideramos como cerradas aquellas sílabas en que la vocal final se agrupa silábicamente con una consonante subsiguiente. Es obvio que una palabra como *oblego* puede sila-

larga de la sílaba es consecuencia de ser esta sílaba cerrada. En otros casos, en cambio, prevalecía la pronunciación fonética, y así sabemos por Terentius Scaurus, VII, 12, 1 ss, que en el habla vulgar se pronunciaba *nes-cio* (en vez de *ne-scio,* como exige la etimología) ; en inscripciones se lee a veces *pos-tea* y en los manuscritos aparecen cesuras silábicas como *ig-nota, tran-sisse.*

De todo lo expuesto parece que puede inferirse que el silabeo de las palabras compuestas venía determinado por el grado de cultura de los hablantes, así como por el ritmo de la conversación; en el sentido de que las personas cultas, cuando hablaban en forma cuidada y esmerada, se atenían en el silabeo a la etimología ; en cambio, la gente del pueblo, e incluso la personas cultas, en la conversación descuidada y rápida negligían la etimología y silabeaban de acuerdo con la fonética.

306. La determinación de los límites de las sílabas tiene en el campo de la fonética una especial importancia, porque la mayor o menor persistencia de los fonemas depende no sólo de sus características peculiares y propias, sino también de su posición en la sílaba; así existe una clara relación entre la resistencia de las vocales y la sílaba que ocupan, en el sentido de que las vocales en sílaba inicial son más resistentes que en sílaba interior, y éstas a su vez son también más resistentes que las vocales de las sílabas finales *. Los elementos vocálicos más débiles son los que constituyen el primer elemento de un diptongo, pues, como dice Juret, su articulación es móvil sin punto fijo ni al principio ni al fin.

Tratándose de consonantes se ha establecido la siguiente escala de resistencia (de más a menos): 1) inicial de palabra y de sílaba ; 2) inicial de sílaba; 3) con

bearse *ob-Ugo* v *o-blego.* En el primer caso la sílaba se convierte en cerrada y cuenta como larga; en el segundo, en cambio, la silaba es abierta y breve.

* MANIET, § 112; MAROUZEAU, *Stilistique,* p. 105 ss.; JURET, p. 22 ss. ; ID., *Dominance...,* 10 ss. ; KRETSCHMER, p. 62 ss. ; LEUMANN, p. 54.

sonante intervocálica; 4) final de sílaba; 5) final de sílaba y de palabra.

Algunas anomalías en la evolución de las consonantes se explican de acuerdo con la anterior escala, así una *f* primitiva persiste cuando es inicial de palabra, por ser más resistente en esta posición (*fero* = φέρω); en cambio, se convierte en *b* en posición interior, por ser menos resistente (*ambo* = ἄμφω). Al estudiar los grupos de consonantes hemos podido observar que la asimilación es generalmente regresiva; prevalece, por tanto, por ser más fuerte la consonante inicial de sílaba sobre la final que le precede. El distinto tratamiento que tienen algunas consonantes finales de palabra se debe a la debilidad de su posición.

Finalmente, consideramos conveniente recordar que algunos sistemas fonéticos, como el de Juret, destinados a explicar los cambios de los sonidos en latín, se basan precisamente en el mayor o menor grado de resistencia de los sonidos según su posición en la sílaba.

2.—Cantidad de las sílabas [5]

307. Desde el punto de vista fonético, una sílaba puede ser larga o breve; en general, se considera breve cuando no contiene más que una vocal breve, por ejemplo: *lĕ-gō, fă-cĭ-nŭs. lă-pĭs, ĕ-ō, pŏ-pŭ-lŭs*, etc.; es larga en los casos siguientes:

a) Cuando contiene una vocal larga o un diptongo: *prae-tor nī-tor, fū-mo*.

b) Cuando contiene una vocal breve seguida de una o más consonantes, por ejemplo: *ac-tus, emp-tus, sanc-tus*.

Se deduce de lo dicho que no debe confundirse la cantidad de las vocales con la cantidad de las sílabas, pues una vocal breve por naturaleza puede formar parte de una sílaba larga, cf. § **42**, Obs.

[5] Maniet, § 11; Niedermann, § 110; Sommer, p. 282; Leumann, § 14; Grandgent, § 159.

3.—Haplología [6]

308. El número de sílabas que integran las palabras no siempre permanece inalterable. Circunstancias diversas pueden determinar la alteración de su número, así ya hemos estudiado cómo la anaptixis o la vocalización de las consonantes tiene por consecuencia que la palabra se acreciente en una sílaba. Por el contrario, su número se reduce como consecuencia de la síncopa y apócope (*dexter* < **dexiteros*; *em* < *eme*, etcétera), la contracción de vocales (*copia* < **coopia*), la consonantización de vocales (lat. vulgar *abi̯e-te* < *ab-i-ete*, etc.).

En todos estos casos la pérdida de la vocal no trae como consecuencia la pérdida de los otros fonemas que integran la sílaba. A veces, no obstante, la alteración es tan profunda que se pierde no sólo la vocal, sino que también las consonantes contiguas de la sílaba. Este fenómeno se conoce con el nombre de haplología o disimilación silábica, ya que en realidad no es más que un caso particular de disimilación, en virtud del cual las personas hablantes al encontrarse ante dos articulaciones parecidas contiguas pronuncian solamente una. Generalmente, se observa este fenómeno en palabras en las que figuran dos consonantes parecidas separadas por una vocal. La persona hablante se imagina que pronuncia ambos sonidos, pero por un fallo de la atención articula sólo uno, sacrificando con ello la vocal de la separación. La mayoría de los ejemplos corresponden a palabras en que las dos consonantes son iniciales de dos sílabas subsiguientes. Pertenecen a este grupo palabras como las siguientes: ***nutrix*** < ***nutri-trix***; *semodius* < *semi-modius*; *fastidium* < *fasti-tidium*, cf. ***taedium***; *arcubii* «guarnición

---

[6] Sommer, § 165; Kieckers, § 102; Niedermann, § 176; Leumann, § 159; Pisani, § 150; Maniet, § 54; Juret, p. 241 ss.; Lindsay, III, § 13; Gili, p. 165; Pidal, § 66,3.

de una ciudad» < *arcicubii; honestate* < *honesti-tate*, etcétera.

En el latín vulgar los ejemplos son más numerosos, así en las inscripciones se lee a veces: *Restutus* < *Restitutus; uestrix* < *uestitrix*. Festo nos ha transmitido la forma vulgar *medialis* < *medidialis*.

En español son también numerosas las palabras en que se observa este fenómeno. Las personas poco cultas pronuncian a veces *probalidad* en vez de *probabilidad;* también prevalece por las mismas razones razones *lubricantes* en vez de *lubrificantes; trigo* deriva de *tridigo*, cf. lat. *triticum*.

Se observan también casos de haplología con otras combinaciones de consonantes, así en palabras en las que figuran dos consonantes formando parte de la misma sílaba, por ejemplo *uendo* < *uenum-do*, o bien en palabras en que las consonantes en vez de ser iniciales de sílaba son finales; así, en el habla vulgar se decía *trierchus* en vez de *trierarchus*.

La haplología se produce también a veces con sílabas que no se siguen inmediatamente. Así *lapicida* < **lapidicida; sansugia* «sanguijuela» < **sanguisugia; latrocinium* < **latronicinium; hospes* < **hostipotis*.

APENDICE

FONEMATICA LATINA

por

SEBASTIAN MARINER BIGORRA

APENDICE

FONEMATICA LATINA

Exposiciones de alcance general: E. ALARCOS LLORACH, *Esbozo de una fonología diacrónica del español:* Estudios dedicados a Menéndez Pidal II, 9-39, y *Fonología española*, Madrid [3]1961 (con amplia bibliografía), espec. cap. IX; W. BRANDENSTEIN, *Kurze Phonologie des Lateinischen:* Anejo de la *Geschichte der lateinischen Sprache* de FR. ALTHEIM, Frankfurt am Main 1951; A. A. HILL, *Introduction to Linguistic Structures*, Nueva York 1958, espec. apénd. B, pp. 441-446; J. HORECKÝ, *Fonología Latinčiny*, Bratislava 1949 [1]; H. H. JANSSEN, *Historische Grammatica* (citada en la bibliografía al comienzo de esta obra); M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre 1940-1955*, «Glotta» 36 (1957) 129-133; A. H. LIVE, *Pre-history of latin phonemic structure*. Tesis Univ. Pensylv. 1959; A. MARTINET, *Economie des changements phonétiques*, Berna, 1955; N. S. TRUBETZKOY, *Principes de Phonologie*, trad. J. CANTINEAU, París 1949; G. K. ZIPF y F. M. ROGERS, *Phonèmes and variphones in four present-day romance Languages and classical Latin from the viewpoint of dynamic Phonology*, «Archives Neerl. de Phonét. experim.» 15 (1939) 111-147.

1.—FONEMAS Y SONIDOS: CARACTERIZACIÓN

309. Entre los sonidos latinos descritos a lo largo de esta obra (especialmente en los §§ **2-15, 92-93, 100-107, 124, 207, 214, 216-217, 219, 224-230, 240** y **244-245**), los hay que no suelen aparecer sino en determinados contextos fónicos, que los condicionan; así, de los vocálicos, *ü* (§ **124**) no ocurre sino en sílaba interna ante labial; de los consonánticos, *ŋ* (§ **219**)

[1] Lamento no haber podido disponer de esta obra ni de la de Live para la redacción del presente Apéndice. De las demás, en cambio, me reconozco ampliamente deudor.

se halla sólo cerrando sílaba y precisamente ante velar (*sanguis*) o ante nasal (escrito entonces *g*: *dignus*). Un sonido así condicionado acostumbra a hallarse en tan estrecha relación de semejanza con algún otro del propio idioma, que la diferencia entre ambos resulta incapaz de provocar por sí sola distinciones de significado entre palabras de la lengua de que se trate. Así, en latín es imposible encontrar dos vocablos que se distingan sólo por tener uno de ellos *l* donde otro tiene *ł*, ya que la aparición de este sonido velar viene condicionada precisamente por un contorno fónico (ir seguido de consonante distinta o de vocales que no sean *i* o *ĕ* no final) que excluye la *l* alveolar y viceversa. E incluso en el caso de que, artificialmente (por ejemplo, en una escritura al dictado, silabeando), se intentara hacer efectivamente presente la *l* alveolar, excluida de la pronunciación corriente en un contexto de este tipo (por ej., en *altus* 'alto'), el resultado no podría ser ninguna palabra latina de significado diferente (del de *ałtus* 'ałto').

310. En cambio, las diferencias entre otros sonidos latinos capaces de aparecer rodeados de contornos fónicos idénticos, aun en caso de ser muy pequeñas, suelen originar por sí solas distinciones de significado. Así, por ej., entre los sonidos representados por *p*, *t* y *c* las semejanzas son muchas (oclusión, sordez, salida de aire exclusivamente oral) y la diferencia escasa (distinto punto de oclusión: labios, dientes, velo del paladar); sin embargo, esta mera diferencia provoca por sí sola distinciones de significados tan radicales como las que separan *pālō* ≠ *tālō* ≠ *cālō*.

En el ejemplo propuesto la diferencia significativa estriba en el punto de articulación; otras características fonéticas pueden ser también significativas; así, por ej., la sonoridad (*nego* ≠ *neco*), la nasalidad (*nē* ≠ *dē*), etc. Mas todas estas características (localización, sonoridad, nasalidad, labialización, etc.), no se dan solas en el contexto fónico, sino combinadas simultáneamente una con otras: no cabe aislarlas en el tiempo. Así, para distinguir entre *nego* y *neco* no se recurría

en latín a pronunciar *neg* igual que *nec* y añadir inmediatamente la sonoridad (= una resonancia glotal), sino que ésta acompañaba la oclusión del velo del paladar. Un conjunto de características fónicas distintivas no susceptible de ser analizado en elementos sucesivos constituye una unidad significativa llamada comúnmente fonema [2]; así como se ha denominado Fonemática [3] al estudio de los fonemas y de su funcionamiento en una lengua dada.

311. Por definición, pues, un fonema latino se caracteriza por los rasgos que lo hacen distinto de (= lo «oponen a») los demás fonemas de dicha lengua (rasgos «pertinentes» o «relevantes»). Las demás características que comporten el sonido o sonidos que realizan en la cadena hablada el tal fonema carecen de importancia fonemática (son «irrelevantes»). Así, aunque, según se ha visto (§§ **2**, **12**, **218** y **222**-**223**) los sonidos latinos *n* y *d* son sonoros ambos, sin embargo la sonoridad no es nota característica del fonema /*n*/, puesto que no existía en latín otro fonema también nasal y alveolar que se opusiera al citado por ser sordo [4], a diferencia de lo que ocurría con el fonema /*d*/, que se oponía a otro /*t*/ (cf. *dē* ≠ *tē*), del que sólo le diferenciaba precisamente la sonoridad.

Otra independencia conviene recalcar entre los fonemas y sus realizaciones o sonidos: del mismo modo que un fonema único puede ser realizado —según el contorno fónico, la atención del hablante, etc.— por diversos sonidos (= «variantes» o «alófonos»); así, un sonido puede, en una misma lengua, ser realización de más de un fonema. Ya se han visto antes ejemplos ade-

---

[2] TRUBETZKOY, *Principes*..., p. 37. En este sentido (distinto, por tanto, del de 'sonido') deberá entenderse este término a lo largo del presente Apéndice. Gráficamente se representarán los fonemas, cuando sea oportuno distinguirlos así de los sonidos que pueden corresponderles, mediante la inclusión de los signos respectivos entre barras.

[3] Más corrientemente, en Europa, Fonología.

[4] Cf. la reseña de la obra de Trubetzkoy por A. MARTINET en «Bull. de la Soc. Ling. de Paris», 42_{4} (1946) 17.

cuados: mientras *l* y *ł* son variantes de /l/, el sonido ŋ realiza, ante velar, un fonema nasal; ante nasal, en cambio, un fonema velar.

2.—Inventario, clasificación y sistematización de los fonemas latinos

312. Dado que los fonemas son elementos significativos, es natural que sean producidos y percibidos por los hablantes de una comunidad lingüística en una época determinada con suficiente distinción; así como que en la escritura fuesen representados por signos que reprodujeran esta distinción; por tanto, si la escritura es alfabética, con una letra (y sólo una) para cada fonema [5]. Un primer procedimiento para conocer los fonemas del latín lo proporcionaría, según esto, el inventario suministrado por los signos de su alfabeto. Sin embargo, como se trata de un alfabeto adaptado (§ **53**), pudo ocurrir que, por un lado, se heredaran varios signos que en latín no podían corresponder sino a un solo fonema, y, por otro, que un solo signo se hallara en trance de representar varios fonemas de la lengua de los adaptantes (§§ **55-61**). Se hace preciso, por tanto, comprobar los datos proporcionados por el alfabeto a este respecto mediante la «conmutación» [6], esto es, tanteando qué cambios de elementos distintos gráficamente dan lugar a diferencias efectivas en significados, ya sea que presumamos que representaban un mismo sonido (X y CS, por ejemplo), ya sonidos dife-

---

[5] Cf. Gili, *Fonética...*, p. 78. O sea, que la tendencia más natural de un alfabeto (o silabario, etc.), no es a ser fonético, sino fonemático, esto es, no a reproducir las distinciones entre todos los sonidos, pues las hay de éstas que no son significativas, sino las diferencias entre todos los fonemas, que, por definición, son significativas todas.

[6] Cf. A. Martinet, *Un ou deux phonèmes?* «Acta Linguistica», 1, pp. 94-103.

rentes (por ej., K y C, § **58**). Por este procedimiento es fácil percatarse de que la innovación gráfica CARVS frente a KARVS no iba aneja a ningún cambio de sentido, esto es, que la posible diferencia entre un sonido velar más retrasado representado por K y uno más adelantado a que correspondía C, no era fonemática; en tanto que sí lo eran, por ejemplo, las diferencias entre las cinco vocales: cf. series del tipo de *ornatā ornatē, ornatī, ornatō, ornatū*, donde, pudiendo aparecer en idéntica posición silábica y con el mismo contorno fónico (*ornat-*), dan lugar a cinco significados diferentes.

313. El resultado de practicar todas las conmutaciones posibles revela que el alfabeto latino usual en la época clásica estaba bastante bien adaptado a los fines de representación de sus fonemas; no tanto, sin embargo, que no deje cuestiones pendientes respecto al inventario de éstos.

Algunas de estas cuestiones han sido susceptibles de soluciones que han logrado la común aceptación; otras, en cambio, según se anotará a lo largo de la siguiente exposición en los puntos oportunos, han dado lugar a soluciones contradictorias. No es esto privativo del latín, antes ocurre también a propósito de determinadas cuestiones fonemáticas de otras muchas lenguas, incluso de las que se hablan en la actualidad, pese a la ventaja que para el estudio de éstas supone el contar con el testimonio de los usuarios de tales lenguas para resolverlas. La falta de este testimonio, que podría ser decisivo en muchas ocasiones, hace especialmente difíciles algunas de las indicadas cuestiones en el caso del latín [7].

314. Entre el conjunto de los fonemas latinos se patentiza casi inmediatamente una diferencia palmaria:

[7] Es decir, que, por ej., a propósito de si son fonemáticas o no las diferencias entre sus ẹ y ę, cabe experimentar directamente si un hablante andaluz distingue entre *tjẹnẹ* (esto es, cast. /tienes/) y *tję́nę* (e. e., cast. /tiene/); en cambio, sólo por medios indirectos (distinción gráfica, inexistencia o escasez de «faltas de ortografía» que la contrarien, repercusiones prosódicas en la métrica, etc.) se podrá reconstruir si un hablante latino distinguía entre *aquam* y *acuam* cuando se trate de dilucidar si *qu* era un fonema /qu/ o un grupo de otros dos, /c/ y /u/.

en las voces que constituyen el caudal corriente del latín, es decir, prescindiendo de una categoría que suele quedar en muchas cuestiones al margen de lo que cabe llamar normal en una lengua [8], unos fonemas pueden funcionar como centros de sílaba y otros no [9] (esto es, una sílaba latina necesita contener por lo menos uno de aquellos fonemas, en tanto que pueden faltarle todos los demás). Los primeros son los vocálicos; los restantes son consonánticos.

315. Como centros de sílaba hállanse en latín clásico los fonemas o combinaciones de fonemas siguientes: *a, e, i, o, u, ā, ē, ī, ō, ū, ae, oe, au* (*eu, ei*) [10]. Entre los monoptongos existe una correlación de cantidad: cada uno de los cinco primeros se relaciona con el correspondiente en orden de los cinco siguientes, y esta relación es la misma («co-relación») para cada par: la larga, que duraba dos moras o tiempos, se oponía a su respectiva breve, que duraba uno (equivaliendo, por consiguiente, a la repetición de la breve [11]): *ā* : *a* : : *ē* : *e* ..., etc. Los cinco últimos, diptongos, se reducían también en latín clásico a combinaciones de los cinco primeros [12] —dado que el latín había transfor-

---

[8] Concretamente, el tipo representado por la interjección *st!*

[9] Distíngase con toda precisión aquí entre capacidad y necesidad de ser centros de sílaba; la diferenciación propuesta está basada sobre aquélla y no sobre ésta: fonemas que podían ser centros de sílaba, podían también funcionar sin serlo.

[10] En latín arcaico, hasta el s. II a. C., *ae* y *oe* habían sido, respectivamente, *ai* y *oi* (§§ 97 y sigs.); además, había existido *ou*. A su vez, en latín tardío las diferencias de cantidad se «transfonematizarán» en diferencias de timbre; de los diptongos sólo se mantendrá como tal, *au*.

[11] Sobre el valor difonemático de las largas en latín clásico, cf. la afirmación explícita de TRUBETZKOY, *Principes...*, p. 202.

[12] Así he tratado de razonarlo en *Valor fonemático de los diptongos del latín clásico*, «Helmantica» 25 (1957) 17-30. Conviene insistir aquí en la observación final de dicho artículo, referente a que este carácter difonemático armoniza con la existencia en latín clásico de unas diferencias cuantitativas de carácter fonemáticamente distintivo; pero en el latín tardío, en que este carácter distintivo se perderá (= se «desfonematizará» la cantidad), es admisible considerar monofonemáticos los diptongos (= «vocales de abertura

mado todos los diptongos de primer elemento largo— Dichos cinco fonemas vocálicos básicos se oponían según sus timbres, formando un sistema que suele describirse como triangular, con dos series de localización —anterior y posterior— y tres grados de abertura:

	anteriores		posteriores
cerrados	i		u
medios	e		o
abierto		a	

Mas en un sistema así, las características de localización y abertura están íntimamente conexas: el fonema de máxima abertura, /a/, es indiferente en cuanto a la localización; en cada serie los vocales extremos (esto es, el más anterior, /i/, y el más posterior, /u/) resultan ser los más cerrados. En otros términos, este sistema podría describirse igualmente como lineal con dos series de localización de dos grados cada una y un lugar indiferente a una y otra serie[13]:

anteriores		indiferente	posteriores	
i	e	a	o	u
	... medios ...			
.... extremos				

cambiante», cf. ALARCOS LLORACH, *Esbozo...*, pp. 12-13), consideración acorde con el proceso de monoptongación a que se vieron sometidos.

13 Descripción que parece preferible, por más sencilla, a una que, manteniendo como fundamentales los grados de abertura y considerando las distinciones de localización dentro de cada serie como condicionadas por aquéllos (esto es, como fonemáticamente irrelevantes), los organizara en un sistema pentagonal (HILL, *Introduction...*, p. 441)

	anteriores		posteriores
cerrados	i		u
medios	e		o
abierto		a	

En comprobación, el lector castellano (lengua de sistema vocálico descrito comúnmente como el del latín) puede constatar expe-

316. Según la consideración apuntada en el § **314** y nota, es posible que algunos de los fonemas vocálicos funcionen también sin ser centros de sílaba, esto es, tengan variantes consonánticas. En latín, éste parece haber sido el caso de *i* y *u* consonánticas, a juzgar por su funcionamiento (§§ **201-213**); por lo menos, durante el período clásico no son sino variantes («combinatorias» si su aparición dependía del contorno fónico; «potestativas», si de la intención del hablante) de las vocales *i* y *u*: no existían en latín clásico palabras cuyo diferente significado dependiera de que se pronunciara en ellas *i* vocal o *i* consonántica; al contrario, la evolución fonética o las conveniencias prosódicas han motivado a veces el cambio de *i* y *u* en *i̯* y *u̯* o viceversa (cf. *quoniam*, de *quom i̯am;* y escansiones como *ābi̯ēs* —consonantizando la *i*— o *siluae* —vocalizando la *u̯*) [14].

Lo que acaba de decirse supone considerar *qu* y *gu* como fonemas independientes y no como grafías de las combinaciones de dos fonemas /c/ y /g/ con el fonema /u/, dada la diferencia significativa *aquam* ≠ *acuam*, que no puede depender de que *u* fuese, respec-

---

rimentalmente que, si bien habitualmente el mayor adelantamiento de su *i* con respecto a su *e* va acompañado de una mayor cerrazón, sin embargo, ésta no es relevante mientras se mantenga aquél: poniendo la lengua para decir *i* (lo que equivale a mantener la localización extrema) podrá emitirse un sonido que se perciba *i* aun con una abertura de boca mayor que la corriente en la pronunciación de *e*.

[14] He intentado demostrar este aserto en *Caracterización funcional de los fonemas del latín clásico*, «Emerita» 26 (1958) 227-233 frente a los argumentos en contra de Brandenstein (*Kurze Phonologie...*, p. 488) y a las reservas de Alarcos (*Esbozo...*, p. 17. n. 2). La independencia fonemática de /i̯/ y /u̯/ será, en cambio, un hecho en latín tardío —probablemente, en el habla descuidada, a partir del s. I d. C.—: i̯, convertida en fricativa palatal, será el fonema sonoro opuesto al sordo procedente de *c* palatalizada; u̯, hecha espirada bilabial o labiodental, será el correlato sonoro opuesto al sordo /f/. En este supuesto, sólo entonces habrían sido efectivamente distintivas las diferencias (puestas de relieve por R. Godel, *Les semivoyelles en latin*, «Studia linguistica» 7, [1953] 90-99) como *uoluī* 'quise' ≠ *uou̯ī* 'volví', *paruī* 'obedecí' ≠ *paruī* 'pequeños', etc.

tivamente, consonántica o vocálica, lo que haría de cada una un fonema independiente[15].

317. Aparte de los casos discutidos en el párrafo anterior, la individuación del resto de fonemas consonánticos latinos no ofrece otras dificultades que las que se plantean a propósito de la pronunciación o no pronunciación de la *h* (§ **245**). Es obvio que sólo en los

---

[15] Esta cuestión es probablemente la más discutida de las que tiene planteadas la fonemática latina. Han sostenido abiertamente el carácter difonemático de *qu* y *gu*, entre otros, JANSSEN (especialmente en *Qu et gu en latin:* Hommages à Max Niedermann, Bruselas 1956, pp. 184-190), LEUMANN (*Lateinische...*, p. 131 n. 1) y A. A. HILL, *Juncture and syllabe division*, «Language» 30 (1954) 439-447; los han considerado como fonemas únicos, ALARCOS (*Esbozo...*, p. 19) y BRANDENSTEIN (*Kurze Phonologie...*, pp. 487-488). Pero varios de los argumentos propuestos en favor del difonematismo no son fonemáticos, sino fonéticos; así lo he indicado en *Caracterización...*, p. 230, n. 1, a propósito de los de Janssen, que no logran invalidar los positivos de Brandenstein. Tampoco el hecho que Leumann considera decisivo a saber, la creación de los participios *secūtus* y *locūtus* según los modelos *solūtus* y *uolūtus*, de acuerdo con la proporción *soluor* : *solūtus* : : *uoluor* : *uolūtus* : : *sequor* : *secūtus* : : *loquor* : *locūtus*, llega a demostrar nada más que una estrecha relación fonética entre el apéndice labial del sonido que realizaba el fonema labiovelar de *sequor* y *loquor* y el sonido que realizaba el fonema /u/ sin valor silábico (esto es, *u̯*) en *soluor* y *uoluor*, tal como, a juzgar por la terminología empleada, reconoce el propio autor, que habla de *Zwei*lautigkeit y de *Doppel*laut: nada se opone a admitir una realización de un fonema único mediante un sonido complejo cuyos elementos se perciban como sucesivos.

Centrando, pues, la cuestión en su aspecto fonemático, de acuerdo con las consideraciones de alcance general de A. MARTINET (*Un ou deux...*, *passim*), cabe reconocer que, aparentemente, *qu* podría dar la impresión de compuesto de dos fonemas, dado que, conmutando cada uno de sus posibles elementos con cero en un vocablo como, p. e., *quārum*, se obtienen otros dos vocablos latinos, *cārum* y *uārum*. Pero esta posibilidad de difonematismo queda invalidada de acuerdo con las proposiciones III y IV de MARTINET, dado el hecho de que en latín se presentan series donde la reunión efectiva de los dos fonemas /c/ y /u/ es fonemáticamente distinta de /qu/: es el caso de *quī* ≠ *cuī* (aun todo el tiempo en que éste fue monosilábico, esto es, valiendo en él la *u* como asilábica).

Para la exclusión de ŋ como fonema —contra su admisión por HILL (*Introduction...*, p. 441)— recuérdense §§ **309** y **311**.

estratos sociales y épocas en que se la pronunciaba puede haber cuestión sobre si era o no un fonema. La existencia de oposiciones significativas del tipo *hōs* ≠ *ōs* exige, en tal caso, reconocerla como auténtico fonema y no como cualidad de determinadas vocales iniciales [16] (aparte de que se la halla también en interior de palabra: *traho*, *ueho*). Incluido /h/, los fonemas consonánticos del latín clásico, de acuerdo con los rasgos relevantes que les hacen susceptibles de provocar oposiciones distintivas, habrían sido quince: m, n, r, l, f, h, s, b, p, d, t, g, c, gu, qu [17]. Los rasgos relevantes que los oponían eran los ocho siguientes:

la nasalidad, que oponía los dos primeros a todos los restantes;

la continuidad, que oponía los cinco siguientes a los ocho últimos, oclusivos;

la intermitencia, que oponía /r/ a los restantes continuos;

la lateralidad, que oponía /l/ a los espirados /f/, /h/ y /s/;

la resonancia, que oponía graves a agudos, esto es, los que se producían en alguna de las posiciones extremas de la cavidad bucal (labiales, velares) de forma que ésta puede servir de tubo de resonancia en casi toda su longitud, con lo que resultan graves, frente a los que se producen en la parte media de dicha cavidad (dentales, alveolares), con lo que ésta, a los efectos de tubo de resonancia, quedaba dividida en dos, naturalmente más cortos que en el caso de los labiales y velares, de modo que, en com-

---

[16] Cf. en este sentido LEUMANN, *Lateinische*..., p. **131**.

[17] En otras palabras, los sonidos consonánticos estudiados en los §§ **12-15** y caps. XV-XX son o realizaciones únicas de alguno de estos fonemas o realizaciones varias de los mismos (así, *l* y *ł* realizan ambos /l/) o de los vocálicos (así, i̯ y u̯ realizan, respectivamente, /i/ y /u/ asilábicos), según ya se ha indicado.

Para los rasgos relevantes enumerados, cf. ALARCOS, *Esbozo*..., pp. 118-119, en acuerdo con R. JAKOBSON, *Observations sur le classement phonologique des consonnes:* Proceedings of the 3rd Intern. Congress of Phonetic Sciences, Gante 1938, pp. 34-41.

paración con éstos, los dentales y alveolares resultan agudos; así, se oponían /m/ a /n/; /f/ y /h/ a /s/; /b/, /p/, /gu/, /qu/, /g/ y /c/ a /d/ y /t/;

la localización, que oponía los producidos en la parte anterior de la boca (labiales) a los que se pronunciaban en la parte posterior (velares); así, se oponían, dentro de los grupos últimamente citados, /f/ a /h/; /b/ y /p/ a /gu/, /qu/, /g/ y /c/;

la labialización, que oponía en este último grupo los labializados /gu/ y /qu/ a los no labializados /g/ y /c/; y, finalmente,

la sonoridad, que, dentro de cada grupo binario de los oclusivos así resultantes, oponía uno sonoro a otro sordo: /d/, /b/, /gu/ y /g/, respectivamente, a /t/, /p/, /qu/ y /c/.

Gráficamente este sistema de oposiciones formaría la siguiente figura (que representaría el desarrollo de una superficie cilíndrica, en el sentido de que la relación entre los fonemas alineados junto a los lados verticales exteriores es tan próxima como la que media entre los alineados a ambos lados del eje central):

		graves		agudos				
		m		n				nasales
	intermitente			r		líquidos	continuos	orales
	lateral			l		líquidos	continuos	orales
anteriores		f		s		espirados	continuos	orales
		p	b	d	t		oclusivos	orales
posteriores	labializados	qu	gu				oclusivos	orales
posteriores	no »	c	g				oclusivos	orales
		(h)				(»	continuo)	orales
		-dos	sonoros		sor-			

Obsérvese que quedan al margen de la oposición sonoros/sordos los fonemas /m/, /n/, /r/, /l/, /f/, /s/ (y /h/); los cuatro pri-

meros porque, si bien eran realizados comúnmente mediante sonidos sonoros (§§ **216-218**), no tenían en el sistema ningún oponente que sólo se les diferenciara en sordez (recuérdese § **311**); los tres últimos, viceversa, porque, si bien realizados corrientemente mediante sonidos sordos (§§ **240** y **244-245**), carecían de oponentes diferenciados por sola sonoridad.

Asimismo, eran indiferentes a la oposición graves/agudos los fonemas /r/ y /l/, por más que se realizaran con sonidos de resonancia análoga a la de los agudos, por carecer de oponentes intermitente y lateral, respectivamente, graves (como habría sido, por ej., con respecto a *r*, una *r* uvular).

Por último, no afecta la oposición posteriores/anteriores a los fonemas /n/, /r/, /l/, /s/, /d/ y /t/, pues, si bien se realizaban habitualmente con sonidos de localización anterior, carecían de oponentes agudos en la posterior (recuérdese, por ej., que *l* alveolar y *l* velar eran únicamente realizaciones distintas de un solo fonema, § **309**). La asimetría así resultante entre esta casilla y las contiguas será «resuelta» en el latín tardío mediante dos procesos que se relacionan: por un lado, la supresión de la correlación de labialización /gu/ : /g/ : : /qu/ : /c/, con la desfonematización de los labiovelares, que pasarán a velares puros, reduciénse así las dos series a una; por otro, la aparición de la serie de fonemas posteriores que faltaba en la casilla de los agudos, a saber, los palatales (§§ **236-238**).

318. Además de las oposiciones que cabían entre los distintos fonemas consonánticos indicados, podía tener en latín valor distintivo la que mediaba entre ellos y sus correlatos geminados (§ **259**). Esta posibilidad se encuentra, aunque no muy abundantemente (= aunque la oposición geminado/simple es de poco «rendimiento funcional»), aprovechada efectivamente en latín para cada uno de los fonemas a que se opone un geminado, a saber, todos los consonánticos menos /gu/, /qu/ y /h/. Es decir, que la oposición geminado/simple es lo único que distinguía significativamente entre pares como *summus* ∓ *sumus*, *annus* ∓ *anus* 'anciana', *erro* ∓ *ero*, *nōllēs* ∓ *nōlēs*, *affer* ∓ *afer*, *bassī* ∓ *basī*[18], *obbīs* ∓ *obīs*, *capper* ∓ *caper*,

---

[18] De resultas del rotacismo (§§ **242-243**), la oposición *ss/s* es prácticamente inexistente entre vocablos latinos autóctonos, dado que la *s* simple apenas existe en posición intervocálica, que es

addit ≠ *adit*, *cattus* ≠ *catus*, *agger* ≠ *ager*, *uaccās* ≠ *uacās*.

El rendimiento de esta oposición será mayor en el latín tardío, cuando, perdido el valor significativo de (= «desfonematizadas») las diferencias cuantitativas, las distinciones del tipo del latín clásico *annus* ≠ *ānus* 'anillo' queden reducidas a *annus* ≠ *anus*, es decir, estriben tan sólo en la diferencia geminado/simple.

3.—Neutralización de oposiciones fonemáticas. Posiciones de neutralización y de distinción máxima

319. A lo largo del estudio de la evolución histórica de los sonidos latinos (caps. V-XIII y XV-XXV) se ha podido observar cómo algunos de ellos en determinadas posiciones de la palabra o dados ciertos contextos fónicos o por una y otra razón combinadas, pierden algunas de las características que tienen en posiciones diferentes o en medio de contornos fónicos distintos, o adquieren otras que no tenían. Unas veces estas transformaciones no afectan a características distintivas; así, por ej., la *l* alveolar de *calidus* aparece como velar en *caldus*, sin originar por ello ningún fonema diverso; otras, en cambio, las características afectadas eran distintivas; así por ej., *b* delante de sorda perdía fonéticamente su sonoridad (§ **276**), lo que determinaba que no pudiera oponerse en tal posición a *p*: aun en caso de que analógicamente se mantuviese en la grafía y aun en una pronunciación artificiosa (silabeando), no existía en latín posibilidad de que el analógico *subpono* se distinguiera del fonético *suppono*. En estos casos, pues, y mediante la anulación del rasgo distintivo que oponía ambos fonemas (en este ejemplo, la sonoridad), quedaba suprimida su oposición (= había, en general, «neutralización» de la correlación sonoro/sordo); la colocación ante sorda era,

---

precisamente —según se verá luego— la única en que funciona la oposición geminado/simple (cf. § **322**, 1.º).

pues, una «posición de neutralización» para los fonemas que sólo se oponían en sonoridad.

En una posición de neutralización, al margen de las características suprimidas, se mantienen otras, comunes a los fonemas neutralizados, y que permiten oponerlos significativamente a los demás. Así, por ej., los fonemas nasales se neutralizan en contacto con oclusivas o *s* (§ **278**): las diferencias entre *numquam* y *nunquam* (¡y *nuncquam* en inscripciones!), *eumdem* y *eundem*, etc., no afectan para nada a los significados; la localización (labial, alveolar, velar) de las realizaciones de estos fonemas ha dejado de ser rasgo distintivo entre ellos. Pero las características comunes se mantienen, aun en tal posición; son consonánticos, y por ello se oponen significativamente a los vocálicos (*anceps* ≠ *auceps*); son nasales, y por ello se oponen significativamente a los consonánticos orales: así, con respecto a los más emparentados (los continuos no espirados), *ambōs* ≠ *albōs*, *arbōs*; y lo mismo cabe observar con referencia a todos los demás: *intus* ≠ *ictus*, etc.

A este conjunto de características comunes a varios fonemas neutralizados, por las cuales siguen oponiéndose a todos y a cada uno de los restantes, se le designa con el término de archifonema (representado corrientemente por una de las mayúsculas correspondientes a los fonemas neutralizados: así, /N/ archifonema, en latín, de /m/ y /n/).

De modo análogo a lo que ocurría con los fonemas (§ **311**), un archifonema puede ser realizado por un solo sonido o por varios. Así, en latín, el archifonema de /qu/ y /c/ neutralizados en las condiciones que se verán luego (§ **322**, **4.º**), es siempre realizado mediante *c* (§ **228**); en cambio, el de /m/ y /n/ neutralizados se realiza unas veces por medio de *m*, otras por medio de *n*, otras de *ŋ*, según el contorno fónico.

320. La neutralización de fonemas vocálicos más extendida en latín clásico afecta a la correlación de cantidad; la oposición largo/breve se neutralizaba en todos los casos citados en los capítulos X-XI: ante vocal, ante consonante distinta de *-s* en sílaba final, etcétera.

321. Las oposiciones vocálicas de timbre estuvieron sometidas a una neutralización de gran alcance en latín prehistórico, a saber: la que afectó más o menos a todas las breves en sílaba interior y a muchas de ellas en final, según se ha estudiado en el capítulo VIII. Sin embargo, el latín clásico presenta ya prácticamen

te superada dicha etapa, al estabilizar oposiciones como *ērogo* ‡ *ērigo*, *inuocem* ‡ *inuicem*, etc., que habrían sido imposibles de haber persistido la neutralización anterior.

Las neutralizaciones de timbre subsistentes en latín clásico ocurren, de entre las distintas posiciones silábicas, sobre todo en la final, y, de entre los distintos contornos fónicos, sobre todo ante consonante homosilábica (detalle en los capítulos VII-IX): *o* = *u* ante *l* y ante *n* seguidas de consonante, ante *-m* y *-s* finales, etc. Pero obsérvese que también aquí el latín clásico ha estabilizado algunas oposiciones que se neutralizaban en el período arcaico de la lengua; así, *-i*, que había pasado a *-e* en final absoluta, vuelve a ser posible (en *quasi*, *nisi*, *mihi*, *tibi*, *sibi*, etc.) por efecto de la consolidación de la abreviación yámbica.

322. Los fonemas consonánticos aparecen en latín sometidos a una extensa gama de neutralizaciones:

1.° La correlación geminado/simple no existía sino en posición intervocálica; la presencia de geminadas en otras posiciones, rastreable todavía en latín arcaico (*ess* ‡ *es*) no ocurría con valor distintivo en el período clásico (§§ **262-263**). Aun en intervocálica, la oposición se neutralizó al correr de dicho período para *ss/s* y *ll/l* después de vocal larga (§§ **264-265**); y de modo general en las condiciones descritas en § **262**, 1).

2.° La correlación sonoro/sordo se neutralizaba en sílaba cerrada ante consonante (§ **276**); en final absoluta parece mantenerse en los dentales: *ad* ‡ *at*, *quod* ‡ *quot*, *id* ‡ *it*. Pero su rendimiento era escaso; de forma que, comprometida muy pronto en el habla vulgar, desapareció prácticamente en el latín tardío.

3.° La oposición nasal/oral se neutralizaba, para los fonemas oclusivos, en las condiciones de contacto estudiadas en los §§ **273** η) y ϑ) y **277**; para los continuos, en las vistas en los §§ **272** β) y γ), **273** δ) y **275** a).

4.° La correlación de labialización funcionaba, entre /qu/ y /c/, sólo en inicial de sílaba o después de *s-* ante vocal no homorgánica, esto es, no ante *u* ni,

quizá ya en época republicana, ante *o*; entre /gu/ y /g/, sólo en inicial de sílaba interior después de consonante ante vocal no homorgánica; quedaba neutralizada en todas las demás posiciones (§§ **227-228**).

5.° La oposición entre espirados (o fricativos) y oclusivos dentales se neutraliza ante ambos fricativos: ante *f*, además, la entre fricativos y oclusivos labiales —§ **273** ε) e ι)—.

6.° Ante velares se neutralizaba la oposición entre todos los oclusivos; ante labiales (oclusivos y *m*), sólo la que oponía éstos a los dentales (incluido *n*) —§§ **272** δ) y **273** α) y β)—.

7.° Entre los líquidos había neutralización en contacto —§ **272** α)—.

8.° Entre los espirados había neutralización ante *f* (§ **274**).

9.° La oposición entre líquidos y *s* se neutralizaba en contacto —§ **275** b) y c)—.

10.° Ante oclusivos y *s* los nasales quedaban neutralizados entre sí (§ **278**).

Como es fácil deducir, la posición final de sílaba es la de máxima neutralización para los fonemas consonánticos; y viceversa, así como para los vocálicos la posición de distinción máxima era la sílaba inicial, en cambio para los consonánticos era la inicial de sílaba interior de vocablo.

4.—Combinaciones de fonemas en latín

323. La estructura del sistema de fonemas y la distribución de posiciones de diferenciación y neutralización caracteriza en buena parte a una lengua; pero en latín, como en otras muchas, resultan ser también de gran importancia para esta caracterización las posibilidades que tiene efectivamente realizadas en orden a la combinación de los fonemas de que dispone [19]. Ade-

[19] La comprobación de cuán importante es como característica de una lengua su combinación de los fonemas, puede verificarla el lector castellano observando cómo, aun disponiendo este idioma de los fonemas /ñ/ y /ll/, como sea que no los admite en final de palabra (*desdeñ —cf. *desdeñar*— > *desdén*; *doncell —cf. *doncella*— > *doncel*), le resulta el pronunciarlos en tal posición en

más de las limitaciones que el neutralizarse algunos de éstos determina en sus posibilidades de aparición y combinación, dichas posibilidades se hallan de hecho mucho más limitadas, de forma que, aparte de caracterizarse por los rasgos analizados hasta aquí, los fonemas acostumbran a poder diferenciarse en gran parte atendiendo a sus distintas posibilidades de combinación. En el latín clásico esta distinción llega a tal punto, que ha podido presentarse una caracterización de sus veinte fonemas basada en las posibilidades mencionadas que cada uno ofrece, que son efectivamente distintas de las de todos los demás en dicho período de la lengua [20].

324. Por lo que a los fonemas vocálicos se refiere, en latín aparece un máximo de tres seguidos, los cuales tanto pueden ser heterosilábicos (*tuear*, *tueāris*, etcétera) como formar dos de ellos diptongo (*tuae*). En estas combinaciones ternarias los tres fonemas son distintos. En las binarias son también habitualmente distintos (de ser iguales, la tendencia es a la contracción —§§ **180-186**—; en el período clásico sólo escapaban a ella, al parecer, los grupos *ii* y *uu* heterosilábicos —tipos *Brundisii*, *testimonii*, *petiit*; *tuus*, *mortuus*, *fructuum*, etc.—; *ee* en *deeram*, etc., parece haber sido mera grafía analógica en pugna con una pronunciación *dēram*, etc.). Los grupos binarios con elementos distintos podían ser diptongos o hiatos; de aquéllos ya se ha tratado en el § **315**. En hiato, *a* [21] sólo aparecía ante *ē* e *ĭ* (por ej., *aēnus*, *aīs*, *ait*); *e*, *i* y *u* ante todos los demás (cf. las formas de la flexión de *meus*, *socius*, *tuus*); *o* solamente ante *ă* y *ē* (cf. *coagmentum*, *coāctus*, *coēgī*).

---

los préstamos casi tan difícil como si se tratara de fonemas y aun de sonidos inexistentes en su lengua (cf. *champán* < *champagn*(e); *Sabadel* < *Sabadell*).

[20] Véase *Caracterización...*, pp. 232-233.

[21] Se hace referencia sólo a los breves, como es natural, pues habitualmente no habrá largos ante otro vocal (cf. § **320**), a excepción de *ē* e *ī* en los conocidos casos de *diēi* y análogos, *illīus* y análogos, *fīo* y demás formas de su conjugación fuera de *fierī* y *fierem*, *fierēs*..., etc.

Para los contornos consonánticos y posiciones silábicas en que no ocurren determinadas vocales, véase § **321.**

325. Las limitaciones eran mucho más extensas y variadas en cuanto a combinaciones de los fonemas consonánticos. La única posición en que podían aparecer todos era en inicial de sílaba interior; en las demás, /gu/ faltaba; fuera de inicial de sílaba en general, y precisamente ante vocales, faltaba /h/, y /qu/ no aparecía sino en esta misma posición o después de *s*- líquida (*squālidus*), etc. Las limitaciones para consonantes en final de sílaba ante consonante se han visto en el § **322.** En final absoluto de vocablo aparecían sólo /m/, /n/, /r/, /s/ y /t/ con relativa abundancia; /l/ y /c/ menos frecuentemente, y sólo en contados casos /d/ (*ad, aliud, apud, haud, id, illud, istud, quod, sed*) y /b/ (*ab, ob, sub*).

326. Tocante a grupos consonánticos, los más complejos y variados se daban en interior de vocablo, atravesados generalmente por frontera silábica. Aquí ocurrían hasta grupos cuaternarios (cf. *monstrum*), máxima acumulación de consonantes seguidos en latín, excluidos de todas las demás posiciones. Muchos también de los ternarios y aun binarios que aparecían en esta posición no se presentaban en otra alguna (cf., por ejemplo, *fulcrum, arcet*). En cambio, de los que se verá que pueden aparecer en otras posiciones sólo faltaban en ésta los triconsonánticos *rCs* y *lCs* [22].

---

[22] Y aun éstos podrían darse como existentes de admitir que en casos atestiguados como, por ej., *mulxī, fulxī*, se da una representación de una pronunciación muy cuidada y no (según parece haber sido en realidad) una reconstrucción gráfica analógica en lugar de las formas realmente pronunciadas *mulsī* y *fulsī* (§ **287**), reconstrucción debida a intento de los gramáticos (PRISCIANVS II 486 y 539) de distinguir con las formas reconstruidas los perfectos de *mulgeo* y *fulcio* de los de *mulceo* y *fulgeo*, respectivamente. Análogamente, las posibilidades de agrupación consonántica deberían elevarse hasta cinco consonantes seguidas, de admitirse que no era un compuesto artificioso un *postscribo* documentado en TAC. ann. 3, 64.

327. Seguía en número de posibilidades de combinación la posición inicial de vocablo, donde se daban hasta tres consonantes en serie, a saber: los seis grupos (compuestos todos de *s-* + ocl. sordo + líquido) *spr-* (*sprēuī*), *str-* (*strāuī*), *scr-* (*scrūtor*), *spl-* (*splendeo*), *stl-* (sólo en el conservadurismo jurídico *stlīs*, reducido a *līs* en la lengua común) y *scl-* (escaso: *scloppus*). Los biconsonánticos posibles eran los siguientes: *s-* + ocl. sordo (*spondeo*, *sto*, *sculpo*, *squāma*), *s-* + *u̯* (escaso: *suauis*, *suadeo* y derivados), oclusivo no labiovelar + líquido (todas las combinaciones posibles menos *tl* y *dl*), *f* + líquido (*flōs*, *frīgus*) y *gn* (relativamente abundante en latín arcaico, escasísimo en el clásico: *gnarus*).

328. En final de vocablo se daban también, aunque en menor número, agrupaciones triconsonánticas: *NPs* (*siremps*, más bien arcaico), *NCs* (*quincunx*), *rPs* (*stirps*), *rCs* (*arx*), *lCs* (*falx*): todas según la fórmula continuo + oclusivo + *s*. Las de dos consonantes no eran muchas más: *ms* (sólo en *hiems*), *ns*, *NC*, *rs*, *Ps*, *Cs*, *st* (escasa: *post*, *est* —de *edo* y de *sum*— y compuestos), *Nt*, *rt* (escasa: *fert* y compuestos) y *lt* (*uult* y compuestos), y responden sólo a tres fórmulas: cons. + *s* y continuo + *t* o *c* (muy escasa la tercera: *hunc*, *hanc*).

Como puede fácilmente observarse, exceptuando el grupo *st*, ninguno de los que aparecían en posición inicial aparecía también en final y viceversa. Esta distribución y, en general, toda la distribución de grupos consonánticos —incluida la mayor abundancia en interior de vocablo en frontera silábica— no es caprichosa, antes responde a la teoría fonológica de la sílaba más normal [23]. De acuerdo con ella, es natural que en los grupos iniciales, donde la sílaba se va abriendo hacia su punto vocálico, abunden más los formados por consonantes de menor grado de abertura seguidos de otros de grado de abertura mayor; en tanto que en los grupos finales, donde la sílaba se va cerrando desde su punto vocálico, sean de esperar más bien agrupaciones constituidas por consonan-

---

[23] Cf. F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, trad. A. Alonso, Buenos Aires 1939, pp. 98-118.

tes de grado de abertura mayor seguidos de otros de grado de abertura menor [24]; y que pueda haber muchos más y más complejos en interior de palabra, donde tales grupos consonánticos están en torno a la frontera silábica, punto en que se cierra una sílaba y se abre otra, con lo que, por lo menos, se «suman» las posibilidades de agrupación en inicial y en final; suma parcial a la que viene a agregarse como nuevo sumando la estabilidad que a los grupos internos presta el hallarse al margen de la influencia que puede detrminar sobre los iniciales y, más aún, sobre los finales, el contacto con otros elementos de otros vocablos en la cadena fónica, muy variables además.

5.—El acento latino en su aspecto fonemático

329. El acento latino histórico estaba condicionado (cf. § **65**): recaía en la sílaba que contenía la penúltima mora o tiempo antes de la sílaba final o, si aquélla no existía, en la más distante de dicha final. De este condicionamiento resultaba su carácter irrelevante a efectos de distinción de significados. Al revés de lo que puede ocurrir en lenguas donde la situación del acento no depende estrictamente de la configuración de los vocablos, a saber: que sea sólo él quien distinga significativamente entre palabras constituidas por idénticos fonemas (cf. cast. *solícito* ≠ *solicito* ≠ *solici-*

---

[24] Es cierto que entre los grupos latinos iniciales y finales los hay en abundancia que no corresponden al esquema de la sílaba fonológica más normal: iniciales con *s* + oclu[illegible] (más cerrada ésta que aquélla), finales con oclusiva + *s* (men[illegible] cerrada la última que la penúltima). Pero la historia del latín es elocuente a este respecto: la primera anomalía será resuelta en latín tardío mediante la prótesis de una vocal (cf., por ej., *ispiritus*, § **197**); la segunda, con la desaparición de la oclusiva (cf. *felis* por *felix*, § **296**). Y ello aparte de que el mantenimiento del primer tipo puede verse protegido por las veces que en la cadena hablada dicha *s-* iba después de vocablo terminado en vocal, lo que, al hacerla implosiva, restablecía la normalidad fonológica de la sílaba, y el del segundo porque —además del apoyo que prestarían a la *-s* los casos en que le seguía vocablo empezado por vocal, lo que, al hacerla explosiva, restablecía también la normalidad— en tales grupos desempeñaba una función morfológica importante (ser morfema único de nominativo).

tó; gr. φόρος ≠ φορός, etc.)[25], suponer que ocurriera lo propio en latín, con un acento fijado por dicha configuración, sería absurdo, puesto que, teniendo por hipótesis estas palabras los mismos fonemas y en el mismo orden, los acentos en ellas serían también idénticos en naturaleza y colocación.

Las aparentes excepciones (§§ **66-69**) se explican por motivos que dejan al margen la posibilidad de valor discriminativo para el acento[26]. Se trata, según los casos:

1.° De dobletes meramente fonéticos (esto es, no distintos en el significado, y de realización bien potestativa, bien combinatoria, es decir, que aparecen en el habla por voluntad del hablante o según las características de la cadena fónica, respectivamente) de vocablos completamente normales en cuanto a su acentuación; así, los tipos *illic(e), tantón(e), fumá(ui)t, audi(u)it, déin[de], Valéri(i)*;

2.° De vocablos al margen del caudal común del idioma: a) gentilicios y antropónimos, probables préstamos o dialectismos que conservan la acentuación de la lengua o dialecto de origen; tipos *Arpinás, Cámillus;* b) interjecciones, préstamos probables también: *papáe;*

3.° De compuestos cuya acentuación aberrante se debe a que se tuviera o no conciencia de que lo eran; tipos *itáque, calefís, calefácit, adéo;*

4.° De proclíticos que, al carecer de acento propio, recibían a veces uno secundario[27] en sílaba distinta de la que se habría acentuado en caso de ser vocablos prosódicamente independientes; tipo *circúm.*

330. Con todo, el acento latino, aun irrelevante como diferenciador de significados, no carecía de funciones en otros planos. Como en toda palabra «prosódica» (esto es, con excepción de enclíticas y proclíticas) ocurría un acento principal y precisamente uno solo,

---

25 Cf. A. García Calvo, *Pequeña introducción a la prosodia latina*, «Estudios Clásicos» 2 (1953-1954) 119.

26 Una exposición razonada de los motivos que se enumeran a continuación presenté en *Una paradoja fonemática: Váleri/ Valéri*, «Helmantica» 17 (1954) 141-165.

27 Existía en latín la tendencia a una secuencia binaria de acentos, esto es, a destacar con relieve secundario las sílabas pares a contar desde la acentuada con acento principal; así (representando los secundarios con ` y el primario con ´): *misèricórditèr*, cf. § **22.**

esta correspondencia biunívoca confería al acento una función culminativa [28]: donde había acento, quedaba indicado que había un vocablo o un grupo de vocablo + sus proclíticos y enclíticos; así, por ej., *fér mé* no era lo mismo que *férme*. Y como la aparición del acento estaba condicionada por la dimensión del vocablo, adquiría con ello una función delimitativa: exceptuado el caso de los monosílabos tónicos, los vocablos latinos debían terminar una o dos sílabas después de la acentuada; así, por ej., era imposible confundir, pese a la irrelevancia distintiva del acento, *ádmone bís* con *admonébis*, y ello sin esperar más allá de *ad-*: el llevar acento esta sílaba ya advertía al oyente que cualquier vocablo de las dimensiones de *admonebis* estaba excluido, no era el que en tal caso se había empezado a pronunciar.

331. Las funciones culminativa y delimitativa no son, habitualmente, exclusivas del acento. En latín resultaban indicar también límite de vocablos:

1.° La presencia de variantes combinatorias de fonemas que sólo se realizaban así en final de palabra, por ej., la *-m* (realizada con un sonido menos perceptible («exilis») en tal posición, como es sabido, cf. § **255**).

2.° La aparición de combinaciones de fonemas sólo admitidas en final de vocablo [29] (*rCs* y *lCs*, recuérdese § **325**).

3.° El producirse una cualquiera de las combinaciones de fonemas finales e iniciales que no ocurren jamás en interior de palabra, por ej., *-s* + sonoro (*fertis dona*), *-s̄* + *f-* (*bonus filius*), *-nt* + *str-* (*ferunt strata*), etcétera.

332. Es obvio que hallándose el acento latino en

---

[28] Término que alude a la posición destacada (o «culminante») en que se halla la sílaba acentuada con respecto a las demás.

[29] A diferencia de lo que ocurría con las combinaciones de fonemas en comienzo de palabra, ninguna de las cuales dejaba de poder presentarse también en el interior (§ **326**).

dependencia de la estructura cuantitativa de los vocablos, que es la significativamente distintiva en el período clásico (es decir, que, por ej., *appāret* 'aparece' ≠ *ápparet* 'apreste' por la diferente cantidad de la *a* radical), una vez en latín tardío —con seguridad, por lo menos para la lengua hablada popular, a partir del siglo II d. C. [30]— dejaron de tener valor fonemático las diferencias cuantitativas, el acento, aun permaneciendo en los mismos lugares en que estaba, quedó automáticamente liberado de su anterior dependencia y, como tal, capaz de provocar por sí solo diferencias de significado (*appáret* ≠ *ápparet*, ya no por la diferencia cuantitativa anterior, que, por definición, se ha perdido, sino por la distinta situación del acento). Esta «transfonematización» de las oposiciones de cantidad en oposiciones de acento, que iban a heredar las lenguas romances, constituye uno de los rasgos diferenciadores más acusados entre éstas y el latín.

---

[30] Cf. *Una paradoja...*, pp. 161-165.

INDICE DE PALABRAS[1]

Las cifras hacen referencia a la numeración de los párrafos

---

[1] Este índice ha sido redactado por Teresa Gracia Sahuquillo, Ayudante de la Cátedra de Filología Latina de la Universidad de Barcelona.

ADDENDA

Pág. 58, § 83.

La importancia cada vez mayor que se atribuye a las laringales aconseja tratar con más amplitud este debatido problema.

En realidad, ya el genial lingüista Saussure consideró que para explicar ciertas anomalías de las lenguas i. e. debía presuponerse, para un período arcaico de las mismas, la existencia de unos sonidos "cuasi-sonantes" a los que designó con el nombre de "coeficientes sonánticos". Pero esta conjetura era fruto simplemente de la especulación; en ninguna de las lenguas i. e. aparecían estos sonidos. Años más tarde, al ahondarse en el estudio del hitita, se vio confirmada la hipótesis de Saussure por hechos concretos, pues en esta lengua aparecieron estos coeficientes sonánticos. En las transcripciones del hitita se los representa generalmente con la grafía ḫ; así, se encuentran palabras como *ḫu̯es* "habitar", que se relaciona evidentemente con lat. *Vesta* "diosa protectora del hogar", gr. ἑστία "hogar", scr. *vásati* "él habita". Así pues, parece imponerse la existencia de una raíz i. e. *ḫves* de donde deriva la forma citada, con la particularidad de que sólo el hitita conserva la laringal. Análogamente la palabra griega ἀντί se corresponde con la hitita *ḫanti*. El sonido que simboliza la grafía *ḫ* se ha puesto en relación y se considera afín a las consonantes laringales, tan frecuentes en las lenguas semitas. Su definición exacta es muy difícil y sólo a título de orientación podemos considerar que guarda un cierto parecido con la *j* castellana o con los espíritus griegos.

Por la forma como coloreaba las vocales con las que estaba en contacto se admite generalmente (es ésta una

cuestión muy debatida) que había tres laringales, a las que se suele representar, siguiendo la escuela danesa, con las grafías H_1, H_2, H_3.

Los efectos que se atribuyen a las laringales son los siguientes:

1) H_1 cuando precede a una *e* no altera su timbre, pero cuando H_2 o H_3 preceden a esta vocal cambian su timbre en *a* u *o* respectivamente; por tanto, $H_1 e > e$, $H_2 e > a$, $H_3 e > o$.

2) Cuando H_1 sigue a la vocal *e* no modifica el timbre de esta vocal, pero sí su cantidad, pues la alarga: $\breve{e}H_1 > \bar{e}$; en cambio $\breve{e}$ seguida de H_2 o H_3 experimenta alargamiento y cambio de timbre: $eH_2 > \bar{a}$, $eH_3 > \bar{o}$.

3) Las laringales, como las sonantes (cf. § **82**), pueden actuar como ápice o centro de sílaba (cf. § **17**), pero sólo en hitita aparecen las laringales como sonantes en esta posición, por ej. *tarḫzi;* en todas las otras lenguas en estas circunstancias se vocalizan las laringales convirtiéndose en *a* (en griego *e*, *a*, *o*).

Pero es el caso que las laringales pueden afectar también a las consonantes: en varias lenguas provocan la aspiración de oclusivas sordas, la sonorización de *p* en *b*, el desarrollo de una *k* en contacto con una *s;* así, en latín, *senex* puede derivar de **seneHs*. Sobre estos cambios cf. F. R. ADRADOS, *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*, p. 7 ss.

Las laringales permiten explicar muchas aparentes anomalías de las lenguas i. e. Sorprende que los presentes atemáticos reduplicados del griego presenten formas tan dispares, en lo que atañe a su vocalismo, como τίθημι, δίδωμι, ἵσταμι (en ático ἵστημι). Como puede verse, la vocal radical aparece en forma de $\bar{e}$, $\bar{o}$, $\bar{a}$ respectivamente mientras que lo lógico sería que esta vocal fuera siempre la misma, y concretamente $\breve{e}$, ya que existía una indudable tendencia i. e. a caracterizar los temas de presente con dicha vocal. Esta aparente anomalía se aclara si recurrimos a las laringales; en efecto, estas formas derivarían de *τιθεH$_1$μι, *διδεH$_3$μι y *σιστεH$_2$μι.

En el § **87** aludimos a raíces cuya vocal básica no era $\breve{e}$ sino $\breve{o}$ o bien $\breve{a}$ sin alternar con $\breve{e}$. Todo se aclara si consideramos que también en este caso la vocal básica

era *ĕ* pero que, por ir precedida de las laringales H_2 y H_3, se ha convertido en *a* y *o* respectivamente.

En el § **88** nos referimos a raíces que presentan sólo el grado normal con vocal larga (*ā*, *ē*, *ō*) alternando con *schwa*. También en este caso se explica esta anomalía considerando que estas vocales largas derivan de *ĕ* seguida respectivamente de H_1, H_2, H_3. Formaciones aparentemente heterogéneas resultan absolutamente análogas si recurrimos a las laringales. Así, formas como ἵστᾱμι : ἵστᾰμεν parecen a primera vista totalmente distintas de εἶμι : ἴμεν, *es-t* : *s-unt*. Estas dos últimas se explican fácilmente si recordamos que en i. e. los verbos atemáticos formaban el singular con alternancia *e* y el plural, en cambio, con la raíz en grado cero. Alternaban, pues, las formas *ei/i*, *es/s*; pues bien, esto mismo es lo que sucede con la primera de las formas citadas: ἵστᾱμι deriva de ἵστεH_2μι, ἵστᾰμεν de ἵστH_2μεν. También en este caso existiría una alternancia entre eH_2 y H_2, o sea, entre *e* + laringal y laringal en grado cero, pero la laringal habría alterado el timbre de la vocal *e*, y en grado cero la laringal se habría vocalizado en *a* por encontrarse entre dos consonantes.

El profesor Rodríguez Adrados postula para cada una de las tres laringales un apéndice velar o palatal, de donde la distinción entre $H^{u̯}$ y $H^{i̯}$. En realidad también las consonantes velares *k* y *g* podían pronunciarse en forma palatal o velar, cf. § **58, 221**. Esta conjetura permitiría explicar algunas anomalías que resultan difíciles de entender.

Para bibliografía consúltense las obras citadas en § **83**, y además el importante trabajo del prof. Francisco Rodríguez Adrados, *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, Madrid, 1963.

Pág. 88, § 124.

En la obra "Inscriptiones Latinae Liberae Rei Publicae" de A. Degrassi aparece la forma LIBES (en vez de *lubes*) que probablemente es un testimonio más arcaico que *infimo* de la grafía *i* en vez de *u*.

Pág. 163, § 224.

En la línea 14 ss. se alude a la palatalización en sánscrito de las velares *k*, *g*. Conviene recordar que también en análogas condiciones la aspirada *gh* podía palatalizarse. Así en iranio encontramos la forma *g'h* (= *ẑh*), pero en sánscrito ha desaparecido el primer elemento palatal y se conserva la *h*, que en este caso era sonora.

Pág. 252, nota 5.

Después de: significativas todas, añádase: Véase discusión en L. HJELMSLEV, *La phonologie des langues mortes*, "Acta Congressus Madvigiani" I (Copenhagen 1958) 101-113; y M. LEUMANN, *Phonologie der toten Sprachen*, "ibidem", 115-125, especialmente p. 117. Para la cuestión en latín tardío, cf. R. L. POLITZER, *The phonemic interpretation of late Latin ortography*, "Language" 27 (1951) 151-154.

Pág. 253, nota 7.

Después de: /c/ y /u/, añádase: Cf. L. HJELMSLEV, *La Phonologie*... (citado en n. 5) 109-110.

Pág. 258, nota 16.

Después de: p. 131, añádase: y *Phonologie*... (citada en n. 5) 122, donde se hace eco de las aserciones, también concordantes, de Brandenstein y Janssen.

CORRIGENDA

Pág.	*Lín.*	*Dice*	*Debe decir*
XXIV	**43**	LISARDO RUBIO	LISARDO RUBIO y VIRGILIO BEJARANO
8	**29**	*d, t, n, s*	*d, t*
8	31	*l, r*	*n, s, l, r*
33	**4**	*langaje*	*langage*
60	19	*sōlari*	*solarium*
61	37	cf. **117**	cf. **116**
61	39	cf. **116**	cf. **111**
89	**1**	177	117
90	16	*effudi*	*effundo*
129	13	monoptongación	diptongación
153	**14**	*dh, ĝh*	*ĝh, dh*
153	**38**	a *ṷ*	a *h* o *g*
157	26	africadas	fricativas o africadas
165	19	**g** (*j*) ... *gʷ*(**g**, *ṷ*)	*g* (*j*) ... *gʷ* (**g**, *u*)
165	20	**g***h* (*h*) ... *gʷ*	*gh* (*h*) ... *gʷ* (**g**, *u*, *f*)
174	21	*kellan*	*kellari*
204	22	*snuṣa*	*snuṣā*
217	19	αντλεῖν	ἀντλεῖν
225	6	*ilico*	*illico*
257	10	JANSSEN (espe-	JANSSEN (*Hist. Gramm.* I, p. 50 y espe-
267	**7**	lengua común) y	lengua común, y en los posiblemente dialectalismos vistos en § 259) y
268	**9**	detrminar	determinar
268	-7	implosiva	tensiva
268	-4	explosiva	distensiva
269	-1	los secundarios con y	los secundarios con ` y

En la página 9, líneas 21 y 22, figuran las consonantes *n*, *s* en la columna de las dentales. Deben desplazarse a la de las alveolares.